

PIEL DE LOBO

S.J.GARCÍA



PIEL DE LOBO

S. J. GARCÍA

ISBN: 9798389263048

Sello: Independently published

Título: Piel de Lobo

S. J. García © 2023

Cubierta: Jorge Monreal

Corrección y maquetación: Sandra García @correccionessandrag

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual. El copyright estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del copyright al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso.



Cuando el lobo acecha, solo te queda ponerte en su piel y ser parte de él.

*Dedicado a Juan y Natalia; los dos mayores fans de Lena, sin vosotros no habría imaginado
escribir esta historia.*

Para esas personas que hacen enormes sacrificios en silencio, y que algunos, jamás serán reconocidos.

Antes de empezar...

Lena Moore es un personaje secundario que algunos de vosotros conocisteis en Máscara de Cristal, aquí descubriréis su historia mucho antes de que crucen sus caminos.

Una vez que te adentres en su lectura podréis apreciar que los capítulos están divididos entre Actos y Arias, quería remarcar la importancia de la ópera con estos pequeños detalles, ya que en un teatro se inició todo y para mí era un elemento necesario para su desarrollo.

Os lo explicaré algo mejor:

En los Actos se desarrolla el grueso de la trama, en cambio, en los Arias, es ese instante donde el solista hace aparición contando momentos especiales que avivan la ópera, la orquesta pasa a un segundo plano y la voz del cantante invade el teatro expresando sentimientos y emoción en estado puro. Es el símil perfecto de lo que las Arias significaban para mí, donde la historia cobraba vida propia a causa de ese pasado tan enterrado.

¡Ah! Un pequeño aporte más para que saboreéis mejor ciertas escenas, la *playlist* que acompaña a la novela. No sé escribir sin música llenando mis oídos. Algunas las encontraréis en el interior de los capítulos, y si os gusta sumergiros en la historia, os recomiendo encarecidamente que os la pongáis de fondo.

Aun así, os dejo por aquí, las canciones que para mí definen cada personaje.

Lena: *Blindfold – Sleeping Wolf*

Marcus: *Something in the Way – Nirvana*

Derek: *Solo – Prismo*

James & Allegra: *Trauma – Nathan Wagner*

[Escucha aquí](#)

Oberture

Prólogo

En algún momento del presente

Levanta sus párpados con lentitud, se siente aturdida, como si hubiera despertado de una pesadilla. Todo está oscuro, no hay nada a su alrededor, durante un instante todo ha estado completamente borroso, en demasiada calma. Cierra los ojos con fuerza e intenta concentrarse en lo que acaba de suceder; sonidos ahogados es lo único que llegan hasta sus oídos, aprieta los labios con mucha intensidad conteniendo las ganas de mandar a callar a todos aquellos que gritan. No la dejan pensar.

Aspira todo el aire que acaparan sus pulmones y espira, lo hace una, dos y hasta tres veces. Calmando así sus pulsaciones aceleradas. Siente el aire algo viciado al entrar por la nariz, lo expulsa con calma por los labios en un lento suspiro, como si quisiera apagar una vela, y abre los ojos. Levanta sus delicadas manos delante de su rostro comprobando la preciosa manicura francesa y como su piel pálida está ahora manchada de pequeñas gotitas de color carmesí. Esas manchas parecen estar frescas. Confundida, mira a su alrededor, diminutas partículas la rodean, suspendidas en el aire, bailando descaradamente delante de su rostro, siente todo su cuerpo entumecido, rígido, y el frío envuelve cada centímetro de su piel.

Está helada.

Por el rabillo del ojo atisba su reflejo en un espejo situado a su izquierda, ladea el rostro y se observa en él. Tiene su perfecto flequillo de color negro como el azabache adherido a su frente por una extraña sustancia. Acerca sus dedos a su rostro para confirmar de qué se trata y el tacto le parece asqueroso, pegajoso. Retira un poco de su cabello y lo palpa con los dedos frente a sus ojos. La textura es extraña, gomosa.

—¿Qué es esto? —dice mientras presiona la sustancia con la yema de los dedos en un intento de comprobar su consistencia.

El grito estridente de una mujer la saca de sus pensamientos. Atisba a su derecha a una mujer rubia, muy atractiva, vestida con una falda estilo ejecutiva de color negro y una camisa de botones color crema con un pañuelo negro anudado a su cuello. En su pecho descansa un pequeño cartelito con su nombre.

—Olivia... —Lee en voz baja sin apartar los ojos de ella.

La mujer parece ser una dependienta, está en el suelo, en una esquina, con la espalda pegada contra la pared, berreando y temblando. Lena la observa con un gesto de repugnancia, odia a las mujeres débiles que lloriquean por nada.

—¡Deja de gritar! —le ordena de un sonoro grito, pero aquella mujer parece que no la puede escuchar, está en una especie de trance.

Sin querer, hace ese gesto que suele hacer cuando algo le incomoda, tuerce el labio con un pequeño chasquido. Analiza el comportamiento de la mujer, tiene toda la máscara de pestañas

corrida por su rostro, dejando pequeños surcos en su maquillaje, abrazándose a sí misma y sin dejar de llorar ni un segundo. Su mirada es de puro terror, como si contemplase algo que la ha dejado en la más absoluta locura.

—¡Olivia! ¡Deja de gritar de una puta vez...! —espeta esta vez elevando el tono cuando ha dicho su nombre.

En ese instante sus miradas se cruzan. Los ojos de Olivia del color verde oliva conectan con los grises de ella. No dice nada, sigue llorando en silencio y, con una lentitud demasiado pausada, levanta su brazo señalando a los pies de Lena. Sigue con la mirada el trayecto que le marca ese dedo tembloroso, revisando cada parte del suelo que las separa hasta llegar a sus pies.

Y entonces, descubre algo que había pasado inadvertido hasta ahora, un pequeño charco de sangre que está creciendo, acercándose sigilosamente hasta sus tacones *Louboutin*, esos tan preciosos y caros que se había comprado no hace mucho. Un capricho de los tantos que se daba, tenía el dinero y lo gastaba, eso era algo que le encantaba. Fija sus ojos en esa mancha de sangre que ha impregnado la punta de su tacón y algo llama su atención. Al lado de su pie derecho descansa una mano en una posición algo extraña, sus ojos siguen el camino observando que pertenece a un hombre vestido con un traje de chaqueta de color beige, por el corte que tiene imagina que debe de ser hecho a medida. Por un momento le resulta familiar.

Se acucilla con cuidado de no manchar su carísimo vestido de *Gucci* y así examinar mejor quién es la persona que tiene a sus pies. El hombre está boca abajo, acerca su mano hasta su rostro para girarlo y desvelar su identidad.

Se queda petrificada.

Su cuerpo no responde a ninguno de sus impulsos, solo siente como si cayera por un abismo y no supiese en qué momento impactará contra el suelo. Sigue cayendo en una inmensa oscuridad sin cesar, no se puede mover, tan solo le queda esperar a que choque contra ese suelo de cristal que romperá su vida en mil pedazos.

Las lágrimas le han empezado a caer sin dilación, descienden por sus mejillas hasta su barbilla y algunas se pierden entre sus labios. El sabor salado y metálico inunda su paladar, el frío se ha instaurado por todo su cuerpo. Entreabre sus labios pretendiendo decir algo, aunque las palabras que intenta pronunciar rajan su garganta dejándola en carne viva. Están atoradas ahí y no quieren salir. Traga saliva, su corazón ha dejado de latir y el aire se niega a entrar en sus pulmones, se ahoga. Cierra el puño llevándolo a su corazón y la realidad la golpea como si fuera un misil.

Recitativos
Acto 1

1

Mitad

Los Hamptons, 2008

El sol calienta su cuerpo y una suave brisa acaricia su piel haciendo que toda esta se erice colocando en guardia todo el fino vello. Sus ojos grises se clavan en la persona que tiene echada a su lado; un cuerpo tonificado por el entrenamiento diario, salpicado de lunares que marcan un camino por toda la espalda con ese tono níveo que los caracteriza a ambos. El oscuro cabello le cae por el rostro y ella aprovecha para despeinarlo, un poco más, sin dejar de sonreír. Es algo que le encanta, provocarlo.

—Para —advierte en un tono que deja bastante claro que empieza a ser molesto.

—¿Y si no quiero? —reta ella fijando su mirada en él.

—Asume las consecuencias —determina levantando su rostro.

Lena hunde aún más sus dedos en el cabello y comienza a clavar las uñas para despeinar hasta el último mechón de esa cabeza. Muerde sus labios a la vez que deja escapar una risa maliciosa.

—Tú lo has querido —sentencia, rudo, desafiándola con la mirada.

Se levanta de un salto aferrando la muñeca de Lena, obligándola a levantarse de la arena donde estaba tumbada. La agarra de la cintura elevándola en el aire sin apenas esfuerzo, mientras ella forcejea por liberarse y la coloca en su hombro como si fuera un fardo lleno de grano.

—Suéltame, Marcus —ordena Lena alzando la voz y pataleando en el pecho de él.

La risa de su hermano resuena entre las rocas como si fuera la melodía de aquella recóndita playa, comienza a correr con ella cargada al hombro y sintiendo cada punzada que le da con los dedos en su pecho desnudo. Los gritos de Lena comienzan a ser más altos al darse cuenta de su destino y eso hace que el ritmo de Marcus se acelere más al aproximarse estrepitosamente a la orilla. La arena frena sus pasos al hundir sus pies, el agua helada salpica contra ambos y una ola los empuja con fiereza. Aguanta la embestida como puede sin perder el equilibrio y un suspiro aliviado sale de los labios de Lena cosquilleando en su espalda. Una sonrisa malévola se alza en sus comisuras, ahora la tiene a su merced.

—Ni se te ocurra —dice levantando su cabeza para mirarlo mejor.

—¿Qué te dije? —pregunta Marcus, percibiendo como vuelve a retorcerse entre sus fuertes brazos.

—Me da igual lo que me dijeras, como me sueltes... —amenaza como último recurso.

En ese preciso instante, Marcus aprovecha una ola que viene a toda velocidad en su dirección y lanza el cuerpo de Lena contra ella. Lo último que logra ver es el rostro de su hermana hundiéndose en el agua y su mirada llena de furia. Sabe que luego le tocará aguantar su enfado, sin embargo, estos momentos son los que más atesora. Las pequeñas peleas con su gemela, tan iguales y tan diferentes, que los hace únicos.

No han pasado ni las doce del mediodía, aún queda para el almuerzo que compartirán con su padre, no tiene demasiado tiempo para bajar la intensidad del enfado de Lena antes de que el invitado cruce las puertas de la casa y la vea encolerizada. Una excusa más para decir que el carácter de ella es demasiado salvaje y esta vez ha sido por culpa de él. Sabe lo que le duelen a ella esas palabras viniendo de su padre, aunque no lo diga, se lo nota en su mirada, es algo que no le puede esconder. No a él.

—Lena... —susurra Marcus tras la puerta dando unos suaves toques antes de pasar.

—No.

—¿No? —suspira con fuerza, sabe lo testaruda que es cuando lleva razón y ahora la lleva.

Lena escucha a su hermano a través de la puerta, le cuesta ceder terreno ahora que se la ha jugado. Odia cuando hace este tipo de niñerías y la deja en ridículo. Quería estar perfecta para cuando llegase su padre para causarle buena impresión, que no volviera a repetir que era una adolescente a punto de explotar en cualquier momento. Sabía que no se tenía que dejar convencer para ir a la playa; aun así, lo hizo por compartir esos ratitos a solas con él. Mira su reflejo en el espejo y descubre el alcance del estropicio en su pelo, el salitre del mar ha hecho de las suyas dejándolo seco y pajizo. Se palpa el flequillo notando el tacto áspero.

—¡Joder! —Se encamina hacia el baño dando un sonoro portazo.

Marcus da un pequeño sobresalto al sentir el portazo retumbando en la madera, tenía el rostro pegado a la puerta esperando alguna palabra más por parte de su hermana.

—Esta vez me va a costar —musita antes de irse a la planta de abajo.

Tras haber esperado más de cuarenta minutos a que Lena se dignara a aparecer, había decidido tomar cartas en el asunto y pedirle a Emilia que lo dejara a solas en la cocina. Quería prepararle algo especial a su hermana y necesitaba que fuera hecho por su mano. Aunque Emilia ha insistido en ayudarlo con la receta, se ha negado en rotundo. Su hermana notaría la diferencia y sería otra excusa para echarle en cara.

Limpia sus manos con uno de los trapos que descansan sobre la encimera y busca, con la mirada, la alacena donde guardan la vajilla. Lleva sus pies hasta allí abriéndola de par en par y elige uno de los platos blancos de porcelana del estante. Sonríe complacido con la elección y coloca estratégicamente los *Chiacchiere*. Espolvorea un poco de azúcar *glas* por encima y como colofón final, unos frutos rojos para acompañar.

—Si esto no consigue paliar su enfado...

Un repiqueteo se escucha a lo lejos en el canto de la puerta de la cocina. Sabe que es ella. Marcus levanta la vista para buscarla e intenta confirmar desde cuando está ahí observando sus movimientos. Prepara su mejor sonrisa para aplacar la ira de su hermana mientras empuja con suavidad el plato con el dulce por delante de él.

—¿Piensas que con los dulces vas a conseguir quitarme el enfado? Que, por cierto, enfado que tú me has causado... —Da unos pasos hasta la mesa y la rodea sin dejar de mirar a su hermano, solo durante unos segundos ha posado sus ojos en el plato y, sin querer, una leve sonrisa ha aparecido de manera traicionera en sus labios.

Marcus ha conseguido ver ese atisbo de sonrisa, ha ganado algo de terreno, es el momento de seguir su táctica. Separa una silla invitándola a sentarse y espera unos segundos.

—Todo un caballero... —Lena se queda a un palmo de la silla a la que ha ido automáticamente cuando su hermano la ha retirado.

—Solo una cosa más.

Levanta un dedo delante de sus labios para que su hermana espere. Se da la vuelta y va directo hasta la barra donde le espera su última arma. Coge una taza de café humeante con espuma de

leche coronado con canela y lo coloca justo al lado del plato.

—¡Un *cappuchino*! Serás traicionero —dice arrugando el entrecejo.

—No, solo soy observador. —Le guiña un ojo al ver que su hermana le dedica una sonrisa mordaz.

—Está bien, tienes mi atención —añade mientras se sienta en la mesa dispuesta a tomar ese café que le grita ser bebido y coge el tenedor para probar el manjar que le acaban de preparar.

—Ha sido una broma de mal gusto, lo reconozco. —Alza sus manos en redención—. Me dijiste que no te querías mojar el pelo y, aun así, te he tirado al agua. —Retira la silla que está frente a ella.

—Aja. —Lena se lleva otro trozo a la boca mientras asiente a las palabras de su hermano.

—Lo siento —dice de manera melosa, sin apartar sus ojos de los de su hermana.

Ella tuerce el labio y chasquea la lengua saboreando la *delicatessen* que tiene en el paladar, Marcus ha jugado su mejor carta, no se puede resistir cuando le hace este tipo de detalles. Suelta el tenedor sin dejar de mirarle, repiquetea con las uñas sobre la mesa de cristal y entreabre los labios como si quisiera añadir algo a lo que acaba de decir su hermano. No obstante, en el último momento vuelve a coger el tenedor para introducirse otro pequeño trozo en la boca.

—Lena... No te hagas de rogar.

En ese instante entra por la puerta Emilia y mira a ambos con mucho nerviosismo.

—Señorito, su padre está aparcando. —Se limpia las manos en el delantal y baja la mirada—. No se va a quedar a comer y ha pedido que vaya a la casita de invitados, quiere hablar con usted. —Mira un instante a Lena y luego vuelve a mirar a Marcus—. A solas.

La mirada de Marcus alterna de Emilia a Lena y comprueba cómo la decepción viste su rostro, empobreciéndolo.

—Solo será un momento. No tardaré.

—No te preocupes, Marcus —añade con una sonrisa fingida antes de voltear el rostro hacia el ventanal de la cocina, donde observa las hojas caer del árbol situado en la entrada.

Pasa por el lado derecho de su hermana y coloca durante un instante su mano en su hombro, quiere decirle tantas cosas, contarle tantas otras, pero no le pertenece a él ser quien revele toda esa información.

El tacto cálido de la mano de Marcus se desprende de su piel, dejando un frío que se va adueñando lentamente de su corazón. Una vez más, se repiten las escenas en su cabeza. No la verá llorar, no quiere que note su dolor al desprecio constante que le hace su padre, él no tiene la culpa.

Escucha los pasos cada vez más alejados y deja escapar el aire contenido en sus pulmones con un fuerte suspiro. Así calmará el torrente que ha estado a punto de salir al comprobar que su padre, tras un año sin verla, no tiene ninguna prisa en adelantar este momento.

2

Marcus

Está a punto de agarrar el pomo de la puerta para abrirla. Como siempre, tiene un nudo en el estómago cuando le pide que vaya a la casita de invitados. Aunque no haya nadie en casa y solo estén ellos dos, cuando quiere hablar sobre los asuntos que conciernen a la familia, siempre lo hace aquí. En el pequeño despacho de la casita de invitados, el cual está cerrado bajo llave y desde hace unos meses, él dispone de una copia. Su padre confió en él y se la entregó. Ese día fue diferente a todos los demás, el rostro de su padre reflejaba tantas cosas que con las palabras no fue capaz de expresarle, el simple gesto al depositar la pequeña llave en su mano albergaba secretos que serían desvelados tiempo después. Nada más sentir el peso de la llave entre sus dedos, le pareció demasiado pesada, como si encerrase en su interior mucho más que mantener cerrada aquella puerta del despacho.

Aún hay mucho de lo que no sabe, por ahora solo conoce la punta del iceberg y ya le parece muy grande, teme lo que se esconde bajo el mar y no estar a la altura para todo lo que se espera de él.

Coloca una mano en el pomo y se palpa con la otra la llave que tiene en el bolsillo. La ha cogido antes de salir por la puerta de la casa principal.

—Marcus. —La llamada de su padre lo ha pillado por sorpresa—. Pasa, no tengo todo el día.

Traga saliva al escuchar la voz ronca y ruda de su padre, aferra el pomo con fuerza y lo gira con determinación entrando en la habitación. Cierra tras de sí a la espera de las palabras que le tenga que decir y se dirige en silencio hasta posicionarse delante de la mesa caoba del despacho. El perfume encerrado en aquella habitación es distinto al del resto de la casa, es un aroma almizclado. Las paredes de madera visten todo el interior de la sala, la casita tiene un estilo más moderno, sin embargo, ahí dentro es como si el tiempo estuviera congelado. Todo se mantiene en perfecto estado, ordenado al milímetro y destacando la antigüedad de los muebles que eligió su padre para aquel lugar.

El asiento de piel marrón donde se acomoda su padre se gira para enfrentar su mirada y coloca unos papeles encima de la mesa como si de una baraja de cartas se tratara.

—Tienes que firmarlos todos —ordena.

—¿Qué son?

—De eso hablaremos en otro momento. Ahora no, el tiempo apremia y tengo una reunión importante —asevera cortando la conversación.

—Sabes que ella te está esperando... —dice Marcus aun conociendo la respuesta de su progenitor.

—En otro momento será, esto es más importante.

—¿Cuándo hablarás con ella? —Siempre tiene un atisbo de esperanza y que la siguiente respuesta que le dé, sea la que espera.

—Marcus —sentencia sin añadir nada más que su nombre.

Ambos mantienen la mirada durante unos segundos que se hacen eternos. Marcus desde que conoce el peso que carga a sus espaldas, no se amedrenta con su padre, antes de conocer todo lo que le deparaba, se dejaba arrastrar sin rechistar. Las cosas han cambiado y no quiere dejarla atrás, se merece saber la verdad.

Su padre mantiene los labios sellados, no quiere hablar más del tema. Aún no. Da unos pequeños toques en la mesa apremiando a su hijo sin pestañear. Empieza a notar esos pequeños calambres que suelen aparecer cuando algo le provoca tensión. Es una conversación que tarde o temprano saldrá a relucir y deberá de tomar medidas si las cosas siguen por este camino.

Marcus coge la pluma que ha dejado junto a los documentos, aproxima la punta para firmar, pero antes de hacer el primer garabato, se frena en seco.

—Prométeme que hablarás con ella antes de irte.

La mirada gélida de su padre del color azul zafiro atraviesa cada célula de la piel de Marcus.

—Hablaré con ella. —Vuelve a golpear la mesa donde están los papeles—. Firma.

La firma de Marcus impregna el final de los documentos que tiene delante. Sonríe con la esperanza de que su padre esta vez cumpla con su palabra, deja caer la pluma a un lado.

—¿Algo más?

—Cuando vuelva hablaremos, largo y tendido. Han sucedido muchas cosas en mi ausencia y tendrás que asumir tu papel tarde o temprano.

—¿Va a ser siempre así?

—No, llegará el momento en el que tú serás quien se siente en este sillón y entonces, tú tomarás las decisiones —explica sin perder la compostura.

—¿Y ella?

—No está preparada. —Su padre recoge los papeles y los introduce en un dossier.

—Nunca lo estará si no cuentas con ella. —Aprieta los labios en una fina línea recta.

—Marcus. —Presiona el puente de la nariz sin dejar de mirar a su hijo—. Deja de querer adelantar los acontecimientos. Se hará, pero cuando yo lo diga. Ahora vete. No quiero tener esta conversación ahora. No es el momento.

Marcus contiene las ganas de todas las cosas que quiere decirle, le duele contemplar el rostro de su hermana cada vez más ensombrecido por la desilusión. Una vez al año, no tiene que cumplir mucho más, y hasta en eso falla. Aprieta los puños con fuerza a cada lado de su cuerpo y los nudillos comienzan a ponerse blanquecinos.

James se fija en el gesto de su hijo, observa cómo se le tensan los músculos del brazo y la vena de la frente empieza a palparle. Arquea una ceja a la espera, quiere comprobar hasta qué punto es capaz de tolerar ciertos actos y cómo los manejará.

—¿Quieres añadir algo más? —pregunta su padre con un tono serio.

Solo durante un instante se imagina la situación en la que encara a su padre hasta el punto que él cede y decide levantarse de ese sillón e ir a hablar con ella. Un momento en el que imagina que su padre escucha sus palabras, asintiendo y dándose cuenta del grave error que está cometiendo, alejándola cada vez más. La brecha cada día es más grande. Él solo quiere tender un puente entre ellos, pero es un puente hecho de un fino cristal y que cualquier palabra, cualquier gesto, lo puede quebrar para siempre.

—No. —Deja caer como una piedra en el fondo de un lago.

—Hablaremos cuando vuelva —añade sin levantar la vista del portátil, el cual acaba de encender.

Marcus sale de aquel despacho con el sabor agridulce impregnado en el paladar. Ahora tendrá que ir a enfrentar la mirada, cada vez más fría, de Lena. Camina por el pasillo y por el rabillo del

ojo, atisba el cuadro que preside en lo alto de la chimenea, Allegra, su madre. A la que jamás conoció, solo sabe que pronto leerá lo que dicen aquellas cartas llenas de secretos y confesiones, a la luz de un fuego, de las que tanto le ha hablado su padre. Papeles que determinan el destino de ambos y que todavía no ha llegado el momento de ser desvelados. Los ojos grises de su madre le devuelven la mirada a través del lienzo congelando su columna vertebral, es la viva imagen de su hermana. Si ellos son gemelos, contemplar la imagen de su madre y la de su hermana es como ver una fotografía por la que no ha pasado el tiempo. Sabía que Lena se parecía a su madre, sin embargo, desde que sus facciones se han afilado y su cuerpo ha cambiado, el parecido de ambas da miedo. Acaricia el cuadro con la esperanza de sentir algo más que la rugosidad de la pintura, cierra los ojos al tacto y susurra:

—Ojalá las cosas no fueran así.

El regalo

Tiene la mirada perdida contemplando como los rayos del sol bailan entre las hojas del árbol que descansa en el exterior. Un árbol que siempre ha estado ahí desde que tiene uso de razón, sus raíces son más antiguas que esta casa y han sido testigos de todo lo que ha sucedido en su interior. Ha estado esperando con la esperanza de que su padre al final apareciera por las puertas junto a Marcus, sabe que son pensamientos ilógicos en el mundo que la rodea. Cuando su padre dice que no, nunca cambia de opinión.

Llevaba un año esperando este momento, cuando era más pequeña no le importaba estas visitas anuales y vivir alejada de su familia. Asentía con cada historia que le contaban donde evadían la verdad. Desde hace algún tiempo se cuestiona todo lo que tiene a su alrededor; vivir en Boston, lejos de ellos, estudiar en internados durante largos periodos, convivir con Ciara que la mima a diario y aunque no le falte de nada, hay algo que no se puede comprar con el dinero. Estar con su familia.

Los pensamientos de este último año la han torturado buscando las razones del porqué está apartada de todo, por más que ha intentado que Ciara le contaran los detalles desde su nacimiento, siempre ha recibido evasivas a ello. Casualmente, cuando más insistía es cuando aparecían viajes inesperados o la repentina vuelta al internado. Sus recuerdos siempre han sido allí, en aquel piso de Boston y lejos de este mundo que no la dejan conocer. Marcus nunca perdía el contacto con ella, llamadas, cartas, emails, no importaba la manera, siempre encontraba una forma de mantener viva la llama familiar. Él es su única familia.

—Sigues aquí.

La voz de su hermano la arranca de ese mundo de sueños que la invaden cuando está sola, uno donde las cosas son totalmente diferentes. Lo mira atónita, con los ojos muy abiertos, tratando de centrarse y que no se le note que ha estado a punto de romper a llorar. No ha sentido su presencia hasta que ha hablado. «¿Desde cuándo me estará observando?», se pregunta para sí.

—Acabo de llegar, si te lo estás preguntando.

—No me he preguntado nada —responde déspota.

Odia cuando parece que le lee el pensamiento. Están conectados, es algo inevitable en ambos. Al igual que ahora sabe que la está engañando, hay algo más en el interior de su hermano deseando salir.

La mano de Marcus se estira buscando el contacto con la de Lena. Ella la ha dejado a media altura en la mesa y no la ha movido aun viendo el movimiento de él. Posa su mano encima notando su calor y entrelaza los dedos con efusividad. Quiere que sepa que estará pase lo que pase junto a ella, que por más distancia que haya de por medio, él no se irá.

—¿Se ha ido? —Sabe la respuesta, pero necesita que se lo confirme.

Marcus asiente sin dejar de mirarla, analizando cada pequeño gesto que hace. Es difícil

conocer a la perfección a su hermana cuando te la arrebatan todos los años, cuando solo te dejan compartir unos días antes de volver a la triste realidad. Él hará lo posible por tenerla a su lado y que, tarde o temprano, conozca la verdad.

Siente el calor de la mano de su hermano, le transmite mucho más con el contacto que con todas las palabras que no se dicen. Su mitad. Su familia. Quiere dejar salir una frase que siempre se le deposita en el interior de su garganta, le cuesta decir esas simples palabras que tienen tanto peso en la vida de los demás, pero no en la suya. Baja la mirada durante un instante buscando algo con lo que tirar de ellas y decirlas de una vez.

—Aunque él no esté, podemos ir a comer. Solos tú y yo, tú eliges —dice con una sonrisa sincera.

Lena vuelve a dejar esas palabras en el fondo y le devuelve la sonrisa a su hermano.

—Sabes que no conozco nada de aquí.

La punzada que recibe Marcus con sus palabras se le clava en lo más hondo. Son demasiado ciertas. Ella solo viene a esta casa alejada de todo durante quince días, esta casa es su refugio familiar, una balsa a la deriva de lo que sucede en la vida real. Lo que acaba de decidir tendrá consecuencias, sin embargo, no quiere ver el rostro de Lena apagarse otra vez.

—Va siendo hora de que eso cambie.

Se levanta de la mesa tirando de la mano de su hermana y la acompaña escaleras arriba hasta su habitación. Abre la puerta ante la atenta mirada de Lena y la empuja con suavidad al interior.

—Cámbiate, te espero abajo. Sé que te tomaras tu tiempo, así que no te preocupes, los restaurantes seguirán ahí. —Le guiña el ojo antes de cerrar la puerta, evitando sus posibles reproches.

Ella se queda mirando paralizada la puerta, no esperaba que su hermano hiciera algo así. Nunca se ha preguntado las razones de por qué durante quince días no podían salir de ahí si no eran acompañados por su padre, durante esos quince días solo eran ellos tres y el mundo parecía desaparecer.

No se lo cuestionó porque siempre fue así. Sus normas.

Ya no eran unos niños que esperaban las órdenes de papá, ya no eran esos lobeznos que acababan de nacer y esperaban en la cueva a que los vinieran a alimentar. La sonrisa crece en su rostro y algo en su interior se activa, comienza a sentir un sentimiento que hasta ahora solo había vivido cuando se escapaba en Boston. Romper las normas junto a Marcus no estaba tan mal, saborea con detenimiento la idea y va directa hasta su armario para elegir quien quiere ser hoy. No será la hija repudiada de todo, hoy no, alejada de una vida que parece que no le pertenece vivir, ese atuendo lo dejará para otro momento. Ya se lo ha puesto demasiadas veces.

Hoy será Lena.

Se había probado medio armario para encontrar algo con lo que se sintiera cómoda y no verse en el reflejo del espejo como una adolescente del montón. Hoy quiere destacar, no solo por su belleza, quiere parecer algo que no es y dejar de aparentar ser una muchacha en la que no se puede confiar. De entre todos los vestidos que tiene adornando la barra del armario, ha elegido uno negro con unas minúsculas flores blancas que decoran cada resquicio de la tela. Es bastante ceñido en la zona del pecho y para su sorpresa, marca las pocas curvas que tiene, sobre todo, realza mucho su escote en «V» dándole un aspecto elegante. A sus dieciocho años no ha tenido una vida fácil, en cuestiones de dinero nunca le ha faltado de nada, no obstante, el ambiente familiar es escaso y ha tenido que endurecer su carácter para sobrevivir a los comentarios que siempre se han gestado a su alrededor.

«La niña rica. La pija. La que chasquea los dedos y le dan todo. La que te mira por encima del

hombro. La que te dedica una sonrisa débil cuando te aparta de su camino».

Esas son algunas de las frases que está cansada de escuchar por donde pasa, algunas eran ciertas, otras no, pero no hará nada para cambiar la idea que se hagan los demás. Prefiere eso a que se piensen que es una más. Ya intentó en el pasado congeniar con las chicas del internado sin ninguna compensación por ello, ella no sacaba nada del trato que recibía de esas crías y regalar su condescendencia, era algo demasiadopreciado. Pasaron algunos años hasta que descubrió lo enriquecedor que era que los demás hablaran tanto de ella, daba igual lo que hiciera, al final siempre iban a hablar.

Así que, asumió ese papel y lo perfeccionó.

A veces, cuando le picaba la curiosidad de ser una más en la marea de chicas de la ciudad, se transformaba. Cambiaba su manera de vestir, un peinado diferente al que solía usar y modificaba un poco la manera de hablar para mezclarse entre la multitud. Al principio le parecía un juego divertido, probarse la vida de una de sus compañeras, imitar sus gestos, su manera de enfatizar las palabras y ver que se sentía en ese otro lado del mar. No quería ser ellas, aunque sí utilizar sus vidas para sus salidas. Sin embargo, esto se convirtió en una vía de escape en su vida y cada cierto tiempo, se escapaba durante unas horas para escuchar cómo era la vida real de una adolescente de su edad.

Ahora su cuerpo ya es el de una mujer y con ese vestido lo destaca muchísimo más. Ha maquillado un poco sus ojos con una sombra de color negro alrededor de ellos, resaltando el gris glacial de su mirada. Un poco de rubor sobre su piel blanquecina y un brillo labial con un ligero tono rosado. Es la primera vez que su hermano la va a llevar fuera de esa casa, será la primera vez que salgan juntos y paseen a ojos de todos los vecinos que desconoce. Ha elegido unos tacones negros estilo *peep toes* que estilizan mucho sus piernas y dan un efecto óptico que las hace infinitas al dejarse ver por la raja del vestido. Está perfecta, se ve incluso mayor, más adulta. Perfuma todo su cuerpo con uno de los tantos perfumes caros que reposan en la estantería encima del tocador.

Se mira una y otra vez en el espejo, dando un repaso general de lo que encuentra en su reflejo. Le encanta el resultado.

Toc, Toc.

Unos ligeros golpes en la puerta la sacan de su ensoñamiento, observa la entrada a la espera de que su hermano la cruce como hace siempre. Dos golpecitos y luego pasa al interior, no espera mucho más. Atisba una sombra por la rendija de la puerta, sea quien sea sigue ahí de pie.

—¿A qué esperas? —pregunta incómoda Lena.

—Disculpe señorita, su hermano ha dicho que la esperaba fuera.

La primera idea que se le pasa por la cabeza es ir a mirar por la ventana para localizar a su hermano, luego la desecha ante la posibilidad de que la quiera sorprender de alguna manera. Observa cómo Emilia no se mueve de la puerta, su sombra sigue ahí.

—Gracias, Emilia, ahora mismo salgo.

—Una cosa más, señorita. —La voz de Emilia suena nerviosa.

—¿Sí?

—Su padre me pidió antes de irse que le entregase este mensaje: «Se lo recompensaré cuando vuelva».

—¿Qué? —pregunta confundida.

—Y me dejó esta cajita aquí para usted.

Eso la ha dejado fuera de lugar, no esperaba una noticia sobre su padre y menos que le haya dejado ese mensaje con una cajita. Aprieta los labios pensando bien qué hacer, aunque se muere

de curiosidad por saber que contiene la dichosa cajita de la que habla, su orgullo le impide dar los pasos hacia la puerta y abrirla para aceptar lo que le quiere entregar Emilia.

—Aja.

—Su padre me exigió que se lo entregase en mano —carraspea agarrando el pomo—. ¿Puedo pasar?

—No —dice casi de manera automática.

Contempla como el pomo ha comenzado a moverse lentamente, casi imperceptible. Sin pensarlo demasiado, dirige sus pies hasta la puerta y lo agarra con fuerza, evitando así que gire para abrirse. «Ahora no. Ahora no. Ahora ¡no!».

—Déjalo en la librería, Emilia —ordena Lena.

—¡Oh! Disculpe... Pero es que su padre me pidió que se lo entregase...

—He dicho que lo dejes en la librería, no hay más que hablar. —Desliza el pestillo impidiendo que se abra y se aleja de ella. Se mete en el baño cerrando la puerta tras de sí. «Márchate de una vez, ¡joder!».

—Señorita. —Silencia sus palabras durante unos segundos, desesperada, al no cumplir su cometido—. Discúlpeme, se lo dejaré en la librería.

Lena suspira aliviada al comprobar que Emilia ha dejado de insistir, no le apetecía que su padre enturbiara este momento con su hermano. Era algo de ellos dos y sea lo que sea que contuviera esa cajita iba a trastocar las horas que compartirían. Solo con las palabras que le ha recitado, ya le ha dado un leve pellizco en el estómago. Busca el cepillo de pelo por el baño hasta que lo encuentra en uno de los cajones, lo cepilla a conciencia, su melena lisa, negra azabache, cae como una cascada sobre sus pechos. Libera la tensión que se le empezaba a acumular con todos los pensamientos que la han inundado y se vuelve a observar en el espejo.

—Que me lo recompensará, dice... Demasiadas cosas están apuntadas en esa interminable lista donde me tiene que recompensar todas sus ausencias y la primera de todas, es empezar a comportarte como un padre de verdad, ¿eh? James... ¿Lo sabrás hacer? —Tira el cepillo de pelo contra el lavabo y deja escapar el aire contenido en sus pulmones.

Sale de la habitación mirando a ambos lados del pasillo, no quiere cruzarse con Emilia y tener que ver reflejada la decepción en su rostro. Solo la ve durante esos quince días que comparten con su familia en esa casa alejada del mundo. Sin embargo, siempre la había visto como parte de su familia, se preocupaba por ella cuidándola cuando enfermaba, como aquella vez donde no paraba de tener pesadillas que la hacían despertar gritando y solo los abrazos de Emilia la calmaban. Cocinaba siempre sus platos favoritos y le dejaba pequeños detalles en la habitación, que cada año le sorprendían al llegar. Emilia no era la culpable de que su padre fuera un auténtico gilipollas, no obstante, no podía aceptar «eso» que quería entregarle precisamente ahora y aunque le había dolido elevarle la voz, había sido necesario.

Camina con elegancia con sus tacones pasando por delante de la habitación de Marcus, la encuentra vacía, piensa en llamarlo, pero al momento rechaza la idea para no llamar la atención de Emilia y recuerda lo que le había dicho ella antes de comentarle lo de su padre: «Su hermano ha dicho que la espera fuera». Baja las escaleras con cuidado sin hacer ruido y a lo lejos escucha el ronroneo de un motor. Sabe dónde tiene que ir.

Rompiendo las normas

Nada más abrir las puertas se queda prendada ante la imagen que tiene delante. Sus pies se dirigen hasta el deportivo naranja que está con el motor encendido frente a la entrada. Tiene los cristales tintados y no se aprecia quien está dentro, aunque lo sabe, decide seguir su instinto y dejarse seducir por semejante bestia. Pasea sus dedos por la suave carrocería dando una vuelta hasta situarse delante del coche. Ahora puede ver a la perfección quién se esconde en su interior, Marcus aprieta el volante con una sonrisa malévola. Están rompiendo las normas de papá, las normas inquebrantables de James. La mirada de ambos se conecta y Lena le devuelve la sonrisa. El ronroneo del motor se hace más intenso cuando su hermano acelera para llamar su atención y comprueba como le guiña el ojo invitándola a subir. Entra en el coche, cerrando suavemente tras de sí y todo el sonido de alrededor queda apagado.

—¿Desde cuándo sabes conducir? Que recuerde... el año pasado aún no lo hacías —pregunta Lena con interés apreciando todos los detalles del interior de ese vehículo.

—Últimamente, hay muchas novedades por aquí.

—Ya veo... ¿Me las contarás?

—Todo lo que esté en mi mano te lo contaré.

Lena baja la cabeza y su mirada se entristece porque sabe que hay barreras que no pueden derribarse. Marcus contempla el cambio en el rostro de su hermana y se adelanta a transformar el ambiente oscuro que se estaba generando de repente.

—Por cierto, estás preciosa.

Ella levanta despacio su mirada con un brillo especial. No dice nada.

—Pareces... —Durante un segundo, duda en decirlo en voz alta.

—¿Mayor? —Arquea una ceja, expectante.

—Sí, me gusta cómo te queda el negro. —Marcus agarra uno de los mechones del cabello de Lena con la mirada perdida y entrelaza sus dedos con su pelo, el parecido es incluso doloroso.

—Estoy pensando en cortármelo, ahora no, pero sí en algún momento.

—Te quedaría genial. —Suelta el mechón con delicadeza y vuelve a aferrar el volante—. Prepárate, que vas a comprobar cómo conduzco.

El trayecto se hace demasiado corto, su hermano le demuestra sus dotes al volante con un excelente manejo del vehículo a altas velocidades. Ha controlado en todo momento las curvas y los giros inesperados que ha ido dando según se acercaban a las zonas más transitadas. Con un estilo único ha entrado en el aparcamiento ante la atenta mirada de los transeúntes que no han podido evitar girar sus cabezas al escuchar el motor rugir.

Marcus sale del coche directo a la puerta de Lena, la abre con suavidad y le ofrece su mano para ayudarla a salir. La agarra de su brazo y la guía al interior del restaurante. Traspasan las puertas que revelan el interior con toques rústicos y techos altos adornados con vigas de madera. Mesas de cerezo con un toque informal, sin embargo, el sitio destila mucha personalidad. El

comedor es como estar en el interior de un antiguo barco a la deriva en una isla paradisiaca, decorado con tesoros marinos con un toque moderno.

Uno de los camareros parece reconocer a Marcus nada más verlo, le sonríe y lo acompaña a una de las mesas más apartadas, situada cerca del ventanal, con vistas al puerto deportivo. Tras una breve conversación con el camarero, otro chico se acerca con las bebidas que ha pedido y unos aperitivos.

Por fin se quedan a solas.

—¿Por qué tengo la sensación de que todo el mundo nos mira?

—Puede ser porque eres preciosa, Lena —susurra con una sonrisa—. Bueno, tampoco ayuda que hayamos elegido el *Ferrari* para venir hasta aquí a toda velocidad. —Sonríe pícaro.

Se fija en su hermano, el principio de una barba perfilada que marca perfectamente sus facciones y esa mirada glacial que comparten, aunque la de él es algo más cálida. Marcus ha cambiado mucho en este tiempo que no se han visto, no solo su cuerpo, también en su manera de expresarse y comportarse. Hasta ahora no lo había visto hablar con nadie más, aparte de los que trabajan para su padre y ya con ellos había percibido una gran diferencia. Su cuerpo ahora está más tonificado, más adulto y con ese porte elegante que tiene al moverse, lo hacen especialmente atractivo. Normal que las chicas que se han cruzado con ellos al entrar al restaurante le hayan dedicado una mirada fugaz. Ahora que lo tiene delante, se da cuenta de que hay detalles de la vida de Marcus que hasta ahora no se había atrevido a preguntar.

—Oye... creo que este tema no lo hemos tocado nunca y me pica mucho la curiosidad. —Realiza una pequeña pausa para dramatizar la pregunta que quiere hacer—. ¿Tienes novia?

Marcus a punto de beber el vino que le habían servido, casi lo escupe de golpe al escuchar la pregunta. Es un tema que no esperaba abordar nada más sentarse en la mesa. Ya no son unos críos, sin embargo, le ha pillado por sorpresa.

—No, ¿y ese interés?

—No sé, Marcus, ya no somos unos niños y es un tema que sería habitual entre hermanos, saber si tengo una cuñada o dos o puede que tres...

—Pues no la tienes. —Sonríe decidido a seguirle el juego—. ¿Y tú? ¿Tienes un novio en Boston del que me tenga que hacer cargo? ¿Debo de viajar hasta allí para vigilar a mi hermanita?

Lena, sin querer, se sonroja ante la posibilidad de tener una pareja. No es algo que ella se haya planteado, realmente, es un tema que ni se le había pasado por la cabeza hasta ahora. No puede contarle los rumores que hay sobre ella, que seguro que son el alimento perfecto para que los tíos mediocres no se acerquen ni siquiera para hablarle.

—No, no tengo tiempo para esas chiquilladas.

—Y entonces das por sentado que yo sí lo tengo.

—No es eso, solo que me he fijado cómo te han mirado esas chicas con las que nos hemos cruzado antes de entrar en el restaurante.

—Vaya... Entonces, por esa razón, yo podría decir lo mismo. Cuando has bajado del coche, un chico que estaba apoyado en su *Porsche* no te ha quitado ojo. —Mira juguetón a su hermana—. Pero tranquila, que me he encargado de echarle una mirada de esas que dejan claro que no está a tu altura.

Lena comienza a reírse con la confesión de Marcus, le gusta este momento que están compartiendo. Por primera vez se siente como esos hermanos que revelan sus secretos e intimidades, es algo que necesitaba.

—Idiota. —Se moja los dedos en la copa de agua y lo salpica.

—Señor Idiota, para ti.

Durante la comida conversan de todo un poco, sin tocar esos temas que son tabú hasta que tenga la libertad que le brindará su padre en algún momento. Marcus le confiesa algún escarceo con alguna chica de la zona, pero nada serio. Y ella le comenta que hasta ahora no se había empezado a fijar en los chicos que la rodean de esa manera, que ha estado entretenida con otras cosas. Entre ellas se ha apuntado a defensa personal en un gimnasio que está situado frente al edificio donde vive. Marcus disfruta de las anécdotas de su hermana y ella, se deja embaucar por esa burbuja que acaban de construir a su alrededor.

Solo ellos dos.

A ojos de todos son unos hermanos que comparten un almuerzo sin ocultar nada más. A la vista de los que comen en el restaurante son como los demás, no obstante, ellos jamás serán como los que los rodean. La sangre que comparten, como dijo una vez su madre, está maldita y el peso es demasiado grande.

Mientras esperan el postre con todas las revelaciones que se han hecho, Lena atisba como las puertas del restaurante se vuelven a abrir para dejar entrar a un grupo de hombres que visten trajes oscuros. No les presta demasiada atención, sin embargo, algo ha cambiado y percibe como su hermano también se ha dado cuenta de esta entrada, su semblante se ha tornado serio y sus ojos se le antojan oscuros. La mirada de Lena va desde la entrada del restaurante a su hermano sin comprender bien por qué el gesto de él se acaba de endurecer.

—Lena. —La mano de Marcus busca la de ella en la mesa—. Conozco un sitio donde hacen unos postres únicos, tienen helados italianos y alguna especialidad que sé que te encantará. —Presiona la mano con calidez.

—Pero ya hemos pedido.

—Eso no es problema, ahora mismo aviso a Will y cancelan la orden. —Sonríe durante unos segundos.

Su hermano sin soltar la mano de Lena se gira buscando al camarero y a su vez algo vuelve a cambiar. El ambiente se ha vuelto gélido. Marcus se levanta de forma violenta de la silla tirando del brazo de su hermana con demasiado énfasis.

—Toma las llaves, ve hasta el coche. —Deposita las llaves del *Ferrari* en las manos de Lena—. Espérame ahí.

—¿Qué pasa, Marcus?

—¿Confías en mí?

Lena ladea el rostro intentando descubrir qué hay más allá. Suele conocer las expresiones de su hermano, siente esa conexión, no obstante, ahora hay algo distinto y no sabe lo que es.

—Sí.

—Entonces haz lo que te pido.

—¿Pero...?

—Ahora no tengo tiempo, Lena —asevera mientras suelta su mano demasiado rápido—. Vete —ordena a la vez que el ceño se le endurece apartando la vista de ella.

No puede evitar morderse las mejillas por dentro al embriagarle la impotencia por todo su cuerpo. Contempla como su hermano se aleja hasta el otro extremo del local abriendo la puerta corredera de cristal y pasa a la bonita terraza repleta de mesas solitarias. Apoya ambas manos en la barandilla de madera, tensando sus brazos, y todo su cuerpo parece crecer.

Por el lado derecho de Lena se cruza uno de esos hombres que antes divisó, los causantes del cambio de su hermano. Le ha dado un pequeño golpe en el hombro y ni se ha disculpado, aunque una parte de ella le pide frenar en seco a aquel tipo que le saca una cabeza, se contiene y sigue su camino hasta la salida. Antes de salir, echa una mirada fugaz hacia donde está su hermano y de

repente, lo ve rodeado. No le gusta, agarra el canto de la puerta observando cómo se posicionan a su alrededor. No sabe lo que está pasando, su hermano le ha pedido que confíe en él, aunque la duda se adueña de su razón. Clava las uñas en la madera y la idea comienza a germinar en su cabeza.

—¿Sale o entra? —Una voz seca y varonil, la trae de vuelta a la realidad.

El hombre que tiene delante le recuerda a esos que están ahora con su hermano. Mismo estilo de traje, mismo color, gafas de sol ocultando sus ojos y bastante corpulento.

—Disculpe, salgo.

—Permítame que le aguante la puerta.

—Gracias.

Lena pasa con delicadeza cerca del hombre, siente su mirada a través del cristal oscuro de las gafas. Ni se ha movido para que pudiera pasar, teniendo casi que rozar su cuerpo. Ha percibido incluso su perfume, un olor bastante fuerte que se adhiere a su nariz. No quiere mirar atrás, camina manteniendo la compostura dirigiendo sus pasos hasta el *Ferrari*. Cuando cree que ya está lejos del alcance de su mirada, algo le apresa la muñeca frenando en seco su marcha.

—¿Eres la chica que estaba sentada con Marcus?

Siente la presión violenta que ejerce sobre su muñeca. Lena chasquea la lengua, no le gusta la forma que ha enfatizado la pregunta y como ha pronunciado el nombre de su hermano. No se da la vuelta mientras baraja sus posibilidades; el *Ferrari* está a varios pasos de distancia, podría activar el mando y que comenzara a sonar la alarma. Elimina la idea al instante y encara al hombre que la tiene apresada.

—Suéltame —ordena tajante.

—No. —Presiona su muñeca—. Responde.

—¿Por qué te iba a responder? ¿Quién eres para que tenga que darte ningún tipo de información? Suéltame, o te arrepentirás.

El hombre arquea una ceja, sorprendido con el carácter de la chica que tiene delante.

—Responde de una puta vez.

Recuerda las palabras de su hermano, la urgencia en hacerla salir del restaurante y cómo ha cambiado su temple en un instante al ver a estos hombres aparecer en el umbral. No los esperaba y no quiere que ella esté cerca. Analiza bien al hombre sabiendo que no tendría muchas oportunidades si sigue con su presión en la muñeca, podría rompérsela si quisiera, pero aún no lo ha hecho, ósea no quiere hacerle daño hasta obtener la respuesta. Le interesa la información.

—No, así que te lo diré una última vez. —Clava su mirada en el cristal de las gafas—. Suéltame.

—Me lo quieres poner difícil... —Se retira las gafas dejando ver esa mirada férrea y ejerce más fuerza en la muñeca de Lena.

El dolor comienza a subir, ahora mismo están solos en el aparcamiento, a lo lejos escucha gente pasear y risas sosegadas. La puerta del restaurante está cerrada y no ve a su hermano, sea lo que sea lo que está pasando, él no puede venir hasta aquí. Nota como vuelve a estrujar su articulación a la espera de que hable y no lo medita mucho más.

—No te diré una mierda. —Escupe con fuerza directa a los ojos de su atacante.

—Serás guarra.

Sin soltarle, el hombre se lleva su otra mano a los ojos para retirar el escupitajo que le ha lanzado. Ella aprovecha ese momento donde ha aflojado la intensidad con la que agarraba y coloca dos de sus dedos, el índice y el medio, en posición firme para «apuñalar» la garganta de su opresor. «Las clases de defensa personal me van a venir de perlas ahora», se alienta a sí

misma antes de asestar el golpe que lo hará retroceder. Sabe dónde tiene que dar y el efecto que ello causará.

Era ella o él.

Su muñeca o su nuez.

Clava los dedos en la garganta «apuñalando» hasta que nota como suelta su muñeca. Un golpe directo y eficaz. El gesto de dolor desfigura la cara del hombre que tiene delante y es el detonante para seguir su plan.

Activa el mando del *Ferrari* para que este se abra y corre hacia él. En ese preciso instante, nota como el hombre intenta gritar a la vez que estira el brazo para alcanzarla. Solo lo ve un segundo antes de meterse en el interior del coche, cierra de manera rápida y observa cómo las puertas del restaurante se vuelven a abrir.

—¡Joder! ¿Ahora qué coño hago aquí? No sé conducir, me he encerrado como una puta cucaracha en una trampa. No ha sido buena idea venir hasta el coche cuando tenía a ese orangután detrás. —Desesperada golpea el salpicadero—. Lena, piensa.

Echa un vistazo rápido al aparcamiento y se sorprende al no encontrar al tipo al que acaba de atizar. Hace un barrido rápido por la zona sin localizarlo, creía haber visto a uno salir del restaurante y no hay rastro de ninguno. Saca el móvil del bolso descubriendo que no tiene batería.

—Mierda —brama arrojando el teléfono.

Tiene que entrar a por Marcus o irse de allí, pero tiene que hacerlo ya. No se puede quedar ahí, encerrada, con la incertidumbre de lo que pueda pasar. Alguien golpea con fiereza la ventanilla del coche consiguiendo que se sobresalte, logra ver a través de los cristales tintados a uno de esos hombres, no está segura si es el mismo que acaba de golpear en la garganta o el que cree que divisó antes salir por las puertas del restaurante.

—¡¡Abre!! —ruge al otro lado del cristal.

Busca en su bolso algo que pueda utilizar para defenderse en caso de que lo vaya a necesitar, palpa las llaves y las agarra como si fuera una navaja. Está preparada para lo peor. No entiende a qué viene esa violencia por parte de ese tipo, no comprende lo que sucede a su alrededor, no obstante, no será una presa fácil.

Si tiene que sacar los dientes, lo hará.

«No soy una niña indefensa y te lo haré ver».

El corazón late errático, aunque sabe que si no rompen la ventanilla no puede alcanzarla, la posibilidad existe, y al igual que lo ha pensado ella, lo podría pensar ese energúmeno que sigue golpeando el cristal.

—Apártate del coche. —Escucha la voz de Marcus al otro lado.

—Esa guarra ha golpeado a Mikkel.

—No consiento que insultes a nadie en mi presencia y menos a ella —dice señalando con el mentón al coche con una voz que no reconoce—. Y me importa una mierda lo que le suceda a Mikkel, se lo habrá buscado. —Da dos pasos acortando la distancia que lo separa del hombre que está junto a la ventanilla—. Desaparece de mi vista, ¡ahora!

Lena observa petrificada la escena que tiene delante. No reconoce el porte de su hermano, la postura que mantiene impone con solo su presencia, incluso la sombra que asciende por su espalda parece tener vida propia. Un escalofrío le recorre cada célula de la piel escuchando la voz que sale de sus labios y como rasga las palabras. «¿Marcus? ¿Eres tú?», se pregunta en la soledad del coche, unos escasos minutos es lo que dura la imagen que le resulta demasiado familiar. Por un instante cree verlo a él.

El hombre baja la mirada sin añadir nada más y desaparece de la vista de ambos. Marcus rodea el *Ferrari*, espera a que su hermana abra el vehículo y entra en el interior. No le dirige la palabra durante unos segundos que se hacen demasiado largos, la vena del cuello comienza a hincharse y palpita varias veces. Coloca la mano a la altura del rostro de Lena y acaricia su mejilla con suma delicadeza, como si se pudiera romper si ejerce mucha presión.

—No permitiré que te hagan daño —determina Marcus.

—¿Qué? —Lena no sabe qué decir, mil preguntas la asaltan en ese preciso instante.

—Lo siento, no tenías que ver algo así.

—¿Qué mierda ha sido eso, Marcus?

—La realidad.

—¿La realidad? ¿Qué realidad? —Según habla su hermano, más preguntas se acumulan.

—Sí. La realidad que no queremos que veas. —Retira las llaves de la mano de su hermana que aún mantenía aferrada con fuerza.

—¿Queréis? No me estás diciendo una mierda.

—Es largo de contar y no me corresponde a mí retirarte la venda de los ojos, Lena. —Arranca el coche y con un movimiento rápido salen de allí a toda velocidad, dejando las dudas, las preguntas y las respuestas en el aire una vez más.

Sospechas

Han pasado unas horas desde que su hermano aparcó el coche en la entrada de la propiedad. No le ha dirigido la palabra en todo el trayecto a la espera de esa explicación, la cual no ha llegado. Marcus tenía la vista fija en la carretera con el ceño fruncido, el móvil le ha sonado varias veces y no se ha dignado a responder la llamada. Algo oculta, eso ya se lo ha desvelado y debe ser muy importante para que se monte todo esto. Desde esta mañana todo ha ido en decadencia y la sombra de las mentiras se adueñan de su relación.

Todo ese comportamiento no es digno de él. No con ella.

No tenían secretos. No antes.

No había mentiras. No entre ellos.

Todas las preguntas que le asaltan se han clavado como el aguijón de un escorpión y su veneno empieza a atacar a sus pulmones, el aire parece no llegar hasta ahí. No le gusta esta sensación que la ahoga. Aún tiene puesto el vestido que había elegido para la ocasión, se mira en el espejo y observa todo el empeño en maquillarse para parecer alguien que no es, hoy junto a él quería jugar otro papel.

Ser mayor. Demostrar que ella también había crecido, pero para ellos sigue siendo esa chiquilla a la que siempre quieren proteger, aunque sea con mentiras.

Con el dorso de la mano se retira el pintalabios, restregándolo por su pálida piel y dejando un rastro carmesí en su mejilla. Su reflejo le sonríe con ironía sin apartar la mirada. Grita de impotencia al descubrir que no puede hablar con su padre, y ahora, también se une a la ecuación su hermano. Demasiados secretos y mentiras que comienzan a endurecer los muros que se han creado entre ellos.

—Señorita. —La voz sofocada de Emilia, al otro lado de la puerta, la arranca de su estado.

—¡Qué! —espeta, excesivamente alto.

—¿Está bien? —Suspira antes de añadir—. La escuché gritar, pensé que se encontraba mal.

Sopesa durante unos segundos qué le puede decir a Emilia, otra vez está pagando su frustración con ella. Se acucilla con la cabeza entre las piernas y respira hondo varias veces.

—Una, dos y tres —musita.

En la última bocanada intenta coger todo el aire que acaparan sus pulmones y lo expulsa con suavidad. Se yergue frente al espejo con una actitud renovada y le devuelve la mirada a su reflejo, que la mira atento a sus próximos movimientos.

—Emilia, estoy bien. —Camina hacia la puerta y se queda pegada a ella—. Creía haber visto una araña, pero era una sombra.

—¡Ah! Vaya, entonces no la molesto más.

Los pasos de Emilia se alejan de la habitación y Lena, sin pensarlo, la vuelve a llamar antes de que se aleje más de ella. Entreabre la puerta lo suficiente para oír donde está y se oculta tras la madera.

—Emilia... —susurra.

Emilia se detiene en el acto nada más escuchar que el tono de su voz ha cambiado. Lleva muchos años en la familia, demasiados, ha visto muchas cosas en el interior de las paredes de aquella casa, y la ha visto crecer. Aunque solo la viera en contadas ocasiones, siempre ha conocido el fuerte carácter de Lena. Desde niña ya mostraba la dureza en sus palabras, eran más grandes que la propia niña.

Ha sido el testigo mudo de cómo las sombras crecían alrededor de todos los que habitan la propiedad.

Intentó con toda su alma endulzar la vida de la pequeña, no obstante, era un trabajo casi imposible para una sola persona, dado lo poco que la veía y compartía con ella. Aunque Marcus siempre estuvo ahí mostrando ese cariño, tan necesitado, al final las espinas seguían creciendo. ¿Cómo puedes evitar que una rosa deje de pinchar? Desde su nacimiento van creciendo espinas por el tallo, evitando así que la puedan tocar, que la puedan alcanzar y que, si la cortan, si no son cuidadosos, puedan clavarse en la piel. Es su protección, una extensión de su epidermis alrededor de ella en forma de espinas puntiagudas decididas a pinchar si te atreves a acercarte demasiado.

El vago recuerdo del nacimiento de Lena llega como un susurro con la voz de Allegra, las palabras que le dijo días antes de su muerte; «cuida de ellos», las alberga en lo más profundo de su corazón. Cierra el puño intentando atraparlas ahí. Se lo encomendó a ella, algo fugaz que pasa por tu mente cuando presientes que no puedes luchar más y no volverás a estar ahí. Allegra no dejaba nada al azar, eso fue lo que le desvelaron sus ojos al pronunciar aquella frase que sentenció la vida de Lena en su último aliento. Esa noche donde todo cambió.

Lo prometió y cumplirá con cada deseo que se ha destinado en ella.

—¿Sí? Dígame señorita.

—Creí ver algo, una sombra oscura en una de las paredes. Algo que no debía de estar ahí. ¿Nunca te ha pasado? —La mirada de Lena está fija en la madera maciza de la puerta, acaricia cada veta con lentitud a la espera de las palabras de Emilia.

—¿Confundir una sombra?

—Sí.

—Demasiadas veces. —Sonríe mientras se lleva la mano al pecho.

—Pues es lo que me acaba de ocurrir, la sombra parecía una araña, pero era solo eso. Una sombra. —La mentira de la araña está dejando salir ese veneno que empezaba a ahogar su razón y suspira aliviada, notando como se aligera esa pesada carga.

—Quédese con eso, una sombra es solo eso, una sombra. —Emilia atesora las palabras de Lena y no puede evitar encontrar similitudes con las conversaciones que tenía a veces con Allegra, cuando la encontraba en la biblioteca con el pelo despeinado cayéndole por la cara y la mirada perdida entre aquellas cartas.

—Gracias, Emilia. —Cierra con suavidad y se aparta de la puerta para desvestirse—. No creo que baje a cenar, me apetece descansar.

—De acuerdo; aun así, tendrá su plato reservado por si más tarde desea bajar.

No puede evitar sonreír al escuchar las últimas palabras de Emilia, siempre será el ancla a la realidad en esa «guarida» a la que llaman hogar. Desde hace unos años tenía esa sensación, ahora desde que son unos adolescentes se palpa muchísimo más.

Escondidos en el fondo de una cueva esperando a que vuelva papá. No pueden salir a jugar, porque los peligros los acechan esperando atacar. Hoy ha descubierto que hay depredadores por los alrededores que no conocía, y a su vez, ha visto cómo su hermano ha crecido sin ella en este tiempo que han estado separados. Él sí ha salido a cazar.

Deja caer el vestido a sus pies, lo empuja a un lado y se desploma sobre la amplia cama. Aunque aún entra mucha luz a través de las ventanas, prefiere quedarse aquí encerrada con sus pensamientos a salir, porque si lo hace derribará la puerta del cuarto de su hermano en busca de esas respuestas que no le dará. Se abraza a uno de sus cojines en forma de corazón y hunde su rostro en él. «Yo también saldré de esta cueva y creceré».

Un sonoro golpe la despierta. Se había quedado dormida profundamente, la noche parece haber envuelto la casa y la luna está en lo más alto. Es la única luz que entra a través de la ventana. Nota el rastro de saliva seca en la comisura de su boca, ha debido de caer rendida. Aguza el oído intentando escuchar otra vez eso que la ha despertado.

Silencio.

Se sienta en la cama y mira a su alrededor, acostumbrándose a la oscuridad que la abraza en esa habitación que ahora está helada.

—Ha debido de ser mi imaginación —susurra para sí.

De repente, un portazo en mitad del silencio hace que se agite todo su cuerpo. Unas voces amortiguadas llegan a lo lejos. Dirige sus pasos con premura hasta la ventana y se oculta sigilosa entre las cortinas. Recuerda que está en ropa interior, no obstante, esto es mucho más importante que cubrir su piel.

Descubrir de donde provienen las voces.

A lo lejos divisa como unos hombres de negro cruzan el camino de piedra que va hacia el jardín trasero de la casa y cree atisbar que arrastran un cuerpo que se revuelve insistente. No está segura de lo que ve y eso despierta mucho su curiosidad.

Los perderá de su campo de visión en cuestión de segundos.

Saben dónde van, a la jodida casita de invitados a la que tiene prohibido entrar.

—¿Hoy no era el día de romper las reglas de papá?, pues vamos a ello con todo el arsenal. Ya me he cansado de estar encerrada, ahora me toca a mí salir. —Se alienta a sí misma.

Muerde su labio con intensidad antes de que se pierdan esos hombres en la negrura de la noche. Corre hacia su vestidor y elige lo primero que ve, una ropa de deporte que nunca usará, no allí.

No tiene tiempo que perder, irá a esa dichosa casa y descubrirá por sí misma los secretos que no le quieren revelar, será ella la que vea la verdad que ocultan en esas paredes.

Se acabó esperar.

Lealtad

Sigilosa camina entre los setos que decoran el imperioso jardín, el olor a césped recién cortado inunda sus fosas nasales. No se ha colocado unas zapatillas y ahora lamenta no haberlo hecho clavándose cada piedrecita que reposa en el camino. Quería darse prisa e intentar alcanzarlos antes de que se metieran en el interior de la casita. No lo ha conseguido, ha sido adentrarse en la oscuridad tras abandonar la seguridad de la cocina y escuchar en la lejanía cómo cerraban la puerta de la entrada. Ese sonido metálico que hace, justo antes de cerrarse del todo, era la alarma para alertarla de que no la verían cruzar el jardín. Traga saliva con el corazón a punto de salirse del pecho por la idea de ser descubierta, aunque no quiere tener que encontrarse con él, necesita saber qué esconden ahí. No hace frío en el exterior, solo corre una pequeña brisa que agradece al contacto con su piel perlada en sudor, los nervios se hacen con el control de su cuerpo y siente cómo se le engarrotan los músculos según se acerca a una de las ventanas que no está iluminada.

La puerta se abre un segundo y su corazón se para de golpe, si por un casual uno de los hombres de su padre rodea la casa, la descubriría al instante. Sabe que no debe acercarse, sabe que no debe de estar ahí y, aun así, es lo que más anhela ahora mismo. Está cerca de la ventana que rebosa oscuridad, pega su espalda contra la helada pared al escuchar el sonido atenuado de unos pasos sobre el césped seguido de un pequeño *clic*.

Sea quien sea se ha salido del camino empedrado que lleva hasta la entrada. «Joder, me van a ver», piensa para sí antes de tomar una decisión precipitada. Necesita sopesar varias opciones, ahora no tiene ese tiempo que le gusta tomarse para valorar las posibilidades, tiene que actuar ya. Se ha ido desplazando con lentitud hasta colocarse bajo la ventana, mira hacia arriba fijándose que hay una pequeña abertura, y sin meditarlo demasiado se interna en el interior de aquella habitación. Sin saber realmente que hay dentro de ella, sin conocer su paradero, se deja caer contra un suelo enmoquetado que amortigua su caída. En ese preciso instante, el hombre que creyó escuchar, pasa por delante de su ventana, se detiene de espaldas a ella y deja escapar un espeso humo del interior de su boca. Lena está agazapada en el suelo, muy quieta, con los ojos bien abiertos, sin intención de parpadear. Espera en silencio, mientras respira de forma pausada, no quiere hacer el mínimo ruido, pero los latidos de su corazón colapsan cualquier sonido. Si ese hombre hablara en este preciso instante, no sería capaz de escuchar su voz. Observa cómo sigue su camino alejándose de su posición y suelta todo el aire que tenía retenido. No consigue ver bien lo que la rodea, todo está en plena oscuridad, espera a que sus ojos se adapten a la escasez de luz y descubre lo que parece una habitación de invitados bastante amplia. Una luz se enciende al otro lado de la pared en la que está ella delatándole donde está situada la puerta, la rendija de luz ilumina parte de la estancia.

Pasos, voces y sombras de alguien que ha pasado por delante de la puerta. Se arrastra por la

moqueta hasta llegar a ella, trata de ver a través de la rendija y solo consigue apreciar los zapatos de las personas que cruzan el pasillo. El sonido de un cerrojo le revela que han abierto una puerta.

—Ahora vienen, espera aquí —sentencia, una voz áspera.

El portazo que dan tras esa frase hace que Lena pestañee con fuerza, se alejan pasando frente a su puerta con pasos decididos. Se da la vuelta colocando la espalda contra la moqueta y respira relajada, el sudor empapa ligeramente la camiseta de algodón blanca que se ha colocado. Necesita calmar el galope de su corazón.

Algo le dice que no tardarán en volver. No sabe cuánto tiempo lleva ahí, pero ahora no puede salir y esta es la consecuencia de este plan descabellado.

—¿Dónde está? —La voz de su padre rompe el silencio que había perpetuado tras ese portazo.

Se gira instintivamente para volver a fijar su vista por la rendija de la puerta.

—Le está esperando —anuncia alguien que no reconoce.

—¿Ha dicho algo?

—No, señor, no ha querido hablar nada —contesta escueto a su pregunta.

—Trae a Marcus.

—¿Lo despierto?

—¿No hablo lo suficientemente claro? ¡Ya! —La forma de hablar de su padre es afilada como la hoja de un cuchillo.

—Lo siento, señor.

«¿Traer a Marcus? ¿Qué es lo que hay en esa habitación?». Se mantiene mirando los zapatos de su padre desde la seguridad que le brinda esa estancia. Solo le separa la madera caoba de la puerta, hacía tiempo que no lo tenía tan cerca. Es triste comprobar que lo más próximo que puede estar de él sea de esta manera y no manteniendo una comida como le había prometido. Rememorar momentos así, le lacera por dentro.

No pasa mucho tiempo hasta que aparece Marcus por la puerta.

—¿Suced algo? —pregunta, soñoliento, Marcus.

—No preguntes. Sígueme.

—Quería comentarte antes... —La frase de Marcus es cortada al instante antes de que pueda seguir.

—Ya hablaremos del «incidente» del restaurante —dictamina.

—¿Lo sabes?

—Yo lo sé todo, Marcus —asevera mordaz.

La piel de Lena se eriza al escuchar esas palabras, por un instante piensa que puede saber, incluso que ella esté ahí agazapada, fuera de su habitación, volviendo a romper las normas. El miedo se instaura en su interior dejando ese atisbo de duda, no obstante, su obstinación es más grande y no se irá de allí sin descubrir qué traman.

Consigue ver con dificultad como se alejan hasta esa puerta que está situada al final del pasillo. Antes de abrirla parece decir algo a su hombre y este se aleja de ellos. Aunque pega la mejilla en la moqueta, no puede ver mucho más de lo que le permite ese pequeño hilo de luz.

—Vas a conocerlo.

—¿A quién? —pregunta su hermano.

—A tu sombra —sisea, siniestro.

Intuye que siguen hablando de algo, pero el susurro es más apagado. Entran al interior de la habitación y ya no puede escucharlos, ni ver nada más, la luz brillante del pasillo es apagada y la negrura de las sombras se apropia de todo lo que la rodea. Suspira aliviada al no ser descubierta,

aunque decepcionada de haber llegado hasta esta habitación y tener que irse con las manos vacías. Ha venido hasta aquí con una valentía infundada por descubrir la verdad, cansada de estar escondida y esperando las órdenes de papá. «¿Ahora me voy a marchar? No, hemos venido hasta la guarida del lobo y nos vamos a adentrar hasta el fondo».

Da un salto para levantarse, mira antes por la ventana descubriendo a dos de los hombres de su padre en el exterior. No sabe con certeza cuántos están hoy por la casa, sin embargo, siente una seguridad que la anima a seguir. Llega a la puerta para abrirla con sumo cuidado de no hacer ningún ruido, la deja entreabierta unos segundos antes de asomar su cabeza. Mira a ambos lados, no hay rastro de nadie.

Las voces de su padre y su hermano retumban a través de las paredes, son intangibles para ella desde su posición. Unos pasos la separan de esa habitación que está al final del pasillo, los da con cautela y percibe como la puerta no está cerrada del todo. Esa es la señal que le hace apresurar sus pasos para llegar hasta ahí. La luz del pasillo está apagada y agradece la oscuridad que ahora la abraza dándole la oportunidad de aproximarse un poco más. La iluminación de la habitación irradia con intensidad por la abertura y Lena es atraída como una polilla a la luz.

—...tengo toda la información encontrada hasta ahora. Es todo tuyo, pregúntale lo que quieras.

—¿Mío? ¿Qué le voy a preguntar si me dices que tienes toda la información en esa carpeta?

—Reacciona. Esto tendrías que hacerlo tú.

Lena contempla el interior de la habitación, no tiene la visibilidad que le gustaría, pero consigue ver quién es la persona que tienen ahí. Un muchacho con el pelo negro que le cae por la cara, tendrá la misma edad que ellos o un par más, tiene la vista clavada al suelo, no levanta la cabeza. Se fija en el torso descubierto lleno de cicatrices, algunas recientes, y observa cómo se le tensan los músculos de los brazos, según hablan de él.

—Carreras ilegales de coches, robos, ajustes de cuentas, peleas callejeras... —Arquea una ceja con una sonrisa ladeada—. Siempre consigues ganar. ¿Hay algo que no sepas hacer? —pregunta James colocándose delante del muchacho.

El nuevo invitado que ocupa la silla sigue con la cabeza agachada y no levanta la vista.

—Mírame —dice al muchacho que no se inmuta de la petición de su padre.

—Lo han traído a la fuerza, es normal que no quiera colaborar.

—*Shhh*. —Levanta una mano para acallar a su hijo—. Sé lo que te mueve, percibo esa oscuridad en tus actos...

James agarra el mentón del chico obligándolo a que lo mire. La mirada de ese muchacho es fría, si creía que la de su padre le causaba que su sangre se helara, la de él le congela toda la que fluye ahora mismo hacia su corazón. Este se la mantiene y no la baja en ningún momento.

—Tienes cojones —espeta—. ¿Me vas a decir cómo te llamas?

El silencio es la respuesta que obtiene. La mirada gélida sigue clavada en la de su padre sin separar los labios ante su pregunta.

—¿No quieres hablar? —Aprieta los dedos en la barbilla—. Tengo maneras de hacer que hables y no te van a gustar.

—Dame un segundo —interrumpe Marcus.

Se acerca a la mesa donde ha colocado su padre la carpeta y ojea por encima toda esa información. Revisa las hojas echando miradas fugaces al muchacho que tiene delante. Arquea una ceja al leer parte de su pasado, un pasado muy oscuro para alguien tan joven como él. Da unos pequeños golpes con el dedo en ese punto del texto mientras se aproxima.

—¿Lo hiciste todo por ella?

La mirada del color de la miel se voltea para contemplar a Marcus por primera vez. El celeste grisáceo de su hermano se enfrenta a las llamas que se encienden tras el ambarino de los ojos del muchacho.

—Y lo haría mil veces —ruge entre dientes.

—No será necesario —determina con un tono firme.

El muchacho no deja de mirar los movimientos de su hermano escuchando atentamente sus palabras y arquea una ceja expectante.

—Desde ahora vivirás aquí. —Su padre se aleja para dejar paso a su hijo—. Tendrás que acostumbrarte a tu nueva vida, ya no estarás a merced de todas esas bandas que tanto te han curtido. —Contempla cada una de las cicatrices esparcidas por el cuerpo de aquel muchacho—. Estarás a mi lado, sé que a lo mejor no es lo que esperabas, pero comprobarás que vas a vivir mucho mejor que allí. Tendrás tu propio espacio, podrás entrenar, acceso a coches de alta gama y vivirás bajo mi mismo techo. Estarás rodeado de lujos y compartirás mi mesa.

—¿A qué precio? —Mantiene una mirada lacerante.

Lena contempla cómo su hermano camina de un lado a otro sin dejar de mirar las hojas que están entre sus manos. Aún conserva la ropa que llevaba cuando estaba en la cama, sin embargo, algo parece haber cambiado en la habitación, mantiene una posición más erguida y vuelve a ver al Marcus oscuro que había visto en el aparcamiento. Ese que parece crecer con su sombra.

—Solo te pediré una cosa.

—¿Qué? —Escupe en el suelo cerca de los pies de Marcus.

—Lealtad.

En ese instante, Lena presiente como si una serpiente se le enroscara por la garganta impidiendo que le llegue el aire y le salgan las palabras. «¿Qué es esto que estoy presenciando? ¿Quién es él? ¿Por qué? Marcus, no te reconozco», demasiadas preguntas que no obtendrán respuesta a no ser que abra esa puerta de par en par. La imagen de aquel muchacho postrado en esa silla a merced de James, el torso fibroso lleno de cicatrices y algunas con un pequeño hilo carmesí que desciende hasta el inicio de su pantalón. No ha podido evitar fijarse en los nudillos destrozados, posiblemente de las peleas callejeras que ha nombrado su padre y unas diminutas marcas que parecen ser de quemaduras en el brazo. «¿Quién eres? ¿Qué eres?».

—Si cumples tu palabra, la tendrás —asevera.

James camina con rapidez hasta posicionarse detrás del muchacho y le coloca ambas manos sobre los hombros, ejerciendo la fuerza suficiente para que tenga que colocar recta la espalda contra el respaldo de la silla. Acerca su mejilla hasta el oído de él.

—No estás en posición de negociar, chico —sisea a la vez que aproxima sus manos al cuello.

Desde su cobijo en la oscuridad del pasillo, Lena contempla como el muchacho aprieta con fuerza los puños y todo su cuerpo se pone rígido.

James no se mueve, ha dejado las manos rodeando su cuello sin presionar, provocando toda esa tensión que se respira en el interior de aquella habitación. Está esperando si es capaz de morder la mano que le dará de comer.

—Soy Marcus, ¿cómo te llamas?

—Derek —espeta forzando la voz a través de las manos de su opresor.

Las manos se sueltan ligeramente liberando el cuello de Derek. La nuez de este sube y baja manteniendo sus labios en una fina línea recta. Marcus se coloca frente a él y le tiende la mano, sopesa durante un segundo si tomarla, pero algo llama su atención en la oscuridad del pasillo, le ha parecido atisbar algo. Solo ha sido un momento en el que ha desviado su mirada ambarina y la vuelve a fijar en la mano que le ofrecen. La agarra con decisión y Marcus tira de él ayudándolo a

ponerse en pie.

Lena ha sentido como si un rayo la alcanzase cuando la mirada de Derek ha impactado con la suya. Es imposible que la haya podido ver; aun así, le ha dado la impresión de que ha atravesado cada una de sus barreras viendo a través de la piel. Solo ha sido unos segundos donde esa electricidad le ha calcinado la razón. «¿Qué ha sido eso? ¿Me ha visto? Ha sido mi imaginación, ha tenido que ser una puta casualidad».

Se aleja de la puerta lo más rápido que puede sin hacer ruido, no quiere presenciar nada más. Preguntará a su hermano por la mañana, se acabaron las mentiras y si le niega la verdad, le soltará todo lo que ha visto esta noche. Se introduce de nuevo en la habitación en la que estaba antes escondida y repta metiéndose bajo la cama al recordar que los hombres de su padre siguen fuera de la casa. Saldrá cuando todo esté en calma. «Nadie sabe que estoy aquí, aunque él... No. No me ha visto, los nervios me la han jugado», se dice a sí misma antes de colocarse en postura fetal para evitar a toda costa ser descubierta.

Legado

Está sentado en el despacho de su padre asimilando todo lo que ha pasado, la luz anaranjada del amanecer entra tímidamente entre las cortinas y comienza a llenar toda la sala transmitiendo la calma que necesita. Contempla las carpetas que descansan encima de la mesa, los bolígrafos y las fotografías que están a un lado con pequeñas anotaciones. Ha leído con tranquilidad todo lo que tenían sobre él, descubriendo muchas de las cosas que se ha visto obligado a hacer, entre ellas hay algunas fotografías que muestran una escenografía difícil de olvidar. Aparta la mirada de la imagen que se le ha grabado en la retina, parpadea varias veces pretendiendo eliminar lo que acaba de ver y se toca el puente de la nariz. Han moldeado su cuerpo, haciéndolo letal, movido por una oscuridad que le ha ido creciendo con cada acto cometido.

No debería de ser así, ni la vida de ellos, ni la de él, no obstante, no les queda otra que sobrevivir.

Observa su mano, la que hace menos de unas horas acababa de estrechar con la de Derek y se deja ir con el pensamiento de que no son tan diferentes. Él, no se ha manchado las manos como tal, siempre lo han hecho los hombres de su padre y que, en algún momento, serán los suyos. Ha dado las órdenes desde la seguridad que le brinda el apellido que ha heredado, las paredes que lo rodean y la autoridad que ejerce allá donde va. Piensa en cada acto cometido, no todo han sido firmas que se hacen sobre unos documentos, algunas han sido sobre la piel y no ha sido la de él. Esas que dejan cicatrices difíciles de borrar, no como la tinta en un papel.

La puerta del despacho se abre sin previo aviso. Levanta la vista para encontrar la mirada penetrante de su padre delante de él. Siempre le ha impuesto mucho respeto la imagen de James, es un hombre bastante alto, de hombros anchos y muy fornido para su edad. Sus ojos azules como los zafiros destilan una maldad contenida. Es algo que envidia de su padre, con solo una mirada es capaz de parar un vendaval.

—Lo has hecho bien.

—¿Debo de agradecer ese cumplido? —pregunta con ironía Marcus.

—Hablaemos de lo ocurrido cuando estemos todos reunidos.

—¿Sobre Derek?

—No. Sobre tu pequeña excursión y las consecuencias que van a tener en esta familia —espeta.

—No ha pasado nada.

—¿Eso es lo que crees? —Da un golpe sobre la mesa con la mirada llena de oscuridad.

—¿Qué piensas hacer? —No le gusta el camino que está tomando la conversación, conoce demasiado bien a su padre para saber que ya tiene todo decidido y no ha contado esta vez con él.

—No. Yo no haré nada, tú lo harás.

Nota como el frío le recorre toda la columna vertebral, desde los dedos de los pies hasta la

nuca, asimilando las palabras que acaba de lanzar contra él. Ese puñal se le ha clavado en el costado y es algo que no se había podido imaginar. Mira a su padre desafiante, tragándose la ira que empieza a bullir por su garganta. Cierra los puños con fuerza y el cuello se le tensa cuando la ira le llega hasta la boca notando incluso su sabor.

—No me mires así, Marcus. Decisiones como estas vas a tener que tomar muchas a lo largo de tu vida, algunas no te gustarán...

—No puedo hacerle eso.

—Ya se lo has hecho —sentencia con una dureza que le cae encima aplastando todas sus esperanzas.

—Papá...

—No, Marcus —sisea—. James. Ahora, no soy tu padre, ahora soy quién te está enseñando la crueldad que podemos causar con las palabras. —El porte de su padre se mantiene, no se mueve con cada frase afilada que deja salir de su boca—. Ahora, soy el demonio que te acechará hasta que sepas actuar. Ahora, seré la soga que ahogará todos tus sueños donde pensabas que podrías vivir con ella aquí como si todo fuera normal.

La ira de Marcus se disipa y se mezcla en su paladar con un dolor que le quema por dentro, la culpa. Suspira abatido con el sabor amargo de lo que le acaba de confesar.

—Lo harás bien.

Marcus frunce el ceño y se muerde las mejillas atrapando las palabras que quiere dejar salir de su boca. Quiere culpar a su padre por ser como es, sin embargo, sabía que no debían saltarse las normas impuestas en esa casa. Tantos años manteniendo la calma en su vida, estropeados por una simple salida.

—Y sobre Derek, tú tomarás las decisiones importantes. Lo harás a tu manera.

—¿Pero? —Contempla la sonrisa ladina de su padre.

—Yo lo enseñaré. Yo lo entrenaré.

Esa frase acaba de abrir una puerta que estaba cerrada para él, su padre le ha enseñado muchas cosas sobre cómo manejar la organización que lideran. Lo ha guiado para tener un temperamento tenaz, imponer respeto con solo una mirada y un entrenamiento duro que le hizo asumir su papel, asistiendo a «reuniones» que aún le cuesta olvidar. Con Derek no será así, acaba de comprobar por esa sonrisa que lo va a dejar que se pierda del todo en la oscuridad que tiene en su mirada. Por eso lo eligió a él, por eso lo buscó nada más empezar a escuchar los rumores de cómo era ese muchacho que parecía no temer a la muerte. Cada vez que llegaba algo de información, el rostro de su padre cambiaba, no estaba seguro de quién se trataba, hasta esta noche. Hasta ahora pensaba que solo sería un peón más en la organización, ahora descubría la oscura verdad.

Su padre rodea la mesa esparciendo las fotografías de las torturas que ha ejecutado Derek y que él se negaba a mirar más de lo necesario. No es un simple muchacho, lo han utilizado de ejecutor, como un perro de caza que ha ido mejorando con cada orden que le daban. Una risa orgullosa escapa de la garganta de James al contemplarlas. Se coloca tras el asiento de su hijo dejando caer ambas manos sobre los hombros, el peso de sus manos es ligero, pero con cada imagen que examina se vuelve más pesado.

—Contempla su oscuridad, esa que te acompañará siéndote leal.

8

El plan

Despierta con una molestia sobre los brazos que le pide a gritos moverlos. Cuando los estira, se da cuenta de la realidad, sigue escondida bajo la cama de la casita de invitados. Ojea su alrededor al ver toda la luz que entra a raudales por la ventana y analiza todo lo que la rodea. El pie derecho se le ha dormido, mueve como puede los dedos para despertarlo porque el hormigueo empieza a molestar. Roza algo que le hace mirar hacia abajo descubriendo unos calcetines arremolinados a los pies de la cama. Entró cuando todo estaba oscuro, realmente no sabe qué es lo que hay en el interior de esa habitación. De repente percibe un olor, entre sangre y sudor, hay alguien más ahí con ella.

Repta con cuidado por debajo de la gran cama intentando atisbar algo más y se da la vuelta; unos pantalones oscuros tirados encima del aparador, el cinturón desgastado le cuelga de un lado y la hebilla acaricia la moqueta en un suave balanceo. Ahora que tiene mayor visibilidad descubre que la habitación es más amplia de lo que intuyó anoche, al fondo una puerta que lleva a un baño de un blanco impoluto. Localiza la ventana por donde se coló y descubre que está cerrada, ahora entiende el hedor que hay encerrado en la estancia. Si tan solo pudiera salir de ahí, iría hasta la ventana para correr hacia la casa. Un fuerte carraspeo la alerta, recordándole la persona que está tumbada sobre el colchón y que ahora se mueve efusivamente.

Lena se queda congelada al ver cómo unos pies se colocan a la altura de su cara. Los talones están clavados en la moqueta, miles de ideas pululan por su cabeza en busca de una salida. Sus manos están plantadas sobre la moqueta y se mantiene a la espera de lo que hará esa persona, suspira con suavidad, no quiere que la escuche respirar.

«Joder, joder, joder».

Sea quien sea se toma con calma desperezarse, tras unos segundos demasiado largos, por fin decide ponerse en pie y se dirige hasta la ventana abriéndola de par en par, luego lleva sus pies hasta el cuarto de baño. Ahí descubre quien es la persona que ha tenido sobre ella, es el muchacho de anoche, Derek. Atisba desde su posición a través del espejo su espalda, decorada de cicatrices y un pequeño tatuaje que no logra distinguir desde tanta distancia. Abre el grifo y el vapor comienza a escaparse del baño. No se puede mover, está hipnotizada observando a ese muchacho que es ajeno a que alguien más está ahí con él. No cierra la puerta y ella puede ser testigo de todo lo que hace en el interior. Derek deja caer el bóxer blanco que llevaba puesto, Lena no puede evitar ruborizarse al contemplar el trasero desnudo de él y aparta la mirada con timidez. Se interna en la ducha cerrando con un sonoro golpe la mampara.

«Reacciona, Lena».

No esperaba encontrarlo ahí y menos verlo así. El sonido del agua enmudece cualquier ruido que pueda hacer ahora, es el momento, tiene que salir. Vuelve a fijar la vista en la ventana conocedora de su alocado plan, correr, saltar y volver a correr sin parar hasta llegar a la casa.

Gira sobre sí misma, se arrastra con cautela hasta el alfeizar y coloca ambas manos para auparse y saltar. El grifo se cierra y el corazón de Lena se paraliza.

«No te frenes ahora, es ahora o nunca».

Salta y en el último segundo cree verlo por el rabillo del ojo. No está segura y tampoco se quedará para comprobarlo, tiene que salir antes de que su padre la encuentre ahí.

Corre entre los setos como una gacela, el sol brilla con intensidad sobre el agua de la piscina lanzando pequeños destellos llamando su atención, pero se niega a mirar. No puede parar. Llega hasta la puerta de la cocina, la cual está abierta, si está así, es que Emilia está cerca. Pasa al interior y por un instante no ve absolutamente nada a causa del cambio de luz del exterior, mientras sus ojos se adaptan, comienza a caminar despacio simulando que acaba de levantarse y aún su cuerpo no estuviera del todo despierto. Se acerca hasta la nevera con disimulo y la abre para coger una botella de agua. El olor a tortitas recién hechas le hace voltear para buscarlas, pero lo que encuentra delante de ella la deja fuera de lugar.

La observa con detenimiento desde la mesa central de la cocina. Los ojos azules como el cielo se clavan en ella, algo en su interior intenta buscar una explicación para hallarlo ahí, no obstante, sabe que no la hay. Él, hace lo que quiere, cuando quiere y si te quiere sorprender con las manos en la masa, lo hará. «Yo lo sé todo», la frase que le dijo a Marcus en el pasillo, le quema los tímpanos. Su padre mantiene el porte serio, la barba blanca recortada y perfilada le da un aspecto más afilado a su mentón, y la carencia de pelo sobre su cabeza lo hace más fiero. Es un hombre que aún conserva ese atractivo que lucía en su juventud, manteniendo un cuerpo fornido para su edad y vistiendo trajes elegantes de corte italiano hechos a medida debido al gran tamaño que lo caracteriza. Destaca su altura, aun sentado en la silla. Tiene un carácter duro y es capaz de petrificarte con sus palabras en cuestión de segundos. No hay discusión que puedas ganar, él siempre tendrá la última palabra.

—Buenos días, Lena —anuncia sesgando el silencio que presidía en la cocina, incluso el dulce olor de las tortitas parece haberse agriado.

No puede hablar, todo lo que le quería decir parece haberse quedado en el interior de aquella casita de invitados. No se puede mover, la mirada de su padre no la dejará. Los brazos de James se colocan sobre la mesa y los cruza ligeramente por delante de él, se lleva una mano al mentón donde se acaricia su barba blanca durante unos segundos antes de añadir:

—Siéntate.

—No.

James mira a su hija y arquea una ceja, sorprendido, al escuchar ese «no». Ahí está el carácter fuerte que recordaba, no es como Marcus, ella siempre quiere luchar hasta el final, con uñas y dientes.

—Voy a mi dormitorio, donde debo estar —anuncia.

—¿Cómo?

—Sí, encerrada, sin salir. Es lo que tengo que hacer. —Sonríe dócilmente durante unos segundos que casi son imperceptibles.

—Las cosas no son como crees.

—¿Cómo son? ¡Ah!, es verdad no se me puede contar nada. Secretos y mentiras. —Se da la vuelta dejando plantado a su padre en la cocina con el veneno de sus palabras, llenas de una verdad que sabe que lo golpeará.

—A las siete, sé puntual, Lena. —Es lo último que escucha de su padre.

Sube con el corazón agitado hasta su habitación, cerrando tras de sí. Desenrosca el tapón de la botellita de agua y se la bebe casi de un trago, siente cómo se le ha secado toda la garganta al

dejar salir esas palabras. Tenerlo frente a ella siempre le supone un gasto de energía que le cuesta recuperar, sin embargo, después de lo que vivió anoche, en el interior de aquella casita de invitados, está dispuesta a enfrentarse a ambos. Primero hablará con Marcus y si él no le cuenta nada, lo hará con su padre.

Tiene hasta las siete para llevar a cabo su plan.

Tumbada en la fría colchoneta y mecida por la suave brisa, se deja llevar sobre el agua cristalina de la piscina. Se ha permitido un momento de relax, necesita acallar todas las voces que tiene en su cabeza y pensar con claridad. La imposición de su padre se repite en su mente con el eco de su voz: «A las siete». Lo había dejado con la palabra en la boca, marchándose con elegancia de la cocina, abandonando sus palabras en el aire, algo que le encanta hacer, y más a él. Sin embargo, no esperaba esa última frase desbaratando lo que tenía planeado. Su plan era ir a la habitación de Marcus y conseguir sonsacarle toda la verdad, no obstante, tras el anuncio de su padre, la idea ha tomado otro camino. Sí que ha ido a la habitación de Marcus, pero estaba completamente vacía. Emilia hacía rato que había pasado por la habitación y hecho la cama, lo que significa que desde que lo vio anoche no volvió a su dormitorio. No había rastro de él, ni siquiera estaba su reloj.

Debido a este giro inesperado de los acontecimientos, Lena se ha visto obligada a improvisar. El día estaba despejado, sin una nube que ensuciara el precioso azul intenso del cielo. La temperatura era la idónea para pasar un rato agradable junto al agua y el aroma de las flores que decoran el vasto jardín, invitaba a relajarse sobre una de las tumbonas que rodean la piscina. Tantas hamacas desaprovechadas cuando solo eran tres en esa enorme casa, los hombres de su padre, ni los contaba, eran simples peones para él. «¿Cuánto poder tenía su padre? ¿Qué manejaban aparte de cadenas hoteleras como le hacían creer?», eran dudas que la asaltaban cada vez que los veía pasear por las cercanías de la casa, pero como todo, tenía prohibido preguntar.

Muerde sus mejillas y chasquea la lengua mientras echa la cabeza hacia atrás, reposándola sobre el aire retenido en la colchoneta de color púrpura brillante. Colocarse aquí no solo ha sido una idea casual, era necesario para lo que tenía en mente. Es el mejor lugar para atisbar quién sale y quién entra de la casita de invitados. Si su hermano está ahí tiene que pasar cerca de la piscina, aunque la quiera rodear, ella lo vería salir por la puerta y no le quedará más remedio que reconocer que ha estado ahí toda la noche. Había mentalizado las preguntas que le quería hacer, cómo abordarlo para que no pudiera evitar responder, sin embargo, siempre estaba la posibilidad de negarlo todo y entonces ella, lo notaría. Sabía cuándo mentía, por eso Marcus siempre evitaba responder a seguir alimentando sus mentiras.

Introduce una mano en el agua para frenar el giro de la colchoneta que le iba a impedir tener la total visibilidad de la casita de invitados. Realiza pequeños círculos con la muñeca y vuelve a colocarse en la posición que precisa. La dulce melodía del carillón de viento la envuelve durante un instante y el tintineo de unas llaves se mece al compás de las pequeñas hojas verdes que se han levantado con ese soplo de aire fresco.

—Señorita. —La voz de Emilia le llega desde la espalda.

—Dime, Emilia. —Deja caer la cabeza un poco más hacia atrás hasta ver al revés a Emilia al otro lado de la piscina.

—Aquí le dejo una jarra de limonada —anuncia con una sonrisa.

Lena mira de reojo la mesa donde ha depositado la jarra y observa que hay más de un vaso.

—Con un vaso será suficiente —determina.

—Es por si su hermano la quiere acompañar.

Se yergue colocando los codos sobre la colchoneta y se baja las gafas de sol para mirar con

complicidad a Emilia. Aunque comparta poco tiempo con ella, la conoce demasiado bien y sabe cuándo está planeando algo.

—¡Ah! Pero... Es que no sé dónde está. —Sonríe con picardía.

—Más cerca de lo que crees. —La voz de Marcus la deja fuera de lugar.

Emilia, al ver a ambos hermanos juntos, se aleja con una sonrisa dibujada en el rostro. Pocas veces puede compartir esa imagen. Hay heridas que dejan una visible cicatriz, sin embargo, cuando ellos están juntos, son capaces de cualquier cosa, hasta de curar la más dolorosa de las enfermedades. La soledad que anida en el corazón.

Lena sigue con las gafas a media altura, unas oscuras que no tienen nada que envidiar a las que lucía Audrey Hepburn en *Desayuno con Diamantes*, le dedica una mirada desafiante a su hermano y luego se las sube lentamente.

—¿Desde cuándo estás ahí? —inquire.

—Acabo de llegar, aunque ya te había visto por la ventana. —Rodea la piscina colocándose delante de ella y acerca una de las sillas para sentarse—. Me extrañó verte coger una de esas colchonetas y meterte en la piscina. No es algo que sueles hacer. —Sonríe.

—Hace calor.

—Ya, claro.

—Quería estrenar este bikini nuevo que me he comprado en Boston. ¿Te gusta?

Marcus dedica una mirada fugaz al cuerpo de su hermana y arquea una ceja al observar el bikini negro con pequeñas arañas blancas. No es la primera vez que la ve en bikini, no obstante, se sorprende al comprobar lo que ha crecido y el cuerpo de mujer que ahora posee. Ya no es esa niña insolente, ahora es una mujer muy insolente. Sonríe con malicia, porque sabe que con él no es capaz de sacar las garras.

—Te queda precioso, como el otro rojo que te pusiste en la playa.

—¡Anda! Si te das cuenta de lo que me pongo. —Levanta las gafas dedicándole un guiño y las deja caer de nuevo—. ¡Qué ironía!

—¿Ironía?

—Nada, déjalo.

—¿Qué sucede, Lena?

—¿Acaso te importa? ¿De verdad? Ayer no me dijiste nada desde que llegamos del restaurante...

—No me corresponde a mí contarte ciertas cosas, sabes que intento no tener secretos contigo. —Mira de soslayo hacia la casita de la piscina y luego baja la mirada.

—¿Entonces de verdad quieres saber qué me sucede? ¿Me responderás?

—Claro que lo quiero saber —contesta.

—Está bien, te lo diré y quiero que por una vez te pongas en mi lugar. —Deja las gafas sobre la colchoneta con cuidado.

—Aquí estoy, dispara.

Lena se escurre de la colchoneta cayendo en el agua, se sumerge y bucea por la parte baja de la piscina como si fuera un tiburón buscando a su presa. Marcus la observa con la incertidumbre de las preguntas que le hará, después de lo que le dijo su padre en el despacho, sabe que no tiene muchas posibilidades de arreglar lo del restaurante. Le ha dado el trabajo más difícil y será decidir qué hacer después de las consecuencias de lo que sucedió ayer. Cuando vuelve a mirar al agua de la piscina, no localiza a su hermana y de repente, aparece justo delante de él, salpicándole.

Se impulsa en el bordillo y se pone de pie. El pelo negro cae como brea líquida por su espalda,

los surcos de agua dibujan caminos por sus muslos hasta sus pies creando un charco que comienza a crecer a su alrededor. Se coloca el bikini en su lugar y pequeñas gotitas rocían a su hermano. Lo tiene frente a ella, lo mira desde arriba, altiva y decidida a soltar todo ese veneno que se está generando en su interior por culpa de las mentiras.

—¿Quién es él? —Nada de sutilezas, directa al asunto.

Esa pregunta pilló a Marcus por sorpresa, todos sus músculos se han tensado al momento. Si Lena pregunta, eso es porque ha visto algo o ha encontrado alguna información y ha ido directa con la pregunta que más lo podía descolocar. Tiene varias opciones, evitar responder e irse como suele hacer con ella. Optar por el mutismo, cosa que no está funcionando y va a acabar en un río de sangre si sigue así o explicar lo mínimo sin llegar a implicarla demasiado. Esta decisión sería la acertada, pero cuente lo que le cuente sería meterla de lleno en este mundo que tanto le han evitado a toda costa. Entonces, el recuerdo de las palabras de su hermana: «ponte en mi lugar», lo atiza devolviéndolo a la realidad. Si estuviera en el lugar de Lena hubiera acabado explotando, y él, que es la calma personificada, cuando explota, su metralleta se mete por los recovecos más inusuales, creando un daño irreparable.

—Marcus, no me evites. Hoy no. —Se agacha delante de él colocándose a su altura. Posa ambas manos en las rodillas de su hermano y lo mira directamente a los ojos—. No, después de lo de ayer. No, tras tantas mentiras por parte de papá. No quiero que las mentiras vengan de ti.

Los ojos de Lena imploran una respuesta sincera por su parte, el corazón se le acelera al tenerla tan cerca, si miente lo sabrá al mirarlo a los ojos. ¿Qué le podría decir? ¿Qué le podría contar sin que fueran mentiras y no la metieran en ese mundo de oscuridad que los rodea? Aferra una de las manos de su hermana, la acoge en la suya con un cariño desmedido y le dice la única respuesta que no será una mentira en un futuro próximo.

—Es un buen amigo. —Sonríe expresando una calma tras una tormenta en un mar embravecido.

Lena escudriña los ojos de su hermano en busca de ese atisbo de mentira, sabe lo que vio anoche, lo que hablaron ahí, y escuchar esa frase de su boca, le duele demasiado. Es el aguijón que no esperas, ese que se inflama lentamente y te deja adormecida la zona donde está. Así tiene su corazón ahora.

—Aja. —Es lo único que escupe Lena.

Retira la mano con brusquedad de la de su hermano y se yergue alejándose dos pasos de él. Ha ido directa a disparar a su corazón con esa petición y Marcus la ha esquivado con una precisión milimétrica. «Joder, lo peor de todo es que no había mentira en sus palabras y eso es lo que más me molesta, o ¿es que ya no soy capaz de diferenciar sus mentiras?», sus pensamientos se llenan de ira al no conseguir el resultado que esperaba. La mirada de él sigue fijada en cada movimiento de ella, está esperando a que vuelva a hablar. «Si no me estás mintiendo, jugaremos esa carta».

—Un buen amigo que no me presentas... —Niega varias veces con la cabeza y vuelve a añadir—. Muy mal, Marcus.

—No hace falta que me presenten, sé presentarme yo mismo.

Una voz seca y áspera deja el cuerpo de Lena petrificado al momento. Toda el agua que goteaba su cuerpo parece haberse evaporado al escucharlo hablar. La voz que había escuchado a escondidas anoche y que ahora había aparecido de la nada a la derecha de su hermano. Él parece no sorprenderse por la aparición de ese muchacho, o no lo ha dejado entrever, es como si esperase esa intervención antes de que sucediera. Desvía la mirada lentamente y contempla a Derek, tiene el pecho descubierto como ayer, esta vez los rayos del sol acarician cada centímetro de su piel y se aprecian mejor esas heridas que empiezan a sanar. Lleva un bañador negro liso

que delimitan sus oblicuos y dejan a la vista unas piernas torneadas. Percibe la amenazadora mirada color miel que la reta a que vuelva a hablar.

—Derek —se presenta sin pestañear.

Aparta sus ojos de él y vuelve a mirar a su hermano. Se ha quedado sin palabras, algo difícil en ella cuando siempre tiene algo que añadir.

Marcus se levanta y se coloca a la altura de Lena con Derek a su derecha, este da un paso atrás. La vibración de un teléfono es lo único que se escucha en el incómodo silencio que reina ahora alrededor de los tres.

Ella observa cómo su hermano se lleva la mano al bolsillo, va a coger la dichosa llamada y la dejará ahí tirada con ese ser del que no sabe más que lo que espió ayer a hurtadillas. Agarra la mano de su hermano antes de introducirla en el bolsillo y con la otra le golpea con el dedo en el pecho varias veces.

—Ya hablaremos luego. —Clava el dedo justo en el centro del pecho de su hermano y le dedica una mirada fugaz a Derek, solo un segundo, con una sonrisa impostada—. Lena. —Se presenta con chulería.

Suelta la mano de Marcus liberándolo para que coja su estúpida llamada y juegue a los mayores con su padre. Le da la espalda a ambos cogiendo por el camino el fular negro que había bajado consigo, se lo envuelve alrededor del cuerpo evitando que el frío siga calando su cuerpo. La mirada de aquel muchacho la ha dejado helada, trastocando todos sus propósitos.

Su plan de sacar información a su hermano ha fracasado estrepitosamente, no le queda más remedio que asistir a las siete a la petición de su padre. Un atisbo de esperanza se instaura en su corazón ahora herido, puede que después de todo, lo que la espera a las siete no sea tan malo. ¿Qué puede ser peor que las mentiras? ¿Qué pueden decirle más que añadir al fuego que han alimentado de palabras vacías?

No piensa faltar.

La cena

Si pudiera atravesar con la mirada algunos de los objetos que la rodean, sin duda sería el reloj que hay colgado en la pared. Ese reloj de agujas finas de acero que no para de hacer *tic, tac, tic, tac...* Los nervios de Lena están a flor de piel y el dichoso sonido del segundero no cesa en su empeño de hacerla explotar. Ha intentado mantener la mente calmada leyendo algunos de los libros de la biblioteca, casualmente muchos de ellos están marcados por su madre, no tuvo la suerte de conocerla, murió el día que ellos nacieron. Lo poco que sabe de ella, es por las escasas fotografías que hay en un álbum al fondo de esa habitación, un álbum antiguo con fotos de ellos dos. Su padre y su madre. Son pocas las imágenes que han congelado aquellos momentos donde eran felices, se ve reflejado en sus rostros, no obstante, donde más lo aprecia es en la amplia sonrisa de su padre, llena de vida. El brillo de los ojos que tiene, al devolverle la mirada a Allegra, es un flujo de amor incondicional. Le cuesta reconocer a ese hombre que está atrapado en el interior de las fotografías. Contemplar el rostro de ella con vida, el pelo largo negro cayendo por su piel blanca como la nieve, los labios carnosos pintados de un rojo vino y las líneas de su rostro finas, elegantes y felinas. En esa imagen, la que ambos se miran olvidando todo lo que existe a su alrededor, es donde se encuentra más parecido a ella.

Saca del bolsillo trasero del pantalón una de las fotografías que sustrajo del álbum, está rota por la mitad y en ella aparece su madre con un vestido negro de tirantes finos, de espaldas a quien la inmortalizaba en la imagen, con la cabeza girada levemente y la mirada a un punto perdido en la lejanía. Lo que más impacta es esa sonrisa segura de sí misma, conocedora del poder que desprende. Un perfil digno de un ser mitológico, era extremadamente bella. Roza con la yema de los dedos la rotura, imaginando qué o quién estaría al otro lado de esa foto.

Pocas veces lo quiere reconocer, pero criarse sin su madre ha marcado en su vida un antes y un después. Cuando murió, ella no era consciente de lo que sucedía, era solo un bebé, no obstante, su padre sí, y una parte de él murió aquel día. Con esa muerte se llevó sus sonrisas, sus miradas de amor, su vida. Se convirtió en una sombra que oscurece por donde pasa y que cualquier día será tragada por la total oscuridad.

Tic, tac, tic, tac.

Había conseguido desconectar su mente de ese molesto ruido y otra vez ha vuelto, pero esta vez con más intensidad. Fija su vista en las agujas del reloj, queda menos de media hora, tiene que cambiarse de ropa aún y bajar al comedor, ahí es donde estará esperándola. Su padre y las pocas palabras, van de la mano, al menos con ella.

Se levanta obligando a su cuerpo a ir al vestidor, por un momento, la idea de que abajo haya alguien más, aparte de ellos dos, vaga por su mente. Impulsada por una fuerza sobrehumana, ha ido a buscar algo que ponerse y quitarse esos vaqueros desgastados, aunque sean de marca, no es algo que le guste vestir de diario. De entre todas las prendas, ha elegido un pantalón de pinza negro liso con un pequeño cinturón plateado y una camisa blanca con transparencias de botones

hasta el cuello sin mangas. Es algo inusual vestirse tan elegante para estar por casa, pero hoy le apetece ir más refinada. Retira la camiseta ancha de algodón que llevaba puesta y deja caer al suelo los vaqueros a sus pies. Revisa en el espejo la lencería que cubre su cuerpo y se viste con parsimonia recreándose en cada detalle. Escoge de su neceser un *gloss* color vino tinto y marca un poco sus pestañas. No necesita nada más.

Abre uno de esos joyeros que se ha ido encargando de abarrotar de bisutería de todo tipo; collares, colgantes, anillos y algunas pulseras sencillas. No le agradan los colores llamativos, prefiere los tonos nudes o la delicadeza del negro, aunque no descarta de vez en cuando alguna joya de color rojo, solo en ocasiones que verdaderamente lo merecen. Pasea los dedos por encima de las joyas que brillan con las luces del techo del vestidor y escoge, de entre todas ellas, unas pulseras finas de oro blanco. Rocía con uno de los perfumes de *Dior* su cuello y unas gotas en las muñecas. Alza la vista al reloj comprobando que es casi la hora, no suele ser puntual, le gusta hacerse esperar. Se fija en el zapatero y opta por unos tacones altos, pocas veces puede utilizarlos cuando viene aquí, los calza y se posiciona frente al espejo. El resultado es el esperado, sonríe a su reflejo y antes de salir de la habitación, se coloca entre las cortinas de la ventana para ver si está él. No tiene a la vista la casita de invitados desde su habitación, pero sí puede divisar algo de la piscina recordando ese momento tan inesperado para ella. Da un fuerte tirón a la tela de las cortinas para cerrarlas y dejar ahí encerrada la visión que le turba la mente ahora mismo.

Suspira con intensidad varias veces antes de asir el pomo de la puerta. Escucha al otro lado a su hermano hablar con alguien, los murmullos se alejan y aferra el pomo dibujando en su rostro una sonrisa ladina que será el complemento final que la acompañará a la cena, reunión, o la mierda que le tienen preparada en el comedor.

El sonido de sus tacones es apagado sobre la alfombra beige del pasillo de la planta de arriba. La escalera de mármol italiano cae en una cascada blanca con betas negras delante de ella, baja con suavidad el pie derecho y se detiene al escuchar unas voces en la planta de abajo. Aguza el oído antes de descender las escaleras y que acallen cualquier cosa que estén comentando en su ausencia. Ahora no le parece tan buena idea haber elegido estos tacones que suenan con tanta fuerza por donde pasan, el murmullo poco a poco se va convirtiendo en una conversación que logra diferenciar a duras penas.

—...asume todas las consecuencias. Ya te lo advertí... —dice su padre.

—Eres un... —La voz de Marcus va cargada de ira.

Todo lo que le sigue se vuelve intangible.

—¿Qué? —musita Lena.

De repente, ya no hay más conversaciones, un silencio sepulcral reina la casa y eso hace que todo su cuerpo tenga un ligero escalofrío. Se siente como la protagonista de una película de terror y que cuando todo está en calma creyendo que ya ha pasado lo peor, aparece por detrás el asesino asestando la puñalada final.

Termina de bajar la escalera acariciando el suave pasamanos de madera negra, le recuerda a una serpiente por la forma en la que está tallada. Una dulce melodía comienza a sonar de fondo, cree haberla escuchado en otra ocasión, hace muchos años, cuando era pequeña. Las notas flotan por el aire invitándola a seguir las y cierra los ojos intentando rescatar ese recuerdo que le resulta tan familiar. La imagen de su padre sonriendo llega a ella algo difusa y eso le hace trastabillar, es *Clair de Lune*. ¿Desde cuándo no la escuchaba? ¿Por qué no la ha recordado hasta ahora? ¿Su padre sonreía junto a ella en ese recuerdo? Escasos pasos la separan de la amplia puerta de doble hoja del comedor. Coloca ambas manos sobre la madera lacada para empujar y abrirla, sin

embargo, en un último momento algo le hace echar la vista atrás, como si quisiera recordar el camino trazado hasta aquí. Atesorando la imagen que tiene tras ella, aspirando con fuerza el aroma de aquella casa que tantos momentos le ha brindado junto a su hermano y guardándolos en lo más profundo de su corazón. Empuja con decisión abriéndola de par en par, con la cabeza bien alta y dando unos pasos decididos al interior del comedor.

El perfume de las flores que hay en el centro de la mesa le invade las fosas nasales nada más cruzar el umbral. La canción que estaba sonando cesa para dejar pasar a la siguiente, *Réquiem, Lacrimosa*. «Esto no augura nada bueno», se dice a sí misma cuando observa a su hermano sentado en la mesa a modo presidencial y el rostro muy serio, a su izquierda está su padre de pie. «¿Acaso no piensa sentarse?». Lena arrastra una de las sillas para sentarse lo más alejada que puede de los dos, cuando están juntos no le gusta nada cómo actúa su hermano.

—Lena, siéntate aquí, cerca de tu hermano —ordena su padre.

—No, gracias. Estoy bien aquí —añade mientras se deja caer en la silla.

—Lena, acércate y cenemos todos juntos —comenta Marcus con una orden camuflada en cordialidad.

Se levanta con pausa mientras le dedica una sonrisa a su padre y se dirige a la zona que le ha indicado. Una vez sentada, James toma asiento frente a ella, realiza una señal a uno de los muchachos que acababa de asomarse por una de las puertas y los platillos comienzan a desfilar delante de ellos.

Según van colocando los platos frente a Lena y va deleitándose con el sabor de alguna de las especialidades de Emilia, siente una punzada en el estómago que con cada plato se acrecienta. La conversación no fluye entre ellos, es una cena en silencio, llena de miradas frías, serias y esquivas, solo el ruido de cubiertos chocando con la cerámica italiana de los platos es lo que se escucha aparte de la música clásica.

—¿Más vino? —pregunta su hermano.

—Sí, gracias.

Sirve una gran copa con vino y Lena atrae la copa hasta su boca mojándose un poco los labios. No está acostumbrada a beber vino, solo lo había probado en un par de ocasiones. Contempla el comedor de estilo colonial de tonos oscuros, la mesa perfectamente colocada con los platos, cubiertos de plata, los centros de flores, *Colorado Columbine* de un tono bicolor precioso, blanco puro y el púrpura. El mantel con brillo satinado de hilo fino que suelen usar en ocasiones especiales cuando está ella en casa. La luz que entra por las ventanas, desnudas sin cortinas, con el brillo del atardecer anaranjado, aporta a sus rostros una calidez que no existe en este momento.

—Espero que estés disfrutando de esta cena en familia, Lena —dice su padre con un tono informal.

Se levanta la mirada y le dedica una sonrisa fugaz antes de añadir.

—Disfruto de los platos de la cocina de Emilia, por lo demás, no es que esté siendo muy familiar.

—¿No? ¿Qué esperabas? —Suelta el tenedor y le presta toda su atención.

—Una conversación amena, momentos de recuerdos familiares y algunas risas. —Corta el filete con demasiada fuerza antes de añadir—. Es difícil tener momentos de recuerdos familiares cuando casi no compartes tiempo con tus hijos, ¿verdad?

Su padre la mira expectante, la comisura izquierda se levanta ligeramente cada vez que escucha a su hija hablar, es la viva imagen de Allegra. Es recordarle repetidas veces que ya no está, que no volverá a tenerla entre sus brazos y que le dejó un legado demasiado pesado para él solo. Ella lo era todo para él, su ausencia sigue doliendo cuando mira a Lena, es idéntica. El pelo

largo negro cayéndole por delante, el estilo que tiene al vestir, no entiende como puede ser tan parecida a ella en esos simples detalles, pero lo es. Y ese carácter, ese fuego que incendia por donde pasa una vez, está descontrolado. La sonrisa que iba creciendo desaparece con el sufrimiento de la evocación, la mirada de su mujer en sus últimos momentos y descubrir que con el paso de los años le ha sido casi imposible cumplir a su palabra. ¿Cómo enjaular la ferocidad de Lena en una jaula de papel?, tarde o temprano, tenía que romperse y esperaba que fuera más tarde, que temprano. No le queda mucho tiempo y cada vez es más difícil esconderle la verdad.

—Comparto todo el tiempo que puedo, Lena. Todo lo que te rodea, los lujos que vistes, las tarjetas que usas para pagar... No se crea de la nada.

—Prefiero vivir desnuda y en una cueva, a tener la vida que tengo —escupe Lena empuñando el cuchillo y dando un golpe contra la mesa.

—Lena. —La mano de Marcus se posa sobre la de ella para que afloje el agarre del cuchillo —. Hay muchas cosas que tienes que saber, hoy te podré revelar algunas.

Los ojos abiertos de par en par se dirigen a los azules de su hermano, tan idénticos a los de ella. El cuchillo cae como un juguete roto sobre el mantel y el rostro de Lena cambia ligeramente con un brillo de luz, que, hasta ahora, estaba apagado. Sumida en la oscuridad de su padre.

—Te hablaré de lo que me preguntaste antes, sobre Derek.

—El buen amigo —ironiza.

—Sí, no te he mentado sobre ello. Sabes cuando te miento.

—Aunque no me mientas con eso, hay mentiras en tus palabras teñidas de un atisbo de verdad que no me quieres contar.

—Si no te la hemos contado, Lena, siempre ha sido por tu bien.

Su padre presta atención con los codos apoyados sobre la mesa y las manos entrelazadas por delante de su rostro. Esta es la prueba más dura que le tiene que hacer pasar a su hijo, debe de entender el peso que él ha portado durante tantos años. Ahora le toca enfrentarlo a él.

—¿Mi bien? ¿Vivir lejos de vosotros? ¿Vivir en la ignorancia? ¿Solo venir un par de veces al año? Eso como mucho. —Pone los ojos en blanco.

—Sí, todo ha sido por tu bien. —Marcus deja ambos cubiertos sobre el plato y los muchachos empiezan a retirar todo lo que hay en la mesa preparándola para el postre—. Sigamos con el tema que te acabo de comentar.

Lena contempla a su hermano cómo esquiva esas preguntas con las respuestas vacías que siempre le dan, el tono de su voz ha perdido la calidez que siempre usa con ella y está tomando un cariz oscuro que le es muy familiar. Mira a su padre con fiereza.

—Esto es cosa tuya.

—Shhhh, tu hermano está hablando —ordena su padre.

—¡Argg! —Levanta las manos, exasperada.

Las puertas se vuelven a abrir interrumpiendo el grito ahogado de Lena. Delante de ella colocan *Chiacchiere* glaseados con frutos rojos y le sirve una gran cantidad de chocolate blanco derretido por encima. El apetecible aroma que desprenden apacigua un segundo su ira y, sin darse cuenta, todo cobra sentido a su alrededor. Esto no es una cena familiar, es su última cena. Se levanta de la mesa de manera violenta, dejando caer la silla hacia atrás, señalando de forma acusatoria a su hermano y luego a su padre.

—¿Esto qué es? ¿Esta es mi última cena? Confírmame, ya.

Padre e hijo se miran asintiendo duramente y solo unos segundos después, se ensombrece la mirada de su hermano.

—Eres como Judas, Marcus —dice señalando una y otra vez a ambos—. ¿Por qué? ¿No os

parece poco que solo venga dos veces al año? ¿No me queréis ver más? ¿Marcus? No puedes estar de acuerdo con esto.

Marcus se mete una mano en el interior de la chaqueta y saca un sobre que empuja hacia Lena. Ella se lo arranca de las manos antes de que lo suelte, desgarrá el papel y en el interior descansa un billete de avión con destino a Boston, para mañana a mediodía. Los ojos de Lena releen el papel una y otra vez a la espera de que la fecha cambie. Arruga el papel haciendo una bola con el billete y se lo lanza a la cara.

—¿Que te jodan!

—Lena, escúchame, esto es lo mejor. Tienes que irte mañana. —Marcus desdobla el papel con cuidado y lo estira sobre la mesa.

—¿Por qué? ¿Para que os podáis poner a jugar papá y tú? Ya os sobraba la niñata que siempre tiene que tener la última palabra. Te has dejado engatusar por él, esto no puede ser idea tuya. —Niega con la cabeza varias veces—. Me niego a creerte, ¿te da igual que ya no me veas más hasta Navidad?

Su padre, que ha estado observando en todo momento la conversación de ambos hermanos, decide actuar. Conociendo a su hija en breve encolerizará y entonces no entenderá a razones.

—Las Navidades las pasarás en Boston. No vendrás —sentencia James.

La voz de su padre la golpea como un misil que no ha visto venir destrozando su corazón. Arrebatándole todos los sueños, todos sus recuerdos, todos los momentos que tiene con ellos. Los momentos junto a Marcus.

—¿Cómo? Marcus, ¿estás de acuerdo con esto? —Se coloca al lado de su hermano en busca de la respuesta.

—No hay otra opción, Lena.

—¿Por qué? ¿Cómo qué no? —Agarra el brazo de su hermano, desesperada, no quiere que le quiten la única familia que tiene.

Marcus se gira para enfrentar la mirada de Lena ahora que la tiene tan cercana, la agarra y con un tono rudo que ni él mismo reconoce, le confiesa parte de esa verdad que lo envenena por dentro.

—Tengo que asumir las consecuencias de lo que pasó ayer y, parte de esas consecuencias, es alejarte de aquí.

—¿Ayer? ¿Lo del restaurante?

—Sí. Fue un error y el precio ha sido este.

—Si no pasó nada, solo lo del parking... —Los ojos de Lena imploran a los de su hermano una respuesta más sincera.

—No pasó nada más por ahora, pero pasará —afirma Marcus.

—¿Qué pasará?

—Lena, escúchame atentamente. Hasta ayer nadie de aquí sabía de ti y hoy, ya se preguntan quién era la chica que me acompañaba. Te dije que no dejaría que te hicieran daño. —Acaricia la mejilla de Lena con cariño mientras un par de lágrimas han comenzado a caer en silencio por su rostro muriendo en sus labios—. Si tan solo...

—Silencio. Ya basta —asevera su padre.

James visualiza la imagen de sus hijos derrotados ante la idea de la separación, por la incertidumbre de cuando se volverán a ver y por un segundo, otra imagen se solapa sobre esta recordando el pasado. Debe ser él la espada que corte el lazo de su unión, por lo menos por ahora, hasta que la tormenta amaine y el sol vuelva a brillar.

—Ya has escuchado a tu hermano. Mañana vuelves a Boston, cuando sea seguro que puedas

volver, se te hará saber.

—¿Qué dices...? —La interrumpen antes de que pueda seguir.

—¡¡He dicho que ya basta!! —dictamina.

Da un sonoro manotazo contra la mesa y por las puertas de doble hoja entran los hombres de su padre, entre ellos está él, Derek, este le dedica una mirada a Lena y luego la desvía a su hermano. Va vestido como los hombres de su padre, traje negro con corbata del mismo color y guantes. James hace un par de señas a los dos que están más cercanos a su hija y estos la agarran de los brazos, levantándola en alto como si fuera una hoja de papel, llevándosela a rastras de allí. Uno de los tacones de Lena se desprende de su pie en el forcejeo, quedándose rezagado por el camino, abandonado a su suerte, alejado de su par.

—¡Te odio! ¡Te odio, papá! —El grito enfurecido de Lena es lo único que se escucha mientras se la llevan a la fuerza.

Cuando están solos los tres en el comedor, Derek se posiciona en el lado derecho de Marcus y su padre le coloca una mano sobre el hombro izquierdo.

—No había otra manera, ahora comprenderás todo lo que hago por ella y el precio que tengo que pagar. —Aprieta con dureza el hombro de su hijo.

Arias

Cinco minutos bastan para soñar toda una vida, así de relativo es el tiempo.

Mario Benedetti

Un Lobo Solitario

James, 1986

Llevaba ya unos años compartiendo las horas con aquellos hombres con los que trabajaba codo con codo, tenía sus más y sus menos, pero los solventaban a su manera. Conocía a la perfección a cada uno de ellos; manías, debilidades, cualidades, sabía de qué pie cojeaban por si fuera necesario. Eso es algo que no había cambiado y siempre iba a tener un plan «B» por si las cosas se torcían. Su precisión en conseguir analizar todo lo que le rodea es innata, incluida las personas, sabía leerlas con una simple mirada. Solo había que prestar atención cuando hablaban, sus palabras daban información, no obstante, sus silencios eran diamantes en bruto que pocos podrían apreciar su potencial. Cuando se generaban esos momentos incómodos, donde no sabían qué contestar, esquivando las miradas, gestos que delataban inseguridades antes ocultas y que escondían mucho más de lo que decían sus palabras. Era muy bueno en su trabajo, tenía la fuerza y una gran inteligencia que no dejaba a la vista de cualquiera. Él sabía cómo actuar y con quien debía de dejar escapar ciertos matices para que confiaran en él, lo suficiente para que le desvelase todo aquello que no contarían a otra persona. Se había ganado el respeto de los hombres que lo consideraban compañero, aunque él no lo veía así. Según su trayectoria dentro de la organización, su estatus pronto cambiaría.

Él siempre había sido un lobo solitario, y pronto se haría con el control de la manada.

Gira la muñeca dejando a la vista el reloj plateado que tantos años lo ha acompañado, un legado de su padre que aún conserva después de todo lo que ha pasado, pronto será la hora. Necesita a todos sus hombres atentos mientras se celebra la reunión, un mero acuerdo para estrechar lazos con los *espaguetis* y conseguirán abarcar mucho más de lo que ahora controlan. Han llegado un par de horas antes para revisar las posibles entradas y salidas, han peinado hasta el último rincón en busca de algo que sea inusual en el interior de aquel gigantesco teatro. No es el sitio que él hubiera elegido para este tipo de reuniones; techos bastante altos, recovecos donde se pueden ocultar, grandes columnas que tapan la vista en un posible tiroteo. Complicaciones, eso es lo que ve, mire por dónde mire.

Ha estado dirigiendo toda la operación, organizando a los muchachos y ordenando donde se deben posicionar. Entre ellos, hoy hay un chico nuevo, demasiado joven para andar jugando con pistolas. Él, a su edad, no tuvo más remedio que defenderse de todo lo que le quería atacar, sin embargo, este chico ha venido aquí por su propia voluntad. Está buscando la muerte y tarde o temprano la hallará. Niega varias veces con la cabeza mientras lo observa desde lejos andar de acá para allá sin saber realmente donde ir.

—Tom.

El chico nada más escuchar su nombre se congela al instante, lo primero que hace es palparse

el arma en el interior de la chaqueta. Suspira aliviado al comprobar que sigue en el mismo sitio donde la dejó. Mira hacia James y camina en su dirección.

—Vete a casa.

—Puedo hacerlo —afirma el muchacho.

—Y yo digo que no.

—¿Por qué? ¿No lo estoy haciendo bien?

—Lo primero que has hecho nada más llamarte ha sido palpar donde tienes el arma. —Agarra al chico de la solapa de la chaqueta y se acerca a su oído para susurrarle—: Imagina que por un momento hay más ojos que los míos mirando a tu posición, has revelado de manera descarada donde tienes la pistola. No solo por cómo te has comportado buscándola, también te delata tu nerviosismo, el sudor que cae por tu frente y las pupilas dilatadas.

El susurro sesgado de James ha ido quemando su tímpano, el leve temblor que sacudía su cuerpo se ha ido acrecentando según le hablaba y las manos le han comenzado a sudar de una manera descontrolada.

—Lo si-si-siento —tartamudea sin querer.

James agarra la nuca del muchacho para evitar que se separe y así le pueda escuchar, alto y claro, lo que tiene que decirle.

—No te disculpes, te hace parecer débil. —Clava sus dedos en el cuello de Tom—. Ahora ve al baño, tienes que limpiar algo más que tu sudor. —Lo suelta de forma violenta.

El chico corre como alma que lleva el diablo hacia uno de los baños más próximos. De entre todos los hombres que componen el grupo seleccionado hoy, es a James a quien más teme. Incluso más que a una bala que le pueda atravesar la piel provocándole un dolor insufrible. Si los rumores son ciertos, es capaz de romper el cuello con sus enormes manos en cuestión de segundos. No le daría tiempo a reaccionar. Ha sido notar el contacto de su mano sobre el cuello y su cuerpo se la ha jugado actuando sin su permiso.

—Te has pasado un poco con él, ¿no crees? —dice Albert que lo ha presenciado todo.

—Tiene que saber que no estamos jugando, aunque hoy sea una simple vigilancia y que posiblemente no haya que usar las armas. Debe asumir donde está y con quién está. —Masajea su barbilla—. Si fuera por mí, no estaría aquí.

—No depende de ti. Lo sabes —añade sin mirarlo a los ojos.

—Por poco tiempo.

—¿Por poco tiempo? ¿Crees que tienes tanta suerte?

—No es cuestión de suerte, Albert. Pronto lo verás —afirma antes de desaparecer.

Un último repaso a cada uno de los hombres que lo acompañan y como guinda final, para que el postre no se agrie, ha colocado a Tom en la zona más alejada posible. Cerca del escenario, así estará entretenido con la ópera y no estará próximo a la reunión que precisan para conseguir este trato, por el que tanto han luchado. El teatro está reservado solo para algunos invitados *VIP* que ellos mismos se han encargado de investigar a conciencia.

Nada puede fallar esta noche.

Las puertas se abren dando paso a los invitados que entran luciendo sus mejores vestidos de alta costura y trajes de chaquetas hechos a medida. El *hall* se va llenando de sonrisas y conversaciones vacías, las risas retumban al chocar contra el alto techo, amplificando aún más las voces llegando los susurros de todas partes. Las lámparas colgantes iluminan con un tono sepia la sala, dándole un aspecto melancólico a todo, como si el tiempo en el interior del teatro no pasara y se mantuviera en una época donde todo brillaba más. El hedor a perfumes caros impregna el ambiente, delatando una vez más como el ser humano se disfraza ante la atenta

mirada de los demás. No solo con ropajes, sombreros y accesorios caros, también camufla su olor. Solo quieren aparentar. James arruga su nariz en un gesto de desagrado al notar todos esos aromas juntos a la vez.

Un camarero se pasea por delante de ellos con copas de champán y algún aperitivo, antes de que los invitados decidan pasar a ocupar sus asientos. Las charlas sosegadas de muchos de ellos pasan desapercibidas para James, que solo tiene ojos para localizar cualquier detalle que no deba de estar ahí. Luce un esmoquin diferente al que han vestido a sus hombres, el suyo destila caché sobre su cuerpo fornido que sobresale por donde pasa debido a su gran tamaño.

Sube las escaleras de moqueta roja hasta una zona más elevada, posicionándose por encima del gentío en un palco superior. Por el rabillo del ojo, divisa al Sr. Mancini acompañado de su séquito particular y una mujer de cabello negro con un vestido rojo imponente que roba las miradas de quien se cruza en su camino. James mantiene una distancia prudencial desde donde observa todo lo que sucede. Su jefe, Cisco, va directo hasta Mancini y ambos se estrechan la mano sosteniéndose las miradas. Intercambian unas escasas palabras, algo le comenta al oído y a su vez le dedica una ojeada a la mujer que lo acompaña. Ella le ofrece una sonrisa que solo dura un par de segundos para luego fijar sus ojos en Cisco, este la evita y sigue prestando atención a la conversación de Mancini sin soltar su mano, dirigiéndolo a la zona reservada.

Sus hombres vigilan hasta que los últimos invitados pasan al interior de la sala para escuchar el inicio de la ópera. Esta noche tienen el placer de ser testigos de la historia de *Ernani*, basada en la obra del gran Víctor Hugo. Disfrutarán un poco de todo, traiciones, amor y acción, cantado por las voces más prestigiosas del mundo musical. La ópera consta de cuatro actos donde conocerán la dura vida de *Ernani*, convertido en un rebelde por un problema que arrastra del pasado. Se enamorará de quien no debe, de Elvira, y luchará hasta el final arrebataándola de las garras de su feroz tío, con el que está prometida. La historia tiene muchísimos más detalles que ha decidido pasar por alto al leer el panfleto. No es que no le guste la ópera, pero hoy no está aquí por placer, quería al menos conocer una breve introducción de la escenificación para calcular la duración de esta y así controlar bien los tiempos de los muchachos.

Todo sea por contentar al *espaqueti* y que ceda ante sus peticiones.

James se asegura de que la zona donde se está celebrando dicha reunión esté libre de cualquier interrupción y deja a cargo a dos de sus mejores chicos en la puerta. Mueve su cuello a ambos lados y este se resiente en un sonoro crujido. Camina algo más relajado ahora que ha dejado todo bien organizado y se dirige a una zona apartada de las curiosas miradas.

Introduce su mano en el bolsillo interior de la chaqueta y saca una pitillera plateada con una cruz celta grabada en su relieve. La acaricia con el pulgar, recordando sus raíces irlandesas, atrapa uno de los cigarrillos y se lo coloca en los labios. Guarda la cajetilla para coger en su lugar el mechero dorado que le regalaron sus jefes cuando entró hace unos años en la organización. Lo observa durante unos segundos y se enciende el cigarro. Da una fuerte calada y deja salir el humo con lentitud con la mirada perdida, regalándose esos minutos de relax que tanto necesita.

—Disculpe... —ronronea una voz de mujer a su espalda.

James no se mueve para voltearse, seguramente sea una conversación banal o alguien que busca los baños.

La silueta de una mujer se coloca frente a él, descubriendo a quien pertenece la voz que hace un momento le ha hablado. El vestido rojo es lo primero que llama su atención, luego sus ojos van directos hasta los de ella, unos ojos de un celeste casi gris tan fríos que podrían congelar hasta el mismísimo infierno. Tiene una mirada tenaz, parece decidida a que le tenga que prestar atención colocándose con tanto descaro ante él. Estará acostumbrada a ser el centro de todas las

miradas, no es difícil con ese rostro perfecto de líneas finas y labios gruesos de color rojo sangre. Es la manzana prohibida del jardín del Edén, tentadora. El pelo negro, como el azabache, le cae ondulado por delante ocultando parte de su generoso escote y el perfume que desprende, es altamente exótico, invita a acercarse a ese cuello níveo donde destaca un collar negro con una cruz plateada.

—¿Estás sordo? *Andiamo!* —pregunta la mujer chasqueando los dedos en el aire—. ¿O acaso estás ciego? —Sonríe con picardía.

La mirada penetrante de James se posa en sus ojos.

—¿Qué necesita, señorita? —pregunta directo.

—¡Oh! Sabe hablar... —Pone los ojos en blanco.

Arquea una ceja, sorprendido, ante su ironía.

—Necesito eso.

La mujer no deja tiempo a reacción, acerca sus delicadas manos hasta el rostro de James, rozando con la yema de sus dedos su piel y le arrebató el cigarrillo de los labios. Lo posa sobre los suyos aspirando con adoración y exhala el denso humo hacia arriba sin dejar de mirarlo a los ojos a través de la neblina. Se ha quedado prendado de la imagen que tiene delante de él, no esperaba que fuera a quitarle el cigarro de los labios y ahora está atento a sus próximos movimientos. Expectante.

—Allegra —susurra sensual a través del humo que los separa.

La mirada de ella repasa la silueta de él, desde los pies hasta su nuez, cada centímetro, apreciando el gran tamaño que representa ese hombre a su lado. Se detiene en sus ojos de un color azul intenso y la escudriña con la mirada, queriendo ver más allá de lo que le dice con su expresión corporal. Otros la han mirado, pero no como la está mirando él, siente como si quisiera atravesar sus barreras. Aspira con intensidad la nicotina y esta vez le echa el humo directamente en la cara de manera juguetona. James pestañea un par de veces, pero sigue sin moverse de su posición, manteniendo esa postura tan recta que lo hace parecer un titán de piedra. Allegra da un paso más, decide dejarlo fuera de lugar con una pequeña jugada de las suyas, sabe el poder que tiene en los hombres y cómo suelen caer rendidos a sus pies. Se aproxima agarrando la solapa de su chaqueta para impulsarse y le coloca el cigarrillo, lleno de carmín rojo, entre los labios y se separa con lentitud.

—Ahora te sabrá mucho mejor. —Guiña su ojo.

James siente el sabor de los labios de Allegra en el filtro del cigarrillo, lo retira y deja salir el humo con rapidez.

—James —anuncia con voz áspera.

—James... —repite y lo mira con mucha curiosidad mientras se acaricia los labios que antes han estado en contacto con el cigarrillo—. Me gusta. No eres americano —afirma.

—¿Cómo lo sabes? —inquire con curiosidad.

La mano de Allegra retira su cabello dejando su cuello a la vista y su voluptuoso escote.

—Se te nota.

—¿Se puede saber en qué se me nota? —La comisura de sus labios se levanta en un atisbo de sonrisa.

—La forma que tienes de moverte, esa mirada afilada y pareces sacado de una de esas leyendas celtas...

—¿Has estado observando cómo me muevo? Qué interesante. —Juega con ella.

La ópera parece ir en aumento para encaminarse al acto final, los aplausos crecen cuando la solista comienza a cantar con toda su alma.

Los ojos grisáceos de Allegra siguen cada pequeño gesto en el semblante de James, ladea su rostro y al fondo, observa movimiento, no tiene mucho tiempo, aunque desearía tener algo más. Le encanta como la mira el titán, así lo ha apodado, desafiándola en todo momento y despertando su interés. Ha sido entrar antes en el teatro y no ha podido evitar fijarse en él. Era imposible no verlo entre la multitud, el tamaño de su cuerpo destacando sobre la mediocridad y esa mirada azul zafiro, era como un mar en el que anhelas navegar. Él no le ha prestado la atención que todos le regalaban al pasar, ha estado atento a todo lo que le rodeaba menos a ella. Y esa ha sido la provocadora señal para querer jugar. Empujada por su arrogancia, se ha escapado del reservado donde solo hablaban de negocios que aún no la conciernen del todo a ella. Su padre le había exigido que lo acompañase y eso ha hecho, no obstante, no ha dicho que tuviese que estar todo el rato sentada a su lado. Ha tenido una excusa perfecta para salir, nadie la escoltaría hasta el baño y más cuando debían proteger las espaldas de su padre. No se interpondrán en su camino si se desvía unos pasos del aseo, como ha hecho ahora para buscarlo a él, y casualmente tenía algo que ansiaba desde hacía unas horas.

—Me fijo en todo lo que me rodea y me interesa —sentencia con una sonrisa que congela la sangre de James.

Los aplausos suenan con muchísima fuerza, aplacando cualquier sonido. Ella aprovecha ese momento para tirar de la chaqueta de James, este cede engatusado por su mirada, agacha su cabeza y la coloca cerca de ella. Allegra se aproxima a su cuello, su mejilla es acariciada por la incipiente barba de él y susurra en su oído de forma húmeda rozando sus labios con su lóbulo.

—No puedes controlarlo todo, James —ronronea de manera sensual golpeando con su aliento en el oído de él.

Allegra se separa levemente y sus miradas colisionan, el hielo de sus ojos contra la piedra de aquel titán. La adrenalina, por ser sorprendida jugando con él, activa cada fibra de su piel y esta se eriza al momento. Deposita su mirada en los labios de James solo un instante y lo suelta, dejando el ambiente cargado con la tensión que se acaba de originar. Sonríe con malicia, pasa por su lado chocando con su cuerpo por última vez y se marcha contoneando sus caderas. Sabe que la estará mirando.

—*Bouna sera, titano.* —Agita la mano a modo de despedida.

Gira su rostro persiguiendo a esa mujer que lo acaba de descolocar, contempla la estela que dibujan sus pasos y el perfume que ha dejado flotando a su alrededor. Coge el cigarrillo entre sus dedos y observa el carmín de color rojo vivo en el filtro. Lo vuelve a posar sobre su boca y esta vez le da una calada con intensidad sintiendo la cercanía de los labios de Allegra.

Recitativos
Acto 2

*Angel Face**Boston, 2013*

El humo y el fuerte olor a tabaco es lo que más se acentúa en ese maldito antro, no se puede llamar de otra manera, un local perdido en los barrios bajos de Boston. Podría haber elegido cualquiera con más clase, no obstante, no era eso lo que buscaba esta noche. Gente corriente a la que pueda manejar a su antojo y esconderse de las personas que la pudieran reconocer. Cuando ha atravesado las puertas, muchas de las miradas se han posado en ella, según caminaba hasta la barra, sabía que la miraban, se había vestido para la ocasión. Le apetecía mezclarse entre la multitud, por ello había decidido colocarse una de sus tantas pelucas, una rubia con un corte recto por los hombros. El maquillaje sencillo con sombras de tonos dorados y bronce sobre sus párpados, los pómulos ligeramente marcados por un rubor anaranjado y los labios, de un rosa chicle chillón. Jamás deslizaría una barra de labios de ese color si no fuera para camuflarse, es un color que detesta, pero necesario para culminar su disfraz. Incluso para hacer más real toda la pantomima, ha pintado un pequeño lunar sobre su labio, a lo Marilyn Monroe.

Alza la mano con su manicura perfecta para que uno de los camareros se fije en ella. No ha tardado mucho en aparecer un hombre bastante corpulento lleno de tinta por su cuerpo, los dibujos de su piel llegan hasta su cuello dejando limpia sus bonitas facciones. La mirada inquisitiva de Lena llama la atención del muchacho que no le quita ojo.

—¿Qué vas a tomar? —pregunta levantando un poco la voz para que la pueda escuchar entre el ruido de la música.

Lena apoya ambas manos en la barra para impulsarse y acercarse. Cuando lo tiene a la altura que precisa, agarra en su puño la camiseta de algodón blanca sin mangas que lleva el chico y lo atrae hacia ella. Sitúa sus labios junto a su oído:

—Lo más fuerte que tengas —dice lamiendo las palabras.

Se separa con lentitud y le alisa la camiseta por donde se ha arrugado en su agarre, una palmadita sobre su duro pecho y lo empuja.

Él arquea una ceja observando a la mujer que tiene delante y parece buscar lo mejor para ella. Lo más fuerte que tiene a ese lado de la barra, sonrío con chulería. Atrapa una coctelera, coloca varias botellas frente a su nueva clienta y comienza a echar un poco de cada; ginebra, brandy de albaricoque y una parte de *Clavados*. Cierra con fuerza sin perder la atenta mirada de ella. Comienza a agitar con intensidad y sus músculos se tensan con el movimiento de la coctelera.

Lena no puede evitar fijarse en la cantidad de tatuajes que decoran sus brazos, algunos parecen tener un sentido bastante marcado y que le encantaría preguntar en un lugar más apartado, a solas. El chico acerca una copa helada y deja caer el delicado líquido amarillo, se da la vuelta para coger una de las naranjas que tienen en un gran bol y con destreza retira un trozo de piel en forma de espiral y la coloca en un lado de la copa.

—Que bien manejas el cuchillo —añade con picardía.

—Me gusta hacer bien las cosas.

—Ya veo.

—Ahí tienes, disfruta. —Empuja con suavidad la copa hasta la mano de Lena.

—¿Cómo se llama el cóctel? —pregunta con especial interés.

—*Angel Face* —dice levantando ambas cejas.

Ella saca de su diminuta cartera de piel negra un billete y lo deja junto a su mano. El muchacho la retira sin coger el billete.

—A este invita la casa, si quieres probar algo más fuerte... —clava sus ojos en los de ella—, levanta la mano y vendré enseguida.

Una leve sonrisa aflora de los labios rosas de Lena.

—¿Solo levantando la mano? Qué servicial.

Mantiene la mirada mientras se acerca la copa a los labios para mojarlos y notar el sabor. Una explosión de dulzor llena su paladar, el toque del albaricoque y el golpe seco de la ginebra desata un infierno en su lengua, el aguardiente se hace paso bajando por su garganta y dejando su cuerpo caliente por el alcohol. Tiene que reconocer que está buenísimo, pero atiza con fuerza a su entrada dejándote ese ardor que tardará en irse.

—Dylan —anuncia—. Si me llamas, vendré. —Se fija en la expresión de aquella mujer mientras se deleita con el sabor del cóctel. Le gusta la seguridad que tiene y lo decidida que ha entrado ignorando a todos los hombres que le han prestado atención.

—Daphne. —Miente con uno de los tantos nombres que suele usar al igual que sus pelucas.

—Qué casualidad, compartimos la letra «d». —Le guiña el ojo.

Sin dejar de mirar a Dylan apura su copa con demasiada rapidez. Acaba de perder todo el interés que le había despertado. Ese comentario lo ha descalificado para la idea que tenía en mente con él, observando esos grandes y fuertes brazos, se había imaginado una escena totalmente diferente a cuando ha soltado eso. Ahora le parece hablar con un adolescente, solo le falta intercambiar la información de su signo del zodiaco y acariciarse hasta que salga el sol.

—¡Oh! Qué bonita casualidad. —Sonríe con ironía.

Se da la vuelta dirigiendo sus tacones a una de las mesas del fondo. No ha querido dejarlo en la estacada, puede que le valga para algo al final de la noche. Retira una de las sillas de madera oscura y vieja, en otros años habría tenido una mejor visión de lo que es ahora aquel pub. Saca de su bolso una pequeña petaca de acero con el grabado de una luna llena y se la lleva a los labios, lo que le ha servido Dylan estaba bueno, quemaba, pero ella necesitaba algo más fuerte y más ahora que comenzaba a enfriarse. Cruza las piernas evitando a toda costa que se vea algo imprevisto, la elección de la ropa de hoy iba ligada con la peluca rubia. Falda blanca por encima de la rodilla con un corte en el muslo izquierdo, dejando ver parte de su piel, jersey fino de hilo rosa con unos botones en el pecho, algunos desabotonados sin ser descarados y, como colofón final, sus tacones blancos. Todo pertenece a la última compra que ha hecho con las novedades de las firmas más glamurosas. Pocos se darán cuenta de su estilo, de su finura al vestir. Sabe que este *outfit* desentona en un lugar como este, aunque no es algo que le importe demasiado. Su idea era llamar la atención con este disfraz y lo ha conseguido.

Desde donde está colocada hace un barrido con la mirada buscando alguien con quien pueda entretenerse, tiene ganas de mantener una charla agradable que no sean los cotilleos de la universidad. Sus notas son excelentes y no tiene tiempo para los salseos insulsos que se generan entre compañeras, está centrada en sacarse la carrera y gestionar su propia empresa. Debate varias ideas en su cabeza, entre ellas una cadena de *boutiques* de ropa, donde dirija a cada una de

las niñas que quieran trabajar bajo su yugo. La piel se le eriza con el pensamiento de delegar sobre las inútiles que están suspendiendo este año las asignaturas donde ella siempre destaca. Sonríe con la mirada perdida y siente la presencia de alguien delante de su mesa. No quiere perder el tiempo dedicándole una mirada, ahora mismo es más divertido imaginar su propia película.

—Quiero estar sola.

—¿Seguro?

El frío hiela desde los dedos de sus pies hasta su nuca, siente como la piel se ha electrizado al escuchar esa voz. Levanta con lentitud la vista encontrándolo a él. Está más guapo que la última vez, más hombre, fuerte y varonil. Ya no es aquel muchacho que se escondía detrás de sus sombras, ahora es un hombre muy diferente. El traje de chaqueta negro se adapta perfectamente a su curtido cuerpo, la camisa negra desabotonada cerca de su nuez y esa barba que cubre parte de su rostro dándole un aspecto mucho más duro, oscuro. El pelo negro peinado hacia atrás, hay muchas cosas diferentes en él, pero lo que no ha cambiado es esa mirada grisácea que siempre le aportó calidez a su vida. Sus ojos conectan con los de él y la sonrisa parece crecer, no obstante, es borrada al instante cuando toda la ira que mantenía guardada sale de golpe.

—¿No vas a decir nada? —pregunta Marcus.

Lena conserva los labios apretados, repiquetea con sus uñas sobre la mesa de madera sin dejar de mirarlo. Quiere decirle tantas cosas, aunque sabe que si empieza a soltarlas aquí es capaz de explotar. El alcohol ha empezado a calentar su sangre y su lengua. Alguien se pone delante de ambos obstaculizando su visión.

—Te invita el chico de la barra. —Señala el camarero que ha depositado una copa similar a la de antes en la mesa, pasa un trapo con parsimonia por una de las manchas que quedaban del cliente anterior y se marcha dejándolos a solas.

—Sí que levantas pasiones. —Sonríe levemente.

Ella coge la copa y se la lleva a los labios, prueba el nuevo mejunje que le han servido de parte de su amigo, el de la barra. Esta vez el tono es algo más rosado, nota el sabor de la granadina, el alcohol sigue siendo el gran protagonista, y mira a su hermano sin soltar la copa.

—¿Todavía estás enfadada?

Y sin pensarlo, arroja el cóctel hacia la cara de su hermano y golpea con el culo de la copa sobre la mesa.

—¿Responde eso a tu pregunta? —brama enojada.

Empuja la silla y se levanta de manera violenta, recoge su bolso, dispuesta a perderlo de vista. Ha estado cinco años sin verlo, puede estar muchos más. El hielo que hay alrededor de su corazón no se derrite por venir hasta aquí. Aparta a los que se interponen en su camino hacia la salida y justo cuando está punto de cruzar, alguien se coloca delante de ella tapando la puerta.

—Quítate, gilipollas.

No obtiene respuesta y entonces se fija mejor en la persona que tiene frente a ella. Viste similar a su hermano, varía en que él si tiene corbata y su barba es más fina dejando a la vista la boca. Tiene los labios en una fina línea recta y sus ojos color miel ocultos tras unas gafas de montura fina de metal. Ahora aparenta ser mucho más grande que en aquel entonces. Lo primero que reconoce es ese perfume que parece emanar de su cuerpo, es como si la sangre siempre estuviera impregnada sobre su piel, o eso es lo que se le antoja a ella cuando lo tiene cerca. Sus ojos parecen arder, y sin previo aviso, se acerca a ella agarrándola por la muñeca arrastrando su cuerpo fuera del pub. No se resiste, está petrificada ante el contacto de la mano de él sobre su piel. Desde aquel día, en la casita de invitados o en la piscina, no lo había tenido tan cerca como

ahora.

Cuando están lo suficientemente alejados del local, percibe como afloja su agarre y ella aprovecha dando un fuerte tirón para deshacerse de él.

—No me vuelvas a tocar —lo amenaza apuntando con su dedo en su pecho.

—Gracias, Derek. —Su hermano aparece de la nada colocándose por delante.

—Iros a la mierda los dos, de la mano si puede ser. —Escupe a los pies de su hermano.

—Lena. —Levanta la mano intentando acariciar la mejilla de su hermana.

—Ni lo intentes.

—He venido.

—Sí, pero cinco años tarde —sisea entre dientes Lena.

—No he podido antes.

—¿Qué esperabas, Marcus? —Empuja con todas sus fuerzas a su hermano, golpeando una y otra vez su pecho—. ¿Que te viera y corriera a tus brazos? ¿Que me pusiera a llorar desconsolada por volverte a ver? —Las lágrimas se deslizan por su rostro de manera descontrolada, traicionando sus palabras—. ¿Que perdonase que me echarais de mi casa? Sin una puta explicación.

—Era por tu bien, siempre ha sido así. —Marcus capea todos los puñetazos que le atiza en el pecho y la abraza cuando ve que las fuerzas le fallan—. Perdóname.

—No puedo. —Solloza.

—Haré lo que esté en mi mano para que lo hagas.

—Sabes lo que siempre he querido... —Pega su mejilla al pecho de su hermano notando su corazón, tenerlo tan cerca la transporta a todos esos veranos compartidos, a todos esos abrazos, a las pesadillas y cómo la reconfortaba.

—Lo sé... —aprieta el cuerpo de su hermana—, puede que haya una manera. Solo dame tiempo.

—¿Más? ¿Te parecen poco cinco años? —Lena se separa incrédula ante sus palabras.

—Solo un poco más y te prometo que las cosas cambiarán —sentencia su hermano con un tono que no deja lugar a dudas a la seguridad de sus palabras.

Respuestas

La mano de su hermano no la ha soltado en todo el camino hacia el coche aparcado en la calle colindante al local. Ha estado presionando con sus dedos cada cierto tiempo, cerciorándose de que era real. Unos pasos por delante de ellos, camina Derek con paso decidido, su ancha espalda parece aplacar el brillo de los carteles de neón. Es como si absorbiera la luz por donde pasa con su sola presencia. Solo un instante ha mirado hacia su dirección antes de tomar la bifurcación que los separa del coche, en ese instante ha sido cuando se ha fijado que llevaba un pinganillo en su oído.

El rugido de un motor anuncia que están a punto de llegar, delante de ellos aparece un *Bentley* negro con los cristales tintados. Alguien lo conduce, aunque no atisba a ver quién es. Marcus le abre la puerta invitándola a entrar, Lena se introduce no sin antes fijarse en la persona que se acomoda en el asiento del copiloto, Derek.

Marcus ansiaba el momento del reencuentro con ella, son muchos años donde ha vigilado cada camino que ha tomado y aunque sabía que él no podía dar ningún paso en falso, se impacientaba cada vez que le llegaban los informes sobre Lena. Ha recopilado toda la información que se generaba a su alrededor, personas de interés, estudios, posibles altercados... No ha estado sola. Él no lo ha permitido y en todo momento siempre había cerca alguno de sus hombres velando por su seguridad. Tras un arduo trabajo en encontrar personas en las que confiar dicha tarea, ha tenido que solicitar ayuda a su mano derecha en más de una ocasión, quedándose expuesto y evitando a su padre. Al final es a Derek a quien más secretos le ha confiado en estos años y sabe lo que significa la seguridad de Lena.

Cierra la puerta con suavidad y mira a su hombre a través del retrovisor. Prefiere el tipo de conducción agresiva de Derek por si surge cualquier inconveniente, ya que es capaz de solventarlo en cuestión de segundos, sin embargo, necesitaba que entrase con él en aquel pub. No quería que alguien desconocido tomara a Lena si optaba por escapar, posibilidad que tenían asumida al 98 %. Ese ínfimo 2 % podía haber supuesto un cambio drástico en el carácter de ella y no era algo que tuviera muy claro, que en el tiempo que habían estado separados hubiera cambiado. Busca la mano de su hermana a la vez que el coche se pone en marcha, la acuna entre las suyas y la mira de reojo.

Nota la mirada de su hermano, pero prefiere mantener la vista al frente, está intentando adivinar quién es la persona que conduce. No parece uno de los tantos esbirros de su padre, esos que parecen más orangutanes que hombres y tienen el rostro congelado sin expresiones que mostrar. Tiene unas facciones más finas y, desde su posición, parece que sonría de vez en cuando. Demasiado positivo para la oscuridad que suele rodear a su familia. Desvía su mirada hacia el asiento del copiloto, lo poco que puede apreciar de Derek son sus hombros, que sobresalen del asiento y parece mantener una postura en tensión, dispuesto a atacar a la mínima

señal. Suelta un largo suspiro, antes de dejar salir las palabras de sus labios. No puede más con este silencio.

—¿Dónde vamos? —pregunta sin mirar a su hermano.

—A un sitio donde podamos hablar.

—¿Está lejos?

—No. ¿Tienes prisa?

—Puede.

—¿Tienes algún plan aparte del que acabamos de presenciar? —Arquea una ceja expectante. Conoce bien lo que suele hacer cuando se coloca sus disfraces.

—Ese no era el plan, eso solo era el aperitivo. El plan de verdad vendría después. —Lo mira desafiante.

—Ya veo, lo tenías todo pensado.

—Siempre, aunque ahora me ha surgido este nuevo plan...

—Lena, ¿qué quieres?

—Respuestas.

—Las tendrás, pero a su debido tiempo. —Aprieta el puente de su nariz, tiene que buscar otra manera de entablar con ella esta conversación y ahora está a la defensiva.

—¿Cómo sabías que era yo? —pregunta, inquisitiva, mientras toca su melena rubia.

La mirada del conductor se cruza con la de ella solo un segundo a través del retrovisor. Esos ojos marrones parecen querer reconfortar su inseguridad, como si intentara decirle que puede confiar en él. Levanta una ceja sorprendida por la sensación que le ha causado ese primer vistazo.

—Sé muchas cosas, Lena —asevera Marcus.

—Ahora hablas igual que él. —Arruga el ceño, molesta, por su respuesta.

—Puede ser, pero es la verdad y eso es lo que quieres, ¿no?

—Pues empieza a contarme, ¿cómo sabías que estaba allí? ¿Cómo sabías que era yo incluso así vestida y con la peluca? —Arranca la peluca de su cabeza, dejando a la vista una pequeña redecilla que retira al instante, liberando su pelo negro azabache cortado a la altura de su barbilla con el flequillo recto sobre las cejas.

Su hermano contempla lo bien que le sienta el nuevo corte de pelo, elegante y felina. Ya la había visto en las fotos que le llegaban periódicamente, sin embargo, disfrutar de su belleza en persona era aún más impactante. Sigue manteniendo esa luz en su piel que parece resplandecer, los genes del encanto de Allegra se intensifican cada día más.

—Esto te lo quería contar cuando estuviéramos en el hotel.

—Pues lo vas a hacer aquí, hazme ameno el viaje. Me empiezo a aburrir —dice escupiendo las palabras.

—Siempre sueles ir a locales como esos cuando te colocas tus disfraces.

—Vaya, estoy vigilada. ¡Qué novedad! —anuncia con un dramatismo fingido y una mano sobre el pecho.

—Lena...

—¿Desde cuándo sabes por donde me muevo? —pregunta alterada guardando su peluca en el interior del bolso.

—Desde siempre —determina Marcus.

Lena se muerde sus mejillas ante la revelación de Marcus, las palabras quieren salir en tropel de su boca y dispararse todas sobre él. Respira profundamente, analiza todo lo que le ha dicho desde que salieron de aquel local, lo que le cuenta y lo que la rodea. No dirá nada más, sacará la

paciencia que se le ha agotado hace años para esperar a llegar al hotel. Mantiene su mano en el acuno de su hermano y con la otra clava las uñas en el cuero del asiento.

—Esperaré a llegar al hotel.

No tardan en aparecer ante ellos un gran edificio antiguo de roca caliza, por su estética ha debido de ser remodelado no hace mucho; aun así, conserva el esplendor de lo que fue hace años. Incluso en la negrura de la noche impone con el efecto de las luces sobre sus paredes. El coche se aproxima lentamente aminorando su velocidad, se detiene en la entrada y observa cómo Derek baja. Primero da un rodeo al automóvil acercándose a la puerta de Lena y la abre con delicadeza. Ella a su vez atisba como su hermano ha salido del interior del coche y ya está junto a Derek. Sale mirando a ambos con gran interés y busca con la mirada si el conductor también saldrá, la puerta está cerrada y el coche se pone de nuevo en marcha alejándose de ellos. Su hermano la vuelve a tomar de la mano de manera posesiva y se dirigen al interior del gran hotel. Pasan el umbral aspirando la elegancia del lugar, decorado con un gusto exquisito, mezclando lo vintage con los lujos modernos actuales. No miran a nadie y siguen caminando como llevados por una fuerza sobrenatural. El ascensor parece sentir su llegada y abre sus puertas dándoles la bienvenida. Derek pulsa un botón que no llega a divisar al estar erguido delante de ellos.

Silencio.

Cling.

Cling.

Cling.

El sonido que anuncia el paso de cada planta la está desquiciando, no para de repetir ese insufrible *cling*. Vuelve a presionar la mano de su hermano y suspira con lentitud. Necesita llegar ya.

Las puertas se abren de par en par y la espalda de Derek marca el ritmo, caminan por el largo pasillo y los tacones de Lena resuenan entre las blancas paredes con pequeñas betas de color beige. La habitación parece estar al final, dos son las puertas que la separan. Según acortan los pasos, Derek se adelanta sacando algo del interior de su chaqueta, pasa la tarjeta por el lector y abre la puerta entrando al instante. Segundos después aparece ante ellos, sale y se coloca en un lado de la entrada a la espera de que ambos pasen al interior.

—Derek, entra tú también.

Él no responde y acata la petición de Marcus cerrando la puerta tras de sí con el pestillo.

Nada pasa desapercibido a la atenta mirada de Lena sobre el comportamiento de Derek y Marcus, ni la complicidad que se respira entre ellos. No han hecho falta ni las palabras en todas las medidas de precaución que han tomado hasta llegar aquí.

El interior de la suite donde se aloja su hermano destila ostentuosidad. Se divide en dos ambientes, un salón preparado para reuniones con una mesa rodeada de sillas y sofás de piel oscura y las puertas que separan las habitaciones. Las alfombras de bambú de seda visten los suelos de la habitación, los muebles estilo colonial oscuros destacan en la claridad de las paredes y la lámpara colgante de bombillas desnudas ilumina de manera tímida. Pero lo que más impresionan son las preciosas vistas que tienen desde esa altura, sin querer ha ido directa hasta la puerta corredera de cristal para abrir y presenciar Boston desde allí. Coloca ambas manos sobre la barandilla y contempla lo que la rodea, todo lo que queda bajo sus pies. Aspira todo el aire que le entra en los pulmones y lo deja salir con suavidad, necesitaba calmarse antes de volver a explotar con veneno hacia su hermano. Deseaba tanto verlo, no obstante, lo había querido odiar con toda su alma cada día que pasaba sin saber de él. Lo único que le iba llegando a cuenta gotas eran las llamadas, que hacían a Ciara, ella era la intermediaria en comunicarle a Lena como

estaban y si llegaba el momento, de volver a ir allí. Los veranos habían sido duros, pero las Navidades se le habían clavado en lo más hondo del corazón. No pudiendo compartir con ellos eso, ni su cumpleaños.

Aferra con fuerza el acero de la barandilla. La ira vuelve a hacer acto de presencia con todo lo que va recordando. «Ahora está aquí, déjalo hablar. Pregunta todo lo que te deje y si se niega, siempre lo puedes volver a odiar», se alienta a sí misma. Abre el bolso buscando un cigarrillo, encuentra la pitillera de oro blanco lisa que se compró hace un par de semanas. Pensó en hacerle un grabado como a la petaca, sin embargo, no se le ocurría nada y lo fue dejando hasta encontrar el tallado perfecto que fuera con ella. Saca uno de los cigarros y se lo coloca en los labios, coge el mechero y por más que lo intenta encender no termina de prender. Una llama surge delante de sus ojos encendiendo su cigarrillo, lo aspira mirando de reojo a Derek que sigue impune a su lado.

—Gracias —dice entre volutas de humo.

Derek a su vez se enciende el cigarrillo que tiene en su boca, aspira con fuerza y deja salir el humo con rapidez.

—No le va a gustar.

Todo su cuerpo se tensa al instante al escuchar la voz áspera de Derek tan próxima a ella. Se gira para mirarlo sorprendida ante sus palabras.

—¿El qué?

Él la mira fijamente durante unos segundos y luego posa su mirada en sus labios.

—No me lo puedo creer. ¿Esto? —Coge el cigarrillo con los dedos moviéndolo en el aire.

Los pasos de alguien se acercan a su espalda y sin darle tiempo de reacción, le retiran el cigarrillo de las manos apagándolo en un cenicero cercano.

—¿Qué coño haces?

—Cuidar de ti.

—Si quiero fumar, fumaré.

Abre el bolso para volver a coger la pitillera y comienza a buscar. Era lo que le faltaba que su hermano decidiera cuando sí y cuando no, puede fumar. Si quiere cuidar de ella, que lo haga, pero no de aquella forma. En un visto y no visto, Marcus aparece a su lado y le agarra la mano que tiene en el interior del bolso, retirándola con determinación sin dejar de mirarla a los ojos. Estupefacta, el bolso resbala de sus dedos directo al suelo, no obstante, Derek lo coge en el aire antes de que colisione.

—Ya hablaremos de eso.

Lena pone los ojos en blanco con desesperación. Su hermano acaba de llegar a su vida tras cinco años de ausencia y ya comienza a controlarla, al final iba a ser mejor que se quedara lejos de ella si viene con tantas normas bajo el brazo. Estaba muy tranquila, sin tener que acatar las reglas de su padre, sin tener que estar de vacaciones encerrada en aquella jaula de oro. No era otra cosa que eso, una jaula, una prisión y se dio cuenta cuando dejó de ir.

En Boston era libre, o eso creía ella hasta ahora.

Marcus agarra con fuerza la mano de su hermana y la conduce al interior de la suite, hacia la gran mesa de nogal redonda. Ha pedido al servicio de habitaciones que les traigan unos aperitivos y algo de beber, la conversación puede derivar en muchas vertientes, así que mejor estar preparados para lo que se viene. En breve tienen que llamar a la puerta, quiere que todos estén presentes y hablar sin tapujos. Entre ellos no hay secretos y solo falta que ella se adentre, una vez cruzada esa línea ya no hay vuelta atrás.

Unión

El cielo se torna cada vez más oscuro, la noche abraza con una necesidad avasalladora de hacerse con el mundo y entre toda esa oscuridad, están ellos en la sala de estar de una suite. Se colocan alrededor de la mesa con las miradas fijas en cualquier detalle que se presente y delate algo oculto a simple vista.

Lena repasa con sus dedos el canto de la mesa antes de acomodarse a la silla de piel, atisba como su hermano toma el asiento presidencial y el aguijón de aquella noche vuelve a perpetuar en su mente lo que sucedió. Las uñas raspan el lacado de la mesa dejando una marca en ella, le da igual estropear esa copia barata que imita a las de calidad. Su huella tiene que quedar por donde pasa, así lo ve ella y así lo hará. Levanta la vista separando el respaldo de la silla y sigue con la mirada a Derek que se ha alejado hacia la puerta. En ese preciso instante unos golpes suaves alertan del visitante que está a punto de cruzar el umbral. «¿Hueles a las personas, Derek?», sonríe con malicia al contemplarlo caminar para recibir a quién ha llamado.

La puerta se abre dando paso a un hombre de mirada afable, irradia atractivo con esa sonrisa tropical repleto de perlas blancas y la tez ligeramente bronceada por el sol. Tiene un peinado similar al de los hombres que la acompañan esta noche, la diferencia es que se dibujan pequeñas mechas de un rubio platino sobre el oscuro de su cabello. Lena levanta una ceja sorprendida ante tal elección por parte de su hermano, su mirada va de Marcus, a Derek y luego al nuevo integrante del grupo. Realiza un escaneo rápido a su vestimenta de ropa oscura, pero con un toque más informal y a algo que no termina de encajar, cree haber visto en su muñeca unas pulseras finas de un tono claro de corte isleño ocultas bajo la manga. El hombre entra dirigiendo una mirada a ambos y luego posa sus ojos en ella, camina con osadía hasta donde está, se coloca delante y alza su mano.

—Por fin tengo el placer de conocerte, Lena. —Sonríe con esa mirada confiada que trastoca la pared de hielo de ella—. Kasem.

Automáticamente, sin saber por qué, su mano se levanta estrechando la de él. No ejerce fuerza, solo se mece en ese apretón inesperado que le ha ofrecido aquel hombre que no esperaba conocer. Su piel caliente derrite durante unos segundos el congelado corazón de Lena, aunque vuelve a recomponer ese escudo de hielo que se suele poner ante los demás. Suelta la mano de Kasem con suavidad y mira de reojo a su hermano que sonríe con complicidad.

—No te alarmes, Lena. Kasem tiene ese efecto. —Señala a las sillas vacías a la espera de ser ocupadas por los presentes—. Ahora que estamos todos, vamos a ir tratando ciertos temas que sí podemos hablar. Algunos como ya sabes no me concierne a mí desvelarlos, lo siento, Lena, pero es así. —Le dedica una mirada furtiva antes de continuar—. He venido aquí a por ti, aún me quedan algunos cabos que atar, no obstante, si todo marcha bien pronto podremos compartir más que unas horas. Sobre todo, te pido paciencia...

Su hermana no puede controlar todo lo que bulle por su garganta, está subiendo como la lava de un volcán. Todos se han sentado nada más ordenarlo Marcus, pero ella se ha mantenido de pie a la espera de las primeras palabras, y esas han sido el escopetazo de salida para disparar cuando se le ha puesto a tiro.

—¿Paciencia? Cinco años, Marcus, cinco putos años.

Marcus levanta un dedo hacia Lena pidiendo que silencie sus palabras, sabía que no podría controlarse, aunque es algo que ni él puede acallar, no le va a colocar una mordaza para que escuche todo lo que le tiene que decir. Son las pequeñas consecuencias con las que ya contaba.

Lena lo mira desafiante con la silla aferrada, esperando las respuestas que tanto necesita. Nada más ver el dedo de su hermano ha pensado decirle por donde se lo podría meter; sin embargo, su parte coherente le ha advertido que espere. «Jodido Marcus».

En la puerta de la habitación alguien llama, esta vez es Kasem quien se levanta a abrir. «¿Quién más tiene que venir a esta encerrona que me han preparado?», son las preguntas que la azotan mientras lo sigue con la mirada hasta la entrada. Este abre, susurra algo a la persona que está esperando ser invitada a pasar y un instante después los pasos se alejan de la puerta. Kasem espera un tiempo prudencial y arrastra al interior un carrito repleto de comida, bebidas y algunas cosas más que no logra distinguir desde su posición. Según se acerca el carrito hacia ellos, el olor salado y dulce bailan alrededor de ella, reconoce ese aroma y maldice por dentro a su hermano una vez más.

—¿Ya estamos con los dulces para apaciguarme?

Marcus le dedica una sonrisa juguetona.

—¿No me digas que después de tanto alcohol no tienes hambre? Solo cuido de ti.

—Pues haberme cuidado durante esos putos cinco años.

El sonoro suspiro que suelta Marcus delata que comienza a tocar sus límites.

—No estás obligada a comer, coge lo que quieras y continuemos con esta conversación.

Ella que aún no se había sentado se dirige a la mesita pasando por el lado de Kasem y este le ofrece una de las copas. No puede evitar sonreír ante el ofrecimiento, la acepta y coge una de las botellas de whisky, vierte el dorado líquido en el interior de la copa y ahora, con todo lo que necesita, se deja caer en el asiento.

—Continúa —añade con soberbia mientras da un sorbo al fuerte licor.

—Gracias, Lena —dice con sorna su hermano.

Kasem sirve unos vasos de corte bajo, uno para Marcus, otro para Derek y el último, más generoso, para él. Toma asiento cerca de Lena y el círculo está completo. Las agujas del reloj se ponen en marcha tomando el camino elegido, lo que se diga esta noche, en esa habitación, entre esas cuatro paredes y sobre esa mesa, será el principio del final. Todo lo que acontecerá después tendrán que solventarlo con todo el arsenal que tengan disponible. No es cuestión de balas de gran precisión, la cuestión es que aquí las palabras tienen todo el poder. Información, a cambio de controlar la situación que se les ha presentado. Cooperación, por parte de las personas en las que más confía y lealtad, hasta el final, suceda lo que suceda.

—Hay muchas cosas que no te podré revelar aún, quiero que lo asumas, Lena.

Ella levanta un dedo en alto imitando al gesto que antes hizo su hermano.

—Una cosa sí me podrías responder antes de empezar. ¿Qué hice tan mal para que me echarais de casa? Me merezco al menos una explicación —inquire.

—Eso... sí te lo puedo responder —suspira—. Tú no hiciste nada, fue mi error.

—¿Tu error? —Enarca una ceja.

—Sí, un error que tú pagaste por mi falta. —Silencia sus palabras.

Lena lo mira incrédula ante su respuesta y espera por si continúa con su breve explicación de los hechos. La tensión que se respira en aquella habitación se vuelve densa, asfixiante y duda si volver a insistir. Su hermano le sostiene la mirada y esta se torna oscura durante unos segundos con un sentimiento que no logra discernir.

—No puedo darte más detalles, como te comentaba, hay cosas que no me conciernen a mí contarte. Necesito saber que estás conforme con todo esto.

Marcus busca en los ojos de su hermana la paciencia que precisa para poder hablarle con claridad.

—Sí, sí, joder, sí. No volveré a presionar más de lo necesario.

—¿Seguro?

Lena le dedica una sonrisa irónica a su hermano.

—Sigue, por favor. —Apura el whisky.

—Ya conoces a Derek y a Kasem, así que empezaremos con ellos, luego si da tiempo te iré contando algunos detalles más importantes.

—De acuerdo.

—Antes de nada, ¿tienes alguna duda respecto a ellos?

—La verdad es que sí.

—Dime, es el momento. Mejor ahora que los vas a tener que tratar más de lo que te gustaría.

—¿Van a ser mis guardaespaldas? —pregunta con guasa.

—No, las personas que están aquí son algo más que simples guardaespaldas como los llamas tú. Para mí son personas de mi confianza, Derek... —medita bien las palabras que rescata de aquella tarde en la piscina—, es un buen amigo que estará ahí siempre que lo necesites, y Kasem, llegó un tiempo después de tu marcha, recomendado por Derek. Ha demostrado con creces tener las aptitudes que quiero a mi lado, es una persona peculiar que tiene grandes capacidades.

—Vale, que yo me aclare, ¿Derek es como tu perro de caza? No te ofendas, Señor Oscuro. —Lo mira con chulería y le guiña el ojo.

El rictus de Derek es serio, quiere hablar con esa muchacha que se cree tener el poder de soltar arrogancias con cualquiera que se cruza. Todos estos años ha sido testigo de todo lo que su familia ha hecho por su seguridad, el gran sacrificio de Marcus, siendo la diana de su odio hasta hace escasas horas. Conoce bien el carácter de Lena, observarla desde las sombras le ha dado la certeza al comprobar cómo se comporta con quien la rodea, gestando una ira incontinida en su interior, utilizándola a su antojo con los demás. Las sombras que alimentan a su familia no son diferentes a las que están creciendo en su interior hace unos años, antes de que James lo encontrara. Prefiere mantenerse impune a la conversación a no ser que sea estrictamente necesario, o que Marcus le exprese su necesidad de intervenir.

—¿Has escuchado algo de lo que te he dicho, Lena?

Una mirada de Marcus a Derek es la señal para abrir las puertas a todo lo que necesite expresar él.

—Lena —pronuncia con aspereza el nombre—, no soy su perro de caza. —Clava su mirada llena de fuego en ella a través de las gafas—. Soy su ejecutor. Imagina todas las cosas más oscuras, las escenas más grotescas, escucha los gritos de dolor pidiendo que acabe con su tormento, huele el hedor de la muerte expulsado de aquellos cuerpos carentes de vida. —El susurro sesgado de Derek se llena de oscuridad, la piel de Lena se eriza con cada palabra que sale de sus labios y no puede escapar de esa mirada llena de llamas, es como si el infierno habitara en ella—. Tu hermano es el juez, yo... su verdugo, y uno que no te gustaría conocer.

Algo en el interior de Lena se remueve descolocándola, no puede apartar los ojos de él. Es una

sensación entre miedo y admiración, sabía que su familia tocaba temas ilegales, los secretos, las mentiras y todo lo que se movía alrededor de ellos no era cosa de una empresa legal. Las heridas en los puños de su padre que aparecían de la noche a la mañana no era cosa de «entrenar» como le hacían creer. No era tonta, nunca se creyó del todo sus mentiras. Las miradas que decían cosas que ella no entendía, los movimientos en la noche en la casita de invitados, la de veces que ha creído soñar despierta por presenciar cosas que no debió ver. Todo empieza a cobrar sentido, las piezas del puzzle se encajan por si solas, aunque aún hay mucho por colocar y algunas de esas piezas son de esas tan pequeñas, con colores tan similares que te confunden una y otra vez. Esas piezas solo las puede colocar él, su padre.

—Ya me has intimidado, ¿contento? —Consigue desviar la mirada de ese hombre y la fija en su hermano—. Prosigue, Marcus, por favor. —Levanta la mano para realizar un juramento como si estuviera en un juicio. «¿Mi hermano no es el juez? Pues juguemos ese papel»—. Juro solemnemente ante Dios y en presencia de esta asamblea, mantener mis labios sellados hasta el final, solo hablaré cuando se precise, controlando así mi lengua viperina que está deseando escapar. Y que escucharé todo lo que me tienes que decir con toda mi atención.

Marcus carraspea ante el juramento de su hermana, conociéndola, es un acto de fe el someter esa lengua hasta el desenlace de esta historia. Agradece con un leve gesto de cabeza sus palabras, agarra el vaso con la pócima de fuerza que va a necesitar para ir contando todos los detalles que no desvelen lo que no le pertenece a él y golpea con el culo del vaso sobre la madera como si fuera el mazo de un juez.

—Procedamos a desvelar parte de nuestra historia, la actual. Y cuando estés preparada, cuando confíes en ellos de verdad, iremos un paso más allá.

La pieza final

Las miradas van de unos a otros, está expectante por el tono que está utilizando su hermano para hablar. El magnetismo que desprenden aquellos hombres que rodean la mesa es abrumador, cada uno a su manera ejerce una fuerte atracción hacia ella. Kasem y Derek, tienen el hándicap de ser esos recién llegados a su familia y que tanto han ofrecido a su hermano. En cambio, Marcus, con cada mirada nueva que le dedica, descubre algo que no advirtió hace años, es como si el velo que tenía ondeando delante de sus ojos fuera cayendo con cada revelación.

—Nuestra familia es algo especial, creo que no hace falta un manual de instrucciones para darte cuenta de ello. Eres lo suficientemente perspicaz para fijarte en los detalles, sé que sabes más de lo que me cuentas y me encantaría que luego respondieras algunas de mis dudas. Los negocios que regentamos algunos no son tan claros como me gustaría, otros, en cambio, son tan oscuros y turbios que se grabarían a fuego en tu retina. —Se acerca el vaso a los labios, necesita hidratarse la garganta—. En la actualidad, me he visto obligado a ejercer el papel que antes desempeñaba, James... Y aunque hay muchas de las cosas que no son de mi interés, es el legado que se me ha dejado y tengo que asumir mi papel.

Lena levanta una ceja con interés al escuchar «James» en vez de «papá», sin embargo, mantiene sus labios sellados.

—Derek, fue elegido especialmente por James para estar a mi lado —dedica una mirada al nombrado—, el papel que se le asignó se ha ido transformando con los años. Al inicio, debía de ser, como bien dices, un «guardaespaldas» si se requería. No obstante, según pasaban los meses y las situaciones se tornaban más difíciles, su temple ante algunos casos y su inteligencia en solventar aquellas reuniones que iban directas a descarrilar, han mostrado su alta capacidad para el liderazgo. Lo que me ha hecho replantearme muchas de las tareas que se le impuso. He dejado que él decidiera seguir su entrenamiento tanto mental como físico de la mano de James, una vez finalizaba esas duras sesiones, su entereza se mantenía en perfecta armonía con la calma que lo precede a la hora de analizar cualquier problema que pueda presentarse.

No puede evitar dedicar miradas furtivas a Derek. Este se mantiene erguido como una estatua de piedra mirando a su hermano, en ese instante desvía la mirada conectando con la de Lena. No la evitará esta vez, el corazón se le acelera en ese cruce de miradas, la voz de Marcus pasa a un segundo plano y se escucha alejada. La habitación carece de repente de calefacción, tornándose cada vez más helada. Es la sensación que le causa tener esos ojos puestos en ella. Entreabre sus labios dejando escapar un suave suspiro, la sangre de su cuerpo no quiere seguir su curso y su corazón ha dejado de bombear. Todo se ha congelado.

—¿Lena?

Pestañea varias veces ante la llamada de su hermano y despierta del trance en el que se había sometido sin querer. El calor abrasa sus mejillas provocando que se enrojezcan de golpe.

—¿Estás bien?

La mano de su hermano busca la de ella. Hace un leve gesto a Kasem que se levanta en el acto trayendo una botellita de agua fresca y un vaso de cristal que coloca en el lado derecho de Lena.

—Sí —carraspea—, el alcohol me ha subido de golpe... —miente de forma deliberada, no sabe realmente la causa que ha provocado que todo lo demás desapareciera de su alrededor—, continúa, por favor. —Vierte el agua en el vaso y lo bebe con ansia, sofocando así el calor que ha ido subiendo por su cuerpo.

—¿Has escuchado todo lo que he dicho sobre Derek? Aunque hay más, lo irás descubriendo por ti misma. —Al decir eso, ha colisionado su mirada con la de su hermano, sorprendida—. Como ya te he adelantado, estará cerca de ti, aunque no lo veas... Él a ti sí.

Traga saliva con dificultad ante tal declaración. Solo pensar que ha sido observada todo este tiempo, la encoleriza y sorprende a partes iguales.

—¿Puedo hacer un inciso en esta parte? —Ha dejado de escuchar parte de la historia que le estaba contando sobre Derek cuando ha sido absorbida por su presencia.

—Adelante.

—Con lo que me acabas de decir, mi pregunta es... ¿desde cuándo me vigila? —Aunque le había dicho que sabía cosas de ella, no esperaba que fuera precisamente Derek quien la vigilara.

Derek y Marcus se miran solo unos segundos.

—Más de lo que crees, Lena —sisea Derek—, digamos que cuando crees que estás sola y dejas de fingir ser otra persona, es cuando más afilada es tu lengua. Estás acostumbrada a conseguir las cosas por quién eres, por el dinero que tienes y por la agilidad mental que demuestras con personas que son inferiores a ti. En cambio, cuando te colocas esas pelucas fingiendo ser otra persona, intentas ser dócil para acercarte a quienes temen a una mujer como tú, a veces te funciona... —adelanta su cuerpo hacia delante para que ella lo pueda escuchar mucho mejor—, no obstante, al final se disipa como el humo que dejas escapar de tus labios.

—¿Dócil?, ¿yo? Creo que te equivocas. —No se amedrenta, acerca otra vez el vaso de whisky a sus labios sin dejar de mirarlo.

—Sabes que no me equivoco —sentencia Derek.

—Me gustaría que me aclararas mejor ese punto, «una mujer como tú» —dice antes de dar un sorbo al líquido dorado.

Marcus y Kasem contemplan ese duelo de miradas que mantienen ambos, y este último, cuando menos lo esperan, decide intervenir.

—Por lo poco que sé de ti y lo que he podido presenciar. Eres muy mordaz, arrogante y no sueles reconocer tus errores. Te gusta estar por encima, eres observadora y mantienes una postura altiva ante cualquier situación, eso te hace una mujer fuerte —añade Kasem cambiando el ambiente de la habitación.

Lena rompe el contacto visual con Derek y dirige sus ojos celestes hacia Kasem.

—Gracias, me halagan tus palabras —ironiza—, aunque la mayoría son ciertas, muchas las tendrás que descubrir estando a mi lado, no desde las sombras.

—Espero descubrirlas, Lena. —Sonríe.

—Después de este breve inciso sobre Derek, hablaremos de Kasem —aclara Marcus.

—Prosigue —apremia ella.

—Kasem fue una recomendación por parte de Derek. Por cómo me lo iba describiendo más interés tenía en conocerlo. Al principio solo le puse algunas pruebas para ver si era capaz de hacer las cosas de las que Derek me hablaba, las superó con creces y lo justifica con cada día que pasa. —Pasea su mirada por sus hombres—. Él consigue información de quien quiere sin

necesidad de «obligar», generando cierto grado de confianza con su forma de hablar y consiguiendo entrar en la coraza de las personas con una facilidad pasmosa. Ya lo comprobarás. —Sonríe antes de proseguir—. Suele pasar desapercibido de la mirada de muchos creyendo que es uno más. No le hace falta un disfraz, ni una máscara que oculte sus verdaderas intenciones, no usa la fuerza bruta para conseguir esas confesiones desinteresadas que le hacen, sin embargo, es un gran adversario en una lucha cuerpo a cuerpo y hábil con otras cualidades que irás descubriendo.

No sabe en qué momento de sus labios ha surgido una sonrisa escuchando el resumen de la incorporación de Kasem. «Un sujeto peculiar», medita para sí.

—Él no entró tan directo como Derek. Fue poco a poco, James no aceptaba una nueva incorporación sin haber sido estudiada por él, este paso fue algo que nos costó introducir y te contaré cuando hablemos más sobre lo que se mueve en el interior de nuestra familia. —Mira a Lena cediendo a que pueda despojarse de las dudas que tenga.

—Recapitulemos, te estás montando una especie de *Equipo A* —dice mirando a cada uno de ellos—, no te lo tomes como un ataque, solo intento asimilar toda la información que me estás dando, en la que tengo que confesarte, veo muchas lagunas. Las dudas que me surgen son: ¿para qué? ¿Por qué? Y qué sucede conmigo, que es lo que más me interesa.

—Sé la de veces que has preguntado las limitaciones de las visitas, ese tema no lo puedo tocar, pero sí te puedo adelantar que todo lo que se hizo, siem... —interrumpe Lena al momento.

—Siempre fue por mi seguridad, por mi bien —repite Lena entonando la voz grave como lo haría su padre.

—Exacto. *El equipo A*, es solo mi manera de ir cambiando las cosas. ¿Para qué? Para tenerte dentro de nuestra familia, aunque no de la manera que esperas. ¿Por qué? Porque ya es evidente que no eres una niña, mantenerte alejada no siempre será la mejor opción y porque va siendo hora de que veas la verdad de lo que te rodea.

—Y ahora... Papá, ops, perdón, James, ¿está de acuerdo con todo esto?

Su hermano le dedica una sonrisa llena de complicidad.

—Esté o no esté de acuerdo, es algo que tarde o temprano se tendrá que tragar. Han sido muchos los años donde las cosas se han hecho a su manera. Lo he respetado todo este tiempo y he esperado pacientemente hasta que ha llegado mi momento. Ahora, tomaré yo el control de todo.

—Y ahora que sé los componentes de este equipo, ¿me puedes revelar algo más de nuestra familia?

—Puedo, sabes que hay terrenos que están cercados para mí, sin embargo, te voy a desvelar algunas cosas que seguro que te gustarán.

—Expectante estoy de esas revelaciones.

Se levanta directa a la mesita donde descansan las botellas de whisky, se rellena la suya y pasea con la botella alrededor de la mesa. Se acerca a su hermano dejando caer el licor, dirige sus pasos a Kasem para invitarlo a una copa más a la vez que le guiña el ojo. Tiene algo que le gusta, le gustaría hablar con él a solas y conocerlo un poco mejor. Queda un poco en el interior de la botella, pero lo suficiente para rellenar otra copa. Sus tacones acortan la distancia que la separa de Derek y se coloca a su espalda muy próxima a él. Choca intencionadamente con su cuerpo y con la boca de la botella besa el canto del vaso de cristal, sin terminar de inclinarla para que caiga el líquido que descansa en el interior. Sopesa un segundo si dejarlo caer. Derek se mantiene en su forma natural de estatua inquebrantable, ni sintiendo su cercanía cambia ni un ápice. Aparta la botella del vaso y la planta delante de él dando un ligero golpe sobre la madera.

—Toda tuya.

Desanda sus pasos hasta su silla, se sienta con elegancia y cruza las piernas. Aún con el vaso en la mano lo levanta en alto invitando a su hermano a brindar, este la imita y observa el brillo de los ojos de Lena.

—Por los nuevos comienzos, por los secretos enterrados, por las mentiras que vestían la verdad y por dejarme formar parte de nuestra familia por primera vez. —De un trago, el licor raja su garganta calentando sus ideas. Muerde su labio inferior, está nerviosa por conocer de boca de su hermano todo lo que ha ido imaginando con los años. El cuerpo se le estremece con solo saber que siempre ha tenido razón.

—Brindemos —anuncia Marcus animando a sus dos hombres.

—Por el *Equipo A* —añade con guasa Kasem.

—Por ti, Lena. Por ser la pieza final. —Derek atrapa la botella entre sus fuertes manos y se la lleva a los labios apurando hasta la última gota.

El brindis se cierra con la frase de Derek, Lena se queda con las palabras atragantadas en mitad de su garganta descolocada con la mirada fría de él. La provocación constante que tiene con ese hombre es algo que no puede controlar, es una necesidad, buscar la manera de hacer que salte. No obstante, él siempre suelta alguna frase que lapida todas las de ella. Esa presencia que desprende hace que quiera seguir tensando la cuerda. ¿Hasta cuándo?, eso el tiempo lo dirá. Una sonrisa ladina aparece en sus labios y anima a su hermano a seguir.

—No hace falta que te diga lo que llevamos años repitiendo, así que iré directo a lo que te concierne y que tengo la autoridad de poderte narrar. —Se detiene un segundo sopesando las palabras que debe utilizar—. Desde hace años hay una disputa familiar que ha dejado una profunda cicatriz en nuestra familia. Tú solo conoces lo poco que te hemos podido contar, las cosas que Emilia te dejaba a modo de regalos, los libros de mamá... estos esconden mucho de lo que ella te quería contar. Es como si ella supiera que en algún momento los tendrías en tus manos.

La piel de Lena se eriza al pronunciar aquellas palabras electrizando sus pensamientos.

—¿Las anotaciones en los márgenes? —Se levanta impulsada como un resorte.

—Sí, sobre todo en los libros donde eligió hacerlas.

El recuerdo con el olor de las páginas llega a su mente meciéndola entre dos aguas, el tacto rugoso del papel antiguo y estropeado. La de veces que había repasado algunos de ellos manteniéndolos en el regazo, con el sol acariciando su rostro mientras leía en calma. Sin saber realmente lo que escondía, pensaba que eran momentos del libro que quería remarcar y recordar su madre, pero eran mensajes para ella.

—Ella, tenía... planes para nosotros. Lo dejó todo organizado para que llegado el momento la información te llegase si fuera necesario. —Mira a su hermana a los ojos.

Unas lágrimas comienzan a brotar rompiendo como una presa que estaba a punto de explotar. Las grietas demasiado pequeñas, invisibles para ella, estaban ahí avisando del torrencial que estaba a punto de presenciar. No puede controlar las silenciosas lágrimas que no tienen apuro en seguir su camino. Descubrir que su madre le había dejado tanto escondido para que lo encontrase. Imaginarla en sus momentos antes de que la muerte se la llevase planeando hasta el último detalle, la está desgarrando por dentro. Baja la cabeza solo un segundo y se mira ambas manos. El agua salada de sus ojos choca contra su piel. Ella que nunca muestra su parte débil, ella que solo lucha con uñas y dientes, ella que siempre la necesitó y nunca lo demostró. La mano de Marcus reposa sobre su hombro ejerciendo una leve presión y esta le hace reaccionar, no quiere que la vean así y sigue mirando sus manos, buscando ahí la forma de salir airosa sin

que ellos sientan pena por ella.

—Nos quería con toda su alma, hasta el último segundo peleó. —Las manos de su hermano enmarcan el rostro de Lena levantándolo para que lo mire a los ojos—. Os parecéis tanto... Ambas sois unas luchadoras, de las que muerden para defender a su familia sin importar el depredador.

Con los pulgares Marcus retira las lágrimas que siguen brotando de los ojos de su hermana, ella los cierra, sintiendo el calor que desprenden sus manos y embriagándose de su calidez. Los recuerdos de todos esos veranos junto a él, de los abrazos cuando tenía miedo, de las miradas traviesas deseando molestar a su padre, todas esas imágenes inundan su mente y sin querer, en ellas vuelve a ver a su padre sonreír más de una vez. Sentir su cariño cuando jugaban con ellos, siendo más pequeños en la orilla de aquella recóndita playa. Palabras de amor que el viento se llevó y ella olvidó.

—Solo te diré una cosa más, esa cicatriz de la que te hablo, era imposible de curar y ella vaticinó muchos de los acontecimientos que vendrían tras su muerte. Sabía el riesgo al que nos exponía y lo difícil que sería todo, una vez que ella no estuviera aquí.

—Ahora tengo la necesidad de volver allí —dice de manera atropellada.

—Lo harás, aunque aún no. Ahora me tienes que escuchar. —Su hermano suelta con suavidad sus mejillas y se vuelve a colocar en la silla.

—De acuerdo —añade sintiendo el frío que ha dejado en su piel. El ardor era demasiado agradable y quería conservarlo un poco más.

—Durante estos años he sopesado mil ideas de cómo cambiar las cosas, algunas no gustarán, otras me he dedicado a probar por mi cuenta hasta comprobar donde llegan los tentáculos de la familia de mamá y puedo decir, que no son tan largos como esperaba. —Mantiene la mirada fijada en su hermana—. Si mis cálculos no fallan, volveremos a vernos en unos meses y te llevaré conmigo para hacer la prueba, eso sí, deberás de acatar mis órdenes, necesito que cooperes hasta el último momento y demuestres tu lealtad. No te voy a desvelar mucho más de este plan, cuando llegue el momento te lo contaré hasta el último detalle.

—Cumpliré.

—Eso espero.

En esa mesa se había liberado sin saber una carga demasiado pesada, la tormenta que arreciaba en el exterior aún era lejana, sin embargo, las nubes se movían con velocidad y pronto el sonido de los truenos desvelarían la cercanía de esta. Una vez caiga el primer trueno, muchos lo acompañarán y se desatará, la temida tempestad.

Recuerdos

Necesitaba un receso tras todo ese aluvión de información donde ha quedado rezagada parte de la verdad que le interesaba conocer. No quiere que nada más haberle sido confiado ser una pieza clave en el plan de su hermano, someterle a todas esas preguntas que siempre se han quedado sin respuestas. Irá poco a poco, probará con una sutil pregunta, o dejando caer unas palabras que inciten a hablar de lo que le interesa a ella, puede funcionar y no sería descabellado que el tema saliera de casualidad. Repasa con los dedos, el mármol negro veteado con líneas blancas por toda su superficie del lavabo de dos senos y abre el grifo de diseño que tiene delante de ella liberando el agua en un fuerte caudal. Coloca sus manos atrapando en ellas una pequeña cantidad que se niega a permanecer mucho tiempo ahí y comienza a escurrirse entre sus dedos. Observa la simpleza de ese momento y luego devuelve su mirada al espejo, donde la imagen se materializa en un pensamiento lleno de miedo que se revuelve en su interior. Un plan donde le piden colaboración, lealtad... ¿A qué precio? ¿En qué momento se liberará de la carga tan pesada que lleva años a su espalda? ¿Qué tan importante es su sola existencia para tenerla que proteger? ¿Por qué? Deja que el agua vaya cayendo con pequeñas gotas sobre el charco que se ha quedado estancado en el lavabo. Cada gota cuenta para hacerlo crecer, por pequeña que sea, es necesaria para formar parte de lo que ahora se ha creado ahí. Abre las manos de golpe y el agua termina por liberarse. Retira el tapón dejando que fluya por el desagüe.

Se da la vuelta con las manos aún mojadas y apoya su trasero en el canto del lavabo, se las seca con delicadeza con la toalla blanca que tiene a su derecha y coge su pitillera. Necesita fumar. La calada es intensa y el humo sale de sus labios con calma, no para de darle vueltas a todas las cosas que se han comentado en la mesa. A las miradas de esas personas que, supuestamente, ahora la acompañarán en su vida, a la calidez tan añorada de Marcus y el aura nueva que tiene. Ha vuelto a cambiar, es como si mudara cada cierto tiempo su pelaje y ella no fuera testigo de cuando sucede. Escucha pasos acercarse, apura su cigarrillo y lo tira al inodoro. Destapa una de las tantas diminutas botellitas de perfume que el hotel obsequia a sus clientes y pulveriza una buena cantidad a su alrededor. Abre la puerta cerciorándose de que los pasos que ha escuchado no siguieran ahí y dirige sus tacones hasta la sala de estar.

Al primero que ve nada más aparecer es a Kasem que se acerca a ella con una confianza desmedida, no le incomoda, aunque le resulta extraño la manera de comportarse que tiene sin conocerla. La mirada de color café de Kasem se adhiere unos segundos a la de ella, le ofrece una copa y se ubica a su lado.

—Las cosas pronto cambiarán —anuncia Kasem.

—¿Cosas?

—Tu situación.

—¿Vivir alejada?

—Vivir en la ignorancia. —Lena le dedica una mirada perspicaz—. No me mires así —Kasem levanta ambas manos en alto—, aunque sea la primera vez que nos presentan, Marcus se ha dedicado durante todos estos años a tenernos al tanto de todo lo que te rodea.

—Vaya, siento ultrajada mi intimidad y en desigualdad de condiciones ante vosotros.

—Eso puede cambiar y lo hará. Depende de ti.

—Hay preguntas que sé que no me responderá.

—Esas no, sin embargo, tienes muchas otras y nos tienes aquí. —Levanta la copa y se la lleva a los labios dando un generoso sorbo.

—Estáis jugando con fuego y lo sabéis, no dudo de vuestras capacidades, no obstante, si a día de hoy sigo desterrada aquí... —Medita bien las palabras que quiere utilizar, Kasem le está mostrando esa faceta de la que alardean y aún no se termina de fiar—. Es difícil cambiar el destino de las piezas que han sido fabricadas para un puzle, cosa que queréis hacer.

—Eres una pieza fundamental, pero vuelves a centrar tu atención en la otra dirección. — Señala con su copa hacia la puerta corredera donde están Marcus y Derek.

—No os conozco por mucho que mi hermano me hable de vosotros como si fuerais los chicos de *Misión Imposible* y algo dentro de mí me dice que no me termine de fiar —sisea mirando hacia Derek.

—Haces bien en no fiarte. —Apura el último trago y deposita el vaso en la mesa que tiene a su izquierda—. Aunque no está de más acercarte y descubrir un poco más allá, con pasos lentos, pero seguros, te darás cuenta de que todos tenemos un mismo propósito.

—¿Ir contra las normas de James?

—No, te vuelves a ir en la dirección equivocada.

Kasem le dedica una última mirada antes de unirse a la conversación que se está dando al otro lado de aquella sala de estar. El ambiente que la rodea parece haber cambiado con aquella charla, las dudas siguen, las direcciones que antes parecían precipitadas, ahora le muestran una variante de los hechos que no había pensado. Conocerá mejor a esos dos hombres en los que tanta confianza había depositado su hermano, se aliará hasta el límite que marquen y será una más. Lleva el vaso hasta su boca y solo se moja los labios, sintiendo el hormigueo que le causa el alcohol, pasea su lengua para captar mejor el sabor, deleitándose en el siguiente paso que vendrá.

Está lista.

Cruza la gran cristalera que la separaba, los rostros se giran al escucharla llegar, y siente la mirada de cada uno de ellos penetrando a cada paso que da. Se coloca a una distancia prudencial para no interferir en ese círculo improvisado que tienen ya hecho.

—Estoy lista para esas preguntas que me dijiste que me querías hacer —afirma fijando la mirada en su hermano.

Marcus, arquea una ceja, atónito, por la entrada de su hermana. Una mezcla entre perfume, whisky y tabaco flota a su alrededor, arruga la nariz percibiéndolo bien y duda durante un instante comentar algo sobre el tema.

—¿Cuánto sabes? —pregunta directo.

—¿Sobre nuestra familia?

—Sí.

—Conjeturas, suposiciones y algunas acrecentadas por cosas que he visto u oído —responde Lena.

—Cuéntame.

—Aunque siempre vi cosas que me parecieron extrañas, a ojos de una niña las transformaba. Con los años, he tenido tiempo de reflexionar mejor sobre ellas y verlas desde otra perspectiva.

—¿Cómo cuál?

—Temas que rozan con la ilegalidad.

—¿Qué te hace pensar en eso? —Toda la atención de Marcus está en Lena.

—Solo he compartido los veranos y algunas Navidades, no obstante, siempre he sido testigo de cosas que no quería admitir, momentos que mi mente infantil me ocultaba con otro tipo de recuerdos.

—Explícame alguno de ellos.

Lena nota las miradas de todos esos hombres clavadas en cada palabra que deja salir de sus labios, eso le confiere un poder que no esperaba tener.

—Ruidos en la noche, coches salpicados por pintura que debía de ser limpiada por gente desconocida que aparecía de entre las sombras. Reuniones inesperadas que no podían ser pospuestas, apretones de manos con hombres que jamás volvíamos a ver. Las heridas en los nudillos de James y alguna que otra cicatriz, que cuando preguntaba por ella siempre evitaba contestar cambiando de tema. Todo eso no podía ser por regentar una cadena hotelera como me hacíais creer.

—Tenía razón cuando se lo dije hace años, que veías más de lo que decías.

—A veces, pensaba que era parte de un sueño, una pesadilla que no quería recordar y mágicamente cuando eso sucedía, Emilia siempre aparecía con detalles que me hacían olvidar esos recuerdos. Con los años, los rescaté y fui acumulando todo aquello que se salía de lo normal... —sopesa lo que quiere decir a continuación—, todas mis teorías cobraron una mayor nitidez aquella noche.

—Derek. —La mirada de ambos hermanos se posan sobre él.

—Sí, digamos que aquella noche todo cobró sentido, los engranajes comenzaron a funcionar sin darme cuenta de ello.

—¿Cuánto pudiste ver?

—Lo suficiente para darle peso a las teorías que en mi cabeza se urdían.

Ladea su rostro para mirar con curiosidad a Derek, es más alto que ella, sus tacones no le impiden mantener la mirada sin tener que alzarla. Sus ojos conectan con los de él como aquella noche, cuando lo vio por primera vez, las facciones se endurecen y los músculos de la mandíbula se tensan. Los labios los mantiene en una fina línea recta y la mira a través del cristal de las gafas.

—Me viste aquella noche —afirma Lena.

No responde. No hace falta palabras para confirmar lo que ella sabe, lo sintió. Derek deja caer la mirada y atrapa un cigarro que se lleva a los labios. Lo enciende con un mechero dorado sin apartar los ojos de ella y aspira con fuerza, dejando que el humo se interponga entre ellos. Tras ese silencio donde ninguno de los presentes ha intervenido, respetando así una ley no impuesta en aquella conversación.

—Sí. —Rompe su mutismo—. Al igual que sabía que estabas en esa habitación —dice rasgando las palabras.

El frío le recorre toda la columna vertebral, la piel se le eriza al instante ante la revelación de él. El corazón de Lena se acelera al recordar aquella mañana cuando despertó bajo la cama, sin estar segura de quién la ocupaba hasta que lo vio aparecer. Aparta la mirada al notar como el calor empieza a abrasar sus mejillas de manera involuntaria.

Marcus entrecierra los ojos mirando a ambos.

—Básicamente, Lena, sabías muchísimas cosas que no las has podido interpretar bien hasta pasado los años —añade Kasem rompiendo el triángulo de miradas.

Lena pestaña varias veces aturdida por la intervención inesperada, se agarra al momento que le ha brindado Kasem para continuar con su revelación.

—Es tal como lo ha dicho Kasem, no supe ver muchas de las cosas que tenía delante de mis ojos hasta pasado un tiempo que fui confirmándolas y fueron adquiriendo forma.

—Solo me queda confirmarte que no estabas desencaminada —determina Marcus.

El humo que deja salir Derek de sus labios crea una atmósfera alrededor de esa reunión, entre sombras y luces que ocultan durante unos segundos los rostros de quien lo componen.

—Las mentiras suelen ir de la mano de lo ilegal —deja caer Lena buscando la mirada de su hermano.

—Y esa es una de las cosas que quiero cambiar.

No parece escuchar lo que le ha dicho su hermano cuando suelta lo que en su cabeza lleva rato divagando. Necesitaba dejar caer la venda de los ojos y ahora lo ha hecho.

—¿Falsificación? ¿Robo? ¿Blanqueo? ¿Drogas? ¿Prostitución? —Las preguntan salen salpicando como metralla, ya está cansada de tener que retenerlas. A su mente llegan algunas que no quiere decir en voz alta, todavía no, teme la respuesta que su hermano le pueda dar.

—Tocamos un poco de todo, Lena. Aunque nos especializamos...

—No lo digas, aún no. Por hoy es suficiente. —Levanta una mano en alto dando por zanjada la conversación y desaparece de la vista de los presentes—. Ya se han confirmado todas mis sospechas, no quiero entrar en detalles de lo que hacéis o dejáis de hacer. No hasta que pueda estar del todo dentro.

La ansiedad generada todos estos años por las respuestas que no llegaban le estaba ahogando, cuando ha dejado salir el torrente de preguntas, ella misma se ha dado cuenta de que necesita procesarlo con calma y descubrir que su hermano estaba dispuesto a contar más de lo que esperaba, ha sido abrumador. Corroborar todas esas películas que se estaba montando en su cabeza mientras hacía su vida en Boston, está generando un caos ahora mismo en todo lo que creía y lo que es, necesita algo de calma. Necesita pensar.

—Lena, espera. —La voz de Kasem la detiene en el recibidor.

—¿Qué? —pregunta dándose la vuelta para encararse con él.

Kasem se acerca a ella y le cede la tarjeta de una habitación contigua a la de su hermano. Se adelanta un par de pasos abriéndole la puerta y la espera, apoyado, en el umbral.

—Entro un segundo contigo y te dejo a solas, no tardaré.

Introduce la tarjeta en la ranura cercana a la puerta para activar la luz y hace un repaso rápido de la habitación, una suite similar a la que dispone Marcus. Unos segundos después se planta delante de ella.

—Aunque Derek ya se había pasado antes por aquí, me gusta darle mi toque. —Le guiña el ojo y antes de salir por la puerta, añade—: Estoy al otro lado, si necesitas cualquier cosa no dudes en avisarme. —Cierra la puerta con suavidad.

Lo primero que hace nada más verlo salir, es cerrar el pestillo de la puerta. Lanza los tacones a lo lejos mientras se despoja de la minifalda, comenzaba a sentirla demasiado apretada, pone el bolso sobre el aparador y se va directa hasta la habitación. Necesita unas horas de soledad y alejarse de esa mirada que la empieza a trastocar.

Protección

No esperaba menos de su hermana, sabía que iría captando todas las cosas que debía de contarle de manera pausada, aunque el temperamento de ella haya salido a relucir en más de una ocasión, era algo con lo que contaba. Alza la vista contemplando lo que lo rodea, los lujos de aquella suite ostentosa en lo que a decoración se refiere, los cuadros carentes de vida visten las paredes blancas que estarían mejor desnudas y desprovistas de esas imágenes que no representan nada. Y como traído mecido por una ola, aparece en la orilla de su mente, arrastrado hasta este momento donde no esperaba recordarlo, el cuadro de Allegra.

Ella, fue el comienzo. Ella, fue la causa, y por ella, siguen luchando con las fauces abiertas dispuestas a morder sin importar el duro rival que quiera atacar.

No solo han sido cinco años de separación con su hermana, la distancia estaba creada mucho antes, desde que eran niños y Lena empezó a vivir en Boston. No lo comprendió en su momento, incluso no se lo preguntó y siguió viviendo la vida que le marcaron. Acató las órdenes de su familia hasta que las dudas comenzaron a enraizarse dentro de él y no tuvo más remedio que indagar. No pasó mucho tiempo hasta que su padre, observando el interés por conocer la verdad, le fue revelando con pequeñas migajas parte de la realidad que rodeaba a su familia.

Antes de ese viaje a Italia, eran ellos tres. Después, ellos dos.

Y ya nada fue igual, aunque pasara las vacaciones junto a Lena y las Navidades, donde reinaba la felicidad. Todo ello era maquillado con mentiras donde evadían contarle la verdad.

—Falta gran parte por revelar... —La voz áspera de Derek lo trae de vuelta.

—Lo sé, y ahí es donde surgen la mayoría de mis dudas. ¿Cómo reaccionará? —pregunta Marcus con la mirada perdida entre los cuadros que están frente a él, como si en su campo de visión hubiera otra cosa que atrapa toda su atención.

—Lo sabrá gestionar —determina Derek.

—Y si por un casual no lo consiguiera asimilar, siempre estarás ahí para frenar su explosión —añade Kasem desde el aparador.

—No la puedo proteger de sí misma.

Marcus levanta ambas manos delante de su rostro con el temor de dañar a la persona que más quiere en este mundo. Ya vio la decepción en su cara una vez, no lo quiere repetir. La mano de Derek descansa sobre su hombro, la presión es leve, pero necesaria para reafirmar que suceda lo que suceda, una vez revelada la verdad, estarán ahí. Mira al que ha sido su mano derecha, su guardaespaldas, el hermano que no tuvo y al que aceptó tras aquella interminable noche. Derek aprieta el hombro con decisión afirmando a sus pensamientos, lo conoce a la perfección, sabe leerlo sin problemas y no solo por todo lo que le ha confesado, también por la manera en que James lo ha educado.

—Vigílala, como acordamos. Sé su sombra. —Mira a Derek atravesando el cristal de las gafas

de este.

—Marcus, lo sé.

—Derek, una vez James sepa mis intenciones, cerrará cualquier opción.

Busca la mirada de sus hombres, aunque el peso siempre recaiga en Derek por haber compartido la carga con él, Kasem tiene un papel importante que se irá desvelando según pasen los meses. Algo descabellado, fuera de lo común, aceptar las dos caras de la luna, aun sabiendo que nunca podrá compartir el lugar que le corresponde.

—¿Qué te dice que James no sepa más de lo que nos hace creer? —La pregunta de Derek se le incrusta entre las cejas, como un francotirador que estaba esperando su momento.

—Ya me lo habría hecho saber.

—¿Y si es eso lo que quiere que creas?

—¿Sabes algo que yo no sepa, Derek? —inquieta con curiosidad, las preguntas lo están haciendo dudar, la cuerda por la que ahora pasea, parece más fina.

—He compartido muchas horas con James, me ha enseñado muchas de sus cualidades para que las hiciera mías. En cambio, yo a él siempre le hice creer que las aprendía según sus directrices, pero hay cosas que ya estaban ahí, dentro de mí. —Yergue sus hombros y coloca ambas manos por delante de su cintura enlazándolas—. Yo ya sabía interpretar los silencios, donde yo me movía era mejor callar y escuchar, a dejar la lengua suelta y cometer un error mortal. Con James, fue algo similar, solo había que saber escuchar sus silencios, los gestos y esa manera que tiene de mirarnos.

—¿Qué me intentas decir?

—Son conjeturas, por ahora, Marcus. Sin embargo, no está de más aceptar que pueda existir la posibilidad y saber cómo actuar si se diera el caso.

—Aunque me cueste admitirlo, tienes razón, con mi padre nunca se sabe y más vale estar preparados. Había contemplado la posibilidad durante un tiempo, pero la dejé escapar de mis pensamientos cuando pasaban los años y no veía indicios por su parte de conocer algunas de mis intenciones —deja caer liberando algunas de las especulaciones que llenaban ese saco que cerró tiempo atrás.

—Sé cómo eres, Marcus, y apoyo tus convicciones...

—¿Pero...?

—Sabes, al igual que yo, que cualquier paso en falso puede hacer que caiga el castillo de naipes que hemos montado. No es fácil querer cambiar algo que lleva muchos años siendo construido con esos cimientos de hormigón, no obstante, ahí estás tú, intentando colar por esas fisuras una nueva manera de hacer las cosas.

—Siempre puedes optar por dejar ese plan «B» oculto a la vista de los demás, sin tener que poner todas tus cartas sobre la mesa —anuncia Kasem con tono despreocupado.

Marcus gira su rostro para colisionar con la mirada café de Kasem, durante un instante, baraja la posibilidad y la contempla como una opción. Lo sopesa entre sus ideas sin dejar de mirar a ese hombre que, sin saberlo, le da a veces algunas de las ideas más factibles para cada situación. Puede que no esté tan lejos de lo que en un inicio pensó, solo que deberá de controlar el flujo de información que entrega a los que lo rodean. Algo a lo que ya está acostumbrado.

—Gracias, Kasem... Tendré ese as bajo la manga. —Ese as lo guardará bien por lo que pueda pasar—. En unos meses vendré por Lena, el plan sigue en marcha, pero a lo mejor sin dar tantos detalles como los que quería dar en un inicio. Todo dependerá de cómo se desarrollen los siguientes acontecimientos.

Observa la posición que mantiene Derek a su lado y la dureza de su mirada. Creyó que con

todos aquellos informes conocería a la perfección muchas de las aptitudes de él, no obstante, según compartían tiempo, se daba cuenta de que todo lo que había escrito sobre los papeles era solo la punta del iceberg. Su confianza está más que forjada, su lealtad más que confirmada y su manera de actuar en situaciones límites lo hacen letal. Sabe lo que vio su padre en él, vio el arma que defendería la vida de su hijo ante esa necesidad, el verdugo que apretará el gatillo, el perro de caza que actuará sin preguntas y no morderá la mano que le da de comer. Marcus, vio mucho más cuando descubrió hasta donde tuvo que adentrarse, pisó el mismo infierno sin temor a quedar reducido a cenizas, acrecentó su ira, su odio y su oscuridad. Convirtiéndolo así en el hombre que es. Le dio la mano cuando nadie se la tendió y eso creó el lazo que los unió. Lo que más le costó aceptar era la manera que alimentaba el monstruo que habitaba en el interior de Derek, como no tenía reparos en usar la fuerza aun escuchando los gritos de dolor de sus víctimas sin alterar lo más mínimo su semblante. Y solo imaginar que por adversidades de la vida todo lo que anida en su interior fuera liberado en su contra, sería una dura lucha para él. Derek no tiene miedo a nada, no teme a la muerte, porque ya la ha buscado demasiadas veces y la muerte, aún no lo quiere a su lado, lo empuja una y otra vez a vivir. Sus cicatrices son el mapa que lo ha llevado hasta aquí.

No lo querría como enemigo.

Lo necesita de su lado y, sobre todo, cerca de Lena. Eso es algo que le va a costar, pero debe de intentarlo con todas sus fuerzas, de ello depende de que sean ellos cuatro. Aunque conozca todo lo que significa Lena para él y acepte sin reparos seguir este plan, quiere que la conozca de verdad.

—Derek.

—Dime, Marcus.

—No estaremos mucho más aquí.

—Lo sé, tenemos que regresar.

—Nos iremos, pero tú volverás a Boston.

Derek mantiene la mirada fría a través de la montura de sus gafas de metal.

—¿Quieres que ella lo sepa?

—No, por ahora no, deja que lo descubra.

—En otras ocasiones no advertió mi presencia.

—En esas otras ocasiones no estaba alerta, ahora lo estará y le vendrá bien fijarse en todo lo que la rodea.

—De acuerdo.

—Podéis retiraros a descansar, necesito cerrar los ojos y dejar que la noche termine por hoy — anuncia a sus hombres.

—Buenas noches. —Se escucha la voz de Kasem antes de salir por la puerta principal.

La espalda de Derek se encamina hacia la entrada y antes de dar los últimos pasos que lo separan, se detiene como una estatua de piedra, ladea su rostro lo suficiente para mirar de reojo a Marcus.

—La protegeré.

La voz oscura de Derek se queda impregnada en aquella sala de estar, los pasos se alejan y la puerta se cierra tras de sí. El eco aún resuena en su cabeza con la afirmación tan convincente de él, sabe que la protegerá. Aprieta con intensidad el puente de su nariz y percibe como su móvil se ilumina un par de veces acompañado de una leve vibración. Sea lo que sea puede esperar, la noche ha sido larga y al final, necesita dejar en la almohada muchas de las incertidumbres que ahora se levantan frente a él. Mañana con la luz del sol las tratará como se merecen. Atrapa una

de las botellas de whisky que aún resisten en la mesita y deja caer por su garganta el ardiente licor, antes de encender la mecha de ese plan.

Confianza

Dormir ha sido una ardua tarea después de esa intensa conversación con su hermano, al que hacía ya cinco años que no veía, y esa despedida amarga donde la obligaron a coger el avión sin echar la vista atrás. No esperaba que cuando se volvieran a encontrar fuera de esta manera, revelando algunos de los secretos y dejando ese pequeño atisbo de esperanza de que todo podría cambiar. El duro colchón de la enorme cama le estaba causando dolores en la espalda, estira su cuerpo entre las sábanas hasta que nota como los músculos se destensan. Observa su ropa que yace en el suelo a un lado de la cama, deja caer sus pies sobre la alfombra perfectamente hilada en tonos ocres y nota como los rayos de sol comienzan a calentar su delicada piel. Debe de ser tarde, gira su muñeca para comprobar la hora y confirmar que acaban de dar las diez de la mañana. Se le han pegado las sábanas, está acostumbrada a levantarse más temprano para ir al gimnasio. Aún mantiene su ferviente costumbre de continuar con las clases de defensa personal que poco a poco fueron derivando a muchas otras modalidades de lucha. No es que sea una experta luchadora, pero se sabe defender y le vienen bien para seguir ganando destreza cuerpo a cuerpo. Cuando pasó aquello en el restaurante y supo defenderse de una persona que le sacaba una cabeza, ahí fue cuando tuvo claro que había hecho bien en tomar esas clases. Eso animó sus ganas de ampliar sus conocimientos y probar hasta donde podía llevar su cuerpo, llevarlo al límite. Mira asqueada la falda negando varias veces con la cabeza.

—No me pienso colocar de nuevo esa mierda de ropa, solo era para los imbéciles de aquel pub.

Se levanta, volviendo a estirar sus brazos hacia arriba, como si quisiera tocar la lámpara que cuelga del techo y luego introduce sus pulgares en la gomilla de su ropa interior colocándose bien el *culotte* de encaje blanco. Camina con altivez hacia el baño y frente al espejo contempla su desnudez, lo único que la tapa es esa minúscula braguita. Una mirada rápida para localizar un cepillo de cerdas suaves. Lo saca con tranquilidad del envoltorio y cepilla su flequillo, luego termina de repasar su corte simétrico. Rocía su cuerpo con uno de los perfumes que concede el hotel y abre una toallita desmaquillante para limpiar los restos de máscara de pestañas sobre sus ojeras, algo marcadas. A su derecha, un albornoz con las siglas del hotel reposa en un colgador, introduce sus brazos en el interior y siente la suavidad de la toalla acariciando su piel con el dulce aroma del suavizante. Necesita vestirse, pero repetir ese conjunto que ahora decora el suelo de la habitación no le parece la mejor opción. Si por un casual hubiera sabido que iba a pasar la noche fuera, hubiera venido preparada. Medita la posibilidad que cruza su mente y dirige sus pies desnudos hasta su bolso, saca el teléfono móvil para llamar a casa. Seguro que Ciara no objetará nada en traerle algo de ropa al hotel y más cuando sepa que está con Marcus aquí.

Unos leves golpes en la puerta interrumpen justo en el momento que iba a realizar la llamada, abandona el móvil sobre el aparador y con pasos sigilosos se acerca hasta la puerta.

—¿Sí?

No recibe respuesta. La persona que esté al otro lado mantiene su silencio y en su defecto se repiten los mismos golpes. No lo piensa y abre con decisión antes de que sea quien sea se marche. Ante ella se encuentra el cuerpo erguido de Derek mirándola de forma inquisitiva. No esperaba abrir y encontrarlo ahí parado, desprende un perfume varonil que inunda sus fosas nasales, entrando dentro de ella parte de él. Mantiene la mirada fija en los ojos ambarinos de Derek y con la mano, aún aferrando el canto de la puerta, el albornoz cae ligeramente por uno de sus hombros, dejando a la vista parte de su nívea piel y revelando que no lleva nada debajo. Él percibe ese detalle y alza una ceja, sin apartar la mirada de los ojos grises de Lena, empuja con el pie algo oscuro que toca los dedos de ella. Baja la mirada para encontrar una maleta negra.

—¿Y esto? —pregunta con interés.

—Pensamos en todo, Lena.

Tras decirle esas palabras se da la vuelta abriendo la puerta que está frente a la suya y dejando que esta se cierre lentamente. La espalda ancha de Derek entra en el interior de aquella habitación y no sabe por qué, pero no puede dejar de mirar cómo poco a poco su figura se va ocultando tras la puerta que en cualquier momento se va a cerrar del todo. Se cierra ante su atenta mirada con un leve *clack*, vuelve a mirar a sus pies y se agacha a recoger la maleta.

A solas, en el interior de la habitación, lo primero que hace es colocar la maleta sobre la mesa, acto seguido enciende la televisión para buscar un canal con música, está cansada del silencio y necesita relajar su mente. El videoclip que llena la pantalla es el de Garbage – *I think I'm Paranoid* sube el volumen hasta el treinta y va directa hacia ese equipaje que la espera. Lo que encuentra en su interior le hace inevitablemente sonreír, dentro hay todo tipo de ropa muy del estilo que suele usar. Mira hacia la puerta y vuelve a posar sus ojos en los conjuntos que contiene esa maleta.

—Será hijo de puta... —Repasa con los dedos mirando la parte interna de la maleta donde encuentra unos tacones a estrenar de su número, perfume, algunos cosméticos, maquillaje y enseres que casualmente necesita—. Sí que pensáis en todo, malditos cabrones. —Alza ambas cejas sorprendida ante el tesoro que tiene delante.

Le ha costado un poco decidir, había tres conjuntos y dos de ellos eran muy similares a unos que tiene en el vestidor de casa. Incluso ha dudado de que no fueran esos, si no llega a ser por las etiquetas aún adheridas en la tela. Al final, el gran ganador ha sido un mono de color negro de una pieza sin mangas, agarrado a su cuello con un cierre precioso por detrás. Solo se ciñe a su cintura con un diminuto cinturón negro nacarado y es más holgado en lo largo de las piernas, ocultando parte de su tacón, dejando solo a la vista la puntera de este. Agradece en el alma que no hayan traído ropa vulgar, aunque se da cuenta de que la han tenido que vigilar muy de cerca para conocer sus gustos a la perfección, o simplemente, Ciara los ha podido aconsejar en la elección de aquellos conjuntos.

Ha recogido la ropa que se quitó ayer y la ha introducido en la maleta. La arrastra por toda la habitación hasta salir de esta y se coloca delante de la puerta donde antes desapareció Derek. Posiciona el bulto de la mejor manera posible, da un par de toques y lleva sus pies hasta el ascensor del hotel. Necesita tomar un café ahora que está presentable.

Busca con la mirada entre los inquilinos del hotel una mesa que esté libre, encuentra una al fondo. Pisa con fuerza con sus tacones marcando el paso entre mesas y sillas. Las cabezas de algunos de los comensales se alzan cuando Lena pasa por su lado abandonando en el aire su perfume, es lo máximo que podrán obtener de ella. Nada más llegar a su destino, exige levantando la mano que uno de los camareros le preste atención.

—Un café —ordena sin levantar la mirada de su teléfono, aún delibera si llamar a Ciara y contarle al menos que está viva, aunque no tengan una relación muy afectiva, se ha comportado siempre relativamente bien con ella.

El camarero desaparece y no pasan ni cinco minutos hasta que vuelve a estar delante de ella, porta una bandeja con el café humeante tan necesitado y algunas cosas más. Las coloca en el centro de la mesa, son platos con algunos de los dulces más apetitosos del buffet.

—No he pedido nada de esto —decreta haciendo un leve aspaviento para que retiren lo que acaban de poner sobre la mesa.

—No lo ha pedido usted, pero el caballero de negro que está en la barra nos ha dicho que lo agradecería. —Sonríe con educación el camarero, antes de retirarse.

Levanta la vista ante la declaración de aquel muchacho y encuentra en la barra a su hermano sentado junto a Kasem, sin querer, ha buscado al tercero en discordia. «El perro parece que no ha salido a pasear».

Su hermano le regala una de sus sonrisas llena de calidez y ella coloca los ojos en blanco. Baja la vista para comprobar lo que contiene el plato y descubre uno de los dulces que más le gustan de todo Boston, un sugerente *cannoli* con el chocolate ligeramente derretido que la provoca con descaro desde el centro de la mesa.

—Eres un cabrón —musita las palabras para que su hermano le pueda leer los labios.

Disfruta del ratito de soledad que le ha brindado Marcus para tomarse su café y probar el delicioso bocado. No suele comer muchos dulces, pero no puede decir que no cuando aparecen ante ella algunas de las *delicatessen* que tanto adora devorar. Atisba como su hermano susurra algo en el oído de Kasem y ambos dirigen sus pasos hacia su mesa.

—¿Nos permites acompañarte?

Lena les hace el gesto con la mano invitando a ambos a que ocupen los asientos vacíos. Solo una silla a su derecha es la que se queda libre.

—Te falta el perro de caza —apunta Lena dirigiendo su mentón hacia la silla abandonada.

Marcus sonríe ante la originalidad de su hermana en buscar apodos para Derek.

—El perro de caza, como tú lo llamas, está más cerca de lo que crees.

—Justo aquí —dice Derek sentado en la mesa que está tras Lena.

El susurro que llega desde atrás abrasa sus oídos. Ella se mantiene con la espalda apoyada en el respaldo de su silla. Ha sentido el escalofrío al escuchar su voz tan próxima, casi ha podido percibir su humedad en la nuca cuando ha hablado. Contiene el leve calambre que ha generado en ella y conserva la compostura.

—Ya que estamos todos en esta mesa, por educación, lo mínimo que puedes hacer es acompañarnos —declara, Lena alzando un poco la voz.

El ruido del arrastre de las patas de la silla la alerta que en breve lo tendrá otra vez en su campo de visión. El oscuro cuerpo de Derek retira la silla que quedaba vacía y su sombra cubre la mesa, ella fija la mirada en la de su hermano con una sonrisa dócil y por el rabillo del ojo comprueba como Derek se sienta a su lado.

—Espero que hayas dormido bien —dice Marcus.

—Podría haber dormido mejor, pero no tengo muchas quejas... —«Lena, controla tu lengua. Colaborar, lealtad y tendrás todas las cosas que siempre has anhelado»—. Por cierto, gracias por todo esto. —Señala de manera desinteresada la ropa que ahora la viste.

—Sabía que te iba a gustar. —Marcus le sonríe, ese gesto dice mucho de su hermana.

—Bueno, sabéis muchas cosas de mí.

Marcus obvia las inevitables pullas de Lena para centrarse en lo que verdaderamente quiere

decirle, tienen pocas horas por delante y necesita que ella esté al cien por cien.

—Lena, en las próximas horas tendré que marcharme. Volveré en unos meses, espero que no sean demasiados. Te pido paciencia.

—Ya te dije que estoy contigo. ¿Qué quieres que haga en ese tiempo? ¿Necesitas algo que esté en mi mano? —pregunta de manera entregada. Está dispuesta a todo por tener por fin ese pedazo de vida que le fue arrebatada años atrás.

—No tienes que hacer nada, sigue tu día a día. Sigue siendo tú.

—Cuándo vengas a por mí... ¿Será para no volver más a Boston?

—No, no quiero que tengas esperanzas en algo que ni yo mismo sé —aclara antes de continuar —, cuando venga a por ti, será para que juntos comprobemos hasta donde podemos adentrarnos. Conocerás... bueno, mejor eso te lo explicaré cuando llegue el momento, ahora quiero que sigas centrada en tus clases y en esos entrenamientos que tanto te gustan.

—¿Sabes que entreno? Qué tontería, claro que lo sabes, lo raro era que no lo supieras... — Suspira controlando su temperamento—. Desde que sucedió aquello y me defendí, decidí ser mejor ante una situación algo más compleja.

—Me parece perfecto y me encanta verte tan motivada.

—Aunque si te soy sincera, a veces pienso en aplicar una de esas llaves tan complicadas en nuestro padre. —Sonríe con malicia.

—Sería un duro rival.

—Y yo sería una sorpresa que no vería llegar. —Le guiña un ojo.

—*Touché.*

—Entonces, tenemos horas para terminar de ponernos al día después de estos años. Desaparecerás unos meses, no sabemos cuántos exactamente, y volverás. Estaré preparada llegado el momento —mira a Derek y luego a Kasem—, mientras ellos me vigilarán.

—Algo así.

—Y una vez superemos esa prueba, ¿podré volver a vivir en nuestra casa? —La esperanza brilla en los ojos de Lena.

—Todo dependerá de aquello, aún tenemos que hablar muchas cosas y aclarar otras.

—¿Alguna ahora? Una que no implique nada ilegal —susurra mirando a su hermano.

—Está bien. Solo te diré que aquella casa donde pasamos las fiestas y los veranos, es especial. Pero no es donde vivimos James y yo.

Los ojos de Lena se abren de par en par, algo le decía que aquella casa no olía como las demás. El olor a cerrado permanecía a veces incluso en algunas de sus habitaciones pasados los días.

—Chicago.

Ella asiente cuando le confiesa otro de esos tantos secretos escondidos bajo la arena de la playa que comparten durante los veranos, tesoros que han permanecido ocultos a su mirada, aun siendo tan presentes.

—Toma este teléfono, ahí te llamaré. Enciéndelo solo cuando te avisen de que recibirás la llamada, mientras mantenlo apagado y cargado. No tomes la iniciativa de encenderlo tú e intentar llamar y no lo pierdas.

—De acuerdo —afirma cogiendo el teléfono y guardándolo en el bolso.

—El día que te llame tendrás que estar atenta a todo lo que te diga, no sé si conseguiré llamarte con total libertad, sin embargo, quiero que estés pendiente a mis palabras y a ese juego que siempre hemos utilizado para contarnos cosas sin que James supiera de qué hablábamos.

Afirma con la cabeza sin dejar de mirar a su hermano.

—Camuflarás la verdad. —«Vaya novedad».

—Esto son solo suposiciones, no obstante, prefiero advertírtelas ahora que estoy aquí.

El teléfono de Marcus comienza a sonar y la melodía va ascendiendo tomando protagonismo en la conversación. Mira la pantalla para comprobar de quien es la llamada entrante y su rostro se ensombrece, los músculos de su mandíbula se tensan. Se levanta de la mesa con el teléfono en la mano.

—Ahora vuelvo —añade mientras se aleja.

Lena tamborilea con sus uñas sobre la madera lacada blanca de la mesa, siente la mirada de ambos hombres a cada lado. El silencio le incomoda y decide probar si alguno de los dos quiere participar en hacer el momento más ameno.

—Espero poder conoceros mejor a ambos —sisea entre dientes—, y nos hagamos buenos amigos.

Una risa ronca a su derecha la hace voltear el rostro y Derek le devuelve la mirada. Se coloca bien sus gafas pegándolas al entrecejo con un golpe de la yema de su dedo índice. Empuja la silla hacia atrás y se levanta siguiendo los pasos de Marcus que le hace señas desde la entrada.

—Gilipollas —musita entre dientes Lena, mientras lo observa marcharse.

—Dale tiempo, no es como crees —anuncia Kasem que parece haberla escuchado.

—¿Un auténtico gilipollas?

—Bueno, un poco sí —ríe quitando hierro al asunto—, bajo toda esa prepotencia que desprende, puedes confiar ciegamente en él.

—Eso es algo que decidiré yo.

—Créeme, lo harás.

—No estoy tan segura, no deja que nadie se acerque con su manera de actuar, en cambio, contigo siento que es diferente.

—Es mi magia. —Le guiña un ojo.

Kasem observa cómo la conversación entre Derek y Marcus parece tomar una mayor importancia de la que esperaba. Hace un leve gesto a Lena disculpándose y se une a los hombres que lo esperan para hablar sobre esa llamada que acaba de recibir.

Ella observa desde la tranquila lejanía a aquel trío de hombres, como si no fuera con ella nada de lo que está sucediendo al otro lado de aquella cafetería, cuando realmente todo, al final, gira en torno a las decisiones que están siendo tomadas en los últimos días.

La tormenta se aproxima.

Arias

No me tientes, que si nos tentamos no nos podremos olvidar.

Mario Benedetti

*Gorgona**James, 1987*

La noche era de esas imposibles de olvidar, el ambiente cálido gracias a la época del año y la suave brisa que mecía las hojas que el tiempo se había cobrado, arrojadas en el suelo con ese color tostado que determinaba el fin del otoño. Las estrellas titilaban desde lo alto, siendo vestigios de aquella fiesta, la tapadera perfecta para unir a la élite de la ciudad y a aquellos hombres codiciosos de poder dispuestos a depositar cantidades ingentes de dinero; futuros proyectos, deseos animales difíciles de contentar y un hambre voraz por tener más y más.

Pasea su mirada por todo el amplio jardín que rodea a la gran mansión. Los coches de los invitados habían sido aparcados por los chicos en una zona alejada, se encargaron de anotar las matrículas, marcas, modelos y requisar las llaves. Nadie entra y sale sin pasar por sus manos. Habían hecho un arduo trabajo en inspeccionar minuciosamente el interior de cada vehículo. Esa fiesta, no era una fiesta cualquiera, ahí se daría rienda suelta a conversaciones que en otro lugar estarían mal vistas, a comportamientos salvajes y carentes de moralidad. Esta es la parte que menos le gustaba tratar con ciertas personas de este mundillo, la mentalidad de algunos no conocía límites. Él era un ser oscuro y no tenía remordimientos cuando había utilizado sus manos contra hombres desarmados, pero lo que le rodeaba ahora en esa farsa llena de máscaras, le desagradaba. Sabía a lo que muchos venían a este tipo de eventos, la calumnia era la entrada para pasar al interior y la mayoría de los allí presentes la dominaban a la perfección.

—¿No vas a entrar? —pregunta, Albert, cuando pasa por su lado.

James no se da la vuelta, prefiere mantener su posición. Todos sus gestos, sus palabras, sus pensamientos, son los que lo han llevado a donde está hoy. No es uno más de los que vigilan, de los que darían su vida por Cisco, ahora él pertenecía a ese círculo a los que pocos podían acceder. Las reuniones a puerta cerrada, las conversaciones de madrugada y las decisiones importantes, antes de llevar a cabo un plan, pasaban por sus manos, su sangre firmaba por él.

—En un rato entraré, aún están llegando muchos de los invitados y sinceramente, creo que no me estoy perdiendo nada ahí dentro. Quien me interesa aún no está presente y es con él, con quien quiero entablar una conversación.

—¿Qué hace que siempre estés en tensión? Todo está yendo como la seda desde aquella reunión. —Albert se posiciona a su derecha—. Mírate dónde estás.

Ha notado el tono despectivo que sin querer le ha salido despedido de los labios. Los ojos azules se clavan durante un segundo en el que antes era su compañero y mantiene sus labios en una fina línea recta. Presentía el veneno de la envidia anidando en su interior desde el mismo día que Cisco dio aquel discurso. La dosis pequeña, pero controlada que tenía dentro de su organismo, ha ido creciendo con cada día que pasaba. La comisura derecha del labio de James se

levanta ligeramente y vuelve a mantener su semblante sobrio de siempre.

—Estar en tensión, como tú dices, es lo que me ha hecho estar alerta de todo lo que me rodea —sisea con voz oscura—. Nunca sabes quién te puede estar acechando desde las sombras y el mordisco puede venir desde donde menos lo esperas.

Albert mantiene la mirada fijada en la oscuridad de la noche, aunque su cuerpo no haya mostrado nada que pueda alertar al que era su compañero, James sabe que lo teme. Siempre lo ha temido, por eso su única manera de atacarlo es con nimiedades que solo denotan la corrosión que lleva por dentro. Es una serpiente escondida entre la maleza, deseando hincar el diente para desatar ese veneno que lo corroe por dentro.

—¿Sombras? —Suspira dejando caer los hombros hacia atrás—. La verdad no sé nada de ti, James, solo lo que nos has querido contar y, aun así, todos hemos confiado ciegamente en ti. Espero que Cisco conozca la salida del laberinto en el que se ha metido al confiar en una persona como tú.

Los pasos de Albert se alejan y percibe el sonido de la fiesta más claro, la puerta que los separa ha sido abierta para recibirlo y ahora todo vuelve a estar en calma. La música que había sonado durante un instante demasiado alta, ahora es un murmullo a lo lejos. Una persona que ha mantenido una unión entre todos esos hombres, que se ha ganado la lealtad de la mayoría de las organizaciones y que maneja con precisión cualquier tema a tratar. Carraspea un par de veces con ese pensamiento, algo que el mismo Albert sabe, no obstante, jamás lo reconocerá. Son muy diferentes, él ha sido astuto trabajándose una reputación, algo que su compañero nunca tendrá.

Albert solo es una marioneta más para Cisco, es cuestión de tiempo que se dé cuenta.

Las luces de varios coches lo alertan de la llegada de la última pieza que falta por poner sobre su tablero de ajedrez. Estira su chaqueta y retira el polvo invisible que no ha llegado a posarse sobre ella, un acto reflejo para eliminar cualquier impureza que haya podido quedar adherida. Rota su cuello a ambos lados y este se queja en un lastimero crujido, liberando las tensiones que siempre acumula en el mismo sitio. Gira sobre sus pasos oteando la llegada de los nuevos invitados y desliza la gran puerta de cristal para adentrarse entre las máscaras.

Tose sin querer cuando se cuela en el interior embriagándose de los perfumes y el fuerte olor a alcohol. Varias mujeres semidesnudas bailan de manera sensual muy próximas a él, las esquivo y por el rabillo del ojo percibe como muchos de los hombres, alentados por el ritual de las damas, se acercan babeando por tocar sus cuerpos. A su derecha, unas parejas son invitadas a pasar a una sala contigua donde gobierna la oscuridad. El sexo desenfrenado es el protagonista de esa fiesta.

Avanza entre el gentío intentando pasar desapercibido, cosa imposible por su gran tamaño y de repente, nota como una mano femenina se posa sobre su pernera acariciando la tela. Sus pies se clavan en el suelo y baja la mirada con cautela, descubriendo a una de las chicas que han traído para entretener a los invitados más exigentes. Tiene una máscara de pavo real llena de plumas con destellos azules que oculta parte de su rostro, los pechos descubiertos impregnados en purpurina dorada y sus pezones endurecidos como una piedra apuntan hacia él. La chica levanta la vista y James comprueba el estado dilatado de sus pupilas, confirmando que ha consumido, no está seguro si obligada o por cuenta propia para olvidar lo que realmente ha venido a hacer aquí. Aferra la muñeca de la chica ejerciendo una suave presión y la retira con lentitud.

—No me vuelvas a tocar.

—¿Todo lo tienes tan grande? —Percibe la excitación de la chica al abrir sus labios—. Me gusta cómo me aprietas y quiero más —se relame ronroneando sin dejar de mirarlo.

—Pequeña. —«No debe de tener más de dieciocho»—. Será mejor que te alejes.

—No quiero, quiero cabalgar sobre ti. Eres tan grande... —Las piernas de la chica flaquean por un instante y el agarre de James se intensifica, evitando que pueda caer de rodillas ante él. No quiere una escena.

—Sígueme —le ordena.

Arrastra a la chica que lo sigue ansiosa por el afrodisíaco que domina su cuerpo. El rubor de sus mejillas se acrecienta según se acercan a uno de los baños. Entran en el interior y cierra la puerta tras él. Sin darle tiempo a reaccionar, la coge en brazos sin casi ejercer fuerza, los brazos de la chica se enroscan en su cuello como una serpiente y abre los ojos como platos, sorprendida, por su reacción. Entreabre sus labios permitiendo salir a su lengua que busca el cobijo en la boca de él. James evita la colisión girando su rostro y dejando que la boca de ella choque contra su mejilla. Deposita con cuidado a la chica en el interior de la bañera con tonos dorados que preside el interior de aquel baño blanco impoluto.

Ella, ávida por el siguiente paso y sentir semejante semental entre sus muslos, se desprende del tanga, la única prenda que tenía puesta, mostrando totalmente su desnudez y sus labios hinchados de deseo. Sus torpes manos vuelan a la cremallera del pantalón de James, agarrándola con desesperación, buscando lo que tanto apetito le ha creado. Quiere más, su cuerpo le clama que la posea y su sexo se derrite mojando sus piernas. Aprecia el calor que emana cada poro de su piel y el anhelo irrefrenable que siente ahora mismo por complacerlo, por tenerlo en su interior.

La poderosa mano de James aprisiona la de la chica y la retira con rudeza. Gira el grifo de agua fría dejando que esta caiga en una fuerte cascada sobre el cuerpo caliente de la joven.

—Necesitas enfriarte. —Es lo último que añade antes de caminar hasta la puerta, un último vistazo al rostro perplejo de la muchacha antes de volver a cerrar.

Repite el mismo gesto de retirar el polvo de su chaqueta y estira bien las arrugas que hayan podido hacerse en su traje. Respira sosegado mientras sigue analizando a los invitados de la fiesta, el ambiente está algo desatado y algunos se están dejando llevar por el subidón de las drogas, manteniendo relaciones sexuales sin importar quién este mirando. Por su espalda pasa una pareja que parece discutir por los insultos que se lanzan en italiano y el sonido de una fuerte bofetada, marca el fin de la discusión.

Sigue su camino sin prestar demasiada atención, la mezcla de alcohol y las sustancias que consumen los invitados está desencadenando algunos altercados sin importancia para él. Asciende por las escaleras que están a su derecha y contempla desde su posición la llegada de quién verdaderamente le interesa. Al que no consigue localizar es a Igor, era una pieza fundamental para lo que quería conversar, tensa su mandíbula con desaprobación. Sin esperar a que ellos sigan sus pasos, se dirige por el pasillo hasta la zona destinada a la reunión con los rusos.

Cruza el umbral del despacho vislumbrando la decoración antigua que guarda en su interior, las paredes de color blanco con ribetes de escayola y cuadros de retratos de personas fallecidas que los miran impasibles a través de los lienzos. Un par de librerías abarrotadas de ejemplares hacen de columnas a los lados de la ventana desnuda del fondo. La lámpara de araña de cristal del techo ilumina con tonos claros la sala y la mesa central de madera caoba reina la sala, dándole un aspecto elegante, sus patas reposan sobre una alfombra de color rojo oscuro que parece sangre, todo muy teatral. Esta mansión solo es utilizada en ciertos eventos, jamás han tocado su decoración, se mantiene a lo largo de los años observando las debilidades de la gente que la ha habitado.

—Estabas aquí —declara Cisco en la entrada invitando a pasar a sus nuevos socios—. Ya conocen a James, es un activo importante en nuestra organización y una pieza clave para lo que queremos gestar en un futuro. Se ha labrado una gran reputación que lo precede, ¿verdad, James? —Sonríe con avaricia.

Los rusos se colocan en las sillas destinadas que rodean la mesa, los cuatro mantienen las miradas fijadas en cada uno de los asistentes en esa reunión.

—James —Cisco coloca una mano sobre su hombro y luego señala a los dos hombres que se han sentado frente a ellos—, Alek y Fiodor, ellos serán los encargados de establecer nuestros lazos con Rusia. —La presión en su hombro es leve.

James devuelve la mirada a ambos caballeros, luego se la dirige a Cisco y lo invita a sentarse antes que él, prefiere quedarse de pie.

—Siéntate, James.

—Estoy bien.

—No es una petición, hay que mostrar educación cuando tenemos invitados.

Los músculos del cuello de James se tensan, no le gustan los aires de grandeza que se acaba de dar Cisco, ya le ha demostrado que es un igual en la organización y que sin él, muchos le retirarían el apoyo que tanto necesita. Aparta la silla sin dejar de mirar a los rusos y se sienta manteniendo una postura recta.

—A *Igorr* le ha sido imposible *presentarse* hoy aquí, tiene asuntos de mayor importancia que requieren su presencia —explica Fiodor—, hemos venido en su *rrepresentación*, él ha dado el visto bueno para el *interrcambio* que tenían pactado y todos salimos ganando con esta pequeña unión.

Cisco entrecruza sus manos delante del rostro con una sonrisa triunfal. Sabía que lo tenía todo hecho, sin embargo, que no se presentase Igor hoy, por un momento, le hizo dudar del fin de esta dichosa reunión. Era muy tentador lo que les ofrecía por el intercambio de las armas.

El rostro de James no cambia según la conversación avanza mientras intercambian documentos que determinan las cantidades mensuales que recibirán y el pago que deberán de tramitar. Todo parece que marcha según lo previsto, él prefiere mantener su silencio y observar con detenimiento todos los gestos de sus invitados. Hay algo que no le termina de encajar, algo que no le gusta.

—Me gusta mucho este tipo de fiestas, *esperro* que tenga algo de interés para nosotros —añade Alek con su voz nasal.

—Tenemos muchas chicas dispuestas a cumplir los deseos más originales de los presentes, están ansiosas por probar la carne rusa. —La voz de Cisco muestra un tono lascivo.

Una risa hueca sale de los labios del tal Alek y James no puede evitar mostrar una pequeña mueca de asco. El ruso es bastante grande, casi podría equipararse en tamaño con él. Analiza su porte, la manera erguida de sentarse y dictamina que tiene que ser un antiguo militar o mercenario. Tiene unas facciones duras y marcadas, una cara cuadrada curtida por los años, sigue con los ojos el inicio de una cicatriz que va desde su mejilla hasta perderse por detrás de su oreja. Algo le dice que no fue en servicio militar la causa de esta.

Unos suaves golpes rompen el murmullo de las voces.

—Disculpen un segundo. —Cisco se levanta de la silla esperando a la persona que acaba de llamar a la puerta—. Pasa.

Las puertas se abren para dejar pasar a un chico delgado vestido de chaqueta, su mirada se cruza con la de James y este niega con la cabeza al verlo entrar. Tom, el chico que tantas veces ha intentado alejar de este mundillo y ha insistido en que, tarde o temprano, sería un error

mantener dentro de su organización. Cisco se había negado cada vez que salía en esas largas charlas, era un tema imposible de tratar y, aun así, James se había encargado de mantenerlo con vida, apartándolo de muchas de las incursiones que hacían. No quería cargar con la muerte de aquel chaval, no entendía el capricho de su jefe con él y esa fijación de aparecer revoloteando a su alrededor cuando menos lo esperaba.

—Tom. —Los brazos de Cisco se abren recibéndolo.

—Cisco. —Baja la mirada, ruborizado.

—Ven, ya que estás aquí te presento a nuestros nuevos aliados. —Señala a los dos rusos que siguen sentados en la mesa—. Alek y Fiodor, los vas a ver mucho por aquí ahora.

—Estaré a su entera disposición si lo necesitan —anuncia Tom muy dócil.

James observa cada detalle que se revela en esa breve presentación. La manera posesiva que tiene Cisco de agarrar al chaval. La mirada ansiosa de Alek hacia Tom y como este la ha evitado buscando la de su jefe.

Alek se levanta para estrechar la mano del joven. La agarra con mucha fuerza entre las dos suyas y con el pulgar acaricia la muñeca con movimientos suaves.

—Me gusta este muchacho. —Pasea su lengua por los labios sin dejar de mirarlo.

—Como acabas de escuchar, está a vuestra entera disposición. —Cisco empuja levemente la espalda de Tom, ofreciéndola al mejor postor.

No aguanta más esta repugnante escena y se levanta con ímpetu, sin importar ser el centro de todas las miradas cuando su silla cae contra el suelo con un sonoro crujido. Aprieta los puños y sus nudillos comienzan a ponerse en un tono blanquecino. Ahora todo cobra sentido, la insistencia de mantener cercano a aquel chaval y la originalidad de organizar esta fiesta desatando las fantasías más oscuras. No está de acuerdo con muchas de las cosas que hacen en el mundo donde se mueve, aun así, pensaba que sus hombres eran intocables y acaba de comprobar que no.

—¿Suced algo, James? —inquire Cisco.

Debate en su cabeza en un huracán de pensamientos, qué puede decir. Mientras tanto, observa a su derecha cómo Tom desliza la cremallera de aquel ruso con dedicación, liberando el miembro de este y salivando ante el nuevo banquete que se va a dar. El ruso hunde sus dedos en el pelo del chico, acercándolo con ansia. Aparta la mirada, no quiere ver nada más de lo que está ocurriendo ahí.

—Ya está todo hablado.

—Pero... te puedes quedar, ahora subirán más chicas o chicos, lo que prefieras, hoy te puedes dedicar a disfrutar.

—No mezclo trabajo con placer.

—Tú te lo pierdes, más para nosotros. —Escucha a sus espaldas.

Dedica una mirada llena de ira a Cisco, no puede contener lo que hierve ahora mismo dentro de él. Lleva sus pies hasta la puerta y sale de allí sin mirar atrás. Hay cosas que no cambiarán y esta es una de ellas.

Los fuertes pasos de James resuenan entre las paredes estrechas de aquel pasillo. Conocía todo lo que se maneja en la organización, armas, drogas, trata... y siempre había tenido la confianza de que el barro nunca tocaría a su equipo. Había dado la cara por todos ellos en más de una ocasión, cuando tenían que ser «sustituidos» por alguien mejor, por un nuevo tratado con otras de las organizaciones que intentaban sobresalir en aquel oscuro mundo. Las zancadas cada vez más grandes lo hacen llegar en menos de lo que esperaba a las escaleras, desde ahí, atisba el declive de aquel evento. Los invitados, la mayoría desnudos, se pasean de aquí para allá, algunos

parecen no importarles nada de lo que tienen alrededor y están totalmente desinhibidos. Desciende sin perder detalle de lo que está sucediendo al pie de las escaleras, uno de los grandes clientes de Cisco está abofeteando varias veces a una de las chicas de manera violenta. Ella parece no reaccionar, tiene las pupilas muy dilatadas, sin embargo, su alma encerrada dentro de ese cascarón lucha por salir y solo las lágrimas son capaces de escapar ante la situación que está viviendo. Sus pasos se aligeran en el último tramo, no le gusta nada de lo que está presenciando.

—Putra zorra, que me chupes la polla. Abre bien la boca, me da igual que te atragantes... —La mano se vuelve a alzar para asestar otra bofetada, esta vez con más rabia que la anterior.

James se interpone delante de ambos, colocando a la chica tras el cobijo de su gran espalda como si fuera un escudo inquebrantable. Atrapa la mano del cliente con demasiada fuerza, forzando a que este se tenga que retorcer al sentir el dolor que se cierne sobre su muñeca.

—¡Ya basta! —ordena haciéndose oír.

—¿Qué coño haces? Me vas a romper la mano —grita, atemorizado.

—Eso es solo una nimiedad con lo que te pienso hacer si sigues por este camino. —James atrae el cuerpo desnudo y seboso, lleno de sudor para que lo escuche bien—. ¿Lo quieres comprobar? —sisea entrando en el interior de su cerebro.

Siente como se le eriza la piel al hombre que tiene delante, se ha quedado paralizado y comienza a negar lentamente con la cabeza. James arruga la nariz al venir un olor fétido de aquel ser que tiene frente a él, levanta su mano en alto sin soltar a su presa y de un empujón lo aparta de ellos dos. Y como si fuera un fardo de harina, cae al suelo sobre lo que parece ser su propia orina, sin dejar de mirar a la estatua de piedra que tiene ante él.

—Lárgate de una puta vez.

Sin esperar más palabras acata la orden corriendo, no sin antes resbalar sobre aquella sustancia que está bajo sus pies.

—Gra-ciii-as —articula una vocecilla desde su espalda.

Él se gira para encontrarse con esa chiquilla que no deja de temblar, se retira su chaqueta y la sacude antes de colocarla sobre los hombros de ella. No puede salvarlas a todas, no puede con esta carga. Es algo que siempre supo en su interior, no le importa quitar la vida a aquellos que se encargan de crear el mal, de eliminar del mundo la asquerosidad de las calles, pero nunca le gustó el tema de la trata. Era algo que le asqueaba y pensó que al llegar al lado de Cisco eso lo podría cambiar. Mira a los ojos a esa chica asustada sin hallar un atisbo de maldad, a saber qué mentiras le habían contado para traerla a esta ciudad. Su tez de color del café le da ese toque exótico por el que los hombres pagarían grandes cantidades por tenerla a sus pies, lo único que ensucia su belleza es la reciente cicatriz que cruza su mejilla. Tiene los ojos grandes y de un tono verde esmeralda, es de ese tipo de miradas que no podrías olvidar, y aquí está, siendo utilizada una y otra vez por hombres que no son capaces de saciar sus ansias de poder. Los erradicaría de la faz de la Tierra, si por él fuera, pero incluso con la más fuerte de las irradiaciones, las cucarachas siempre sobreviven, es algo con lo que tiene que tragar en la oscuridad de la ciudad.

—Sube las escaleras y ve a la habitación del fondo, cerca del cuadro de un lobo aullando a la luna. Ahí estarás tranquila.

Los ojos de la chica siguen el camino que le ha marcado hasta la planta de arriba, donde muchos han subido para seguir la fiesta y luego vuelve a mirar a James.

—No quiero seguir...

—*Shhh*, ahí nadie te molestará. Confía en mí.

Acerca sus manos al cuerpo tembloroso de la chica y esta, por un segundo, intenta esquivarlo. James levanta las manos en alto y con suavidad, busca en el interior de su chaqueta su pitillera

plateada, el mechero y una llave. Coge todo con sumo cuidado y movimientos pausados. La llave la deposita en las frágiles manos de ella y las cierra evitando miradas ajenas. Nadie entrará al interior de la habitación que él suele utilizar, siempre han respetado su espacio y nunca lo han perturbado.

—Cierra con llave y no abras a nadie.

La chica lo mira con esos ojos llenos del agradecimiento que no es capaz de articular por las drogas que inundan su cuerpo, el alcohol y el estrés del momento le impiden reaccionar como le gustaría. Asiente un par de veces y mira a su alrededor antes de salir despavorida escalera arriba.

Observa el movimiento de su cabello ondulante mientras corre y se pierde de su vista. James se estira el chaleco de color negro que lleva sobre la camisa blanca y retira el exceso de suciedad que el aire haya querido posar sobre sus brazos. «Hay demasiada mierda en el ambiente». Necesita aire fresco, necesita cerrar los ojos y ordenar sus pensamientos. Camina sin prestar atención a la locura que continúa en alza en aquella fiesta, se niega a volver a echar la vista atrás. No está en su mano cambiar las cosas. Desliza la cristalera que lo separa del jardín y se interna en la negrura de la noche.

Una brisa de aire fresco le trae el aroma de las flores que antes no había advertido, busca un punto alejado que no tenga ninguna iluminación, quiere estar en las sombras y observar. A lo lejos, sus hombres mantienen el «orden» posicionados en perfecta armonía, ninguno ha faltado a su puesto para unirse a esa orgía desenfadada. Introduce la mano en el bolsillo para coger la pitillera y el mechero, elige uno de los pocos cigarrillos que le quedan y lo enciende aspirando una intensa calada que calcina todos los pensamientos que comenzaban a invadir su cabeza. Suelta el humo de forma pausada mientras el sabor de la nicotina impregna su paladar. La espesura de la noche le brinda ese momento tan necesitado después de lo que ha estado presenciando en la mansión, deja ir con el humo todo lo que le comenzaba a quemar y con ello, su ira se disipa, canalizándola para otro momento donde pueda sacarla a relucir, donde le será necesaria.

El silencio que lo rodeaba es interrumpido por el sonido de unos cristales rotos. Lo primero que se pasa por su cabeza es que alguna pareja ha debido de dar rienda suelta al sexo aquí fuera, eso le molesta y frunce su ceño. Ha buscado un lugar apartado y han tenido que venir hasta aquí para incordiar su momento de tranquilidad. Se dirige al lugar de donde provienen los ruidos, sea quien sea, está lejos de la mansión y no están bajo la seguridad de sus hombres, quedarían expuestos si ocurriera algo. Tendrá que ir personalmente a inspeccionar la zona, no quiere sorpresas inesperadas.

Deja atrás los arbustos recortados con formas de animales y se adentra por lo que parece ser una cascada de hojas de un gran sauce americano, abre su frondosa cortina para pasar a través de ella y una rama acaricia su mejilla. Un chapoteo le alerta de que se está aproximando a la fuente principal, no esperaba que nadie se hubiera alejado tanto de la fiesta, sin embargo, aquí está.

El cigarro que tenía en los labios cae al suelo con la llama aún viva y yace sobre la piedra, abandonado, a su suerte. La imagen que encuentra frente a él es algo que ni en sus sueños más libidos se podría esperar. Una mujer, con el pelo negro ondulado que le cae mojado por la espalda y su tez blanquecina, brilla con la luz de la luna dándole un aspecto místico. Es como observar algo que no debía ser descubierto por el hombre. El agua le llega hasta los muslos y el vestido blanco flota a su alrededor. Parece que hable en susurros que él no llega a escuchar desde donde está, pero es incapaz de moverse, no quiere romper el hechizo que lo mantiene atento a sus movimientos. Ella mueve sus manos en el interior del agua creando ondas y girando levemente, por un segundo se coloca de perfil y James puede apreciar esa nariz de Elfa que

dibuja su rostro. Aunque no está seguro algo parece manchar su mejilla, quiere acercarse y ver si lo que tiene ante él es real, la duda le asalta a dar un paso y sin querer, lo da. Impulsado por la curiosidad, sus pies se adelantan hacia esa imagen onírica que se ha grabado en su retina y pisa los cristales de una botella de champán que crujen bajo sus zapatos.

La mujer percibe el movimiento a su derecha y con una rápida reacción agarra la *glock* que descansaba en el muro que estaba junto a ella. Se coloca de lado apuntando a la persona que se aproxima sin ser invitada.

—Parece que alguien ha tenido mala suerte hoy... —anuncia con una voz fina rasgando el silencio de la noche.

James levanta ambas manos en alto, al fijarse mejor en esa mujer que lo está apuntando, desafiante, sin pestañear. Podría sacar su arma de la pistolera semioculta del chaleco y no le daría tiempo a rebelarse contra él, pero decide que ella no será la presa de su ira esta noche.

—*Stronzzo*, habla de una puta vez o te meto un tiro entre ceja y ceja —apremia mientras retira el seguro de la pistola y se escucha el temido *clic* antes de disparar.

Los ojos de aquella mujer están atentos a la negrura de la oscuridad que envuelve a su visitante, de ella emerge poco a poco un hombre de gran tamaño que le resulta familiar con cada paso que da.

Los pasos de James acortan la distancia sin temer a ser disparado, ella no deja de escrutarlo con la mirada mientras mantiene la mano firme apuntando a su posición. Cuando está lo suficientemente cerca para apreciar mejor quién es su verdugo, se detiene bajando la vista y observa con detenimiento a la mujer. El vestido se adhiere a su cuerpo transparentando sus pezones endurecidos a través de la delicada tela, marcando cada curva de su cintura y sensuales caderas. Reconoce esos ojos grisáceos que le aguantan la mirada, las diminutas gotas de agua que se posan sobre su piel resplandecen pequeños destellos con la luz de la luna tras ellos.

Ambos mantienen fijas las miradas, ella no cambia su postura y él se petrifica a dos pasos de alcanzarla.

La mujer ladea su rostro y chasquea su lengua sin bajar el arma.

—¿*Titano*? —pregunta, aun conociendo la respuesta.

—Allegra. —James alarga el brazo y baja el arma que no dejaba de apuntarlo—. Es un placer volver a verla —dice con voz rasgada.

Allegra lo mira confundida solo durante un instante y luego parece ordenar las piezas del puzle desordenado que habitaba en su mente. Desde que lo vio aquella vez en la ópera no lo pudo sacar de su cabeza, un capricho pasajero que se desvanecía con los días y ahora, cuando menos lo esperaba volver a ver, aparece conjurado por sus deseos de escapar. Relaja la postura de su cuerpo, asegura el gatillo y coloca la pequeña *glock* en el ligero de su muslo. Saca su cuerpo del interior de la fuente y se sube al resalto ornamentado que los separa. En esa posición está algo más alta que el titán que tiene delante de ella y que parece no respirar, está impasible en su postura de piedra. Observa cómo le ofrece la mano para ayudarla a bajar y ella con una mirada desafiante coloca su mano sobre la de él, percibe el calor que desprende ese hombre y parece evaporar el agua que queda en su piel.

El ángel de piedra que oculta su rostro con las manos situado en la esquina derecha de la fuente es testigo de la tensión que se respira y el demonio que está incrustado a su izquierda, señalando a un punto incierto, avivando la incertidumbre de esos dos seres que se acaban de reencontrar.

Él tira con suavidad del cuerpo mojado de Allegra ayudándola a dar ese paso que los separa. Los pies descalzos de ella la traicionan en el último momento y resbala golpeándose contra el

duro pecho de James. Los brazos de él la rodean para evitar que caiga y la humedad del cuerpo helado de Allegra traspasa su ropa humedeciendo su piel.

Allegra entierra la cabeza entre sus fornidos brazos, aspirando sin querer su perfume, trastocada, alza la cabeza lentamente y se queda observando a su salvador. Suspira aliviando todas las tensiones acumuladas en esa noche desenfrenada y sin querer, una tímida lágrima cae por su mejilla aún enrojecida.

No está seguro si romper ese momento que están compartiendo, es la primera vez que no tiene todo organizado para actuar. La presencia de Allegra lo cambia todo en esa oscura noche donde ha estado a punto de dejar salir su bestia interior. La mirada gélida atraviesa el azul zafiro de sus ojos, sin mediar palabra, ambos se quedan así congelando el tiempo. Hace tan solo unos segundos se hallaba jugando con el agua y ahora está retenida entre sus brazos. Se siente como el aventurero cazador que dice haber atrapado una gorgona y ella estuviera utilizando su magia para mantenerlo petrificado. «¿Quién cazó a quién?». No puede evitar guiar su mano hasta esa mejilla y acariciarla con el máximo cuidado. Ella, al sentir el tacto de él, sin querer, cierra los ojos con el contacto candente de su mano.

—Suéltame. —Lo empuja sin previo aviso.

James abre sus brazos para que se libere y deja su cuerpo helado ahora que se ha alejado.

—Vete —le ordena Allegra.

—No.

Ella lo mira inquisitiva.

—¿Te gusta observar desde las sombras, *Titano*?

—Me gusta controlarlo todo. —Arquea una ceja.

—Pues se ha acabado el *show*, puedes volver a esa *merda* de fiesta —escupe las palabras con desprecio.

Los ojos de James están fijados en la mejilla de ella.

—¿Qué te ha pasado en la mejilla?

—¿Acaso te importa?

—Sí.

—Un *stúpido* que me devolvió lo que yo le había regalado. —Escupe al suelo con asco.

—¿Estás bien?

—No necesito un príncipe que me salve, sé salvarme sola. Ya me encargaré yo.

—Ya veo.

—¿Qué?

—Yo no soy quién te ha pegado, Allegra.

El recuerdo le asesta de lleno en el pecho al escuchar su nombre salir de sus labios. No ha sido el titán el que le ha pegado, pero ha sido él quien se lo ha recordado. Sabía que no tenía que venir a este tipo de fiesta, se negaba a toda costa, sin embargo, su tío dijo que la cuidaría y era necesaria su presencia. Mentiras, mentiras y más mentiras, su familia estaba llena de ellas y eran como las raíces de las malas hierbas, crecían sin parar, destrozando la vida a su paso. Odiaba todo lo que representaba esa familia, sus negocios, sus falacias y, sobre todo, su hipocresía. Ella no tenía ni voz ni voto, su vida ya estaba elegida hace años cuando aún no era más que una niña. Su destino, impuesto por la sangre corroída que circulaba por sus venas. Jamás supo las verdaderas intenciones de venir aquí, una vez visto todo y lo que sus oídos se negaban a escuchar, las náuseas y el asco nauseabundo se apoderó de su cuerpo y de todo su ser. No cedería por un contrato entre clanes, no caería y menos delante del que debía de ser su familia. Vito, su tío, le había dicho todo lo que quería oír para traerla hasta aquí. Era su vida, no una puta

mercancía.

James percibe como los músculos del cuello de Allegra se tensan, reconoce esa característica antes de explotar. El galope del corazón en el pecho de ella está desatado. Escucha la respiración cada vez más fuerte e intensa y, sin saber muy bien por qué, actúa sin pensar. Estrecha el cuerpo de ella entre sus brazos a pesar de su insistencia en obligar a que la suelte. La escena de antes se ha repetido más de una vez, no podía salvarlas a todas, algunas sabían a lo que venían, pero se negaba a creer que Allegra hubiera sido traída con esa intención.

—*Titano*, aléjate antes de que sea tarde —susurra desesperada.

—¿Tarde? ¿Para qué? —gruñe, apresándola.

La presión que ejerce los brazos de él sobre ella es abrumadora, no obstante, la sensación de protección que le brinda es algo que no había sentido nunca. Es como si en sus brazos no la pudieran tocar. La piedra que recubre la piel de aquel titán se levanta ante ella, impidiendo que nadie se pudiera ni siquiera acercarse. El perfume que desprende inunda sus fosas nasales, entrando con calidez y transportándola a otro lugar. Nota la mano acariciando su pelo de manera aterciopelada, sus nubes de furia se esfuman con cada caricia y sus músculos se relajan. El alcohol que antes había ingerido empieza a hervir su sangre calentándola como un motor, se deja acunar por ese hombre al que solo ha visto una vez y se obcecó en acercarse a él. Ahora, sintiendo una debilidad que no va con ella, por primera vez percibe un calor que jamás experimentó, algo que se le prohibió sentir. Ella no debía. No está segura de lo que es, no entiende la razón de esta fuerte atracción. Y como dos imanes que se atraen sin dilación, eleva la cabeza para mirar a los ojos de su protector.

Solo ha hecho falta ese gesto para que James se acerque a su mejilla, percibe en los ojos de ella que necesita decirle algo, una petición sin palabras a la que no se puede negar. Su barba raspa la delicada piel de Allegra, se queda ahí expectante sin presionarla, pero sin soltar su agarre.

Allegra pega su mejilla aun sabiendo que esa barba le puede arañar su dolorida piel. Cierra los ojos dejándose llevar por todas las emociones de esta noche, la ira transformada en odio que estaba poseyendo su mente, ahora es embriagada por su presencia. Abre los ojos con lentitud y agarra el mentón cuadrado de aquel hombre, clavando sus dedos, dirigiéndolo hacia ella. No lo piensa más, no lucha contra ese deseo que la está alentando a seguir y colisiona contra sus finos labios, buscando desesperada su lengua, ávida de saciar su sed en el desierto donde estaba desterrada. El dolor se convierte en una pasión incontrolada. Lo besa con posesión inundando todo su interior y saboreando todo lo que le ofrece.

Una salida, una escapada de su mierda de vida ya predestinada.

James aprieta el cuerpo de Allegra contra el suyo y la levanta en alto casi sin esfuerzo. Ella se aferra a su cintura entrelazando sus piernas y el beso se intensifica encendiendo las brasas de un fuego apagado. Las llamas danzan con la lucha de sus lenguas por ganar una batalla perdida. Las uñas de Allegra se clavan con avaricia en sus mejillas por profundizar más en ese beso salvaje, devorándolo con fiereza. Su mano se pierde entre sus cabellos guiando la cabeza de ella y, con su otra mano, la mantiene agarrada para que no caiga.

No la soltaré. No la dejaré ir.

Entre gemidos robados, Allegra se separa unos centímetros de la boca del titán.

—Haz que olvide —jadea en su boca.

—Haré algo mejor... —susurra áspero en sus labios.

—¿Qué? —pregunta muy excitada.

—Haré que todo tu cuerpo solo recuerde este momento —asevera con una determinación que

hace estremecer el cuerpo de Allegra entre sus brazos.

Y con una furia animal vuelve a atacar esos labios que acaban de desatar una batalla. Los besa con adoración, lame cada centímetro de su piel eliminando las lágrimas derramadas y muerde con vehemencia dejando una marca en su cuello.

Todo lo que ha ocurrido esta noche lo ha llevado hasta aquí, sus acciones, sus pensamientos, sus decisiones, todo ha sido un capricho del destino que ha jugado con él. Sus pasos han sido guiados hasta ese momento, donde ha presenciado una gorgona que lo ha petrificado sin él saberlo y ahora está perdido ante su pasión.

Recitativos
Acto 3

*Howl at the moon**Boston, 2015*

—Lena, ¿vas a salir? —pregunta Ciara desde la cocina.

—Sí, he quedado con las chicas del campus para tomar algo.

Los pasos de Ciara se adelantan por el pasillo hasta la habitación de Lena, se apoya contra el marco de la puerta y se queda en silencio mientras seca sus manos con el trapo que ha traído de la cocina.

—¿Pasa algo? —demanda Lena sin dejar de aplicar la máscara de pestañas.

—¿De verdad piensas que me creo que quedas con las chicas del campus?

Lena suelta lo que tenía en las manos y fija su mirada, a través del espejo, en Ciara que sigue impasible en la misma posición.

—¿Perdona?

—Yo también he sido joven, sé que cuando te vistes así es porque buscas otro tipo de compañía que no son esas *snoobs* del campus.

—¿Así cómo? ¿Con estilo? —pregunta con una falsa molestia.

—No.

—¿Entonces?

—Cuando eliges ese tipo de ropa que no sueles usar habitualmente. —Levanta ambas cejas.

Coloca los ojos en blanco y deja caer los hombros hacia atrás con las manos apoyadas en el tocador.

—Si lo sabes, entonces, ¿para qué me preguntas?

—Porque después de tantos años me gustaría que confiaras en mí.

Lena gira el taburete donde está sentada para observarla mejor. Son tan diferentes la una de la otra, jamás nadie se creería que tienen algún tipo de lazo familiar, pero, aun así, ahí están. Lleva con ella desde que tiene uso de razón, la ha cuidado como si fuese su hija y le ha dado siempre el cariño que su familia no le había entregado. La sonrisa perfecta de dientes blancos brilla como perlas sobre la tez morena de Ciara y su mirada verde agua con ese tono del caribe la escruta esperando su respuesta. Es una mujer muy atractiva que suele romper cuellos por donde pasa, no obstante, nunca la ve con ningún hombre, es algo que siempre se ha preguntado.

—Confío en ti. Solo que pensé que no tenía por qué contártelo todo —afirma Lena.

—Lena, obvio que no quiero saberlo todo. —Levanta ambas manos con el trapo aún agarrado—. Pero no tienes que aparentar delante de mí. Necesitas salir y despejarte, es normal, pero no me mientas a la cara diciéndome que has quedado con las chicas del campus.

—De acuerdo. —Suspira mientras se levanta para recoger del armario la chaqueta de cuero que ha elegido hoy, se la coloca y se acerca a Ciara—. Voy a salir a dar una vuelta, puede que

tarde en volver si encuentro...

—*Stop*, demasiada información, hay cosas que es mejor no dar detalles. No soy tonta.

Lena, impulsada por ese cariño que a veces deja escapar, lleva su mano hasta la mejilla de Ciara y acaricia con mimo la cicatriz que con tanto ahínco se maquilla para disimular. Sin darle tiempo a reaccionar, los brazos de la que es su tía la rodean en un abrazo familiar, aprieta su cuerpo contra el de ella, devolviéndole la caricia.

—Un día de estos te podrías venir conmigo... —susurra melosa Lena.

La risa jovial de Ciara llena la estancia.

—Me encantaría salir contigo, aunque no con ese propósito. —Se separa para observar el cuarto de Lena y el perfecto orden que siempre conserva.

—Aún eres joven y muy guapa.

Ciara coloca un par de bolsos en el interior del vestidor, era lo único que desentonaba en aquella habitación. Cuidar de Lena ha sido su vida desde que llegó a ella. Estudió hasta el mínimo detalle para encontrar un buen piso en la mejor zona de Boston, que tuviera todo en las proximidades y no les hiciera falta nada que no tuvieran al alcance. Guio los pasos de aquella niña que cada día se ganaba a pulso un pedazo de su corazón, la descubrió demasiadas veces llorando en esa cama con dosel donde se escondía al llegar de sus vacaciones y, por supuesto, fue testigo de la transformación de Lena con los años. Al igual que el cambio que fue adquiriendo aquel dormitorio, antes de tonos rosas que poco a poco dieron paso al blanco neutro, de muebles pastel a muebles de diseño con decoraciones en plata. Todo iba mutando a su alrededor con cada decisión que tomaba. Siempre tuvo un carácter fuerte, muy parecido al de su madre y aquello era un recuerdo perenne de la sangre que corre por sus venas, mantenerla junto a ella era el mayor de los regalos que le habían entregado y la cuidaría con su vida hasta su último aliento.

—No necesito la compañía de ningún hombre —anuncia Ciara.

—Tú te lo pierdes, que conste que te he invitado a pasar una noche divertida y reírnos juntas fuera de este enorme piso.

—Pospongo tu invitación para una cena y puede, solo puede, que te presente a una amiga.

Lena agarra del hombro de Ciara para frenar las idas y venidas por la habitación.

—Veo que no soy la única que ha mentido. —Sonríe con complicidad.

—Te equivocas, no te he mentado, no has estado atenta a todo lo que sucedía y, por tanto, no hemos hablado de ello. Si me hubieras preguntado, te lo habría contado. —Ciara le devuelve la sonrisa.

Ambas mantienen la mirada descubriendo que había cosas que no se confesaban. Ciara atisba por el rabillo del ojo, la mesa del tocador y el móvil que está enchufado cargando.

—¿Cuántos meses han pasado? —le pregunta a Lena.

—Trece —responde al instante—. Empiezo a pensar que no llamaré... —Baja la mirada y cruje sus nudillos—. ¿Has tenido noticias?

—No, más allá de las llamadas por parte de tu padre. Ya sabes, son breves y concisas, pero no me habla de tu hermano.

—Confiaré en las palabras de Marcus, tendré paciencia. —Hace un aspaviento delante de su rostro para borrar los pensamientos intrusivos que comienzan a llegar—. Me voy antes de que me ponga melancólica. No me esperes levantada. —Agita las llaves que acaba de coger del bolso haciéndolas sonar mientras camina hasta la entrada.

Ciara se queda en la soledad de aquel enorme piso, contempla a su alrededor todos los lujos que jamás pensó que podría poseer. Los muebles de diseño, elegidos por uno de los mejores decoradores de Boston, se encargó de llenar de vida el interior de ese gran piso y elegir las

pinturas de las paredes con tonos canela y blanco. El sofá de piel de búfalo color marrón es lo que más destaca en el centro del amplio salón de concepto diáfano, la cocina de alta gama con todo tipo de electrodomésticos e incluso los ingresos que le llegaban periódicamente en varias cuentas destinadas a organizaciones benéficas que no existían. Todo estaba calculado para mantener esa fachada que con tanto mimo habían construido alrededor de la vida de aquella pequeña. Pasea sus dedos por la suave piel del sofá y llega hasta el amplio ventanal observando desde ahí toda la ciudad. Las hermosas vistas la sitúan en una posición que no merece, una vida que no le pertenecía y que ahora tenía la oportunidad de vivir. Ya había aceptado antes de que se lo propusieran. Se lo debía.

Lena ha elegido para esta noche llevar unos pantalones de cuero ceñidos y un top de color blanco que muestra parte de su vientre tonificado. Encima de sus hombros descansa una chaqueta de cuero abierta con tachuelas en las mangas y cinturones que cuelgan de las muñecas. Un bolso a conjunto rematado con algunos pinchos de metal en el asa le daba aspecto de chica dura. Había pensado en coger el coche que tanto le gusta conducir, un *Audi* deportivo negro que le regalaron de manera inesperada cuando se graduó, aunque siempre que lo conducía sentía esa pequeña punzada que le recordaba que era otro de esos tantos regalos para suplir sus ausencias. Al final ha optado por ser llevada por un taxista muy simpático que se está volviendo un asiduo a su zona, han coincidido unas cuatro veces y la próxima intercambiarán algo más que palabras.

Está de pie frente a un pub bastante concurrido en la ciudad, suelen tocar bandas y muchas de ellas frecuentan luego la barra para conocer algunas de las chicas que babea por ellos bajo el escenario. Hace tiempo que le apetece conocer un poco mejor la calidad de los bajistas, según los rumores, son muy buenos manejando los dedos. Sonríe ante los pensamientos que cruzan por su mente con las posibilidades que le brinda esta noche, el letrero de la entrada con el nombre de aquel local llama su atención *Howl at the Moon*, las palabras rezan en amarillo chillón sobre un fondo negro mate.

Una enorme cola de personas espera para entrar de manera ordenada, ella se mueve por delante del cordel que los separa y los delimita para mantenerse en esa fila, camina con decisión clavando el tacón de sus botas de piel negra. Llega a la altura del segurata que se encarga de dar paso, le susurra algo en su oído y de manera disimulada coloca un billete de cien dentro de su pantalón con un leve roce de sus dedos. El hombre corpulento nota el contacto de la mujer y asiente a sus palabras dándole paso al interior.

El local está abarrotado de personas que bailan y saltan cantando las canciones que toca esa noche la banda. No puede evitar posar su mirada en la pared de ladrillo que está tras el grupo en el escenario, el logo en negro de un lobo aullando a la luna. Era algo que le decía Marcus, que debían de ser como los lobos, fríos, agresivos y astutos, aunque todo lo demás pudiera fallar, él siempre iba a encontrar la manera de volver junto a ella.

Se acerca a la barra y pide una de las especialidades que anuncian en el cartel. Con el vaso en la mano dando pequeños sorbos se entretiene en prestar atención a todos aquellos individuos que bailan en la pista dándolo todo, algunas de manera alocada, otras en busca del contacto del que tengan más cerca y entre ellas, le parece distinguir una sombra oscura clavada en el centro de la pista. Las luces parpadean de manera intermitente flasheando todo el establecimiento, dificultando su visión. Bebe de un trago el licor dorado que calienta su garganta y la incita a acercarse a esa sombra que cree haber visto. Se adentra entre el barullo, empujando a la gente a su paso y acortando las distancias. La sombra se materializa como un hombre vestido de negro que le da la espalda, está muy cerca de él, casi lo puede tocar. Alarga su mano sintiendo la necesidad de alcanzarlo, estira los dedos y posa su índice en la espalda de esa persona. Con una

lentitud pasmosa, el rostro de aquel hombre se gira para encontrarse con el de ella. La desilusión viste su rostro al comprobar al tipo que la mira con interés, una barba espesa cubre parte de su cara y unos ojos entrecerrados de color oscuro le dedican una mirada de arriba abajo.

—¿Quieres algo, guapa? —pregunta alzando la voz.

—Me he confundido.

Se da la vuelta agitada por la tonta confusión y vuelve a la barra para que le sirvan lo mismo, lo apura con un trago y va directa a los baños. Frente al espejo una mujer dura le devuelve la mirada, es el disfraz que ha elegido para hoy, cuero negro, pulseras con tachuelas y el pelo engominado hacia atrás. El maquillaje algo más marcado que en otras ocasiones con un labial rojo sangre. Le había parecido verlo entre la multitud, sabía que la vigilaban, sin embargo, desde que estuvieron en ese hotel no los había vuelto a ver, a ninguno de ellos. Su cabeza se la ha jugado y por un momento ha pensado que aquella sombra era él. Su móvil parece vibrar y cuando se dispone a sacarlo del bolso, alguien la interrumpe.

—¿Ya has terminado?

Mira a la chica con desdén y manteniendo una postura altiva, le responde:

—¿Necesitas usarlo?

—Sí, gracias —afirma la chica con una sonrisa.

—No he terminado y me quedará un poco más, justo aquí. —Agita la mano delante del rostro de la chica para que se largue de su vista.

Saca el labial del bolso y repasa los labios con dedicación, están intactos y, aun así, los dibuja de nuevo a conciencia. Lo deja caer en el interior del bolso y estira sus mangas para colocar mejor la chaqueta. A través del espejo observa sin perder detalle como la chica que le ha hablado espera paciente a que ella finalice su tarea. «Así me gusta, que esperes». Moja sus manos con un poco de agua y corrige su peinado dejando en su sitio cualquier cabello que haya querido escapar de la pegajosa gomina. Mira de reojo a la chica bajita de nuevo y se coloca delante de ella.

—Ya lo puedes usar.

De vuelta a las luces de neón y los brillos que se despliegan gracias a la bola de cristal que gira en el techo, se introduce entre aquel mar de desconocidos y se deja arrastrar por la efusividad del solista. Mueve sus caderas con sensualidad a la vez que estira los brazos como si quisiera tocar el techo y los balancea, las luces de colores pasan por encima de su cuerpo dejando pequeños destellos de colores que se vuelven a marchar.

Cierra los ojos, decidida, a que esta noche se tiene que desahogar, el recuerdo de la sombra la hace abrir los ojos de golpe y percibe como unas manos acarician sus muslos dirigiéndose a su cintura. Coloca sus dedos sobre las grandes manos que comienzan a seguir su bamboleo, la piel al tacto es rugosa y parecen querer marcar su territorio por donde están pasando. Se voltea para encontrar a ese descarado que quiere jugar y descubre a un hombre bastante más grande que ella con pinta de motero, tiene una pequeña perilla rubia decorando su barbilla y una mirada verde llena de lujuria. No le gusta que sean ellos los que decidan venir a molestarla sin ser invitados, no obstante, la desfachatez de semejante hombre la invita a seguir su juego. Tira de su perilla hacia abajo obligando a poner su rostro a su altura y muerde los gruesos labios que están escondidos bajo la barba, saborea su boca que arde en el sabor del whisky y se inunda de su humedad. Con su otra mano hinca sus uñas por el brazo musculoso de aquel hombre desconocido, y este animado por su fuego, apresa sus nalgas en sus enormes manos, abarcando todo su trasero mientras marca el ritmo de la canción. El baile se vuelve íntimo con manos fugaces y besos salvajes, tornándose a un encuentro mucho más tórrido.

Caminan entre la gente ignorante del deseo que acaban de despertar, dos desconocidos que

buscan el mismo destino. Un momento de furia y sexo desenfrenado, sin ataduras, solo anhelan el contacto del otro. El hombre empuja el cuerpo de Lena contra una pared en una parte más alejada de la pista. Nota en su espalda el golpe contra la dureza del ladrillo y sube una pierna enroscándola en la cintura del motero. Este se la agarra con ganas frotando su entrepierna, mostrándole que está preparado para dar el siguiente paso. Lena percibe el gran miembro queriendo sobresalir del pantalón, se emborracha del alcohol que recorre su cuerpo y las ganas de alimentar esa hambre que acaban de avivar, se apodera de ambos. Abre los ojos al notar mucho movimiento alrededor y comprueba que están en medio de lo que se le antoja un estrecho pasillo, la gente pasa pegada a ellos y eso interrumpe su excitación. «Ya podrías haberme guiado a uno de los baños, joder». De repente, algo interfiere en su campo visual captando toda su atención. La lengua del motero lame su cuello con lascivia de arriba abajo y ella lo deja caer a un lado para que siga dibujando con su saliva hasta su mejilla, mientras sus ojos siguen fijos en algo que parece no moverse en la pista, una sombra. Pestañea un par de veces por si es efecto de las luces estroboscópicas y la mezcla del alcohol. Cierra los ojos con fuerza y vuelve a mirar, sea lo que sea, sigue ahí. Esa sombra no se mueve, está quieta entre la multitud, turbando su mente. Con la palma de la mano empuja la cabeza del motero apartándola de ella y se deshace de su agarre en dos segundos.

—¿Qué coño haces? ¿Me vas a dejar así? —Señala su pantalón.

Lena desoye todo lo que la rodea y los gritos de ese hombre al que acaba de desechar como un pañuelo usado. No puede dejar de mirar a esa sombra petrificada en mitad de la pista. La música comienza a sonar con más intensidad elevando su volumen y las luces siguen con su danza confundiendo todo lo que tiene delante, alguien la empuja y casi cae, pero se recompone buscando a la sombra que parece haber desaparecido. «Ha sido mi imaginación...». Echa la vista atrás descubriendo como el tío que estaba a punto de caramelo se acaba de marchar. Por el rabillo del ojo percibe un movimiento fugaz, gira su rostro para localizarla y la ve bajar por las escaleras que van al sótano. Ahí abajo suele haber otro tipo de ambiente al que no había sido tentada hasta hoy. Desciende las escaleras lentamente con las manos apoyadas en ambas paredes mientras observa los carteles de grupos que han tocado en aquel escenario, algunos de ellos con el papel agrietado y corroídos por el tiempo y otros nuevos que desprenden un fuerte olor a pegamento. Casi ha llegado al final de la escalera, baja el último escalón y un neón con una flecha indica el camino que debe seguir hasta la entrada. Las letras *Cave* descansan en un cartel sobre el umbral.

Traspasa las espesas cortinas para adentrarse en esa «cueva». Casi no hay luz en aquella sala, está oculta en una espesa neblina, aspira comprobando que allí se fuma algo más que tabaco. Hace un barrido con la mirada buscando a la sombra que creía haber visto arriba, sin embargo, ahí no la encuentra. Lo único que habita ahí son personas de dudosa reputación, trapicheos, susurros y miradas sospechosas que no le agradan. Se da la vuelta dispuesta a salir de allí, ya se ha cansado de jugar y no piensa buscar a otro para lo que había planeado, una pena cuando el que tenía estaba en el punto que le gustaba. Desanda sus pasos intentando localizar la puerta que la lleva hacia la escalera, pero le cuesta ver lo que tiene delante por el escozor tan fuerte que tiene en los ojos a causa del humo. Las ganas de fumar vuelven con fuerza a ella, todo este tiempo había controlado la ansiedad de coger un cigarrillo, lo quería dejar y así evitar volver a sentir esa mirada de desaprobación que tanto daño le hacía.

—¿Me buscabas? —susurra una voz rasposa muy próxima a ella mientras empuja su cuerpo a una esquina.

Cada centímetro de su piel se eriza al instante reconociendo de donde proviene la voz, estaba

segura, sabía que no era su imaginación. Lo había visto, no solo esta vez, sentía su mirada cuando estaba sola caminando por la calle o cuando terminaba de entrenar. Era una sensación demasiado vívida, a lo mejor inducida por el simple hecho de que podía estar vigilada. Había algo en esa situación que la excitaba, no obstante, solo eran ideas que vagaban por su mente cuando estaba a solas en su habitación o cuando utilizaba a uno de esos hombres para obtener su propio placer. Incluso ahí pensó que la estaban observando y eso la hacía estremecer de puro placer.

—No te des la vuelta —ordena con esa voz áspera que la trastoca.

El cuerpo de él impide que lo haga y solo puede mirar a un punto fijo de esa esquina oscura donde están.

—¿Entonces qué coño quieres que haga? Parece que esté castigada en esta puta esquina.

—Tu teléfono ha vibrado en dos ocasiones y ambas, las has ignorado.

—Tenía las manos ocupadas —añade con ironía.

—Me da igual lo que tengas entre manos —determina—. Si tu teléfono suena, lo coges. Es simple.

—No me des órdenes. —Busca el teléfono en el bolso comprobando que las llamadas perdidas son de Ciara.

—No llames ahora, nos vamos de aquí. —Apresa su muñeca llevándola a la espalda de Lena y aproxima su rostro.

Ella siente un relámpago que recorre toda su columna vertebral desestabilizando sus barreras. Percibe su inconfundible perfume varonil, uno que solo él desprende, entre sangre y sudor. Él aumenta la presión que ejerce con su pecho contra su espalda, la barba raspa de forma furtiva su mejilla y siente el susurro como lava recorriendo su cerebro.

—Es el momento, Lena.

Alicia y la madriguera del conejo

La guía entre las estrechas calles, alejándose cada vez más de aquel local donde se habían encontrado. Derek camina por delante de ella, su ancha espalda proyecta una sombra que crece por donde pasa, las luces de la ciudad parecen ser consumidas por esa inmensa oscuridad que desata todo su ser. La sensación de ser engullida por todo lo que representa Derek, la estrangula lentamente y a su vez siente un magnetismo, que no puede explicar, por acercarse a él.

—Por aquí.

La voz de Derek la sobresalta trayéndola de golpe a poner los pies en la tierra, se había sumido en sus pensamientos observándolo caminar. De repente, ha sentido un frío que le ha calado hasta los huesos y sube la cremallera de la chaqueta de cuero hasta arriba, abrochando el cierre que la ciñe a su cuello.

—¡Joder! Me había acostumbrado a tu silencio —le espeta.

—Ve por delante.

Lena observa el angosto pasillo de paredes de ladrillo que se presenta ante ella. Los muros de los edificios que esconden ese pequeño pasaje parecen estrecharse a cada paso que da. Sus botas de tacón dejan de hacer ese ruido peculiar que habían hecho durante todo el trayecto sobre el asfalto, es como si el propio sonido no quisiera entrar ahí.

—Es muy estrecho —anuncia posando la palma de sus manos sobre las paredes, rascando con sus uñas el incrustado cemento. Las tiene que flexionar debido a que ahí es imposible estirarlas.

Todo le da vueltas, el frío de la noche congela cada centímetro expuesto de su piel y los restos de alcohol hacen que el efecto de vértigo sea aún mayor. Tiene que detener su caminata, algo no va bien y el aire ha decidido quedarse en la entrada del pasadizo. Su cuerpo se adelanta sin control hacia el suelo y unas manos firmes, aunque heladas como la piedra, sujetan su cintura para estabilizarla. El frío glacial que emana su piel comienza a quemar donde las ha posado.

—Respira, el alcohol aún está dentro de ti —susurra muy cerca de ella.

—Eso hago —recalca. Su cuerpo le delata con un leve temblor.

Las manos presionan con un poco más de intensidad sobre su cintura.

—Suéltame, puedo sola.

—Shhhhh. —El aliento de Derek golpea contra su nuca, y sin querer, cierra los ojos—. Así, sigue, deja que el aire entre...

El cuerpo se le tensa al tenerlo tan próximo. Abre los ojos retirando sus manos con brusquedad para apartarlo, no se da la vuelta y sigue caminando. Nota como sus mejillas se han encendido sin su permiso, eso la enerva. No le han gustado esas confianzas.

—No me vuelvas a tocar.

—Camina, queda poco —anuncia Derek ignorando sus palabras.

Cuando están a punto de llegar al final de ese angustioso pasillo, por un segundo evoca en su

mente la imagen de *Alicia en el país de las Maravillas* y cómo salta al interior de aquella madriguera sin conocer su destino, se le asemeja a lo que está a punto de suceder. Está transitando a ciegas para colarse en un mundo que desconoce, solo se puede dejar aconsejar por el sombrero loco, el conejo y el puñetero gusano que solo sabe fumar con su pipa psicodélica. Ninguno de ellos es de fiar en ese mundo onírico y, aun así, ella confía en todas sus palabras.

Derek se mantiene a una distancia prudencial mientras da esos últimos pasos. Ha estado observando todos estos meses cada salida de Lena, en los círculos que se mueve y cómo interactúa con los que la rodean, siempre mostrando esa altivez que la caracteriza. Su trabajo era claro, protegerla sin ser visto a no ser que fuera estrictamente necesario. Marcus necesitaba comprobar si, tras aquella conversación que solo había dejado atisbar la punta del iceberg, el comportamiento de su hermana cambiaba. No ha cambiado, se ha reforzado, demostrando que se entregará en cuerpo y alma. Entiende el estrecho lazo que los une, sin embargo, Lena tendrá que controlar mucho su temperamento si se adentra en el mundo que le quieren mostrar. La ve muy capaz de desenvolverse entre los hombres, es decidida, arrogante e inteligente, aunque le falle esa lengua que suelta con veneno para generar su coraza.

Pronto, los pasos que darán, pueden romper muchas de las correas que tienen en sus muñecas o la sogas que rodea el cuello de esa familia, se apriete aún más.

Está a punto de salir del pasillo y llegar a lo que se le antoja a un parking. Sin esperarlo, el cuerpo de Derek se adelanta, apretando el suyo contra la pared y clavándose el arma que lleva agarrada en el cinturón, restregando su firme cuerpo contra ella. No la mira cuando la tiene ahí aprisionada, se ha detenido y su vista está fija en el final del pasillo, el cristal de sus gafas refleja por un momento la luz de los faros de un coche que parpadea un par de veces. Ella lo mira petrificada en esa posición donde no tiene muchas más opciones, deja caer sus ojos en el pecho rígido de él y aspira ese aroma que desprende invadiendo su espacio vital. Percibe el movimiento de sus piernas para liberarla y ella aparta la cara a un lado pegándola contra los helados ladrillos de la pared.

Contempla las zancadas que da Derek saliendo al exterior y sin girarse, estira su brazo hacia ella con la palma levantada. Da por sentado que no quiere que se mueva, acata sin reproches esperando una nueva orden por parte de él. No está segura en qué momento ha sacado su pistola y está apuntando al frente, a un punto desconocido para ella. Mantiene una posición erguida, no se mueve y parece no respirar. No puede apartar los ojos de su silueta. Aunque le cueste reconocerlo, esa forma que tiene de reaccionar hace que por un instante se sienta segura, sin embargo, esa sensación desaparece al recobrar la consciencia de lo que está a punto de descubrir. ¿Dónde se está metiendo? ¿Hasta dónde será capaz de avanzar? ¿Tendrá la sangre fría que corre por las venas de aquellos hombres que la rodean? Respira hondo con la vista fijada en la sombra que cubre la salida y la protege de la luz que quiere entrar al pasillo.

Una vibración rompe ese hechizo al que estaba sometida, palpa su bolso con un movimiento lento, sin lograr ubicarlo. Introduce la mano con cuidado de no hacer ningún ruido y en el interior de su bolso el móvil no está. La sangre parece evaporarse de su cuerpo con las dudas que la asaltan.

Derek, sin dejar de apuntar, baja la mano que mantenía en alto para impedir que avanzara y saca de su chaqueta el móvil que estaba buscando ella. Presiona el botón y contesta la llamada.

—Está conmigo, ya vamos.

La persona que habla al otro lado no parece sorprenderse de que él sea quien responda en su móvil. «Pensamos en todo, Lena», la estúpida frase flota delante de ella con el recuerdo del hotel cuando Derek le trajo aquella maleta.

—Estaremos allí en diez minutos. —Cuelga.

Baja el arma guardándola en la pistola que esconde bajo la chaqueta. «¿Cuántas armas llevas?», piensa Lena, sin perder detalle de todo lo que hace. Se da la vuelta y se acerca ofreciéndole el teléfono para que lo guarde.

—¿Cuándo me lo has quitado? —pregunta mientras guarda su móvil. Esta vez lo introduce en el bolsillo de la chaqueta, no se fía de que se lo arrebatase otra vez.

—Tienes que prestar más atención, Lena —sisea con esa voz que se le incrusta en su cerebro—. Vamos.

Sin previo aviso, Derek la agarra de la mano tirando de ella para sacarla de ese pasillo angosto. El tacto de su mano le abrasa la piel, percibe esa presión como una cadena de un metal candente que dejará marca, no se opone y deja que la traslade a esa realidad. Al final saltará al interior de la madriguera del conejo que no para de mirar el puñetero reloj, invitada a un mundo que desconoce. Deseosa de acercarse a las personas de las que se sentía alejada, cierra los ojos cayendo por ese abismo del que no sabe qué encontrará en su final.

Una vez que caiga, solo le queda avanzar, ahora no hay marcha atrás.

La oscuridad de la noche recubre el coche negro en el que van montados. No está segura de la marca del automóvil, se asemeja a los que usan en películas de espías, tiene unas suaves líneas deportivas y en su interior sigue predominando el color negro con algunas pinceladas en rojo que le dan cierto toque de personalidad. El olor a nuevo y al ambientador de eucalipto impregna cada recoveco del coche. Aunque Derek le había ofrecido ir sentada en el del copiloto, no ha querido aceptar, ha decidido ir en los asientos de atrás. En un principio había abierto la puerta de la derecha, pero al final ha optado por el asiento de la izquierda posicionándose justo detrás de él.

Vuelve a comprobar que el cinturón sigue en su sitio, desde que ha comenzado la marcha y ha descubierto la manera agresiva de conducir de Derek, se ha abrochado el cinturón de manera apresurada asegurándose que estaba bien ajustado. El pie de él presiona el acelerador de manera constante cuando tiene ocasión, provocando que Lena se quede pegada al asiento, es como si se conociera a la perfección las calles de Boston tomando las curvas con determinación, introduciéndose por carreteras que ni ella misma conocía.

El semáforo en rojo los obliga a detenerse en mitad de una calle desértica. Levanta sus manos y se fija en sus uñas tan minuciosamente cuidadas, las gira buscando un atisbo de imperfección en ellas y asiente resuelta, al comprobar que todo está correcto. De repente, percibe un aguijón hundiéndose en su piel y alza la vista sin terminar de levantar la cabeza. Sus ojos van directos al espejo retrovisor y encuentra la mirada ambarina de Derek clavada en ella, la escruta a través del cristal de las gafas. No pestañea, y ella con insolencia se la devuelve. Todo parece detenerse mientras observa esos malditos ojos que tantos secretos guarda. El suave ronroneo del motor aumenta y disminuye de forma pausada. El semáforo se torna a verde llenando el interior del coche con su luz, Derek ojea la carretera que tiene por delante solo unos segundos y luego vuelve a fijar la vista en el espejo. Ella siente un deseo irrefrenable de romper ese silencio que le está empezando a irritar y entorna los ojos siguiendo su juego.

—Agárrate —ordena antes de fijar su vista en la carretera.

—¿Qué? —Es lo único que logra decir antes de sentir como el peso de su cuerpo se hunde en el asiento.

El coche sale despedido por la recta que tienen frente a ellos, es una bala a punto de colisionar. La adrenalina se arremolina en su interior, una mezcla entre miedo y curiosidad se combinan para dar paso a algo nuevo. Una sensación que lo inunda todo, una mezcla de emociones contradictorias que avivan sus deseos más enterrados.

Sin darse cuenta, han llegado a su edificio, observa a su derecha la entrada que se presenta ante ella y luego vuelve a buscar la mirada de él en el retrovisor. Derek parece captar su necesidad y la mira fijamente.

—Iba a preguntar, pero creo que es una obviedad que mejor me voy a ahorrar —añade mientras agarra su bolso—. ¿Vienes? —pregunta al comprobar que Derek no despega las manos del volante.

—No.

—¡Joder! Ni que te estuviera diciendo que subieras con otra intención.

Una risa ronca es lo único que obtiene como respuesta.

—¿Siempre eres tan seco?

—Es mejor así.

—¿Por qué? —lo escruta con sus ojos grisáceos, intentando atravesar las llamas del ámbar de su mirada.

Derek sin dejar de mirarla en ningún momento, saca su pitillera y se coloca un cigarro en los labios. Lo enciende mientras sigue observando a Lena a través de la llama que emana el mechero, reflejándose en el cristal de las gafas, intensificando el brillo de su iris. De un movimiento de muñeca cierra el encendedor y lo guarda en el interior de su chaqueta. Da una intensa calada dejando que el humo salga de forma pausada de sus labios, enmascarando su rostro con el espeso humo.

—Sube —decreta—. Te están esperando.

—Idiota —escupe entre dientes antes de cerrar la puerta del coche.

Entra al interior del edificio sin echar la vista atrás, se dirige al ascensor y pulsa el piso trece, no ha querido darse la vuelta para no tener que volver a ver su cara. Le cripa muchísimo el comportamiento de Derek, hay veces que cree que podrían mantener una conversación y sin esperarlo, crece un muro de hormigón entre ellos impidiendo que pueda ni siquiera ver qué hay al otro lado. Lo ha intentado, Marcus le dijo que confiara en él y Kasem también la animó a ello, no obstante, es una puta piedra que no tiene ganas de picar. Si él lo quiere así, así será.

Sus pasos son cada vez más lentos, tiene la sensación de que una vez entre en su piso todo cambiará. Está delante de la puerta con la llave a punto de introducirla en la cerradura y antes de que suceda, esta se abre de par en par. Ciara la mira con una expresión que no logra discernir.

—¡Por fin! Ya me estaba preocupando. —Agarra del hombro a Lena y la mete en el interior, antes de cerrar mira a ambos lados del pasillo algo confundida.

—¿Te ha llamado? —pregunta Lena.

—Sí.

—¿Te ha dicho algo? —interroga nerviosa.

—Ha dicho que a las tres de la madrugada volvería a llamar.

Voltea su muñeca para comprobar la hora que es y descubre que faltan más de cuarenta minutos para ello.

—¿Hace mucho de la llamada?

—Llevarías unos treinta minutos fuera, te intenté localizar —la mirada de Ciara va a todas partes—, al no recibir respuesta por tu parte, me impacienté.

—Y lo llamaste a él —confirma antes de que Ciara lo haga.

—No. Recibí un mensaje de un número oculto pasados unos minutos tras mis llamadas a tu teléfono: «Vuelve a llamarla en veinte minutos» y eso hice.

—¿Cronometra todo lo que hace? —pregunta al aire exasperada—. Da igual, aún queda para que me llame Marcus. —Contempla a Ciara durante un instante y percibe que hay algo diferente

en ella—. ¿Estás bien?

—Sí, solo algo intranquila, no me lo tengas en cuenta. —Mira por encima del hombro de Lena con curiosidad—. ¿Y Derek?

—Se ha quedado en el coche.

—¿Va a estar ahí casi una hora?

—Yo qué sé, es como hablar con una pared.

—No sé, conmigo siempre ha tenido muy buena relación.

Lena arquea una de sus cejas ante ese secretito que tenía Ciara tan bien guardado.

—No sabía que te llevabas tan bien con él, pues ya me dirás el secreto para penetrar el muro que tiene alrededor.

—Lena, a veces te falla que no escuchas a los demás, puede que con él seas así —dice desde la cocina donde está poniendo a calentar la cafetera—. O puede que contigo quiera mantener las distancias por ser quién eres.

—¿Quién soy? ¿La Reina? —ironiza.

Deja la pregunta en el aire mientras entra en su habitación para despojarse del disfraz, elige el vestido negro que permanece en el interior del vestidor, ese que acentúa sus curvas y le queda tan bien. Retira la peluca y la arroja en el cajón que ha quedado vacío. Vuelve al salón para continuar su conversación.

—No, ¿ves? No escuchas. Por ser quién eres, la hermana de Marcus.

Ciara aparece con una bandeja con dos tazas de café y el teléfono apagado que estaba en el cuarto de Lena. La coloca en la mesita baja del centro frente al sofá empujando algunos de los libros que le gusta releer y se acomoda a su lado.

—Gracias. —Lena atrapa el teléfono colocando el pin y lo deja sobre la mesa.

Por el rabillo del ojo, comprueba que hay varias maletas en el recibidor, demasiadas para una sola persona. Aunque tiene mucha ropa, no pensaba llevársela toda cuando se diera la ocasión, quería dejar alguna aquí para cuando pudiera volver de visita.

—¿Por qué tantas maletas? ¿Te has encargado de hacerlas tú? Las podría haber hecho yo.

—No son todas tuyas, Lena. —Las manos de Ciara agarran las de ella—. Escúchame, esto me hubiera gustado decírtelo en otra ocasión, con más horas por delante y en otro lugar, pero no nos queda mucho tiempo.

—Ciara...

—Calla ahora. Es lo que te acabo de decir, a veces no escuchas —la reprende.

Lena la mira ahora con muchísimo interés, las manos sudorosas de Ciara envuelven las suyas y percibe un leve temblor en ellas. Se fija en el brillo de sus ojos, está a punto de romper a llorar y se queda callada esperando sus palabras.

—Lena, esas maletas que hay ahí, algunas son para ti... —suspira para controlar los nervios que la hacen titubear—, otras son para mí. Después de esta noche ambas dejaremos este piso y yo debo de coger un avión.

Hace una leve pausa para ofrecer a Lena la taza de café, ella la acepta y ambas toman un poco antes de que reanude esa confesión tan necesitada para las dos. Ciara le retira la taza y lleva ambas a la mesa, sus manos parecen fallarles justo en el momento antes de depositarlas y cae chocando contra la bandeja derramando el café que quedaba en ellas. Solo una de las tazas se quiebra por uno de los laterales, con una fisura casi invisible que llega hasta su base. Ciara se apresura a limpiarlo, pero Lena coloca sus manos sobre las de ella para que deje eso para después y se centre en lo que le tiene que contar.

—Déjalo. Continúa, por favor —apremia con cariño.

—Hay tantas cosas que te quiero decir... pero no me pertenece a mí ser la que te las cuente, primero tienes que conocer el inicio de esta historia y entonces, te podré revelar lo que me llevó a ti. —Las lágrimas caen sin permiso por su mejilla, arrastrando el maquillaje que oculta esa enorme cicatriz—. Desde que supe que te cuidaría, mi vida no fue la misma, todo giraba en torno a ti y mi vida fuiste tú. Me diste sin saberlo una razón por la que luchar y volver a sonreír. —Acaricia su mejilla durante un segundo, volviendo a agarrar las manos de la que siempre ha sido su niña—. Mi vida no fue fácil y me era difícil olvidar lo que dejé atrás, pero contigo, cuando llegaste a mí... juntas creamos nuevos recuerdos que solaparon toda aquella oscuridad que me estaba consumiendo. Me regalaste vida. —Suspira controlándose todo lo que puede—. Solo te diré que has sido como una hija para mí, lo hice lo mejor que pude y aunque mantuve siempre ciertas distancias, te quise y te querré siempre. No lo olvides, Lena.

Las manos de Ciara sueltan las de Lena y se abraza a ella con muchísima efusividad, una leve sacudida, la alerta del llanto silencioso que está liberando. Ella le devuelve el abrazo, confundida, con esta breve conversación, sintiendo que todo el mundo le cuenta las cosas a medias a la espera de que se las cuente otra persona. El origen de todo, el principio tan misterioso que se esconde tras las paredes de aquella casa y los secretos tan celosos guardados durante demasiado tiempo.

—Yo también te quiero, aunque no lo supiera demostrar... —confiesa mientras estrecha entre sus brazos a la que ha sido como una madre para ella.

No sabe cuánto tiempo se han mantenido en esa posición, teme respirar profundamente y que todo se disipe como en un sueño. Y entonces la estrella fugaz, a la que tantas veces quiso pedir un deseo, vuelve a pasar, el teléfono comienza a vibrar y la melodía llena toda la habitación. Ambas se sueltan con la vista fija al teléfono que tantos meses había estado muerto sobre el tocador, ahora revive con el acontecimiento de que todo está a punto de cambiar. Lena alarga su brazo para coger el móvil que insiste con su canción llamando su atención, vacila mirando a Ciara con el temor de que una vez acepte esa llamada, ella ya no estará. «El sacrificio viene ligado a mi vida una y otra vez», se repite en su mente.

Ciara percibe las dudas en la mirada de Lena y posa su mano sobre la de ella infundiéndole el valor que necesita para aceptar su destino. Atrapa el teléfono y lo lleva hasta su oreja presionando el botón verde que lo transformará todo.

—¿Sí?

—Ha llegado el momento que tanto estabas esperando. Así que escucha con atención todo lo que tengo que explicarte. Tus maletas están preparadas con todo lo necesario, no precisas nada más que lo que hay en su interior. Derek sabe lo que tiene que hacer a partir de ahora, debes confiar ciegamente en él. Créeme, Lena, que lo que vas a presenciar es la realidad de nuestra familia, el veneno que corroe a las personas ricas de la ciudad y habrá cosas que no serás capaz de olvidar, se adherirán a ti y volverán en tus peores pesadillas. ¿Estás segura de que es esto lo que quieres?

—Sí —afirma con todo su corazón.

La voz de Marcus se pausa unos segundos.

—Ciara estará bien, de eso no tienes que preocuparte, no obstante, tienes que despedirte.

Lena siente una punzada en su pecho por la última frase. «Estará bien, tienes que despedirte», eso le confirma las sospechas sobre el futuro que les depara.

—De acuerdo —confirma dedicando una mirada fugaz a Ciara—. ¿Algo más que necesite saber?

—Lena, prepárate para conocer la verdad.

Atrapa Dedos

Su dulce aroma a flores está adherido a su ropa y sigue demasiado presente en ella. Ha sido una despedida breve, pero intensa, como todo lo que la rodea. El vago recuerdo de aquella última cena viene de nuevo a su cabeza, todo lo que no pudo decir, cómo la arrancaron de los brazos de su hermano y el frío que sintió al volver a su piso en Boston. El mutismo con el que castigó a Ciara durante semanas hasta que asimiló todo lo que sucedió esa noche. Se arrepiente de haber sido así, recapacita y analiza cada mirada, esos acercamientos por parte de Ciara a su habitación y como ella se negaba a hablar por todo el veneno que generaba su corazón, creando esa coraza a la que pocos dejaba traspasar. Ahora es consciente de cuanto quería a esa mujer y cuanto se había negado a aceptarlo. Cuando más le estaba costando separarse de sus abrazos, el teléfono comenzó a sonar como una alarma, sentenciando su último adiós. Abajo la esperaba Derek con su semblante característico de oscuridad y dureza, apoyado contra el coche, dando una última calada a un cigarrillo que resplandecía en la negrura de la noche. Solo la había mirado durante unos segundos en los que Lena advirtió algo de empatía en su mirada, descubriendo así la razón por la que no había subido. Le había regalado ese momento tan íntimo que ambas necesitaban para lo que venía a continuación.

El trayecto al aeropuerto fue en total silencio, no hizo comentario alguno, ni miradas clandestinas que intentaran entablar una conversación. Ella visualizaba todo lo que dejaba atrás a través de la ventanilla, contemplando como desaparecían las luces de la ciudad por la velocidad del coche impulsado por esa persona, la cual casi no conocía y debía de empezar a conocer. Haría caso a los consejos de Ciara, escucharía, prestaría más atención, sin embargo, para ella Derek era como un «atrapa dedos» sentía que, si introducía un dedo, aunque solo fuera por curiosidad, se enredaría en su interior. Una percepción infantil, no obstante, con cada roce, cada mirada, cada palabra, se afianzaba más ese pensamiento.

En el aeropuerto, el mutismo ha sido el aliado de ambos, él le ha dado una carpeta llena de documentos que irá revisando en las dos horas de vuelo que la separa de su hermano. Cuando se dirigía a sus asientos en primera clase, lo primero que ha hecho ha sido buscarlo, revelando que no compartiría con ella más tiempo del necesario. La vigilaba, la protegía, era su trabajo y lo demostraba sentado en la parte de atrás, teniendo a la vista todas las entradas y salidas.

No ha podido evitar quedarse dormida tras el desgaste de emociones contenidas durante tantos meses. Derek ha sido tan cauteloso que solo le ha dado un leve toque en el hombro para despertarla minutos antes de aterrizar. Acaban de poner un pie en Chicago y aún siente el calor de los brazos de Ciara rodeando su cuerpo. Caminan directos a un coche gris marengo estilo berlina con unas líneas elegantes, los espera con el motor en marcha en la zona de llegadas. Él le retira las maletas de las manos y las lleva hasta el maletero, le abre la puerta y aguarda a que se

acomode en el asiento antes de cerrar. Ambos mantienen la mirada hasta que la puerta se cierra, sin palabras, solo sus ojos ambarinos son capaces de transmitir las órdenes que él sutilmente le manda.

—Bienvenida, Lena —anuncia una voz que reconoce al instante, Kasem.

Vuelve la vista que aún tenía clavada en la ventanilla donde ha desaparecido Derek y se encuentra con Kasem. Tiene su correspondiente sonrisa afable en ese rostro que parece sacado de una película hippie, transmite cordialidad y jovialidad, contagiando con ella el ambiente que la rodea. Observa que su cabello ha cambiado desde la última vez, las mechas han crecido y el rubio platino ha pasado a un blanco satinado que reluce con los rayos de sol que atraviesan el cristal.

—Kasem. Me gusta ese cambio... —medita la palabra que quiere usar—, te da un toque bohemio.

Kasem pasea su mano por su pelo arrastrándolo hacia atrás sin perder la sonrisa tan llena de vida que le caracteriza.

—Hay que marcar la diferencia. —Le guiña el ojo a la vez que echa una ojeada al exterior donde aún permanece Derek—. ¿Ya te cae algo mejor? —pregunta con sorna.

—Se podría decir que sí —añade con guasa—. Digamos que me dice mucho más con sus silencios que con sus palabras. Estoy trabajando en ello. —Sonríe.

La puerta del copiloto se abre frenando la conversación y Derek deja caer su cuerpo en el asiento, se coloca el cinturón y sin mediar palabra, solo con una simple mirada, transmite la orden de ponerse en marcha. Kasem pisa el acelerador dejando la gravilla depositada en el asfalto de la carretera suspendida en el aire. Coloca la radio para no tener que llenar ese silencio que ahora mismo impregna el coche, sube el volumen de la canción que comienza a sonar *Hurt* de Johnny Cash y acelera hasta donde los espera Marcus.

Cruzan Chicago a toda velocidad arrastrando las imágenes de los edificios como gotas de lluvia en un cristal. Las canciones han seguido sonando en el interior de aquel coche que comparten los tres, ella agradece cada momento que le brindan de calma para seguir ordenando sus ideas, asimilando el cambio de vida que está a punto de aceptar. Ha descubierto que no solo le implicaba a ella esta decisión, el destino de Ciara ha sido elegido una vez que saltó a la madriguera del conejo. Se ha despedido de ella dejándola al precipicio de ese agujero donde discurre su realidad, una vida oculta, llena de mentiras que comienza a presenciar y solo ha vislumbrado la punta del gran iceberg. Desliza la cremallera de la carpeta que Derek le entregó y revisa documentos de unas propiedades que desconocía, entre ellas coches y alguna residencia, todas rezan a un nombre de mujer que no le suena, esperando la firma para terminar de aprobarse. Esto lo quiere hablar con Marcus antes de dar ningún paso.

El coche se detiene delante de una casa unifamiliar con una distinguida fachada de piedra caliza blanca y un techo con tejas marrón chocolate, rodeada de un muro blanco con rejas negras terminadas en punta y un amplio jardín con un precioso manto verde recién cortado. El árbol que tiene a su derecha da sombra en una de las ventanas donde cree ver a alguien de pie. Está situada en un barrio residencial lleno de familias adineradas, solo hay que observar los coches aparcados en las entradas para apreciar el estatus que reside allí. Algo muy distinto a lo que pensó que compartiría cuando viniera aquí.

Derek es el primero en salir del vehículo, coloca bien su chaqueta estirando las mangas y abre la puerta de Lena. Ella retira el cinturón y sale del coche sin apartar la mirada de la enorme casa que la espera al otro lado de la acera. Percibe por su izquierda la férrea mirada de él y sigue con los ojos clavados en la ventana donde cree ver el movimiento de esa sombra que la espera de pie.

Kasem se coloca a su derecha y ella avanza por delante con ambos hombres a sus espaldas. Con cada paso que da, se aleja de esa vida a la que no volverá. Con cada golpe de tacón, se acerca un poco más a toda esa ansiada verdad.

«¿Hasta dónde estás dispuesta a llegar para descubrir la verdad? ¿Aunque todo lo que conozcas vaya a cambiar? ¿Y tu vida jamás vuelva a ser la misma? ¿Estarás dispuesta a cruzar ese umbral?». Aleja con la mano todas las dudas que la vuelven a avasallar, son esa mosca que intenta posarse en la nariz dificultando la visión. Inspira todo el aire que sus pulmones le dejan retener, lo expulsa con calma y comienza a subir los escalones. Cierra los ojos cuando atraviesa las dos columnas que la reciben en la entrada, percibe las respiraciones de los hombres que la acompañan, una lejana y profunda, otra suave y calmada, sintiéndose protegida por aquellos dos desconocidos. Levanta la mano dispuesta a tocar la madera oscura de la puerta y antes de que lo haga, descubre que ya está abierta. Un aroma dulce mezclado con vainilla y canela escapa de su interior penetrando en ella. Sonríe conocedora de su estratagema y se interna con pasos decididos en busca de su otra mitad, deseosa de volver a abrazarlo y solo durante unos segundos dejar que la coraza caiga a sus pies.

Solo para él. Solo con él.

Sus pies parecen reconocer el suelo de parqué caoba que pisan dirigiéndose hasta el precioso salón de paredes del color de la arena de la playa, descubriendo lo que ocultan esas paredes. Cuatro sillones dispuestos alrededor de una mesita redonda de cristal con bordes dorados sobre una alfombra de piel. Las cortinas blancas descorridas a los lados dejan pasar la sutil luz a través de las ventanas que tienen alrededor. Una chimenea de color blanco crepita con un fuego encendido, dos sillones de tres plazas se enfrentan a cada lado y ahí en medio, de pie, lo ve. La espalda ancha de su hermano se gira de forma pausada para regalarle esa sonrisa que tanto le relaja, Lena deja caer el bolso y las carpetas al suelo, que con tanto ahínco ha mantenido junto a ella y corre a abrazar a su gemelo. El abrazo se intensifica con un llanto ahogado retenido en el corazón de ella durante años, no deja que nadie lo escuche, lo acalla sobre el hombro de él.

Los brazos de su hermano la rodean con posesión, aspirando el aroma a lavanda que desprende su pelo y cerrando los ojos con el recuerdo de tantos veranos en esa recóndita playa. Las risas cuando nada importaba, el cariño que su padre les profesaba y los recuerdos enterrados entre mentiras demasiado pesadas. La mano de Marcus acaricia su cabello oscuro y le susurra con esa paz que solo él le sabe entregar.

—Ya estás en casa. —Lena alza la vista con los ojos colmados de lágrimas—. Esta casa es tuya, la he decorado según los consejos de Ciara y tiene todo lo necesario para que puedas vivir aquí... —Ella intenta hablar, pero Marcus continúa explicándole mientras controla el impulso de retenerla entre sus brazos para que no se tenga que volver a alejar de su lado—. Sé que tienes preguntas, te prometí muchas cosas y algunas van a ser más difíciles de cumplir, pero no imposibles. —Desliza sus pulgares por los ojos grisáceos de Lena retirando las lágrimas y admira en la mujer que se ha convertido—. Ahora relájate, sube y curioseas toda la casa. Cuando estés lista, te esperaremos aquí.

Ella asiente mientras controla el temblor de sus labios, su llanto silencioso ha cesado, aunque su corazón aún necesita un momento para procesar todas esas emociones que han aflorado nada más cruzar el umbral.

Después del intenso abrazo en el que ha dejado salir ese torrencial que se había negado a soltar durante tanto tiempo, ha sentido que su carga, de repente, era menos pesada. Está frente a un espejo de corte antiguo con bordes ribeteados dorados y coronados a ambos lados con dos lamparitas de color bronce. La pared es totalmente negra y el suelo sigue un patrón similar, solo

manchado por pequeñas vetas de color blanco que intentan evadir la oscuridad de ese baño. Sus manos descansan en la madera colonial donde reside el lavabo, rasca sin querer un poco del barniz y devuelve la mirada a su reflejo. Ahí encerrada está la Lena que deja atrás, ahí atónita a su mirada está esa que vivía en una mentira y de la que ahora se tiene que despedir.

—Hemos estado juntas muchos años, me has ayudado cuando más lo necesité... —Pasea la lengua por sus labios que se han secado—. A partir de ahora yo tomaré el control.

No puede apartar su mirada de ese reflejo que parece temblar ante su revelación. Levanta la mano y la coloca sobre el espejo, cierra los ojos, vislumbrando todo lo que ha vivido en Boston, cada decisión tomada, cada paso que daba y cada palabra que dejaba salir de sus labios. Inspira y los vuelve a abrir. La imagen del reflejo parece haber cambiado, su percepción de la realidad se transforma y sonríe levantando la comisura del labio. Baja la mirada y dice la última palabra que necesita para avanzar.

—Adiós —susurra.

Retira la mano dejando una huella impresa en el espejo, parte de ella desaparece lentamente, otra desea quedarse ahí durante un rato más. Se da la vuelta recorriendo el pasillo hasta una de las habitaciones que la esperan ahí. Elige la que está al final, una enorme alfombra amortigua sus pasos y aspira el perfume cítrico que desprende el dormitorio. Observa los colores elegidos para vestir la cama, blanco, las cortinas descorridas de un tono beige a un lado del amplio ventanal, permitiendo pasar la luz en toda su plenitud. En la chimenea los troncos arden en silencio, acallados por un cristal templado, en ambos lados se alzan dos amplias librerías repletas de clásicos y un sillón orejero de color gris claro con un cojín aterciopelado blanco que la invita a sentarse a leer. Dos puertas a su izquierda le descubren el gran vestidor y un espacioso cuarto de baño con una gran bañera hidromasaje, todo con tonos claros en perfecta armonía, manteniendo el orden del resto de la casa.

Cuando se interna en el vestidor descubre ropa nueva a estrenar colgada de las perchas, zapatos, tacones, todo ordenado por colores, pasea los dedos por las prendas percibiendo la suave tela y asiente complacida. Se fija que en la mesa central descansan sus maletas. Sonríe especulando para sus adentros que siempre van un paso por delante de ella, la conocen a la perfección referente a gustos y algunas formas de actuar, no obstante, hay muchas cosas que no ha mostrado y con el tiempo, las revelará.



Aunque la serenidad es algo que le precede en su carácter, de los dos, él siempre ha sido un mar en calma y Lena ha sido ese fuego imposible de controlar. Tan diferentes y tan iguales en muchas cosas, los mismos ojos, el mismo tono de piel y el color de pelo oscuro que los caracteriza. Es lo que más heredaron de ella, de Allegra, sobre todo Lena, el parecido es imposible de ocultar. Aunque todo lo que han hecho durante tantos años haya sido siempre para mantenerla alejada, a salvo de todo, tras meditarlo durante meses, ha comprendido que puede hacer mucho más con ella a su lado que apartándola. El dolor en su mirada era demasiado lacerante, separarse de su hermana era como arrancarle un pulmón que solo recuperaba durante quince días. No podía seguir así, percibía su dolor y cada día era más grande oscureciendo su corazón.

No era solo una simple llamada, era el momento para traerla a Chicago e implicaba mucho más que pulsar el botón y coger un avión. Era la llama que encendería la mecha de su plan. Una casa donde vivir, donde volver a empezar y alejarla de aquella jaula de cristal. Unir una familia despedazada por todas las mentiras y recomponer los trozos que quedaron en el suelo de aquella casa junto a la playa.

Sus dos hombres le han informado de todo lo relacionado con cada paso que ha dado. Y siente los ojos de su padre en la nuca con cada idea que se ha creado en su cabeza, con las miradas a Derek percibía el azul zafiro de los ojos de James inmiscuyéndose en su mente. Aunque tenía la certeza de que sus hombres no le traicionarían, algo le decía que su padre sabía más de lo que le hacía creer.

Cuando la ha visto bajar del coche no ha podido controlar el impulso de salir a recibirla, necesitaba sentir el calor de su cuerpo y no esperaba que fuera ella la que se lanzara a sus brazos cuando lo ha encontrado en el salón. Ahí es cuando ha vuelto a ver a su hermana, a su mitad, ha dejado de ver a la mujer fría que aparenta ser, para tirar su coraza al suelo, liberando el veneno que anidaba en su corazón. Por primera vez la ha visto frágil y eso le ha dado verdadero terror. «¿He hecho bien en traerla hasta aquí?», duda durante un instante con la sombra de la oscuridad que lo rodea, la ciudad está plagada de corrupción y muchas de las personas que la habitan son el cáncer que la consume poco a poco.

El crujir de la madera de la escalera le hace alzar la mirada descubriendo a Lena con ese semblante que la caracteriza, una llama azul se enciende de nuevo en sus ojos grisáceos y está más viva que nunca. Es el momento de hablar de todo lo que dejaron atrás.



Pasea la vista por el salón de concepto abierto descendiendo por la escalera, acariciando el pasamanos blanco con cuidado de no hacer ruido. En la cocina, Derek y Kasem parecen sumidos en una conversación mientras sirven unas copas de un caro whisky escocés, su hermano ha venido directo a ella, está a los pies de la escalera con la mano alzada para acompañarla en sus últimos pasos. Entrelaza sus dedos con los de él y se deja arrastrar por su fuerza hasta la cocina. Sin mediar palabra, los hombres intercambian una mirada cómplice entre ellos y se ponen en marcha. Caminan por delante de ella guiándola escaleras abajo donde descubre otro salón con una chimenea de piedra negra a su alrededor, las paredes revestidas con paneles de madera oscura y el suelo enmoquetado blanco con unos sillones similares a los de arriba. Todos esperan a que ella elija donde prefiere sentarse, una vez se acomoda en uno de los sillones más próximos a la chimenea, Kasem le hace entrega de un vaso lleno hasta la mitad del exquisito licor. Los demás toman asiento, su hermano a su lado y los otros dos frente a ella, por detrás descubre que ese salón dispone de su propio bar y arquea una ceja sorprendida.

—También tiene una bodega, por si lo estabas pensando... —añade Marcus leyendo sus pensamientos.

—La «casita» está bastante completa. —Dedica una sonrisa a su hermano.

—Hemos pensado en todo.

—No nos andemos con más rodeos, Marcus. —Da un pequeño sorbo al licor calentando sus labios—. Ya estoy aquí, ahora te toca ser claro conmigo. —La coraza vuelve a estar sobre su

cuerpo.

—Está bien, iremos por partes. —Marcus arroja el whisky al interior de su boca rajando su garganta, se levanta dejando el vaso en la mesa de cristal situada en el centro—. Te voy a contar hasta qué punto roza la ilegalidad la organización que dirige nuestro padre, luego te añadiré pequeños matices que hasta hoy no te podía responder, como siempre dentro de las restricciones que tengo y...

—Que no te pertenece a ti contármelas. —Lena corta a la vez que mueve una de sus manos delante de su rostro para que acelere el ritmo de la explicación y no vuelva a contarle lo que ya sabe.

—James, hasta donde yo sé y por lo que él me ha contado, siempre se ha movido en este mundo. Distribución de drogas duras y blandas, armas de contrabando, venta de información, extorsión, ajustes de cuentas llevados hasta el límite, tortura —con cada revelación a Lena, una aguja se le va incrustando en su coraza—, trata de mujeres para su explotación sexual. Eso era todo lo que hacía el hombre que conocemos como nuestro padre, hasta que, en cierto punto de su vida, algo cambió. —Frena en seco tragando la parte que no puede contar, debe de ser James quién lo haga—. Nuestro padre ha hecho lo posible por mantener dos vidas separadas, durante nuestra infancia casi lo consiguió, pero entonces la familia de Allegra exigió su presencia y con ello, la mía.

—¿Por qué la tuya? ¿No me querían conocer? —pregunta con una inocencia que no la precede.

—Lena, porque tú para ellos no existes.

El frío se adueña de todo su cuerpo desde la columna vertebral, va bajando hasta incrustarse en los dedos de sus pies. Toda la piel se eriza al momento al revelar esa parte de la historia de su familia que todos se negaban a hablar. Cada pregunta lanzada al aire y evadida con maestría por parte de los integrantes de aquella a la que consideraba su familia. Ahora comprendía mucho mejor las prolongadas ausencias a las que no estaba invitada; viajes de negocios era lo que siempre le habían contado y corroboraban con la apertura de nuevos hoteles en diferentes puntos del mundo. Todo era mentira.

—¿No existo? —musita con la mirada perdida como si la explicación a esa respuesta pudiera aparecer delante de ella en cualquier momento.

—No —responde secamente—. No saben de tu existencia y debe seguir así.

Lena lanza una mirada que se clava como una estaca en los ojos de Marcus.

—Ahora tendrás millones de preguntas sobre ello, pero todo llegará a su momento. —Camina hasta el bar y abre otra de las botellas, coge uno de los vasos limpios y se lo llena hasta un poco más de la mitad—. Sigamos por todo lo que es nuestra asquerosa familia, los tentáculos de los Mancini son largos y muy pegajosos, pero mantienen sus costumbres italianas arraigadas con los años y ese es el puñal que llevamos clavado. Están al tanto de nuestros movimientos ilegales y confían ciegamente en el trabajo que desempeña nuestro padre. Aunque siempre precisan saber más y Vito se encarga de hacer sus visitas regulares para solventar cualquier problema que pueda existir entre los lazos entre Chicago e Italia.

—¿Vito?

—Nuestro tío, por parte de madre, al que es mejor que no conozcas nunca —sentencia—. Si crees que James es cruel, Vito es la daga envenenada que te atraviesa el costado cuando menos te lo esperas. —Vuelve a saborear el whisky dejando que ella asimile cada revelación.

Sin querer, sus ojos han ido hacia Derek, no sabe por qué, pero lo ha buscado cuando ha escuchado quién es Vito. Él le ha devuelto la mirada a través del cristal de sus gafas sin mediar

palabra. Tiene el pulgar apoyado sobre su barbilla y sus dedos descansan en su mejilla en una pose despreocupada, como si todo lo que contase su hermano fuera algo trivial.

—Continúa —apremia Lena sin apartar los ojos de Derek.

—Lo que corroe a nuestra familia es imposible de erradicar, así que he tenido la idea de incluirte de manera «legal» entre nosotros. El blanqueamiento de dinero es algo que tenemos a la orden del día con varios negocios en alza y he decidido incluir algunos más a esa lista. —Suspira conocedor de esos negocios que blanquean el dinero y los actos ilícitos que se cometen puertas para dentro—. Siempre han sido negocios con tendencias turbias llenas de claros oscuros y, tras meses de planificación, creo que he encontrado una solución donde tú podrías encajar. Esto te lo mostraré y verás todos los documentos en regla, no hay nada que te enlace con nuestra organización, ni con los Mancini. Habría que seguir controlando muchos puntos y ser cautelosos, pero sabrías la verdad y estarías aquí.

—De acuerdo... Marcus, me está costando asimilar algunas cosas...

—Lo sé, es mucha información de golpe. —Se acerca a su hermana y desliza el pulgar por su mejilla—. Ahora viene la parte donde vas a ver de primera mano todo lo que somos. En unas semanas habrá una fiesta donde se moverán algunas de las personas más influyentes y corroídas por la codicia de Chicago. Se unirán para afianzar aún más nuestras alianzas y ahí es donde te pondré a prueba para ver si eres capaz de actuar, Lena. —Vuelve a salpicar su boca con el líquido para revelar su papel—. ¿Quieres conocerlo todo? ¿Quieres la verdad? ¿Quieres algo más que palabras sobre un papel? ¿Sin importar el precio?

—Sí —determina.

—Entonces irás a esa fiesta —dictamina caminando hacia ella—, pero no como Lena. —Da un pequeño toque en el centro de su frente—. Quiero que presencias todo lo que mueve la ciudad, lo que nuestro padre lleva años regentando en nombre de los Mancini y tienes que hacer tu mejor papel.

—¿Papá estará allí?

—No. Esto solo me concierne a mí. ¿Podrás hacerlo? ¿Te ves capaz?

—¿Me estás pidiendo que vaya a una fiesta donde voy a nadar entre tiburones utilizando solo un disfraz para parecer uno más?

—Sí.

Sopesa todo lo que le acaban de contar, aunque su parte racional le dice que no puede ser verdad, no quiere afirmar todas esas mentiras que escondían la mierda que hay tras el sofá. Tiene la garganta seca, le cuesta horrores tragar y busca con anhelo el vaso que antes soltó. Bebe con ansia mientras el whisky le hidrata y a la vez calienta su garganta, si dice que no es apta, volverá a su vida de mentiras, pero esta vez sabedora de la realidad. Nunca encajó en Boston, por eso prefería coger una de sus tantas pelucas e inventarse una vida donde pudiera ser otra persona capaz de ajustarse a la actualidad de su día a día. Ahora tenía la oportunidad de vivir una vida siendo Lena, no obstante, por una noche, como prueba de lealtad y comprobar hasta qué punto es capaz de aguantar, le piden que sea otra persona. Solo por esa noche.

—Necesito un cigarro.

Se levanta desesperada por dar una calada dejando el vaso por el camino y va directa hasta posicionarse delante de Derek. Él la mira a los ojos y le ofrece un cigarrillo. Se lo arranca de las manos con premura y se lo coloca en los labios, la llama se materializa encendiéndolo al momento. El humo cubre su rostro mientras medita todo lo que quiere decir, sus labios rojos destacan entre la neblina y se da la vuelta para enfrentar la mirada acusatoria de su hermano por fumar en su presencia.

—Lo haré —afirma a la vez que da otra intensa calada—. ¿Ya tienes pensado algo?

Su hermano asiente ante su respuesta y le saca un dossier que estaba sobre la barra del bar. Documentos y carnets con un nombre que no reconoce, solo falta la foto de la persona que reza ahí.

—Kathia Hale, es tu seudónimo. Tu nueva identidad por una noche, gerente de un turbio taller que acepta coches de dudosa procedencia. El negocio hace meses que existe, todo es «legal» y los automóviles que van allí son gestionados por ellos —mira a sus hombres—, se han encargado de llenarlo de coches de lujo sin ensuciarse las manos. Es fácil conseguir mover a la ciudad cuando hay dinero de por medio. —Señala la localización de la fiesta en el mapa—. Estarás allí, conocerás como es desde dentro y si alguien se acerca para conversar contigo, tienes una tapadera perfecta.

—¿Cómo es Kathia? Me refiero manías, carácter, su apariencia.

—El carácter lo dejo a tu elección sabiendo a lo que te enfrentas. —Mira a su hermana de arriba abajo—. Su apariencia... Una melena pelirroja, ojos verdes, lo más alejado de tu color natural y la manera de vestir que sueles utilizar... que tenga fuerza.

—Está bien, déjame a mí. —Da una profunda calada y apaga el cigarro en lo que le queda de whisky—. Cumpliré.

—Una cosa más, Lena. —Marcus coloca su mano sobre el hombro de su hermana cargando un peso extra a todo lo que tiene que hacer—. Si en algún momento algo falla, sales de allí sin mirar atrás y entonces sí que todo lo que conocemos no volverá a ser igual. No dejaré que nadie te haga daño, estaré ahí y haré lo que sea necesario para protegerte, incluso si con ello tengo que meterte en un avión para que te lleve a la otra punta del mundo.

Sostiene la mirada de Marcus conectada a la suya y todo lo que hay en ese salón se esfuma, el calor de la chimenea se disipa y solo siente el que emana de la mano de su hermano sobre su hombro. El ruido de las respiraciones de aquellos hombres desaparece y solo escucha el galopar atronador de su corazón, durante un momento le parece que sus latidos se acompañan. Respira e inspira una, dos y tres veces, tragando cada momento que la ha llevado hasta ahí.

—Si algo falla, saldré de allí —repite.

—Si presientes un peligro, si no te ves capaz... presionarás esto de aquí y te sacarán de allí. —Mira a Kasem y Derek a la vez mientras le entrega una pulsera de oro blanco con una incrustación de una piedra negra—. He pensado hasta el último detalle y sé que te expongo...

Ella lleva el dedo índice a los labios de su hermano sellando lo que sabe que va a expresar. Ya está cansada de que la protejan, ya está aburrida de vivir una vida de mentiras y ahora, más que nunca, está decidida a salir del fondo de esa cueva donde solo está ella. Siempre esperando a que vuelvan otra vez, sintiendo el frío adueñándose de su cuerpo a la espera del calor que nunca tendrá. Ahora tiene la oportunidad y no la dejará escapar, han decidido siempre por ella. Su destino marcado lejos de su familia desde que tiene uso de razón y hoy por fin está aquí.

—Me expones a un riesgo que puede ser mortal por los peligros que conlleva —presiona con decisión sobre la boca de su hermano para que no haga el amago de hablar—, pero prefiero mil vidas llenas de violencia y sangre a tu lado que volver a separarme de ti.

Su nueva vida

Las semanas han transcurrido con demasiada lentitud donde veía los minutos convertirse en horas. La cabeza le daba vueltas tras aquella reunión en ese salón oculto en el sótano. Hay tantas cosas que quiere preguntarle, sabe que le responderá que no le concierne a él revelar esa parte de la historia. Después de tantos años le ha llegado una información que ni por un momento había pasado por su mente, «no existes», se repite sin cesar desde que esa frase fue pronunciada por su hermano. Cuando estuvieron a solas, sin la presencia de Derek y Kasem, intentó que le esclareciera esa parte llena de lagunas, la mirada de Marcus le daba la negativa que siempre acudía cuando preguntaba algo que no debía. Sus palabras eran de cristal, con reflejos del pasado que no puede contar y con fisuras que estaban a punto de estallarle frente a sus ojos.

Golpea con fuerza el saco que tiene delante, izquierda, derecha y vuelta a empezar. Necesitaba encontrar un sitio donde despejarse y desahogarse de la tensión acumulada, aunque su hermano le había preparado un gimnasio en esa enorme casa, ella decidió curiosear los alrededores de la urbanización en uno de esos flamantes deportivos que ahora le pertenecían. Localizó un pequeño local que hacía de gimnasio y, sobre todo, lo que llamó su atención era que se especializaba en la lucha cuerpo a cuerpo; Boxeo, Kickboxing, Muay Thai, Kárate, Krav magá, Wushu... Era como caído del cielo encontrarse un sitio así, lo analizó desde lejos en dos ocasiones antes de aventurarse a entrar y pedir información.

Su clientela era variopinta, diferentes etnias y no había distinciones en las clases por ser del sexo opuesto. Eso era lo que más le atraía. Eligió una ropa casual sin marcas que denotara su estatus social, similar a la que usaban las mujeres que entraban ahí, recogió la parte alta de su cabello en una diminuta coleta que terminaba en punta. Fue caminando hasta allí para no llamar la atención con uno de los tantos coches que disponía. Gracias a todos los carnets que le había proporcionado Marcus, no tuvo que usar su identidad real. No quería dejar registrado su verdadero nombre aún por Chicago, necesitaba primero descubrir toda la mierda que había enterrado en aquella ciénaga que llamaban familia. «¿Hasta qué punto estaría en peligro su existencia, si no existía?».

—Ava, ¿quieres que te lo aguante? —La voz ronca de Dru la hace volver a la realidad, aún no se acostumbra a que la llamen así.

—¿Estás seguro? —pregunta enarcando una ceja ante su amabilidad.

—Claro, no creo que golpees tan fuerte —le reta.

—Ahora verás, lo fuerte que soy capaz de golpear.

El hombre corpulento se adelanta y sus venas se marcan en sus brazos al agarrar el saco sin perder la pícara sonrisa de perlas blancas dibujada en su tez color del chocolate. Al lado de ella, es como mirar los dos lados de la luna, él de piel oscura siendo la parte oculta y ella siendo la parte iluminada que resplandece con las estrellas.

Se coloca en posición lanzando varias combinaciones de puñetazos, pequeñas gotas de sudor perlan toda su piel y con cada movimiento parecen centellear con las luces de led que están sobre sus cabezas. La mirada de Dru sigue el camino de una de esas gotas que se interna en el interior del escote, ella aprovecha esa distracción y asesta una patada con precisión que desestabiliza el equilibrio de él, haciéndolo retroceder un par de pasos.

—Eso ha sido a traición.

—No es mi culpa que no estés atento y desestimes a tu oponente.

Una risa ronca sale de la garganta de Dru sin dejar de observarla, desde que llegó allí ha sentido su presencia muy cercana. En más de una ocasión la ha intentado invitar a tomar una copa tras el intenso entrenamiento al que se somete, no obstante, ella siempre se niega a todas sus iniciativas por un acercamiento por su parte. La atracción que siente por aquel hombre es meramente sexual y ahora mismo no quiere enturbiar sus pensamientos, ni crear lazos con nadie que no sea del círculo de su hermano. Desliza la lengua por sus labios cuando lo observa de arriba abajo descubriendo ese brillo en sus ojos, ya conoce lo que viene a continuación.

—Tienes razón, te he subestimado y por ello... Te invito a una copa para celebrar que «casi» me tiras.

—Sabes que te diré que no —añade ella mientras se retira los guantes y se los tira al pecho.

—Alguna vez dirás que sí. —Le guiña el ojo a la vez que recibe el golpe.

Lena lo mira inquisitiva con el índice dando pequeños golpes sobre su labio y chasquea la lengua.

—Uy, «casi» dudo en decirte que sí, pero sigo manteniendo mi negativa. —Es lo último que dice antes de meterse dentro del vestuario.

Se deshace de toda la ropa sudada abandonándola a un lado de su maleta y se introduce en el interior de la ducha, la cual la recibe con una lluvia intensa y helada. Su cuerpo agradece el cambio de temperatura tensando su piel, coloca ambas manos sobre la pared y el agua golpea sus cervicales cargadas por la tensión de estos últimos días. Ha recibido alguna que otra llamada por parte de su hermano al teléfono que le entregó, en las que se interesaba en su comodidad y le ofrecía la posibilidad de ir a cenar en alguna ocasión; sin embargo, esas invitaciones nunca se cumplían. Tras pensarlo, decidió que era mejor centrarse en lo que le había pedido, daría lo mejor de ella para aquello por lo que había sido traída aquí. Una vez superase ese escalón, tomaría el control de su vida con todas las herramientas que le brindarían llegado el momento.

Camina dejando el gimnasio a sus espaldas, revisa las llamadas por si hubiera alguna en especial y entre ellas encuentra una de Derek. No hace ni quince minutos de la llamada, presiona el botón verde y mira a su alrededor, algo le dice que no estará lejos de allí. Lo poco que ha ido conociendo de ese hombre, es que le gusta tener todo controlado, observar desde la lejanía con su oscuro silencio y cuando decide actuar, ha analizado cada una de las posibilidades antes de dar un paso hacia delante.

—Dos días.

—Buenas tardes, Derek —saluda con ironía—, ¿qué tal? Yo he entrenado muchísimo y estoy agotada, ahora que te he puesto al día de lo que hice —suspira con el recuerdo de la frase de Ciara; escuchar a los demás—. ¿Dos días?

—Sí, la fiesta será en dos días. Tenemos que hablar de un par de cosas —determina con sequedad obviando el inicio de la conversación.

—Voy camino a casa, aún tardaré un rato en llegar. —Sabe que cuando le dice de hablar, no se refiere al teléfono. Cara a cara, es como le gusta tratar cualquier asunto que concierna a Marcus y a ella.

Un *BMW* deportivo negro mate aparece delante de Lena posicionando la puerta del copiloto a su altura con un derrape milimétrico. Los cristales tintados le impiden ver quién es la persona que está agarrando el volante, conoce esa forma de conducir, solo puede ser él. Cuelga la llamada guardando el teléfono en su maleta, abre con decisión la puerta del copiloto dejando caer su cuerpo en el asiento de cuero negro y se coloca sus gafas de sol con la mirada puesta en el asfalto. Sin mediar palabra con ella, Derek se pone en marcha acelerando por la carretera.

El trayecto ha sido corto e intenso, no hacían falta miradas, ni conversaciones falseadas, con su sola presencia llenaba todos los vacíos que se quedaban en el aire de aquel habitáculo que compartían. Nada más cruzar el umbral de su casa ha subido las escaleras dejando la puerta abierta tras ella, él no tardaría en seguir sus pasos. Se ha acostumbrado a su impenetrable silencio y ese semblante duro que lo caracteriza. Frente al vestidor, elige una de las camisas blancas que cuelgan de la barra y un vaquero negro desgastado por uno de los lados.

Desciende las escaleras sin hacer ruido, intentando ubicar donde está. Lo encuentra frente al ventanal de espaldas a ella, la camisa negra que lleva deja entrever su ancha espalda, está inmóvil como una estatua contemplando algo que Lena no ve. Percibe el olor a tabaco y la voluta de humo que sube por encima de su cabeza, le confirma que está fumando. No se da la vuelta, incluso cuando ella hace ruido para alertarlo de que está tras él.

—Tienes algunas de las instrucciones que debes seguir en la carpeta que está sobre la mesa. Una breve, pero necesaria explicación. Tu hermano ya estará allí, tú llegarás después con la compañía de Kasem. Tendrás total libertad de pasear entre los invitados y conocer de primera mano todo lo que se moverá esa noche —carraspea antes de continuar con esa voz áspera que le atraviesa los tímpanos—. Un coche que llevará a Marcus, otro que conducirá Kasem y un tercero que ya estará allí, ese será el que usaremos si tenemos que abortar. Tienes las fotos de cada coche en esa carpeta, memoriza sus marcas, matrículas, colores... Debes saber a dónde ir si la cosa se tuerce. La pulsera solo la utilizarás cuando te veas entre la espada y la pared, no antes.

—De acuerdo —afirma a su espalda mirando de reojo la carpeta que descansa sobre la mesa.

Derek se gira lentamente afrontando su mirada a la vez que da una profunda calada.

—Aquí no se puede fumar —añade ella sin soltar esos ojos ambarinos.

—Aja. —Entreabre los labios liberando el humo poco a poco—. Él confía en ti.

—Lo sé. ¿Y tú?

Enarca una ceja que se levanta por encima de la montura de las gafas plateadas.

—Dos días. Ahí descubrirás si es la vida que quieres llevar. —Pasa por el lado derecho de Lena rozando su hombro.

Ella contempla su espalda mientras se dirige hacia la salida.

—Gracias, por la breve conversación —añade con ironía—. Adiós, Derek.

—Recibirás mi llamada un par de horas antes de que vengán a recogerte, estate preparada llegado el momento —anuncia a modo de despedida sin darse la vuelta.

La puerta se cierra y se queda observando desde el cristal cómo Derek camina con pasos decididos hasta el coche que la ha traído hasta aquí. El rugido del motor rompe el canto de los pajarillos que habitan en el gran árbol que tiene frente a la casa y se aleja de allí como el trueno de una tormenta que se empieza a dispersar.

Nadando entre tiburones

Las últimas horas han sido una auténtica tortura en aquella casa desconocida aún para ella. Se ha dedicado a estudiar todo lo que contenía la carpeta. Fichas de los invitados más importantes con fotos incluidas y que debía tener en cuenta. Existía la posibilidad de que tuviera que intercambiar alguna que otra conversación y poder manipularla a su antojo, era una ventaja que no pensaba desaprovechar. Entre todos aquellos papeles, aparte de su nueva identidad, se encontraba un mapa de la mansión donde se celebraría el evento, especificando las habitaciones y todas las posibles salidas. La gran casa era consecuencia del capricho de una estrella del baloncesto, que tras su despido y endeudado hasta las cejas, buscó con desesperación venderla sin importar a quién. Marcus la había adquirido por una cantidad irrisoria para el precio que realmente podría alcanzar. La mansión llevaba años sin tener ni una mísera oferta y el jugador de baloncesto no hizo preguntas cuando le llegó la ansiada venta, no importaba la cantidad, quería venderla y lo quería hacer ya. Tenía todos los datos que necesitaba para pasar inadvertida y parecer una escoria más de la corrupta ciudad. No sería tarea fácil.

Se ha preparado a conciencia durante esos dos días, no solo físicamente, también había endurecido su mente para lo que pudiera presenciar. Ella era una simple ciudadana sin antecedentes, le gustaba aparentar durante unas horas ser otra persona, no tenía multas de velocidad y jamás había robado nada, nunca le había hecho falta ensuciarse las manos. Su mejor herramienta siempre había sido su frialdad y el veneno que podía causar lanzando sus palabras de manera mordaz. No creía tener muchas más cualidades, no obstante, su hermano veía más allá de lo que su coraza le permitía, confiando en que sería capaz de mucho más.

Está frente al espejo para dar esos últimos retoques a su maquillaje. El verde que ahora brilla en sus ojos destaca muchísimo con las sombras negras, una buena base de máscara de pestañas y un lunar improvisado encima del labio inferior dibujado con un tinte para pecas. Ha delineado su boca con un lápiz nude para aumentar el grosor y lo ha rematado con un labial mate del mismo color. Pasea sus manos por el pantalón de cuero y acaricia las cremalleras a los lados de sus muslos. Ajusta la correa de cuero negro y deja cayendo a un lado la hebilla plateada, dando un aspecto informal. Ha elegido un corsé negro con calaveras blancas que realza mucho su pecho. Alrededor de su cuello, una gargantilla que imita a un cinturón, y como cierre, una cremallera bajo su barbilla con una luna creciente cóncava plateada que cae sobre su escote.

Desde el espejo localiza la cazadora que la espera sobre la cama, elige uno de los perfumes que compró en un centro comercial, lo más alejado al que suele utilizar y lo pulveriza por todo su cuerpo. Abre el cajón que tiene a su derecha descubriendo un puño americano, una navaja estilo mariposa y bisutería de todo tipo. Remueve el interior y saca un anillo de dos dedos con una serpiente enroscada entre ellos, se lo coloca en la mano derecha. Sigue mirando dentro del cajón buscando con la mirada y mientras palpa con los dedos, algo la pincha y retira la mano revelando

lo que está buscando al fondo del cajón. Un anillo plateado con un par de colmillos, a simple vista parecen las orejas de un gato, sin embargo, golpeando en el sitio adecuado puede ser mortal. Lo levanta delante de su rostro y decide llevarlo en su mano izquierda, lo voltea dejando solo a la vista la parte de atrás y así simular a un anillo normal.

Aunque Marcus le haya dicho que cuenta con la ayuda de ellos para cualquier percance que pueda ocurrir, prefiere estar preparada. Coge las botas moteras e introduce el pie, las ha desgastado estos días para que no parecieran nuevas. Toda su ropa ha sido preparada para su nuevo disfraz, contempla desde el pie de la cama la hilera de pelucas que ha ido adquiriendo durante los años. Atrapa la peluca roja, la cual ha peinado y cortado. La pone sobre su cabeza ya preparada con el casquillo que mantiene su pelo atrapado, la recoloca dándole movimiento al cabello y levanta su cabeza para comprobar el resultado.

El móvil comienza a vibrar subiendo su intensidad. Se acerca el momento.

—¿Sí?

—¿Estás segura? Aún estás a tiempo de que Kasem te lleve hasta allí —expone la voz rasgada de Derek al otro lado del teléfono.

—Sí, es lo mejor —suspira.

—Él ha accedido a tu cambio de planes...

—Pero tú no confías en mí.

—No es cuestión de confianza, Lena. —Solo pronunciar su nombre tiene un efecto lacerante en ella—. Acepto tus maneras, pero no las comparto.

El silencio estático de la llamada es lo único que se escucha ahora mismo. Quiere demostrar que es muy capaz y esta es la mejor manera. El personaje que debe de asumir es fuerte, independiente y está dispuesta a meterse en un negocio ilegal con lo más sucio de la ciudad.

—Una mirada, solo una mirada y te sacaré de allí —dictamina y cuelga sin darle la opción a responder.

Esa frase entra a través de sus tímpanos como lava incandescente, quemando su piel hasta llegar a su cerebro.

Mete el teléfono dentro de la mochila de cuero marrón, revisa que no le falte nada, ni carnets, llaves, cartera, todo parece estar en su sitio. Coge la chaqueta y se la va poniendo mientras camina hasta el garaje. Al fondo, en la oscuridad, con el polvo flotando a su alrededor, la espera una moto, una *Harley-Davidson* de segunda mano. Acomoda su trasero sobre el asiento, mete la llave y arranca dejando atrás durante unas horas a Lena.

No tarda demasiado en divisar la entrada a la enorme mansión, las cancelas se abren nada más aproximarse con la moto y se adentra por el pavimento rodeado de altos árboles que evitan las miradas indiscretas. Acelera hasta la pomposa entrada dando un pequeño rodeo para localizar los coches de Derek, Marcus y Kasem. Tres coches de tres marcas diferentes, el *Rolls Royce* azul que ha traído a Marcus, *Porsche Carrera GT* negro y *Lamborghini Murciélagos*; de un rápido vistazo verifica las matrículas que ya había memorizado. En el interior de su mochila descansan los clones de las llaves de cada uno de ellos. Detiene la moto aparcándola un poco más apartada al resto de vehículos que allí están estacionados, todos son deportivos y coches de alta gama.

Dirige sus pasos con determinación a las escaleras que llevan a la entrada, a su alrededor se mueven hombres con pinganillos en el oído y vestidos de negro. Un par de orangutanes están a cada lado de la puerta principal, un simple vistazo antes de dar su nombre.

—Kathia Hale. —El que está a su derecha parece recibir la orden a través del pinganillo.

La cámara de seguridad que tienen sobre sus cabezas parpadea con una luz roja y le alerta de que Marcus no ha escatimado en gastos, tiene todo absolutamente controlado.

El guardaespaldas que está a su izquierda abre la puerta de doble hoja invitándola a pasar. Sin pensarlo demasiado, se adentra en el interior aspirando los olores que se mezclan con todo lo que la rodea. El dulce perfume a flores, mezclado con el ácido del sudor y el aroma de comida caliente que pasea por delante de ella en amplias bandejas de bronce. Deambula por la enorme casa observando las mesas de juego repletas de hombres apostando grandes cantidades de dinero, el humo del tabaco se adhiere a su ropa y el instinto de fumar se le activa. Aprieta sus puños controlando sus ganas y sigue moviéndose entre ellos como una más. La enorme sala donde está carece de paredes, lo único que los separa del exterior son unas enormes cristalerías desde el techo hasta el suelo.

Por el rabillo del ojo cree ver a Kasem pasar, aún no se ha cruzado ni con Marcus ni con Derek, deben de estar en otra zona. Coge una de las copas que no paran de pasear por delante de su rostro y se moja los labios, no quiere que el alcohol merme sus sentidos. Llega hasta unos escalones que delimitan la sala a una parte más alta y se coloca por ahí para seguir contemplando todo lo que la rodea. Consigue ver pistolas ocultas en las chaquetas, tatuajes de hermandades, rostros duros plagados de cicatrices y llenos de crueldad en sus miradas. Entre ellos distingue a uno de los políticos corruptos de Chicago y a su lado un alto mando de la policía. La ciudad era una maldita cloaca, la peste era cada vez mayor con cada descubrimiento.

Unas bailarinas ligeras de ropa se posicionan sobre una tarima bailando una canción que nadie logra escuchar por el ensordecedor murmullo de las voces. Ellas parecen sumergidas en las notas, moviendo sus cuerpos al son de la melodía y marcando con sus caderas con un vaivén sensual.

—Es la primera vez que la veo por aquí... —susurra una voz ronca a su espalda.

Ella se niega a darse la vuelta, si es Kathia, al igual que si es Lena, no invitará a la persona que está detrás a un acercamiento que no ha provocado. Vuelve a llevar el vaso a sus labios y esta vez da un ligero sorbo, teniendo los ojos de su nuevo acompañante en su nuca, es mejor beber y callar.

El hombre, al no recibir respuesta por parte de la mujer que ha llamado su curiosidad, da un par de pasos hacia delante colocándose a su derecha. La mira de reojo insistiendo con su presencia a que ella gire el rostro. No le gusta que no le presten atención, ha venido aquí con la idea de revisar que todo esté correcto, aunque un poco de diversión nunca viene mal.

—¿Su nombre? —Es muy persistente cuando quiere algo.

—¿Le gustan las motos? —pregunta de manera arrogante con la cabeza altiva.

—No.

—Entonces no tenemos nada que hablar. —Da un par de pasos aumentando la distancia de sus cuerpos.

—No estoy interesado en hablar, quiero saber su nombre —exige alzando un poco la voz.

—He venido a hacer negocios, me acaba de decir que no le gustan las motos, así que no tengo nada más que hablar. Mi nombre no le interesa. —«Calla y vete».

Esta vez no lo deja contestar y se aleja de allí. No ha querido cruzar la mirada con esa persona que le hablaba, ni ha girado su rostro para ver su cara, lo único que ha podido apreciar es que iba vestido de chaqueta como otros muchos de los que habían sido invitados. Podría ser uno de esos hombres de los que ha estudiado y, aun así, su instinto le ha dicho que debía apartarse de allí. La forma de hablar, el tono que ha usado le ha causado un frío helado que ha congelado toda su piel.

Tras un par de horas donde ha presenciado la consumición de drogas de todo tipo, la entrada y salida de personas en una sala oscura que desprendía hedor a sexo cada vez que se movían las

cortinas que ocultaban su entrada. Ha sido testigo silencioso del intercambio de información que no han limitado al estar en una zona segura. Ha asistido a una pelea ilegal en el patio circular del exterior, donde ambos hombres han quedado destrozados en un charco de sangre mientras los otros celebraban la atroz escena con alcohol y dinero. Está siendo la espectadora de la inmundicia de la ciudad y el clamor por ascender a lo más alto.

Ha cumplido a la perfección con su papel como Kathia teniendo una intensa conversación con un tipo de brazos gruesos y llenos de tinta, sobre motos y el negocio que regenta. John Colt, un hombre con un aspecto rudo que ha disfrutado de su compañía y no ha dejado de invitarla a estrechar lazos en un futuro. Sabía a la perfección lo que tenía que hablar si se lo cruzaba, era uno de aquellos peces que no destacaban entre todos los tipos que estaban ahí, no obstante, en los documentos que le entregó su hermano detallaba lo necesario para captarlo y atraerlo a ese negocio que se traía entre manos.

Comienza a impacientarse por no cruzarse con ninguno de ellos y sigue moviéndose entre todas esas personas. La sensación de tener una mirada en su nuca con cada paso que da la está ahogando. Buscaba a conciencia no estar demasiado tiempo en el mismo lugar, presentía que esa persona le seguía con su mirada por donde pasaba. Decide darse un último rodeo por los diferentes ambientes, aunque le asquea todo lo que la rodea, prefiere meterse hasta el fondo en el barro a volver a quedarse sola. Entra en uno de los baños donde se cruza con un par de bailarinas que parecen inmersas en una conversación. No parecen notar su presencia.

—...iré directa a por él sin dejarle opción.

—Te volverás a dar contra esa pared —cuchichean entre ellas.

—Solo quiero darle un pequeño incentivo. —Ríen las dos a la vez.

Lena se coloca en uno de los senos de los lavabos y deja correr el agua. El móvil que está en el interior de su mochila, vibra un par de veces, no lo sacará aquí, no se fía de nadie y de los ojos que puedan estar mirando por encima de su hombro. Sale del baño dejando el grifo abierto buscando un lugar apartado. Vuelve a sentir esa mirada en su nuca y se le eriza la piel. Decidida, camina hasta el exterior. Se interna entre los arbustos y cuando cree que nadie la ve, se gira hacia atrás. No hay nadie tras ella. Suspira aliviada y el móvil vuelve a vibrar. Ahí llamaría mucho la atención sacando el teléfono en la negrura de la noche, entonces recuerda los coches y se dirige hasta allí, se meterá en uno de ellos y revisará el teléfono. Palpa el interior de la mochila y coge una de las llaves, cuando la tiene en la mano se fija que es la del *Roll Royce*. «Ese servirá», piensa mientras se fija en el tintado de las ventanas que le brindarán la privacidad que tanto necesita. Antes de activar la llave vuelve a echar una ojeada a su alrededor, abre el coche y se mete en la parte de atrás.

El interior del *Roll Royce* está dividido por una mampara limitando el contacto con el conductor. El coche huele a nuevo y a perfume de hombre, un vaso que contiene un poco de licor yace abandonado en una esquina. Se sienta pegada a uno de los asientos que dan la espalda al piloto, abre el bolso buscando el móvil y desbloquea la pantalla. Un mensaje parpadea en la pantalla de un número desconocido.

Mensaje entrante:

Te marcharás en veinte minutos.

Gira su muñeca instintivamente buscando su reloj, ahí solo están las pulseras, observa en la pantalla del teléfono que le quedan unos diecisiete minutos para salir de allí. La puerta del piloto se abre y alguien se sienta frente al volante, Lena se agazapa en el asiento sin saber qué hacer, el interior está oscuro y podría asomarse para descubrir quién es la persona que ha entrado. El

corazón le late apresurado y la sensación que ha tenido toda la noche de que la seguían se acrecienta aún más. Intenta calmar su respiración y mira hacia arriba verificando que la mampara que los separa no está del todo cerrada. Si hace algún ruido la podría descubrir, y tener que explicar qué hace ahí dentro, no es algo que esté en sus planes.

No hay ningún ruido delante, aparte del quejido del cuero por el peso de la persona que sostiene. Lena mira con atención la puerta por donde puede escapar y sopesa como llegar hasta ahí. La puerta del copiloto se abre de manera inesperada, un perfume dulce entra de golpe en el interior del coche y traspasa la mampara que los separa. Pega su espalda aún más al asiento para evitar que la descubran.

—¿Te escondes de mí? —La fina voz de una mujer pregunta a la persona que está sentada tras ella.

—Sal del coche. —Y como un relámpago que acaba de colisionar contra un árbol, su cuerpo se enciende al escuchar la voz áspera de Derek.

«¡Joder!».

—No —sentencia—. Déjame solo unos minutos, no te arrepentirás.

—Vete —ordena.

La chica, haciendo caso omiso a las palabras de él, adelanta sus brazos directos a su bragueta. Derek, de un movimiento rápido, la agarra del cuello levantando su rostro a su altura mirándola duramente.

—No.

El interior del coche se sume en un silencio asfixiante donde Lena no sabe qué hacer, está paralizada, adherida al cuero del asiento y solo se escucha la respiración entrecortada de esa mujer.

El jadeo que suelta la chica a modo de respuesta le demuestra la excitación que emana de su cuerpo. La mano estoica de Derek se cierne sobre su cuello y ella deja salir un intenso gemido al sentir la presión que ejerce envolviendo su piel. Él, con la mano libre, retira el cinturón y deja salir su miembro erecto del pantalón. Suelta el agarre del cuello y ella abre la boca cayendo en picado, introduciéndolo en su totalidad hasta la garganta.

La respiración de Derek se hace intensa, provocando que se derritan todos sus sentidos. Lena escucha el murmullo acuoso colisionando contra la piel, una felación profunda y constante de la que está siendo testigo, el corazón le late de manera errática con ese eco bamboleante. El ambiente del coche se calienta y diminutas gotas de sudor empapan su nuca. Entreabre su boca y desliza su lengua por sus labios resecos, humedeciéndolos lentamente mientras su cuerpo se estremece. Los gemidos ahogados de la chica se repiten aun teniéndola entera en la boca, se alimenta de Derek con un apetito voraz. Devora todo su miembro, bañándolo en su saliva y presionándolo de manera intensa con sus labios, provocando que este se endurezca aún más.

No sabe cuándo se ha erguido en el asiento, su cuerpo ha actuado solo, si girase el rostro ahora podría ver lo que sucede. Suspira de manera pausada controlando su respiración, no quiere que la descubran, pero lo que pasa al otro lado se vuelve tentador. Ladea su rostro con lentitud y durante un segundo ve como la cabeza de la chica sube y baja sin parar, con un ritmo vertiginoso. Derek, en ese instante, emite un gruñido entre dientes y la chica se detiene recibiendo toda su simiente. Lena se vuelve a dejar caer en el asiento cuando ve que ella se levanta. Todo su cuerpo está en tensión, tenía las uñas clavadas en el cuero.

—Ahora vete.

La chica complacida acata sus órdenes saliendo de allí disparada. Derek se abrocha el cinturón y estira bien el pantalón. Abre la puerta y se posiciona de espaldas al coche. Lena a través del

cristal observa su espalda y el movimiento de la llama cadente de un cigarro, un minuto después lo tira al suelo y se coloca a la altura de su ventanilla. El cristal oscuro la esconde de su mirada, ella se queda inmóvil esperando a que se marche de una vez para escapar del interior de ese coche que ahora huele a perfume de zorra y sexo. Derek se da la vuelta internándose de nuevo al interior de la mansión.

El aire parece entrar de golpe a sus pulmones, aspira todo el que puede con dificultad, aún tiene el corazón a punto de salirle del pecho. Desliza su cuerpo por los asientos y percibe la humedad de su sexo tras la escena que acaba de presenciar sin ser invitada. Abre la puerta con sigilo cerrando tras ella sin hacer ruido y se aleja a la zona de los arbustos donde estaba hace unos minutos. Necesita enfriarse antes de salir de allí.

El corazón sigue galopando con violencia en su pecho, no esperaba verlo en esa tesitura y la ha dejado fuera de juego. El vago recuerdo del mensaje pasea un instante por su mente, mira a su alrededor antes de sacar el teléfono para comprobar cuanto tiempo ha pasado en el interior del coche. Dos minutos es lo que quedan de esos veinte que creía tener, no está lejos de su moto y le daría tiempo a llegar hasta allí sin tener que cruzarse con nadie por el camino.

Masajea su cuello a la vez que cierra los ojos y suspira liberando las tensiones. Las puertas de la mansión se abren para dejar salir a un grupo de hombres. Reconoce a uno de ellos de los documentos que su hermano le entregó, y aligera sus pasos para subirse en su moto antes de que pasen cerca de ella. Los separan unos diez pasos, no está segura por qué le han dicho que tenía veinte minutos para salir de allí, no obstante, no cuestionará las órdenes que le dan. Percibe la mirada de uno de los hombres que se voltea cuando está a punto de alcanzar la moto.

—¿Nos hemos visto antes? —pregunta con interés.

Lena llega a la moto, coge el casco que tenía colgado sobre el manillar y se lo coloca antes de que el hombre que le está preguntando decida acortar la distancia. Arranca la moto ensordeciendo todo lo que la rodea, el ronroneo choca contra las paredes de la mansión y el rugido se intensifica. A través de la visera del casco observa cómo el hombre se está aproximando, tendrá unos cincuenta años, lleva un traje de chaqueta beige hecho a medida. Su mirada está fija en cada uno de sus movimientos. Está analizándola.

—Su cara me resulta familiar... —afirma, achinando los ojos.

Aferra el acelerador soltando el freno para salir cañoneada de ahí. No quiere permanecer cerca de esa persona por más tiempo.

A toda velocidad por la carretera, con el aire entrando por su chaqueta y refrescando sus ideas, se dirige a uno de los talleres abandonados que tiene su hermano, ha elegido el que está más alejado de su casa. Algún día no serán locales desalojados, ahora son su refugio para abandonar la identidad de Kathia. No volverá a su casa, pasará la noche en un hotel. Le ha parecido atisbar por el rabillo del ojo cuando ha pasado cerca de ese hombre que sacaba su teléfono, algo le dice que algo no ha salido bien.

Ha dado un par de rodeos por las calles colindantes, asegurándose que nadie la seguía, antes de internarse en el taller. Apaga el motor, se baja y la empuja al interior. En una esquina divisa una lona y la utiliza para cubrir la moto. Se arranca la peluca liberando su pelo de la rejilla y lo despeina con los dedos. Deja caer la chaqueta y la espolea con el pie bajo una de las mesas. Arroja las llaves dentro de una caja fuerte escondida en el despacho. Su mochila comienza a vibrar y busca el móvil de manera desesperada.

—Lo sabe. —La sangre ha dejado de correr por sus venas.

—¿Cómo? —pregunta, azorada.

—Por aquí no —sentencia Marcus.

—¿Dónde?

—En unos quince minutos te recogerán. No te muevas de donde estás. —Cuelga la llamada.

Las palabras de su hermano han helado todo su ser, «lo sabe», no ha hecho falta decir nada más. «Yo lo sé todo», una frase que jamás podrá olvidar el día que salió de los labios de su padre, y el temor que causó cuando impactó contra su cerebro. Un frío gélido eriza toda su piel, congelando a su paso cada cutícula y sintiendo como se le ha parado el corazón.

Confrontación

Agazapada en la oscuridad de aquel taller abandonado, escondida entre la mesa del despacho y un archivador de metal oxidado, encoge su cuerpo apresando sus piernas contra su pecho. Analiza cada paso que ha dado en el interior de aquella mansión, controlando de no acercarse a los grupos más peligrosos, manteniendo la distancia con algunos de los sicarios que serían capaz de aniquilarla en cuestión de segundos, había mentalizado cada rostro para evitar una conversación que pudiera derivar en algo que escapara de su control. Aunque sabía que los tenía a ellos protegiendo su espalda, el riesgo había sido aterrador, una mala expresión, una palabra inadecuada o una mirada malinterpretada, lo hubiera cambiado todo.

Suspira, agotada tras la tensión generada con esas únicas palabras. «Lo sabe». El significado estaba claro, tendrá que enfrentarse a las consecuencias de sus actos, y la última vez fue arrebatada del calor a la que consideraba su familia. El rencor se había convertido en un veneno para su acorazado corazón y no quería volver a ser desterrada. Rodea con los brazos sus piernas, presionándolas aún más, apoya su frente sobre sus rodillas y cierra los ojos controlando su respiración.

Las rendijas entre los tablones de madera que tapian una de las puertas son iluminadas durante unos segundos y seguidamente después recibe una notificación en su teléfono. Ya están ahí.

Se levanta con cuidado sacudiendo el polvo que ha quedado adherido al cuero de su pantalón y mira la chaqueta que había dejado abandonada bajo la mesa, sopesa si dejarla atrás, no obstante, la recoge antes de salir de allí. Abre la puerta de atrás con precaución y la idea de que sea él quien la venga a recoger, la hace avergonzarse, detiene la pesada hoja un instante antes de que alguien la abra de par en par.

—Vamos, no tenemos tiempo que perder —apremia Kasem.

La sangre de sus venas fluye de nuevo al descubrir esa sonrisa que tanto le aporta, ahí de pie está con ese estilo que le caracteriza, aunque todos lleven traje, su manera de lucirlo es diferente. La chaqueta negra arremangada hasta los codos y la blusa marrón por fuera del pantalón, con ese aspecto informal y a la vez único que solo él desprende. Sigue sus pasos de cerca hasta el automóvil, le abre la puerta del copiloto del *Chevrolet Camaro* en el que ha venido hasta aquí. Kasem no pierde el tiempo en explicarle nada más y acelera perdiendo el coche entre las oscuras calles de la ciudad.

—¿Qué hice mal?

Kasem levanta una ceja, la mira de reojo y vuelve a centrar su vista en la carretera.

—No hiciste nada mal, no te tortures por ello. Marcus te explicará lo sucedido, era algo que a fin de cuentas podía pasar. —Da un fuerte giro al volante adentrándose por uno de los callejones oscuros—. Tu hermano contaba con ello.

—¿Por qué no me lo avisó?

—Cuando lleguemos podrás preguntarle a él. —Kasem realiza un cambio brusco en las marchas y el coche parece volar—. Por cierto, esquivaste muy bien alguna que otra situación y llevaste la conversación con John Colt al punto que necesitábamos. —Es necesario que cambie la dirección de la conversación, no puede decirle mucho más hasta que no lleguen.

—¿Lo visteis todo?

—Siempre estábamos al tanto de lo que hacías —carraspea un par de veces.

Las mejillas de Lena se encienden al escuchar la frase. No tocará ese tema, aquí no, correrá un tupido velo si ninguno decide no hablar sobre lo sucedido, puede que incluso no se refieran a eso, pero mantendrá el silencio hasta que ellos no den ese primer paso.

La melodía del teléfono de Kasem llena el interior del coche, se apresura a cogerlo a la vez que gira a la derecha, y lo coloca en el hombro para aprisionarlo contra la mejilla.

—Estamos llegando.

Kasem le echa una mirada fugaz a través del retrovisor mientras escucha a la persona del otro lado de la línea.

—De acuerdo, nos vemos allí.

—¿Algo que deba de saber? —pregunta ella con interés.

—Cambio de planes. —Inspira con fuerza cambiando las marchas y acelerando por una recta que acaban de topar—. No vamos al piso de Marcus, vamos a vuestra casa.

—¿Nuestra casa?

—Ahora lo entenderás. —Sonríe sin dejar de mirar la carretera.

La actitud de Kasem despreocupada resta ese peso que esconden la verdad en todas sus palabras.



No le gusta este cambio de última hora, hubiera preferido tener un rato con ella para prepararla llegado este momento. Conocía la posibilidad de que James estuviera al tanto de cada paso que daba y más tratándose de Lena, no esperaba que fuera con el primero que diera en la ciudad. Estaba orgulloso de su hermana, lo había hecho bien, se había adaptado y camuflado con toda aquella inmundicia que tenían por ciudad y eso es algo que se lo haría ver. Le haría contemplar la posibilidad de tenerla cerca sin tener que descubrir su identidad.

Camina hasta el ascensor con la pesadez de todos esos secretos a sus espaldas, decidido a alterar el orden de las cosas y liberarse de esa carga, cambiando la vida de ambos enfrentándose a él. Las puertas se abren recibiendo a los dos, se internan y Derek introduce la llave que los llevará hasta el vestíbulo privado. La llegada al enorme piso les da la bienvenida con la música clásica que identifica a su padre. Las notas danzan por el aire invitándolos a seguirlas hasta el amplio salón de paneles de nogal y techos abovedados con frescos que cuentan alguna historia del pasado, la imponente chimenea de roca gris situada en el centro repiquetea con un fuego embravecido, custodiado por dos feroces leones de bronce mostrando sus dientes. Le extraña no hallarlo ahí como en tantas ocasiones lo había encontrado, admirando las llamas con los pensamientos muy lejos de aquel lugar. La brisa de la noche entra a raudales por la puerta que lleva a la terraza, se gira sobre sus pasos con el lamento de la madera advirtiéndole de su llegada.

La enorme terraza, por llamarla de alguna manera; consta de un manto verde de césped recién

cortado, decorado con arbustos cuidados con mimo por el jardinero que va todas las semanas. En medio, una gran fuente y en su centro se alza un pedestal donde descansa una manada de lobos, dormidos, ajenos a cualquier peligro. El agua cae por los bordes salpicando al interior de la fuente uniéndose a la que está estancada. Cerca del alfeizar de piedra se halla su padre de espaldas a él, a su derecha una estatua de mujer que porta la luz que lo ilumina.

—Has cometido muchos errores. —Las palabras de su padre sesgan el silencio que regía al finalizar la melodía. Controla hasta el momento exacto donde tiene que hablar, causando impacto.

—No son errores si era mi propósito.

—¿Cuál? —El cuerpo de su padre se gira mostrando una ira contenida en su rostro—. ¿Ponerla en peligro?

—Ella tiene derecho a decidir y conocer la verdad.

Su padre tira el vaso de cristal que portaba en la mano estampándolo contra el suelo dejando una mancha que será difícil de borrar. Adelanta sus pasos acortando la distancia que los separa y agarra de las solapas de la chaqueta a su hijo, acercándolo a él. Mantiene los dientes apretados apresando la furia que quiere salir de su interior.

—Mientras yo viva se hará lo que yo diga —sisea entre dientes—. ¿Verdad? ¿Qué verdad? —brama su padre.

—Sí, cualquier verdad es mejor que seguir viviendo en una mentira —afirma raudo.

—Debe ser así —dictamina ignorando las palabras de Marcus.

James respira profundamente y fija su mirada de manera feroz en los ojos de su hijo, negando con rudeza.

—Las cosas pueden cambiar. —Marcus se adentra en el azul zafiro de la mirada de su padre.

—¿Cambiar? —Su mirada se ensombrece por la melancolía—. No sabes lo que dices.

—No todo tiene que ser blanco o negro. Podemos cambiar las cosas, tomar otros caminos. —Alza la voz mostrando su enfado y la seguridad en sus palabras—. Déjame intentarlo.

—Marcus. —Suelta a su hijo y la sombra que proyecta en el césped parece menguar por un momento cuando gira su rostro buscando la fuente—. No se puede cambiar la forma de la piedra sin golpearla, sin saber en qué punto debes de aplicar la precisión necesaria y, aun así, corres el riesgo de destruirla.

—No hay éxito sin sacrificios —asevera Marcus, está decidido a mantenerla a su lado.

—Qué sabrás tú de sacrificios —escupe las palabras.

Su padre camina cerca del dique de la fuente sin levantar la mirada, buscando en el agua todo lo que quedó atrás y que ahora vuelve con fervor asolando su presente.

—Estás cometiendo el mismo error que yo cometí. Crees que, por tener poder, estatus, o un nombre, te da el derecho a cambiar ciertas cosas, pero no es así. ¿Te crees que yo no lo intenté?

—Fija su mirada en los ojos grises de su hijo—. Ese camino que pisas con tanta confianza, ya lo he andado yo en tu lugar y he pisado por ti muchas cucarachas, pero siempre aparecerán más. —James enmudece de manera brusca y su mandíbula se tensa mirando hacia el salón. Algo ha llamado su atención.



Traspasa la puerta que la lleva hasta ese hermoso jardín, parece sacado de una fantasía, observa todo lo que la rodea llena de asombro sin saber realmente donde está. Todo el piso parece arrancado de otro tiempo, muy alejado de todo lo que ella conoce, la galería de cuadros de pinturas exquisitas colgados por los pasillos, los espejos ornamentados en dorado reflejando vestigios del pasado y candelabros de plata encendidos guiando su camino hasta ahí. Una melodía suena a lo lejos trayéndole recuerdos de días pasados, *Mozart: Réquiem*. La mezcla de perfumes con el olor del césped recién cortado hace una combinación extraña, sin embargo, embriaga todo el lugar. Pasea sus dedos por encima del arbusto que deja a su izquierda y camina atraída por la fuente que preside el centro de aquella formidable terraza. Hipnotizada por la belleza que la rodea, no percibe la mirada atenta que tiene fija en todos sus movimientos, levita con cada paso que da hasta tener a un palmo la fuente y el agua le salpica con minúsculas gotas sobre su piel. Está maravillada observando lo que reside en el pedestal de la fuente. Una camada de lobos descansa sosegadamente; son cuatro los componentes de esa «familia», dos lobos adultos custodian a dos lobeznos que están acurrucados junto a ellos. Centra su vista y descubre los ojos azules que la escudriñan al otro lado de la fuente.

Y sin darse cuenta, el hombre que tiene frente a ella acorta sus pasos aferrándola en un abrazo inesperado. Sus brazos se derrumban laxos a ambos lados de su cuerpo al sentir el calor que tanto había extrañado, las lágrimas han decidido tomar la iniciativa de caer silenciosamente contra sus mejillas y lo único que es capaz de hacer en ese preciso instante, es cerrar los ojos aspirando con fuerza ese aroma familiar que tanto añoraba. Los brazos de James la esconden de todas las miradas alzándose como murallas de una fortaleza, nota el corazón de su padre acelerado y, por primera vez, decide mirarlo a los ojos como la hija que fue. «¿Tan difícil era tener un abrazo así de él?». El veneno de su coraza se disipa queriendo congelar este instante para siempre.

—Te has puesto en peligro —decreta sesgando el silencio que precede antes de la tormenta.

—¿Qué? —Ladea su rostro, confundida.

—No deberías haber vuelto, no di la orden. —Acaricia el cabello de su hija sin mediar en las palabras que deja salir de sus labios—. No te preocupes, lo arreglaré. Cogerás un avión y te alejarás de todo esto de una vez por todas. Esta vez lo haremos bien.

Lena se revuelve como una lagartija entre los fuertes brazos de su padre. El calor se torna frío al instante, volviendo a helar su corazón. No consigue librarse de su prisión y lo mira a los ojos de manera desafiante. No concibe lo que acaba de escuchar, no dejará que la vuelva a alejar de todos. No puede ser que después de mostrar que es muy capaz, ahora le haga volver. No puede, no quiere y no se dejará intimidar. No consigue soltarse del abrazo que ahora le sabe amargo, no lo medita y actúa. Abre la palma de sus manos estirando los dedos y coloca los dedos en posición. Golpea con los pulgares con mucha potencia sobre las ingles de su padre, hundiéndolos hasta que percibe como afloja su agarre, baja el cuerpo aprovechando ese momento para librarse, no sin antes dar una ligera patada rozando las partes delicadas de James. Las clases de defensa personal y lucha cuerpo a cuerpo le han venido de perlas, sabía que tarde o temprano las tendría que llevar a cabo con él.

—Ha sido un aviso, la próxima no me lo pensaré y daré justo en el centro. —Da varios pasos hacia atrás—. No me pienso mover de aquí, no tienes derecho a volverme a mandar a Boston. Se acabó, papá —escupe con todo el veneno que tiene en el alma.

James acaricia la zona afectada por la patada de su hija levantando ambas cejas mientras la observa.

—Tiene razón, James. —Su hermano se posiciona a su lado asegurando su alianza—. Ha decidido.

Los labios de su padre se convierten en una fina línea recta blanca y su respiración parece la de un toro a punto de embestir a quien se ponga por delante. Con ambos puños cerrados y los nudillos blanquecinos por la fuerza que está conteniendo, se adelanta hacia ellos.

—Vas a destruir todo lo que construí, Lena. —Solo la mira ella—. Ella no quería esta vida para ti, lo hizo todo, agotó hasta su último aliento.

—Ella ya no está. —Lena dispara esas palabras que van directas al corazón de James, acertando de pleno en el centro del dolor.

Su padre cierra los ojos absorbiendo todo el sufrimiento que le provoca escuchar la realidad. Su recuerdo está presente cada día de su mísera vida. No solo en su cabeza, en fotografías, en la forma que le tocó vivir o todo lo que lo rodea. Es presenciar a aquella niña que con cada año que pasa se parece más a su amada. Era como si la parca se riera de él, entregándole la viva imagen de Allegra, rememorándole lo que le arrebató. Según crecía era como volver a mirarla a los ojos y perderse en el gris de su mirada, incluso su carácter era similar al de ella. Por eso, cuando el reflejo de Allegra en su hija era casi insoportable de contemplar, y alguien de su alrededor lo pudiera apreciar con preguntas indiscretas, decidió que era el momento de cerrar las puertas al pasado. Ella debía vivir alejada de ese mundo, como le prometió a su mujer, y tanto le estaba costando cumplir. Y nadie sabría jamás los secretos que con Allegra se enterraron.

—¿Quieres esta vida, Lena? ¿Quieres arriesgarte a vivir con la idea de que cualquier día te podrían disparar? ¿Que te puedas convertir en moneda de cambio? ¿Que la muerte te aceche con cada mirada que te cruce por tu camino? —Su padre la mira buscando fervientemente en sus ojos la luz que antes proyectaba, y ahora, solo parece residir la oscuridad.

—Estoy muerta por dentro desde el mismo día que me metiste en aquel avión. —Sostiene la mirada de su padre, quiere que perciba todo lo que ella sintió aquella noche—. Una bala atravesando mi corazón sería mejor que volver a ese puto avión. Aquel día me lo arrancaste de cuajo, papá, y con cada año que ha pasado he ido analizando todo lo que me has ido negando. Una promesa de la cual no sé nada, un pasado que desconozco, una familia que no sabe de mi existencia. ¿Cuántas mentiras más seré capaz de soportar? Nunca pregunté, solo aceptaba tus órdenes, tus normas, la vida que me imponías y nunca rechisté.

La mano de su padre se acerca para colocarse sobre el hombro de Lena intentando calmar ese fuego azul que ha empezado a arder en su mirada. Ella golpea su mano antes de que la pueda tocar y da otro paso hacia atrás. El rechazo de su hija es como un aguijón directo al corazón.

—Por un momento, cuando me has abrazado, pensaba que las cosas podrían cambiar. —Oculta su rostro con las manos conteniendo todo el caudal que quiere salir—. Dejad ya de protegerme, estoy cansada de sentirme como una puta princesa encerrada en la jodida torre a que venga un príncipe a rescatarme. No necesito que me salvéis, ¡yo puedo salvarme!

Su hermano se gira con las manos alzadas para calmar la ira descontrolada que se desata por momentos. Sabía que esto podía pasar, llevaba mucho tiempo conteniendo su lengua, soportando las mentiras y nada ni nadie la haría ahora detenerse. Las pupilas de su hermana están dilatadas hasta el punto de sumirse en un ataque de histeria, no quería llevarla hasta el límite, no obstante, era necesario este enfrentamiento.

—No me toques, no me toquéis ninguno. —Su dedo acusador señala a ambos para que mantengan la distancia—. Ahora no, ahora quiero respuestas, ¡quiero la puta verdad! No puede ser peor que vivir en la ignorancia, no debe de ser tan nefasta para que me volváis a dejar abandonada. Si no queríais que supiera nada, haberme entregado en adopción y jamás hubiera conocido a la mierda de familia que tengo. Ese hubiera sido un mejor plan. Pero no... ¿Verdad, papá? Me manteníais a vuestro lado dándome pequeñas dosis de felicidad que se agotaban y

como una adicta a una nueva droga, quería más, sufría cuando me alejaba. —Aprieta los dientes llena de ira—. ¡¡Yo os necesitaba, erais mi familia!! —grita las palabras que la desgarraban por dentro, dejándole en carne viva su garganta.

—Lo somos, Lena. —La voz de su hermano intenta mostrar calma.

Lena se gira viendo por primera vez la mirada de su hermano, observa como mantiene el contacto visual. Ella sigue dando pasos hacia atrás sin saber hasta dónde llegará, pero cualquier cosa es mejor a que la vuelvan a engañar y vivir entre mentiras. Ya conoce parte de la verdad, ahora la quiere en su totalidad.

—No lo seremos hasta que sepa toda la verdad. Toda. —Otro paso más que la separa de ellos, su visión se emborrona durante un segundo, impidiéndole ver—. Se acabaron las mentiras, se acabó evadirme todas las respuestas, ya no soy aquella chiquilla que se callaba a la primera orden de papá. Yo decidiré mi propia vida, yo elegiré el camino que voy a tomar y ninguno de los dos, me lo impedirá. —Dos pasos más hacia atrás.

Unos brazos oscuros la abrazan desde atrás, aprisionándola e impidiendo que se pueda mover de donde está. Sus fosas nasales se impregnan del aroma metálico de la sangre y el ácido de su cuerpo.

—Suéltame, Derek —ordena.

Sin darle tiempo a responder, le propina un fuerte codazo sobre sus duros abdominales, sigue forcejeando sin pensar en las consecuencias, no le importa hacerle daño, hará lo que sea necesario. Se choca contra su pecho en cada sacudida para liberarse, golpeándolo una y otra vez. Está tan concentrada en soltarse que no prevé el siguiente movimiento de él. Derek mueve el brazo como una serpiente, enroscándose, comprimiendo su cuello y todo lo que la rodea parece esfumarse lentamente, volviéndose oscuro y ahogándose en esa negrura que la arrastra sin poderlo evitar.

La promesa

—Todo se ha descontrolado —brama James—, no tenía que ser así. —Golpea con la palma de la mano contra la mesa.

—No me diste otra opción, esperé unos años por si eras tú quién daba ese paso. —Camina alrededor de la mesa de madera de cerezo que está en medio del salón. Su padre lo mira desde el otro lado—. Debía ser así.

—¿Te estás burlando de mí? —James arranca una de las sillas que descansan pegada a la mesa tirándola hacia atrás y esta choca contra la pared dando un sonoro golpe—. No repitas mis palabras —sisea.

—Ya no tiene siete años, ya no es una adolescente caprichosa que solo busca retarte, ahora es una mujer dispuesta a todo por estar con la que considera su familia. Asume tu culpa en todo esto, no debiste hacerlo así, si la querías ocultar, ella tiene razón. —Niega con la cabeza con la idea—. Debiste entregarla en adopción, así la hubieras eliminado de la ecuación y yo no sabría de su existencia.

—No lo entiendes —ruge entre dientes.

—Tenía que verlo con sus propios ojos y elegir por sí misma —alza la voz Marcus exasperado.

—¿Esto era lo que buscabas? —pregunta, furioso.

—Sí, quería que le contaras la verdad —asevera—. Acepta de una vez que hacerlo a tu manera nos ha llevado a esta situación. Se lo debes.

—¿Se lo debo? —Niega varias veces con la cabeza—. ¿Estás seguro de ello? —Lo reta con la mirada.

—Sí.

—Así será, se la contaré... —cierra los ojos y con el puño sentencia sobre la mesa—, pero esta vez te tocará a ti recoger los pedazos que queden de ella y asume las consecuencias de lo que me estás pidiendo. —Lo mira a los ojos encadenando su mirada a la de él—. Tú solo conoces lo necesario para que tu instinto de protección fuera fuerte por ella, no esperé que fuera así —señala con el mentón a su hijo—, no esperaba que con el poco tiempo que compartíais las raíces hubieran crecido tanto.

—¿Qué esperabas? —pregunta con curiosidad.

Las luces de la sala donde se encuentran alumbran parte del rostro de James, otorgando unas sombras que parecen ocultar la mitad de su mirada. Los años han pasado en ese hombre que ahora lo encara desde el otro lado de la mesa, sin embargo, su porte titánico sigue imponiendo un respeto abrumador. Solo las arrugas de su cara delatan las preocupaciones que se grabaron en su piel, ya que su temple sigue intacto desde que él tiene uso de razón. Sus normas, sus palabras, su verdad, todo debía de hacerse tal y como él imputaba, no había nada más allá.

—Que fuera feliz y que con el paso de los años olvidase todo lo que vivió aquí. —La voz de su padre se tiñe de tristeza.

—No querías que volviera... —Una gran piedra cae aplastando su corazón. No esperaba esa declaración.

—No.

—¿Por qué?

—Cometí un error fatal. —Alza la vista mirando al cuadro que reside en la pared, una mujer de piel blanca y pelo oscuro como el azabache, está de espaldas contemplando una luna menguante.

Marcus le observa en silencio a la espera de esa confesión. Aquel día, antes de volar hacia Italia, su padre le reveló lo que él pensó que era toda la verdad. La familia materna no debía de conocer jamás el nombre de Lena, no debían de saber que ella existía. No preguntó, solo escuchó con atención todo lo que le confesaba y lo aceptó como si fuera un juego. Era tan solo un niño y no cuestionó nada de lo que sucedía en aquel momento. James se encargó de contarle poco a poco el papel que él tenía que desempeñar, proteger a su hermana a toda costa y el secreto que la rodeaba. Prometió que lo haría, demostraría que podía ser el hermano mayor que la protegiera de cualquier mal, si con ello, debía de mentirle, ocultarle la verdad y evadir las preguntas que hacía siempre que andaba por allí.

Y así lo hizo.

Con los años descubrió la tiranía de los Mancini y los clanes que se movían por detrás, los brazos eran largos y controlaban todo lo que se cruzaba por su camino. Sintió el peso que en sus hombros tarde o temprano debía recaer, comprendió que para que Lena viviera en armonía debía ser así. No quiso ahondar más en aquellas conversaciones, su padre le dijo que llegado el momento, cuando fuera un hombre capaz de ocupar su lugar, le legaría ese oscuro secreto que llevaba años soportando en soledad.

—Allegra me hizo prometerlo. Yo le di mi palabra. —Sus pies van directos hasta ese cuadro que lo tiene hipnotizado, en él está observando esos vestigios del pasado que llevan enterrados en lo más profundo de su corazón—. Y fallé...

—¿Cómo has podido fallar si ella no existe para los Mancini?

—No lo entiendes, Marcus... Eso es algo que jamás comprenderás. —Acaricia la imagen retratada con tanta elegancia, sintiendo el frío cristal y dejando que por una vez delante de su hijo la tormenta se desate—. Allegra me pidió que la alejase de todo, para siempre. Yo le di mi palabra... sin embargo, cuando ves cómo la muerte apaga la mirada de tu amada y descubres que no volverás a verla sonreír, cuando asumes que una parte de ti morirá con ella... —susurra las palabras sin dejar de mirar ese cuadro—, y en tus manos la vida le es arrebatada... —gruñe, conteniendo el dolor que escapa a modo de lágrimas—. No esperas ese daño colateral que llegó sin avisar, no me preparé para ese momento. Cuando os sostuve entre mis brazos por primera vez, todo dentro de mí cambió.

Las pisadas de Marcus son amortiguadas por la antigua alfombra de color rojo entrelazada con hilo dorado. Mira a su alrededor observando por primera vez en todos estos años que toda la casa es un enorme mausoleo. «¿Tan ciego he estado?». Todo lo que se respira en esa estancia desprende la esencia de Allegra. Algo que él jamás conoció, sin embargo, por todo lo que iba descubriendo de su madre; las fotografías, los libros que leía, el amor por el arte, el estilo barroco de la decoración, la música clásica que siempre escuchaban elegida por James. Todo era por ella, quería mantener vivo su recuerdo. Sigue aquí con él, jamás se fue y él no la dejará marchar. Y por ello la simple imagen de Lena le recuerda la falta de su lealtad, no pudo cumplir su promesa,

no obstante, la protegió cargando todo ese odio procesado por ella.

El teléfono de la sala contigua comienza a tronar resquebrajando ese instante como un fino cristal rompiendo en pedazos la confesión. Su padre se toma un momento antes de girarse, sacude su chaqueta como si así eliminase la tristeza y camina hacia el sonido que ha decidido arrancarlo de sus dolorosos recuerdos.

—¿Sí? Espero que sea importante —gruñe con ira volviendo a mostrar al James que conoce—. ¿Cómo? No debía de ser hasta la semana que viene. ¿Quién sabía de este cambio? ¿Por qué no se me ha notificado antes? —silencia sus palabras escuchando a la persona que habla al otro lado de la línea—. Sois unos incompetentes, debíais de controlar cualquier movimiento y hacérmelo llegar.

Marcus sigue los pasos de su padre, observa cada movimiento y como todo su rostro se enfurece tensando los músculos del cuello.

—Estaré ahí en veinte minutos. —Cuelga con violencia bajando la mirada.

—¿Quieres que vaya?

—No. No te muevas de aquí, no la dejes salir —ordena.

—Lo haré. —Su padre le clama que la vuelva a proteger solo con una mirada.

James se masajea el puente de la nariz y devuelve la vista al cuadro antes de ir hacia la puerta, no puede salir de esa casa sin despedirse una vez más de ella.

—Cuando vuelva, hablaremos los tres —sentencia antes de que las puertas del ascensor del recibidor se cierren, cambiando al instante el ambiente cargado de la estancia.



Abre los ojos con pesadez, se recuesta en el cabecero acolchado y observa todo lo que la rodea. Su cuerpo descansa sobre una enorme cama con sábanas de color beige hilada con dibujos de un tono bronce, las paredes blancas similares a las de su habitación decoradas con cuadros al óleo de paisajes de ensueño, todo desprende buen gusto y exquisitez. La lámpara que pende del techo, imita a un candelabro barroco que parece sacado de un castillo, en lugar de velas tiene bombillas adaptándose a nuestro tiempo. El tic tac de un reloj sobre la cómoda de nogal llama su atención y su mirada se fija en la hora que marca, han pasado casi dos horas desde que cruzó el umbral de esta casa. Intenta recordar todo lo que ha sucedido, presiona sobre su sien y cierra los ojos. Y como un fragor en mitad de la noche, llegan todos esos momentos vividos hace unas horas. La fiesta, la sensación de ser vigilada constantemente, el coche, Derek... Niega con la cabeza para eliminar ese pensamiento y continúa reviviendo cada minuto desde ahí. Montar en la moto, el taller, la llamada de su hermano y esperar a Kasem. Llegar a este edificio, sentir atracción por todo lo que contemplaba mientras caminaba por ese imponente piso, la fuente, su padre... Y ahí, se detiene sintiendo el aguijón del escorpión con las frases que vinieron después.

Todo está confuso, a su derecha divisa un vaso de agua y lo bebe con avaricia, todo su cuerpo parece estar deshidratado. Sigue indagando en ese instante; se rebeló, por fin soltó todo lo que llevaba años anidando en su interior. «¿Cómo llegué hasta aquí?», busca desesperada entre sus recuerdos, ese momento lleno de amargura y lágrimas. Vuelve a cerrar los ojos y se ve a sí misma alejándose de ellos, alguien la agarra por detrás y todo se vuelve oscuro.

—Me he tenido que desmayar... —determina resignada.

Saca su cuerpo de la cama y sus pies van hacia lo que juzga, a simple vista, por un amplio vestidor. De soslayo mira su reflejo en el espejo comprobando el resultado de la noche en ella, busca entre las prendas que están colgadas algo que le pueda quedar bien. Encuentra un vestido negro entallado hasta la cintura, con mangas a media altura y hombreras que decide retirar por una de las aberturas. Los hombros quedan algo ahuecados en la ausencia de la espuma de las hombreras, pero le gusta la sencillez de ese vestido. Cepilla su pelo eliminando los restos de cera que se había aplicado para mantenerlo dentro de la rejilla, lo despeina con los dedos y decide curiosear cada rincón de esa habitación.

Alguien entra sin avisar al interior del cuarto, Lena escucha sus pasos acercándose hasta el vestidor, una hilera de perchas descansa en un diván dorado que hay en el centro.

—Lena...

—¿Nadie te enseñó que hay que llamar antes de entrar? Podría estar desnuda o haciendo algo peor... —añade con sorna mirando a Marcus.

—Me estaba empezando a preocupar, he entrado sin pensar —añade sin dejar de mirar a su hermana—. ¿Puedes acompañarme al salón? Me gustaría comentar algo contigo antes de que vuelva James.

—Claro, dame un segundo.

Rocía su cuerpo con uno de los cientos de perfumes que esconde una de las repisas de cristal y sale siguiendo los pasos de su hermano por un largo pasillo lleno de puertas a ambos lados, una de ellas está entreabierta y la luz que emana llama su atención.

—Por aquí. —Lena se detiene en el preciso instante que escucha la voz de su hermano, dejando esa puerta atrás y su curiosidad por ver que escondía su interior—. Esa es la habitación de James —responde a la pregunta que no ha formulado, pero si ha pensado—. Sígueme.

Llegan hasta el gran salón que presencié antes al entrar y percibe el calor de la chimenea, el cual agradece en su cuerpo. Marcus se coloca en uno de los sofás blancos que están enfrentados junto al fuego, ella lo imita y lo mira atentamente. El aroma metálico que tantas veces ha aspirado cuando estaba cerca de él llena la habitación y como una sombra, aparece detrás su hermano. Lena fija su mirada en la figura que se mantiene callada tras el sofá y poco a poco una imagen va materializándose en su mente, activada por ese perfume tan peculiar, una imagen en la que Derek está muy próximo a ella.

—Derek. —Se levanta señalándolo—. ¿Qué me hiciste?

—Estabas a punto de estallar, Lena —expone su hermano restando importancia.

—No me desmayé... —Percibe como el calor inunda sus mejillas con la idea de sus brazos alrededor de su cuello.

—No, perdiste el conocimiento.

Derek la mira expectante esperando algo más por su parte, por lo que conoce de Lena, no se quedará callada ante lo que acaba de descubrir. Nota sus ojos grises, hundiéndose en los suyos, esperando una respuesta.

—¿Me aplicaste la llave del sueño?

—Sí. —La voz áspera de Derek la perturba con solo imaginarlo apresando su garganta.

—Hijo de... —El insulto queda suspendido en el aire al recordar lo sucedido hace unas horas.

—Era preciso que te calmaras, solo te di lo que necesitabas —asevera enfatizando las palabras.

—No me vuelvas a tocar —amenaza encolerizada.

Derek la mira fijamente sin responder ante su advertencia.

Lena lo reta manteniéndole la mirada, pero entonces un escalofrío recorre todo su ser cuando

la imagen del coche vuelve a aparecer. Ahora necesita arrancarla de su mente, no es el mejor momento para que su cuerpo tome el control y reaccione sin querer. Aparta sus ojos de ese hombre que la descoloca e intenta concentrarse en la razón que la ha llevado hasta ahí.

—¿Qué me querías comentar? —Centra la vista en su hermano cambiando de tema.

—James, ha dicho que te lo contará todo. —Marcus observa a su alrededor, cada resquicio de esa casa es la extensión de Allegra—. Aunque te lo cuente todo, Lena, habrá cosas que no podremos cambiar. Quiero que asumas eso antes de que él llegue. ¿Querías la verdad? La vas a tener con todas sus consecuencias y hay cosas que ni yo mismo sé. Juntos lo descubriremos y lo superaremos.

Ella afirma a sus palabras sin ser consciente de la llegada de la persona que se ha colocado a su espalda. Estaba tan absorta en lo que le contaba, que no ha percibido su entrada. Un peso que no esperaba, cae suave sobre su hombro y ella como un resorte se levanta girándose descubriendo a su padre.

James no puede quitar los ojos de su hija, lleva puesto uno de los vestidos de Allegra, todas esas cosas que prometió que dejaría atrás y no fue capaz, ocultándolo a la vista de todos y guardadas en un armario, una caja o rodeando toda su vida. Le cuesta aceptar la imagen que tiene delante y pestañea varias veces, por un segundo, le ha parecido volver a ver a su mujer. El dolor que siempre lo acompaña parece aumentar en su pecho, esta vez contendrá su tempestad y le hablará de todo lo que dijo que no haría jamás. «Sabías que esto ocurriría, Allegra. Sabías que no podría lidiar con ello... No me preparaste para esto».

—Para contaros esto es mejor que empiece por el principio, no voy a alargarlo demasiado, sin embargo, hay detalles que no podemos pasar por alto. —El discurso comienza en el momento que sus pasos lo llevan hasta posicionarse en medio de los dos—. Siempre he sido un hombre lleno de sombras, no me importaba nada, ni nadie, solo quería ascender y me rodeé de los mejores para ello. Mis manos están salpicadas por la sangre de muchos de los que me estorbaban y no me arrepiento de ello. —Cierra el puño con fuerza y continúa—. Todo se encauzaba a mi favor, conseguí posicionarme en lo más alto y todos mis hombres me mostraban lealtad confiando ciegamente en mí, eso me otorgó un poder que no advertí hasta que fue demasiado tarde. Había cosas que jamás acepté y me propuse cambiar, no obstante, no conté con algo que se escapaba de mi control. —Percibe la atenta mirada de su hija—. Conocí a vuestra madre de las peores maneras que se puede conocer a una mujer; en esta vida de codicia, mierda y veneno. Ella no pintaba nada en medio de aquel estercolero, aun así, era fiera y tenía el coraje para enfrentarse a todo el que se pusiera por delante. —Una sonrisa tenue aflora en sus labios—. Solo la había visto una vez y dejó una pequeña huella en mí, que no supe ver hasta que la volví a presenciar en aquella fuente. —Sus ojos miran con ternura hacia la fuente y vuelve a mirar a sus hijos—. Arrasó con todo, aquella noche, desarmando en un instante lo que yo creía conocer.

James afloja el nudo de la corbata que rodea su cuello, el aire parece ser esquivo a entrar en sus pulmones y necesita coger aire para seguir soltando todo lo que siempre cargó sobre sus espaldas.

—No fuimos conscientes de nuestro error hasta meses después...

Ambos hermanos se miran durante un instante y vuelven a posar sus ojos en su padre.

—No podíamos estar juntos, no en este mundo. —Saca un pañuelo de seda de su bolsillo y lo pasa por su frente retirando unas diminutas gotas de sudor—. Allegra no se dejó doblegar. —El vívido recuerdo de aquel momento le atiza en el pecho con tal fuerza que el dolor le parece casi real.

Lena no puede apartar los ojos de su padre, está hechizada por descubrir parte del pasado que

jamás le fue revelado.

—Te pareces tanto a ella, tienes su fuerza, Lena.

Contempla a su hija con orgullo. «James, protégela, aléjala de este mundo. Prométemelo, júralo con tu vida, no dejes que sepan de su existencia», la voz de Allegra llega mecida por el viento, cierra los ojos aspirando el dulce aroma que siempre desprendió su mujer y la brisa que pasa a través de la ventana acaricia sus mejillas. Durante un instante le ha parecido sentirla junto a él. La duda vuelve a asestar con fuerza en su corazón con una punzada aún más fuerte que la anterior.

—Le prometí que te mantendría alejada de todo esto, y fallé.

La melodía dulce de *Clair de Lune* lo envuelve, traga con dificultad al confesar su falta, esa que le ha convertido en el ser que es. Esa promesa que no pudo llevar a cabo porque era demasiado cruel y a su vez, era la única salvación de esa pequeña que acunaba en sus brazos.

Lena escudriña a su padre mientras le dirige esas palabras y aprecia como sus mejillas han perdido todo el color, el rostro se le vuelve por momentos cada vez más pálido y de dos pasos llega hasta él. Se sumerge en el zafiro de su mirada, perdiéndose en ese mar que hasta ahora no había contemplado, coloca su mano en su mejilla, sintiéndola muy fría, está helada.

Su padre acuna la mano de su hija bajo la de él y la tormenta que tanto tiempo fue negada, se desata en todo su esplendor.

—Perdóname, lo hice lo mejor que pude —confiesa besando la mano de Lena—. Lo intenté con todo mi corazón.

Ella escucha las palabras que salen de los labios de su padre colmadas de sinceridad, sus ojos brillan con una intensidad desmedida conteniendo su porte, estoica hasta el último momento. Algo en su interior se remueve al sentir su tacto, su corazón late más fuerte que nunca acelerándose con cada caricia y todo el rencor acumulado estos años se desvanece.

—Papá —susurra sintiendo la humedad de sus ojos—. Ahora estamos juntos.

Las lágrimas se liberan mojando las manos de ambos. El rostro de su padre palidece aún más y el dolor se refleja en su cara mientras lleva su otra mano a su pecho cayendo desplomado a sus pies. Todo sucede a cámara lenta, el sonido del piano suena ahora estrangulado a lo lejos y la imagen que contempla ante ella es algo que se niega a creer. Las manos le comienzan a temblar y no sabe cómo reaccionar, está paralizada. Esto no puede ser real.

Su padre tira de su camisa de manera desesperada haciendo saltar los botones, parece que el aire no entra en sus pulmones, necesita más tiempo junto a ellos. Ella mira a ambos lados buscando ayuda, intentando frenar todo lo que está pasando. El tiempo parece retornar de manera violenta sin darle tregua a respirar. Su hermano corre a su lado y a su vez grita a Derek.

—Llama a una ambulancia, es un infarto. ¡JODER!

—¡Papá! —lo llama en un llanto descontrolado.

La vista de ella se nubla por todas las lágrimas que chocan contra el pecho de su padre. La rabia, el dolor, la tristeza, la desolación, todo parece venir de golpe en este preciso instante.

James mira a sus dos hijos por fin juntos y por detrás le parece atisbar un resplandor que solo él consigue apreciar. Asume lo que hace tantos años sabía qué podía pasar, aunque haya esquivado tantas veces a la muerte, era inevitable este momento. Él, que no temió nunca morir, arriesgó mil veces su vida sin importar las consecuencias y ahora está ante una lucha ya perdida. El rostro de Lena se rompe por el dolor, Marcus parece mantener una falsa calma que no puede controlar. Con cada latido, su sufrimiento se acentúa; con cada suspiro, la vida se le escapa y teme parpadear por si no puede volver a abrir los ojos. Necesita solo unos segundos, un último esfuerzo, aún las pocas fuerzas que le quedan para luchar por ese mísero instante.

—La caja fuerte... —percibe a la muerte decidida a arrancarlo del calor de sus hijos ahora que los volvía a tener junto a él, tiene la batalla casi ganada. El dolor comprime con intensidad su corazón al articular la última palabra— verano.

Los ojos de James se apagan a la vez que su último suspiro se escapa de sus labios y el azul tan intenso de su mirada se pierden en la gran inmensidad. Lena grita desconsolada mientras su hermano intenta reanimar a su padre sin ningún resultado.

—No te puedes morir ahora... —brama desesperado.

Los sanitarios llegan asistiendo al hombre que yace sobre la alfombra.

Lena está en shock, no quiere soltar el cuerpo de su padre.

—¡Sácala de aquí! —ordena Marcus.

Derek aparece por detrás de ella, cogiéndola en brazos y arrancándola del cuerpo inerte al que intentan reanimar. La lleva hasta la otra habitación mientras recibe todo tipo de golpes y arañazos.

—¡Suéltame! —grita destrozada.

Él ignora su petición y, con el cuerpo de Lena cargado entre sus brazos, camina hasta el jardín alejándola de allí. Se sienta sobre uno de los bancos de piedra rodeando con sus brazos los pedazos que queda de ella, un alma en pena que se niega a aceptar lo que acaba de pasar, la pega contra su pecho para que perciba su calor y la protección que ahora mismo tanto necesita. Él sabe lo que esconde este dolor, él es conocedor de la desesperación que puede causar y cómo envenena lo que queda de ti cuando la muerte te arrebatara lo que más quieres sin avisar. Hace muchos años que es amigo de ese dolor, lo domó a su antojo transformándolo en quien es, pocos son los que lo consiguen, muchos perecen en el intento siendo consumidos. Ella no debe cruzar esa línea.

Lena, sin esperar ese abrazo tan necesitado, se derrumba enterrando su cabeza en el cuello de Derek y el grito lleno de dolor que deja salir de su garganta desgarrar la noche, rompiendo como un trueno que dictamina el final de la tormenta.

Famiglia

Han pasado varias semanas desde la inesperada pérdida de James. La muerte de su padre no era algo para lo que estuvieran preparados, parece que el destino esperó a que ambos estuvieran compartiendo la misma habitación para extirparlo de sus vidas. Se ha visto obligado a tomar decisiones que no le han gustado, no obstante, eran necesarias para mantener la calma y no levantar sospechas. En el momento de mayor clamor en la tempestad, tuvo que decidir en cuestión de segundos. Camina con el corazón en la mano hasta la ventana que da al jardín donde su hermana lloraba desgarrándose el alma en los brazos de Derek, vuelve la vista atrás comprobando, una vez más, que lo que habían empezado no tenía marcha atrás. Sin embargo, lo tuvo que pausar a la espera de todo lo que iba a caer sobre sus hombros en los próximos días.

Solo tuvo que realizar una llamada, a la única persona que no le apetecía ver en ese preciso instante, a Vito. Sabía que tocaba enfrentarse a su destino y conocía las ganas que tenía su tío de estar en el sitio que siempre ocupó su padre. Una vez hecho esto, solo quedaba esconderla el tiempo suficiente para que nadie la viese hasta que pasasen las nubes de tormenta. La envió junto a Kasem a Los Hamptons, a esa casa de verano que solían compartir. Lena no podía asistir al entierro de su padre, era arriesgado hasta para sus planes, compartir el mismo espacio vital que los Mancini.

—Tenemos que reunirnos con los rusos si queremos mantener el trato. —La voz sibilina de su tío lo extrae de esa fortaleza que ha hecho en su cabeza para mantener la calma.

—Lo sé.

—Lo estás haciendo bien.

Marcus se gira para afrontar la mirada de su tío.

—Solo sigo sus pasos y todo lo que dejó marcado.

—Sí... de eso mismo quería hablar. —Se posiciona frente a la mesa del despacho que los separa repleta de documentos—. Tu padre lo dejó todo bien atado, sabía que su vida pendía de un hilo, no solo por la angina de pecho que padecía...

—¿Lo sabías? —Le duele ver que ellos lo supieran y no dijeran nada.

—Claro, nosotros lo sabemos todo, Marcus. —Las palabras flotan a su alrededor, envenenando su mente—. Desde lo de Allegra nos hemos preocupado mucho por nuestro legado, así que siempre hemos tenido un pie aquí pendiente de lo que podría pasar. James era un hombre muy astuto, sabía que la información nos llegaría tarde o temprano, él se adelantó y dejó todo preparado llegado el momento. —Entrecierra los ojos mirando a Marcus—. Aunque hay cosas que podrías volver a retomar, tratos con otras organizaciones que él se encargó de romper.

«Desde lo de Allegra», esa frase se le ha clavado como una lanza en el corazón. Quiere preguntar a su tío, que le cuente todo lo que esconden bajo la alfombra, aunque a su vez teme que sin querer, el halo que siempre ha mantenido, caiga delante de él. No lo permitirá. Debe de

controlar los impulsos.

—¿A qué te refieres?

—La trata. Volvería a estar bajo nuestro control. —El brillo de la mirada de Vito oculta algo más.

—No. —Es algo que su padre se encargó de inculcar entre ellos. No albergarían el tema de la trata bajo su ala.

—No des la negativa sin pensar. —Mueve los papeles sobre la mesa dejando a la vista la foto de un hombre al que recuerda de hablar con su padre y golpea con el dedo sobre la foto—. Podrías hablar con él, puede que cambies de opinión... No lo descartes.

—Aún está todo muy presente para que tengamos que tratar estos temas.

—Por eso mismo, hay que ser rápidos y demostrar que seguimos fuertes. —Cierra el puño frente a él, apretándolo con fuerza.

No quiere seguir con esta conversación, no cambiará lo que su padre consiguió erradicar. Como le dijo en su día, había pisado muchas cucarachas y sabía que saldrían más.

—Vito, ¿te puedo preguntar algo que me inquieta sobre mi madre?

La ceja de Vito se alza con curiosidad y la comisura derecha se levanta con picardía. Su tío es un hombre apuesto de unos cincuenta años que mantiene su forma física en buen estado, su abundante pelo gris peinado con una raya en el lado derecho le da un aspecto distinguido, aunque toda la claridad que aparenta por fuera solo es un disfraz de la mugre que crece por dentro. Arrogante y prepotente con cada palabra que deja salir de su boca y esa manera altiva de mirar a los demás, altamente venenosa.

—Adelante.

Tiene que ser cauto y no mostrar en su rostro ningún sentimiento más allá de lo que quiere preguntarle, no tocará los temas que conciernen a Lena. Sin embargo, hay algo que precisa saber.

—¿Por qué no habláis de ella en la familia? Noto cierto tono despectivo que nunca quise preguntar por respeto a mi padre, es como si fuera repudiada por todos los Mancini.

Vito deja escapar una risa ronca mientras coloca bien sus gemelos con el símbolo de los Mancini.

—Faltó a su palabra mancillando todo lo que representaba la *famiglia*, solo tenía que asumir su papel como hizo mi hermana casándose con Massimo —asevera con los dientes apretados—. Aquel día, ella sola destruyó todo lo que habíamos construido.

—¿Y la desterrasteis de la familia por el amor que sentía por mi padre?

—¿Amor? —Una sonrisa malévola se dibuja en los labios de Vito—. Traicionó a su sangre, a su *famiglia*. Desterrarla era lo más benévolo que pudo hacer tu abuelo. —Guía sus pasos hasta un cuadro cercano que porta la imagen de Allegra y James juntos—. Una pena que no pudiera cumplir con exactitud lo que se le exigió, aunque el azar nos regaló otra opción. —Camina con pasos directos hasta su sobrino colocándose delante.

—¿Cuál fue esa opción?

—Tú, Marcus. —Palmea su mejilla sin soltar su mirada—. Ahora haz las cosas bien, no te descarries como lo hizo ella y todo irá como la seda.

Vito sale de la habitación dejando las puertas abiertas a más dudas de las que jamás se planteó, ahora su cabeza está a punto de reventar, demasiados frentes abiertos y en todos ellos, sin saberlo, Lena está en el medio. Suelta un puñetazo sobre la mesa de madera maciza y sus nudillos se resienten ante el impacto, sin embargo, el dolor no es comparable con el que ha sentido cuando ha escuchado a su tío hablar de su madre. Ahora vislumbra muchos momentos de su vida donde se evitaba decir su nombre, donde se negaban a hablar de ella cambiando de tema

y el desprecio que sentían en las miradas de su familia materna al mirar a su padre.

Su plan seguirá adelante ahora que todo se ha tornado a su favor. Tiene el poder necesario para seguir desviando los activos a algunos de sus negocios que saben que tarde o temprano tendrán que aceptar. Negocios que no tienen por qué estar salpicados de sangre. Debe de tener contentos a los Mancini para que no quieran hurgar más de lo necesario. Conseguirá mantener a Lena dentro de su círculo como una nueva incorporación, aunque sea con una falsa identidad. Así ella preservará su verdadero nombre, por si las cosas se tuercen, tenga la opción de volver a empezar.



Recorre con pasos inquietos aquella casa vacía una y otra vez. Después de tantos años compartiendo siempre aquel espacio con Marcus, Emilia y su padre, ahora le parece enorme. Muchos de los muebles están ocultos bajo sábanas para evitar que se cubran de polvo, escondidos de las miradas de los que se puedan asomar por una de sus ventanas. Kasem ha respetado su privacidad, no ha forzado ninguna conversación y ella por su parte ha evitado estar más de una hora con él en la misma habitación. Asumió cuando su hermano la envió aquí que no debía de estar en Chicago cuando llegara Vito y que no podría presenciar el último adiós a su padre. Confirmó, una vez más, que no podía objetar nada al aceptar aquella vida que desconocía, aceptando así los planes que tenía para ella su hermano, aunque eso incluyera volver a alejarse de él por unos días.

Sus pies le pesan cuando camina, es como si arrastrase una sombra llena de oscuridad que no quiere alejarse de ella. Ha estado curioseando la librería buscando entre los libros que su madre leía, ha releído las anotaciones en los márgenes y las que llamaron más su atención fueron en *El último día de un condenado a muerte*, donde señalaba muchas frases sobre la fantasía de un indulto que jamás llegaría, otro sobre mitología griega en el que ha marcado los nombres de los titanes y un libro repleto de poemas. Recita en voz alta con detenimiento uno de Víctor Hugo:

*Cuando por fin se encuentran dos almas,
que durante tanto tiempo se han buscado una a otra entre el gentío,
cuando advierten que son pareja,
que se comprenden y corresponden,
en una palabra, que son semejantes,
surge entonces para siempre una unión vehemente y pura como ellas mismas,
una unión que comienza en la tierra y perdura en el cielo.
Esa unión es amor,
amor auténtico, como en verdad muy pocos hombres pueden concebir,
amor que es una religión,
que deifica al ser amado cuya vida emana
del fervor y de la pasión y para el que los sacrificios
más grandes son los gozos más dulces.*

Al leer el poema en alto, siente como si su madre supiera desde siempre todo lo que iba a suceder, aunque ella ya no estuviera junto a ellos, ni junto a él. La herida que aún supura en su

pecho desde la pérdida de su padre sigue recordándole la triste realidad, él no volverá. Ya no podrá volver a contemplar esa mirada fría que atesoraba tantos recuerdos en su interior y solo durante un mísero instante pudo compartirlo con ellos.

Hay varios poemas señalados y en algunos, ha añadido una diminuta marca que no logra entender su significado. Si su madre le quería hablar del amor que les profesaba, es latente en cada palabra marcada, no obstante, siente que hay algo más y se le está escapando en medio de todas esas páginas. Entre los libros que hay en la librería, destaca uno que está más gastado que los otros que reposan en las estanterías, algunas de sus hojas están raídas por el tiempo que ha estado allí abandonado y muchas de sus esquinas permanecen dobladas señalizando ciertas páginas. El libro se titula *Hernani*, una historia sobre un personaje que adopta una nueva identidad, esta frase está señalada por el texto varias veces. «¿Es esto lo que me intentas decir?», se pregunta con cada detalle que descubre. Lo ha releído varias veces sin hallar nada más irrelevante, coloca ambas manos presionando su sien, estrujando su cerebro, buscando las respuestas que ansía encontrar.

La impotencia se adueña de ella, necesita salir de aquella habitación, está empezando a obsesionarse con las últimas palabras de su padre: «Caja fuerte. Verano». Por esta razón nada más cruzar aquellas puertas, lo primero que pensó fue que se refería a todo esto que ahora la rodea. Verano, tenía que ser aquí, la caja fuerte estará en algún lugar escondido a la vista, su padre no dejaba las cosas al azar. El corazón se le oprime en el pecho con el recuerdo, sale de la biblioteca con premura antes de que le falte el aire y la pena la envuelva de nuevo.

Baja las escaleras hasta la cocina y busca en la nevera algo que beber. Kasem ha tenido el detalle de traerle todo lo necesario para que no tuviera que salir de su nueva prisión temporal. Coge un par de vasos y los rellena con uno de los jugos que hay en la nevera. Dirige sus pasos hasta el salón para compartir unas palabras con Kasem, necesita por un momento desconectar su mente de la idea de encontrar una solución entre las páginas de aquellos libros.

—Kasem. —Lo llama a la vez que coloca el vaso con el jugo en la mesa frente a él.

—Dime. —Alza la vista que tenía fija en la pantalla del teléfono.

—¿Qué opinas de todo esto?

—¿A qué te refieres?

—Al plan de meterme dentro del mundo al que no pertenezco. —Le apetece conocer la opinión de él ahora que no está influenciado por la presencia de Marcus.

—¿Te interesa saber mi opinión?

—Sí, ahora mismo eres lo más cercano a un amigo que puedo tener. Así que, sí, me interesa mucho tu opinión.

—Está bien, te seré sincero. Es arriesgado pensándolo en frío, si tu padre se ha tomado tantas molestias en mantenerte oculta y que ahora se destape todo. —La mira de manera directa—. Aunque también me pongo en el lugar de Marcus, ya eres mayor para elegir qué hacer con tu vida y tampoco conocen tu existencia, no sería cambiar mucho las cosas, si se hacen bien. Es ir con pasos cautos sobre un terreno que se desconoce contigo sobre el tablero.

Lena lo mira con sorpresa ante su elaborada respuesta. Sopesa sus palabras y prosigue con su interrogatorio.

—¿Entonces no cuestionas las órdenes que te da mi hermano en ningún momento?

—No es eso, tengo mi propio criterio y lo expongo. Comprendo las razones por las cuales tu hermano ha llegado a esto, pero también asumo el peligro de lo que estamos haciendo.

—¿Y te da igual asumir ese peligro por mí?

Sonríe con esa sonrisa llena de empatía que no logra eludir y sin querer, ella le devuelve la

sonrisa.

—Soy leal, Lena. Los peligros siempre van a estar ahí desde el mismo momento que acepté vivir esta vida, solo que en esta ocasión sé los caminos que debo de seguir y quienes estarán a mi lado. —El tono despreocupado que utiliza al hablar resta seriedad al tema que están tratando, aunque a su vez todo lo que dice parece muy premeditado.

—Vaya, no sabía que eras tan profundo.

—Ni yo lo sabía, a veces me dejo llevar por la situación y me pongo intensito. —Le guiña el ojo.

Sonríe a la vez que lleva el vaso a sus labios depositando un poco del zumo en ellos, saborea el ácido cítrico del limón con la esencia de los recuerdos de los días de piscina, donde aparecía Emilia con la bandeja llena de vasos y una jarra bien fresca. Emilia, siempre ha estado tan presente en los días que compartía con su familia y hace años que no sabe nada de ella, ni ha preguntado. Se culpa a sí misma por su egoísmo y de repente, como una botella traída a la deriva entre las olas del mar, llega a la orilla de su mente el día que Emilia le quiso entregar un regalo por parte de su padre. No lo recogió, se olvidó por completo de ese instante y ahora llega traído con el sabor de esos veranos.

Se levanta sin mirar a Kasem y acelera sus pasos hasta donde cree que podría estar guardado. Ha estado curioseando tanto los libros abandonados en las estanterías que ha pasado por alto aquella cajita que la esperaba en alguna parte de la sala. «Debe de seguir ahí, conociendo a Emilia, no la cambiaría de sitio a la espera de que la recogiera», se alienta a sí misma. Empieza a mover los libros de un lado a otro, a abrir cajones y las puertas de los muebles buscando la cajita, no sabe el tamaño que tiene, ni cómo es por fuera, no obstante, la sensación de que sigue ahí es muy intensa.

—¿Qué haces? —pregunta Kasem que la ha seguido al verla correr escaleras arriba.

—Ayúdame, busca por allí. —Señala al fondo de la librería.

—¿Qué buscamos?

—Una cajita, no sé el tamaño exacto, debe de ser pequeña por cómo lo dijo Emilia, tampoco sé la forma que tiene por fuera... —Kasem observa la desesperación por buscar aquello que intenta explicar.

—De acuerdo, buscaremos cualquier cosa que se asemeje a una caja pequeña.

—Gracias —musita casi en un susurro.

—No tengo nada mejor que hacer, así que con esto al menos estoy entretenido. —La mira con una sonrisa llena de vida.

—No eres como Derek, tienes algo que te hace brillar —confiesa sin querer.

—¿Es un halago eso que escucho?

—Harás que me arrepienta por haberlo dicho —añade devolviéndole la sonrisa. Será cierto eso que dicen de Kasem y esa facilidad que tiene de arrebatarte la verdad—. Solo quería agradecerte todo lo que estás haciendo por mí estos días.

—Nos hacemos compañía el uno al otro, no hay nada que agradecer. —Kasem empieza a mover libros de acá para allá silbando una melodía que le resulta familiar—. Vamos a buscar esa cajita, hoy ya hemos tenido nuestra dosis de sinceridad. —Le guiña el ojo sin soltar los libros.

No saben cuánto tiempo han pasado en el interior de aquellas paredes con el polvo flotando a su alrededor al mover algunos de los libros de las repisas más altas, fuera, el día está llegando a su fin y las luces anaranjadas entran por la ventana reflejándose en su mirada. Alimentaba su ilusión de encontrarla entre los ejemplares o en un cajón a la espera de ser retirada por ella. Comienza a perder la esperanza y busca su teléfono para llamar a su hermano, quiere preguntarle

sobre el paradero de Emilia. Aunque le pidió expresamente que no lo hiciera y que él la llamaría cuando todo se calmara. Muerde sus mejillas conteniendo el impulso.

—Lena.

Un pequeño sobresalto es lo que obtiene por respuesta Kasem, levanta la vista con lentitud y él le muestra varios libros que tiene en las manos. Se sienta en el suelo junto a ella sobre la moqueta verde esmeralda y le ofrece los tres ejemplares que sostiene. Lena lo mira expectante sin saber realmente qué hacer. Acepta los libros y al cogerlos, su confusión se hace patente en su mirada.

—Obsérvalos bien —ordena Kasem con suavidad.

Los libros que le entrega están unidos en un bloque y no pesan lo que deberían de pesar por su grosor, advierte una pequeña pestaña en una de sus solapas. Presiona sobre ella y esta se abre, exhibiendo lo que habita en su interior. Al fondo reposa una cajita de terciopelo azul zafiro. Los ojos le brillan ante la nueva revelación.

—Creo que era eso lo que buscabas.

Introduce la mano sacando la pequeña caja, la observa solo un segundo antes de disponerse a abrirla para descubrir lo que hay en su interior. El regalo que no aceptó en su día y aún la esperaba. Lo que encuentra para su sorpresa era algo que no imaginó, un colgante. Es un camafeo ovalado negro con el relieve de una mujer en marfil con acabados ornamentados en bronce inglés. Incrusta la uña en uno de sus laterales para abrirlo con la ilusión de encontrar la foto de su madre, lo que halla en su lugar es el grabado de una fecha, por un momento piensa que es la fecha de su cumpleaños, sin embargo, lo desecha al comprobar que es de un par de años atrás. Lo cierra a la vez que lo entierra en su puño, aproximándolo al corazón.

—Tantos secretos, tantas mentiras y te has marchado dejándonos con más dudas de las que teníamos. —Su dolor está presente y su cuerpo se estremece, advirtiéndole que volverá a romperse si no mantiene la calma—. Kasem, ahora tenemos que buscar una caja fuerte.

—¿Cómo? —pregunta incrédulo.

—Sí, tiene que estar aquí.

—¿En la biblioteca? —inquire Kasem mirando a su alrededor.

—En cualquier habitación. —Lo mira con determinación—. ¿Viniste aquí alguna vez durante estos años?

—Solo un par de veces, por eso conocía su ubicación.

—¿Viste algo que llamara tu atención?

—Lena, ¿a qué te refieres?

—No lo sé, si quería esconder una caja fuerte no lo haría a simple vista y más si contiene secretos que nadie conoce. Un cuadro que oculte otra cosa, un botón que active un doble fondo, no lo sé, una figura que gire y abra un hueco en la pared, algo —añade exasperada con las manos en alto.

—De acuerdo, hemos visto muchas películas. Pero sí, sé a lo que te refieres —afirma agarrando las manos de Lena en el aire para transmitirle su sosiego—. Buscaremos esa caja fuerte, en algún lado tiene que estar. Te ayudaré.

El contacto que le ofrece Kasem la calma el tiempo suficiente para activar de nuevo sus sentidos, centrándose de verdad en lo que ha venido a buscar y no dejarse llevar por los nervios. Con esa breve conversación ha sentido su cercanía confirmándole una vez más lo distintos que son, con Derek aquí las cosas hubieran sido muy diferentes.

La noche los alcanza y ninguno de los dos se ha dado cuenta de ello. El cielo estrellado acompaña a la luna llena alumbrando a través de las ventanas de aquella casa alejada de todo.

Aunque está exhausta de mover muebles y desvalijar armarios sacando todo lo que contienen, no cesa en su batalla de encontrar la caja fuerte. Ha encontrado cajones cerrados con llave que se ha empeñado en abrir con un cuchillo de cocina, sin embargo, Kasem con sus dotes le ha ayudado a hacerlo sin causar más daños a la delicada madera. Si de ella dependiera los habría abierto a martillazos.

La melodía del móvil de Kasem los obliga a detenerse en mitad de la mudanza de uno de los muebles de la sala del comedor. Él acepta la llamada con los ojos grises de Lena fijados en cada movimiento o gesticulación.

—Dime.

Ella observa mientras se apoya contra el mueble y se retira el exceso de sudor que salpica su frente pegando su flequillo en la piel. Está agotada, nota los músculos agarrotados y percibe como las fuerzas le empiezan a fallar. Las horas de búsqueda exhaustiva le empiezan a pasar factura.

—De acuerdo. —Mantiene la mirada con Lena—. Estamos entretenidos buscando una caja fuerte. —Se calla para esperar la respuesta—. Sí, se lo diré. Te esperaremos.

—¿Marcus?

—Sí. Dice que cree saber dónde está. Me ha dicho que lo esperes.

—¿Cuánto tiempo tengo que esperar? —pregunta inquieta.

—No demasiado, en unas horas estará aquí.

La luz de la luna es atrapada por un momento por las nubes que pasan de manera pasajera, tras ese cautiverio repentino alumbran el rostro de Lena que vuelve a brillar con el anhelo de encontrar aquello que le ha sido arrebatado tantas veces. La verdad.



Tras organizar las últimas reuniones, asistir a otras tantas y recibir el pésame de muchos hombres importantes, aunque corruptos por la basura de la ciudad, ha conseguido mantener una postura aceptable para Vito, dándole el visto bueno en muchas de sus decisiones. La pérdida de su padre ha alterado la armonía que mantenían con algunas bandas, incluso ha percibido como una de las organizaciones que lideran el tráfico de drogas blandas se ha alzado lo suficiente para hacerse notar. Espera no tener que preparar a sus hombres para una posible guerra de poder.

Ha tenido que esperar a que su tío decidiera volver a Italia dejando vía libre para escapar a ver a su hermana. No ha demorado más los días para coger un avión con una de las identidades que guarda para estos casos. No quiere que quede registrado este viaje, ni que los Mancini tengan acceso a la casa de Los Hamptons. Seguirá con las normas de su padre con lo que aquella casa se refiere.

El viaje ha sido silencioso, Derek ha mantenido su especial compostura de no hablar si no es precisamente necesario y él ha tenido la mente activa pensando en todo lo que está por venir. Antes el plan era incluir a su hermana en su mundo, aunque fuera con otra identidad, ahora todo se ha complicado y ha tenido que asumir el control demasiado pronto. La sombra de Vito no se desvanecerá con solo pestañear, permanecerá presente y es algo con lo que tendrán que lidiar.

Ha elegido el aeropuerto más alejado de la localización de la casa, toda precaución es poca. El manejo de Derek al volante con el deportivo lo traslada a la casa en cuestión de minutos, observa

al hombre que lo acompaña sin cuestionar ninguna de sus decisiones, siempre le ha dado una opinión objetiva de los hechos, ayudándolo a decidir con precaución. Confía ciegamente en él, ha protegido su vida en más de una ocasión y es conocedor de los secretos que guardan todos los Reed. Aunque los Mancini se impongan con su apellido y su poder, él siempre será un Reed.

El frenazo del automóvil lo trae de vuelta al asiento del copiloto, abre la puerta del coche y atisba a su hermana en la entrada. Los brazos de ella lo rodean, recibéndolo con un cálido abrazo. Lo aprieta con una intensidad excesiva, ahora es su única familia y él se deja querer. Aspira con ternura el pelo de su hermana y entran al interior de la enorme casa.

—No me voy a andar con rodeos, Lena. Tanto tú como yo nos merecemos encontrar esa caja fuerte y descubrir todo lo que esconde. —Separa a su hermana mirándola bajo la luz del hall—. Si mal no recuerdo, en la casita de invitados había dos. Vamos. —Entrelaza los dedos con los de su hermana y se la lleva hasta allí seguido por sus hombres.

La hierba no ha sido cortada en los últimos años y oculta el camino de piedras que llevaban hasta la casita. Marcus saca de su bolsillo un juego de llaves que utiliza para abrir la cerradura, aunque no hayan cuidado el jardín, tenía hombres de confianza contratados para vigilar la zona de posibles robos. Había desactivado las cámaras de seguridad desde su despacho antes de la llegada de Lena a la casa, no grabarían nada de lo que suceda en estos días. Empuja la puerta que se queja por el paso del tiempo y el olor a rancio que suele tener la casa principal al estar cerrada, aquí no está. El perfume es dulce, a flores, es el aroma familiar que se respira en la casa de Chicago. James ha estado aquí.

Se adelanta a los pasos de todos yendo hasta el despacho y busca la caja fuerte que esconde una de las librerías, para su sorpresa está abierta sin nada en su interior.

—Había otra en la habitación que solía utilizar James...

Lena camina deprisa hasta llegar donde le señala su hermano y entra en el vestidor.

—También está abierta. Son demasiado visibles, ¿seguro que no había otra? ¿Alguna más? — Los nervios de Lena están a flor de piel.

Hace memoria de cada segundo que ha compartido en esa casa con su padre, las reuniones, las conversaciones de madrugada mientras Lena dormía plácidamente en su cama y cómo alteraban el curso de las cosas. Planeando cada decisión que sería tomada para el destino de su hermana. Y durante un instante, le parece contemplar las espaldas de su padre en el salón con la chimenea encendida y acariciando el cuadro de Allegra.

—Ven, creo que ya sé dónde puede estar —anuncia a la vez que coge de la muñeca a su hermana.

Ambos contemplan la imagen de su madre que les devuelve la mirada, el frío recorre la columna vertebral de Marcus al presenciar el retrato con Lena delante, es como si se mirase a un espejo. Debió de ser muy duro para su padre vivir con el recuerdo constante de lo que perdió, no una sola vez, sino dos. Pasea sus dedos por el marco hasta que da con lo que estaba buscando y mueve el cuadro hacia un lado. Ahí está, ahí estuvo siempre, la caja fuerte que contiene todo lo que le fue negado.

—Lo sabía.

Contempla el panel de seguridad y marca la fecha del nacimiento de ambos. Sin embargo, la caja no se abre.

—¿Qué número has puesto? —pregunta Lena.

—La fecha de nuestro cumpleaños, pensé que sería esa.

Recuerda uno de los códigos que usaba en las que estaban en las otras habitaciones y va decidido a probarlo. La mano de su hermana se coloca por delante para frenar ese impulso.

—Espera. —Saca de su bolsillo el camafeo que encontró en la cajita y se lo muestra a su hermano—. Papá me lo regaló hace años, pero no lo acepté en su momento y hoy lo recordé. —Lo abre delante de su hermano mostrando el interior.

—¿Qué es? ¿Una fecha? —interroga con curiosidad.

—No lo sé, pero no perdemos nada por probar.

Marcus recoge el camafeo y se fija bien en el número que está grabado «6-6-1986» presiona con cautela cada tecla esperando que sea el código que necesitan. Suspira con fuerza antes de introducir los dos últimos números, su hermana lo mira y lo hace con él. La caja se abre revelando una cantidad de carpetas en su interior, Lena no espera y lo coge todo con los nervios del día de Navidad. Descubre, entre ellos, la partida de nacimiento de Marcus Reed.

—¿Reed?

—Es el apellido de papá, siempre evitamos que supieras que no compartíamos apellidos. No era difícil, puesto que no salías de aquí cuando estabas con nosotros. —El rostro de Marcus se ensombrece reconociendo que no fueron las maneras adecuadas de ocultarle todo su pasado.

—Nunca me cuestioné nada sobre los apellidos, di por sentado que era Moore... qué ilusa fui, qué ciega estaba.

—No estabas ciega. Nosotros nos encargamos de colocarte esa venda que no te dejaba ver, Lena. —Coloca la mano sobre el hombro de su hermana para que note su contacto—. Lo siento...

—No, déjalo, ahora no. —Lo corta antes de que siga, no quiere volver a escuchar cómo se disculpan con ella una y otra vez.

Su hermana busca entre los papeles y no encuentra por ningún sitio su partida. Documentos con sellos, propiedades y sobres destinados a ella. El nombre de Lena está escrito con la inconfundible caligrafía de James, conocía demasiado bien a su hija.

—¿Qué son estos sobres? ¿Lo sabes? —Su hermana lo mira esperando hallar las respuestas en él.

—Tu pasado y la verdad —afirma Marcus.

No tenía constancia de esos sobres dirigidos a su hermana, pero no le cabe la menor duda de que encierran eso que tanto buscan. Unos años atrás, su padre le reveló la existencia de las cartas que guardaba de Allegra, sin embargo, no pensó que fueran escritas para Lena. Imaginó que eran palabras destinadas para James, y que contaban parte de su historia. Esto lo cambia todo.

Lena observa las cartas con el lacre rojo sin partir, algunas firmadas por Allegra y solo una, firmada por James. Y como si sostuviera el destino de todos los que la rodean entre sus manos, se dispone a abrirlas para revelar de una vez por todas la oculta verdad.

«Querida mía;

Si estás leyendo esto es porque tu padre fue fiel a su palabra y no reveló nuestro secreto. Ahora seguramente no esté junto a ti y miles de preguntas asaltarán tu mente, habrás llevado una vida alejada de todo, no obstante, querrás conocer la verdad y por eso has llegado hasta aquí. Si en algo te pareces a mí, me temo que habrá sido difícil mantenerte del todo apartada.

Durante meses supe que él guardaría el secreto por mí, por vosotros y por nuestra familia, pero hubo un tiempo que dudé y por eso preparé todas estas cartas. Aquí te contaré mis secretos, te revelaré mi oscuridad y, sobre todo, te hablaré de por qué te tuve que alejar.

Perdóname, era la única opción hasta que fueras mayor para comprender mejor todas las decisiones que tomamos.

Siempre velaré por ti.

No culpes a tu padre. Él solo cumplió con mi último deseo antes de partir.

Cuando fui consciente del riesgo que suponía llevar a dos bebés en mi vientre, también pensé en la posibilidad escondida tras las palabras de aquel médico que mi salud se vería afectada y cuando me confirmó que uno de los bebés era una niña, mi malestar empeoró desmoronando el mundo que siempre había conocido.

Ahora te escribo estas líneas con todo el dolor de mi corazón...».

Arias

Yo me enamoré de sus demonios, ella de mi oscuridad. Éramos el
infierno perfecto.

Mario Benedetti

*Debe ser así**James, 1989*

Se prometió que sería la última vez, perjuró que lo que sucedió en aquel jardín no se volvería a repetir, no obstante, se mentía a sí mismo una y otra vez. Cuando recibía esa llamada y escuchaba su suave voz al otro lado del teléfono, caía rendido a la tentación. No se reconocía. Lo que empezó a arder aquella noche, aún seguía calcinando sus sentidos. Con cada encuentro iba a más y era imposible negar lo que ambos sentían.

Su vida había dado un giro de ciento ochenta grados en el momento que besó sus ardientes labios. No sabía que había sentenciado a su corazón en el preciso instante que la dejó entrar en su vida. Los meses pasaban de manera tormentosa cuando no sabía nada de Allegra y no podía hacer nada para evitarlo, era la única manera de mantener aquello. El tiempo era la tortura para lo que no estaba preparado, y se le hacía demasiado pesado no hacer nada para aligerarlo o para cambiarlo. «Debía ser así», se decía a sí mismo cuando las dudas lo avasallaban.

Por ella, por los dos.

Observa todo lo que le rodea en ese piso lleno de lujos y objetos a los que jamás le dará la importancia que otros le concederían, es parte de lo que ha ido adquiriendo con cada paso que ha dado en la organización. En aquella fiesta ganaron grandes aliados y con ello su poder aumentó, irguiéndose sobre todas las bandas que intentaban conquistar la ciudad. Habían conseguido hacerse aún más fuertes de lo que ya eran, incluso los asiáticos no eran capaces de traspasar esa fina línea que antes era invisible para ellos. Solo quedaba terminar de firmar algunos documentos que les brindarían el acceso a esos altos cargos y tenerlos en la palma de la mano de una vez por todas. Ahora todo este poder no posee la importancia que tenía en antaño y es solo un mero trámite para lo que realmente quiere. Tiempo, es lo que más necesita y es de lo que más carece.

La melodía del teléfono alerta de la llamada entrante que solicita su presencia una vez más, camina decidido hasta el aparador que hay cerca de la entrada y la acepta.

—Te esperamos donde siempre. —La llamada se cuelga.

Sabe dónde tiene que ir. Levanta la vista admirando en el espejo cada detalle, el traje hecho a medida impoluto de color negro con la corbata a juego y los gemelos que ella le regaló. Pasea sus manos por la chaqueta retirando el polvo que nunca se adhiere a su ropa, pero, aun así, siempre repite ese mismo gesto antes de dar su siguiente paso. Coloca bien el nudo de la corbata y palpa sus pistolas, ocultas en la pistolera bajo la chaqueta. Sus ojos se desvían hacia el cajón izquierdo, es como si lo que contiene lo llamase desde el interior exigiendo que comprobase una vez más que todo está en su sitio. No puede evitarlo, lo abre con cuidado y la pequeña caja de terciopelo azul lo observa desde la oscuridad, acaricia con la yema de los dedos la superficie de esta. Lo que contiene dicha caja lo adquirió hace algún tiempo, fue un capricho que llamó su

atención cuando pasó por delante de aquella pequeña joyería artesana y decidió comprarlo en un arrebató al imaginar el rostro de Allegra. Cierra de golpe el cajón con demasiada fuerza, no puede permitirse ahora llenar su cabeza con estos pensamientos, tiene que centrarse en lo que debe hacer y no mostrar lo que ahora es *su debilidad*.

Él no tiene debilidades, todos lo saben. Niega con la cabeza varias veces para alejar esa frase que ahora carece del sentido que tenía antes.

Ha intentado durante el trayecto abandonar todo en aquel piso, cualquier gesto que pudiera delatar lo que con tanto ahínco han velado con una neblina, evitando su realidad a ojos de los demás. Se adentra en el garaje y estaciona en la zona destinada a su coche, junto al de Cisco. Observa entre los coches aparcados dos que no logra reconocer, no son habituales allí. Enarca una ceja al comprobar las marcas de los automóviles, *Ferrari 250 GT*, caprichos clásicos que solo algunas carteras son capaces de adquirir. El móvil vuelve a vibrar en el interior de su chaqueta, lo saca con cuidado mientras camina hacia el ascensor y descubre una llamada perdida de un número desconocido, se queda mirando ensimismado esa notificación en el teléfono.

—James.

La voz de Albert lo trae de vuelta al garaje, está justo detrás de él. Guarda el teléfono con premura impidiendo que pueda ver más de la cuenta.

—Albert. —Saluda a la vez que se adentra en el ascensor.

—¿Una llamada importante?

Arquea una ceja ante la curiosidad de Albert, no le gusta que indague donde no debe. No le gusta él.

—¿Qué haces tú aquí? —interroga, ignorando su pregunta.

Ambos se posicionan erguidos en el interior del habitáculo, reduciendo el espacio vital que los separa. Lo que más diferencia a esos dos hombres, aparte del gran tamaño de James, es el aura que desprenden, una gélida y sólida como una piedra, y la otra, con claros y sombras que se adaptan según la luz que le dé.

—Cisco me ha llamado —anuncia mientras presiona el botón de la planta trece—. ¿No te ha dicho nada? Qué raro, se le habrá pasado...

No le gusta que esté Albert presente en las reuniones, nunca se ha terminado de fiar de su presencia. Su instinto no le suele fallar. Percibe sus movimientos y cómo intenta aparentar lo que no es delante de él. Rezuma cierto olor ponzoñoso que impregna lo que toca y según transcurre los años crece por donde ha posado sus manos. Lo mira de reojo tan solo un segundo y vuelve la vista al frente estirando su chaqueta.

—Necesitará tener a alguien como tú cerca.

Las puertas se abren dando paso a la luz y la oscuridad que había en el interior de aquel ascensor parece menguar. James se adelanta a Albert dejándolo atrás, donde debe estar, ocultando su presencia con su sombra, la cual crece según avanza. El pasillo lo recibe con una fuerte luz que se acentúa a causa de las paredes blancas, el hedor a lejía traspasa sus fosas nasales al pasar por delante de algunas de las puertas que va dejando a su paso. Sabe lo que ocurre tras ellas, él mismo ha estado en su interior asestando puñetazos hasta que sus víctimas caían inconscientes bajo el yugo de sus puños. Percibe los pasos de Albert apresurándose para ir a su ritmo, sin embargo, sus zancadas son mucho más grandes, ampliando aún más la distancia entre ellos. Cruza la esquina hasta alcanzar a ver la puerta de doble hoja que lo espera al final, custodiada por dos de sus hombres, no espera a la pequeña serpiente que le sigue de cerca y abre decidido entrando en la sala que esconde esas puertas.

—Bienvenido —anuncia Cisco presidiendo la mesa alargada—. Siéntate... —Señala la silla a

su derecha, no puede evitar comprobar que la de su izquierda permanece vacía.

Según se aproxima al asiento que le han asignado, escucha la entrada de Albert en el interior de la sala. No se gira para recibirlo. Analiza a cada uno de los hombres que componen aquella reunión y descubre al dueño de uno de los *Ferrari* que hay abajo aparcado, Vito Falconeri, la mano derecha de Massimo Mancini. Si Vito está en la ciudad, sabe lo que significa esa llamada perdida, Allegra. Toma asiento sin mostrar ni un ápice lo que realmente piensa en su fuero interno, su semblante serio no se torna ni con la esperanza de volver a verla.

—Como sabéis, nuestra pequeña organización ha crecido cada día más y todo gracias al gran apoyo que nos habéis brindado todos estos años. Hemos tenido que tomar algunas decisiones drásticas, pero necesarias para poder llegar donde estamos. —Cisco pasea su mirada por la mesa dedicando unos segundos a cada uno de los presentes—. Las malas hierbas deben de ser arrancadas de raíz, por ello necesito controlar todos los rincones de la ciudad —explica con las manos apoyadas en la mesa—. Hoy firmamos un nuevo tratado con nuestros mayores aliados y, en consecuencia, me han solicitado que ceda uno de mis hombres a su causa como muestra de confianza. Un hombre que sea el enlace directo con ellos en todo momento y que esté dispuesto a todo, cuando sea necesario.

James levanta ambas cejas solo durante un instante ante la petición de los italianos, la idea vaga por su mente el tiempo suficiente para saber qué destino le tocará vivir en las próximas horas. Percibe la mirada fría de Vito por el rabillo del ojo.

Cisco empuja su silla hacia atrás y se levanta con lentitud, dando dramatismo a sus movimientos. Sus pasos son amortiguados por la moqueta raída que soporta el peso de sus pies, la poca luz de la estancia dibuja sombras en su rostro, desliza su lengua por los agrietados labios saboreando el momento. Los italianos le habían pedido un hombre de confianza y sabía a quién querían. Sin embargo, como buen jugador que era, no podía depositar toda su suerte en una sola carta y menos jugársela con los que aún podían traicionarlo. Era su imperio, lo había construido a base de muchos cadáveres a su paso, de pisar la mierda que otros habían esquivado y no cederá ante todas las peticiones que le hagan los cuatro *espaquetis* de turno. Los necesitaba de su lado, no obstante, era su juego y él tenía la baraja, él repartiría las cartas marcadas a su favor. No lo dejaría a su suerte por contentarlos, les daría lo que quieren, pero a su manera.

—Vito, después de nuestra larga conversación y de aceptar todas las condiciones... —Los ojos del nombrado se desvían hasta posarse en Cisco que serpentea entre ellos—. He aquí dos de mis mejores hombres, uno es mi mano derecha y el otro, es una pieza clave para lo que está por llegar en el futuro próximo de nuestra alianza.

James mira con suspicacia a Albert. Este le muestra una sonrisa ladina y esquivo su mirada centrándola en Cisco.

Sabe a quién quieren ellos, pero Cisco no les dará su as bajo la manga. Es demasiado importante, necesita una carta que los distraiga el tiempo suficiente para poder afianzarse con las otras organizaciones. Humedece sus delgados labios antes de continuar su discurso, sus ojos brillan con el destello de la lámpara y sus ojeras oscuras se marcan profundizando aún más su mirada. Se posiciona detrás de Albert, colocando sus huesudas manos sobre sus hombros y ejerciendo una firme presión ante la atenta mirada de los italianos.

—Albert es vuestro hombre.

La silla de Vito cae hacia atrás al levantarse de manera brusca.

—No era la persona que teníamos en mente. —Lo escruta con la mirada, apretando los labios antes de volver a hablar, dando unos pasos en su dirección.

—Me pedisteis a uno de mis mejores hombres, él es uno de ellos. ¿Qué problema hay? —

anuncia Cisco melodramático clavando la yema de sus dedos en la tela de la chaqueta de Albert.

James contempla el rostro de Albert sin sorpresa alguna ante la revelación, a saber, qué mentiras le habrá contado Cisco para tenerlo en esta posición. No comprende el juego que se tiene su jefe con él, no es el momento para dudar de sus decisiones, pero sabe que esto acarreará consecuencias. Por un instante pensó que sería el elegido para dicho papel, el giro de los acontecimientos lo comienza a turbar. Albert con los Mancini y cerca de ella, eso no le gustaba, no auguraba nada bueno y por la reacción de Vito no era lo que esperaban. Prefería mil veces ser él quien estuviera en el lugar de Albert, aunque no se pudiera acercarse a ella y no volver a tocarla, a que aquel ser respirara el mismo aire que entra en los pulmones de Allegra. Cierra los puños conteniendo la ira que se fragua en su interior.

—Ninguno —chasquea su lengua y le dedica una sonrisa arrogante—. Solo espero que sean ciertas tus palabras, Cisco —añade Vito a dos pasos de distancia de ambos—. Cumple tu parte y cumpliremos la nuestra.

—¿No hemos cumplido con nuestra palabra hasta ahora?

—Sí.

Los dos mantienen la mirada lo suficiente para denotar en lo que puede convertirse aquella reunión, una masacre. James atisba por el rabillo del ojo cómo uno de los hombres de Vito se lleva la mano a la chaqueta, él es mucho más rudo y en un solo movimiento saca su pistola apuntando en su dirección. Permanece erguido con una postura firme y el brazo rígido con el arma cargada sin dejar de encañonar a ese idiota.

—Ni se te ocurra. —James ruge sin necesidad de alzar la voz, con ese tono que lo caracteriza y por su tamaño impone con solo susurrar.

El hombre detiene su mano en el preciso instante que tocaba la culata de la pistola y la saca lentamente de la chaqueta. La tensión ensombrece los rostros de cada uno de los componentes de la mesa que han empezado a mirarse unos a otros a la espera de una orden. Cisco rompe el contacto visual con Vito y se acerca a James con parsimonia.

—Esto es solo una mera tramitación, no hará falta imponerse... ¿Verdad, Vito? —Se gira encarándolo.

—No hará falta. —Echa una mirada gélida a sus hombres expresándole con ella mucho más que sus palabras—. No hará falta esta vez. —La amenaza queda en el aire.

La mano de James sigue firme conservando la postura. Por lo poco que conoce a los Mancini a través de sus negocios y los tratos que han hecho, ha podido corroborar hasta donde son capaces de llegar por seguir controlando Chicago. Odia que Allegra esté entre ellos y por todo lo que le ha ido revelando en contadas ocasiones, mantienen arraigada sus costumbres sin importarle lo que ella decida. Le encantaría apretar el gatillo y dispararle una bala en el entrecejo, eliminarlos uno a uno; sin embargo, es una batalla que no puede lidiar él solo sin ponerla en peligro. *Su debilidad*. Baja el arma poco a poco sin perder la mirada de aquel muchacho, coloca el seguro y la vuelve a introducir en la pistolera.

—¿Estamos todos bien? —pregunta Cisco sin esperar una respuesta—. Todo aclarado.

—Cisco.

Vito se mantiene impasible con su postura erguida y esa manera altiva de mirar a todo lo que le rodea, empequeñeciendo a cualquier persona que se cruce en su campo visual.

—¿Sí?

—No faltes a tu palabra —sentencia dándole la espalda.

Una mirada de Vito a sus hombres y estos se ponen en marcha abriéndole las puertas para presidir su salida de la sala. No hacen falta las palabras para evidenciar lo que acaban de

presenciar. Un fallo por parte de Cisco, y la guerra que tanto han evitado pronto estallará.

Todo se queda en un extraño silencio sepulcral, según iban abandonando la sala aquellos hombres allí reunidos, la tensión en la mandíbula de James se hacía más visible. Aprieta los dientes manteniendo la calma hasta quedarse solos ellos tres. Desvía su mirada escrutando a Albert; está sentado con la vista fija en la puerta, evitando mirarlo, con una postura desgarrada y la espalda algo encorvada. Viste un traje oscuro similar al de él, no obstante, es despreocupado y lleva la chaqueta arrugada por la zona de la solapa con una mancha reseca, oculta por el pliegue. Esos detalles dicen mucho de la persona que tiene delante. Espera unos minutos antes de soltar todo lo que está reteniendo, gira su muñeca para comprobar el tiempo de silencio prudencial antes de hablar. Ha tenido paciencia por si era Cisco quien decidía iniciar aquella conversación.

—¿Te has vuelto loco, Cisco? —pregunta James rasgando el silencio que regía en esa sala.

Cisco, parece despertar de un letargo, se ha quedado inmóvil frente a las puertas hasta que el último hombre ha salido. Se gira con pausa relamiéndose los labios y entrecierra los ojos mirando a su mano derecha.

—No tenía muchas más opciones. —Encoge los hombros, despreocupado.

—Siempre hay otras opciones —dice James apretando los dientes.

—Esta era la mejor —escupe las palabras.

—¿Quieres iniciar una guerra con los putos italianos? ¿Con los Mancini? Sabes que tenemos las de perder si se alzan y créeme que no voy a quedarme para ver cómo el barco se hunde por tu incompetencia.

—James —sisea dando pequeños pasos hacia su dirección—. Somos fuertes y lo seremos aún más, necesitamos que estén distraídos mientras sigo jugando mis cartas.

—¿Jugando tus cartas? ¿Tu mejor carta es ofrecer a Albert? —Echa una mirada furtiva al susodicho—. Sabías que no era lo que querían y, aun así, les insultas a la cara. Esto tendrá consecuencias.

Los pies de Cisco parecen volar por donde camina, se detiene a un palmo de James y aferra la chaqueta de este tirando de las solapas lo justo para que se tenga que rebajar a su altura. Cisco es un hombre de estatura media, aunque debido a un problema en su columna vertebral su espalda estaba cada vez más encorvada y su postura era similar a la de un *wendigo*, incluso el brillo de sus ojos se le asemejaba, es una criatura oscura que no pertenece a este mundo. Los huesudos dedos se entrelazan con la tela y rasca con sus uñas la superficie, originando ese sonido que causa escalofríos.

—Albert lo hará bien. —Su voz araña el aire que los separa—. No me cuestiones James, no pensaba entregarles lo que me pedían sin recibir nada a cambio. ¿Quién sabe qué sucederá cuando tenga todo lo que preciso? —La tenue luz crea un destello en los ojos de Cisco que relampaguea contra el azul zafiro.

La mano de James va hasta su pecho atrapando la de Cisco. La aparta con suavidad sin soltar en ningún momento el encadenamiento al que está sometido con la mirada amenazadora de su jefe. Una moneda de cambio, así es como los ve, prescindibles, como simples herramientas abandonadas en un garaje a su suerte. Aprieta instintivamente la mano que lo apresa, el crujido se hace notar, aunque Cisco no lo muestre en su rostro. El móvil de Albert comienza a sonar y este parece haber resucitado de la muerte en la que estaba sumido, lo coge sin prestar atención a ninguno de los dos hombres que están junto a él en esa habitación. James afloja su agarre para liberar la mano de su jefe, no sin antes añadir muy cerca de él.

—Devorarás todas esas riquezas que precisas, pero las vomitarás y entonces, vendrán las ratas a comerte las entrañas —susurra, evitando que Albert pueda escuchar nada.

—¿Me estás amenazando, James? —Lo mira escéptico.

—No, te estoy advirtiéndote de lo que sucederá como sigas por este camino. Ambos conocemos el destino que nos aguarda por ese sendero codicioso que has elegido.

—Por eso te elegí a ti como mi mano derecha, no temes enfrentarte a nada —añade en el mismo tono salpicando con su saliva al susurrar las últimas palabras mientras la punta de su pistola presiona sobre la pierna de James, lo suficiente para que se percate de ello—. Confía en mí, todo saldrá como está previsto.

Albert presencia a ambos con un semblante hosco.

—Cisco, nos esperan —anuncia.

Una última mirada centellea entre esos hombres tensando el ambiente hasta el último segundo que comparten en esa sala. El juego que se trae Cisco no albergará nada bueno para todas las bandas que están bajo su ala, cualquiera que vea los cañones resonar se alejará hacia el ejército más fuerte y no son precisamente ellos, todavía no. Duda un instante de los motivos de su jefe para originar una guerra en este preciso momento, detalles que se le hayan podido escapar o solo es tan necio por la avaricia de querer más poder, que cometerá los errores sin ser consciente de ello. Sea lo que sea tiene la corazonada de que pronto lo sabrá, es como el dolor de un miembro fantasma que se apresa de todo su ser.

James se queda en la soledad de aquella habitación y se acerca hasta una de las ventanas del fondo que dan a la calle. Su móvil comienza a vibrar durante unos segundos, lo retiene en sus manos y vuelve a observar el número desconocido.

Sabe dónde tiene que ir, sabe que estará allí.



Conduce con el torbellino de pensamientos acompañándolo hasta el apartamento que adquirió cuando vio el cariz que estaban tomando las cosas. Necesitaban un lugar donde acudir sin estar expuestos, donde solo fueran ellos dos. No dudó en comprar aquel apartamento a nombre de una de las identidades que usaba sin antecedentes, en un sector de la ciudad alejado del tránsito de personas con las que comparte algo más que negocios. El edificio estaba rodeado de zonas comerciales con amplios aparcamientos llenos de árboles que lo escondían de las miradas y acceso a un parking subterráneo. Lo que más llamó su atención era que el piso no parecía lo que aparentaba por fuera. El tipo al que se lo compró, le urgía venderlo al primero que apareciera por la puerta y tuvo la suerte de ser él. Lo había reformado hacía poco y estaba completamente equipado con todo tipo de las últimas tecnologías, un obseso de la electrónica que se dedicaba a grabar todo lo que sucedía en su entorno. La fachada por fuera solo mostraba un edificio familiar de clase media con un garaje interior que daba acceso al ascensor hasta el ático donde residía su apartamento. Era la perfecta tapadera.

La oscuridad del garaje lo ciega momentáneamente, sus ojos se adaptan con rapidez y localiza la plaza más apartada. Ha dado varios rodeos por toda la manzana antes de internarse en el subterráneo, toda precaución es poca cuando se trata de ella. El único momento donde siente de verdad que su corazón rompe a latir es en el inminente encuentro con sus ojos grises, cuando percibe el calor de su cuerpo al acercarse y aspirar ese perfume que lo vuelve loco de manera irracional.

Está frente a la puerta con las llaves en las manos, procuró no tener vecinos que compartieran la misma planta que ellos, comprando también el piso de enfrente. Los precios eran bajos y aprovechó la ocasión para preservar más aún toda la privacidad que ambos necesitan. La puerta se abre sin previo aviso y sus ojos chocan con el gris frío de Allegra, su cuerpo se congela al impacto de esa mirada. Ella reacciona efusiva y tira de la corbata de James atrayéndolo al interior del apartamento y de un salto enrosca las piernas alrededor de su cintura, el calor que emana el cuerpo semidesnudo de Allegra es como meterse entre las llamas, aunque se quema con el tacto de su piel no puede evitar tocar cada centímetro de ella. Cierra la puerta con el talón y abandona la chaqueta en el suelo sin miramientos, el tiempo que tiene es efímero. No desaprovechará ni un segundo a su lado.

Allegra enmarca la cara de James entre sus manos mientras camina con ella aferrada a su cintura. Había echado de menos tener tan cerca a su titán de piedra, añoraba sentir el duro frío que laceraba su piel y colisiona contra su boca deseando saborear esos labios que la hacen olvidar todo lo que la rodea. Durante las horas que comparten no hay nada más, los minutos que viven es pura fogosidad y la sensación de ingravidez que siente entre sus manos es algo indescriptible. Estos momentos eran suyos, de nadie más.

—*Titano*, has tardado demasiado... —jadea en su boca, ávida de él.

—All... —La lengua de ella lo interrumpe penetrando en su interior, luchando contra la suya y profundizando en ese beso que lo arranca de la realidad.

Percibe el corazón de ella latiendo errático y sus gemidos ahogados lo están haciendo enloquecer. Con cada encuentro es peor, el infierno que han liberado en la tierra se escapa de su control y ambos no son conscientes del caos que acaban de desatar entre sus cuerpos. Las manos delicadas de ella comienzan a desabrochar cada botón de la camisa, al principio con cuidado y luego de manera salvaje, arrancando la tela que le estorba en un arrebató animal. James desata su corbata dejando su camisa caer por el camino, las uñas de Allegra recorren el pecho de él mientras saborea con su lengua cada cicatriz que hay dibujada por toda su tersa piel. Apresa con intensidad el muslo de *su debilidad* pegándola contra su dureza y ella responde con un provocador movimiento de cadera. Solo podía pensar en arrebatarle el camisón con el que lo había recibido, arrancarlo de su cuerpo y dejarla expuesta para él. Se besan hambrientos de deseo, se alimentan de sus bocas y beben a través de sus lenguas. Degustando el sabor del otro con una furia sosegada.

Llegan con pasos apresurados hasta el dormitorio, James deposita el cuerpo de Allegra sobre la cama sin que ella le libere de la prisión de sus piernas. La mano de él va subiendo por su muslo con pausa sin dejar de penetrar en esos ojos grises que lo tienen hipnotizado, llega hasta su ropa interior desgarrándola de manera violenta.

Allegra separa sus muslos con un descaro que lo invita a seguir su juego y en sus labios se dibuja una sonrisa sensual, ansiando que dé un paso más en su tortura. James se separa lo justo para deshacerse de su cinturón y bajar el pantalón junto con el bóxer, la única prenda que los separaba, sin quitarle los ojos de encima. El rostro de ella está encendido por el rubor de sus mejillas y el brillo intenso de su mirada prendida en llamas, aviva un fuego del que solo existe una manera de apagar. Primero con pequeños mordiscos por sus muslos, siguiendo el camino que lleva hasta su sexo, alza la mirada impactando con la de Allegra. Le sonrío con chulería volviendo por donde han pasado sus labios, raspando con su barba incipiente y provocando que se escape un quejido de los labios de su amada, decepcionada, por no detenerse ahí entregándole lo que tanto ansía.

—*Io sono tua e tu sei mio* —ronronea en italiano.

Esa frase susurrada por la sensual voz de Allegra, activa sus sentidos más fieros. No da más rodeos, no más juegos, necesita fundirse con ella. Sentirla suya. De un envite la penetra moviéndose dentro de ella, provocando que su cuerpo explote en un mar de sensaciones. Tras todos estos encuentros conoce a la perfección cada centímetro del cuerpo de Allegra, sabe cómo tocarla para hacerla estallar de placer.

Allegra pierde la noción del tiempo al sentirlo con embestidas cada vez más profundas e incansables en su sexo. Cierra los ojos dejándose arrastrar por todo lo que este hombre le provoca y arquea la espalda para recibirlo mejor. Sus gemidos son melodía para los oídos del titán que embiste con más fiereza. El placer que le provoca es demasiado abrumador, no puede más y explota arañando su espalda, marcándola con pequeños hilos rosas que no tardan en enrojecer. Es suyo, de nadie más. Su titán. Absorbida por la lujuria, sigue percibiendo el movimiento de él en su interior, sin tregua y sin descanso, apretando los dientes, conteniendo su orgasmo para prolongar su encuentro.

—*Il mio titano* —susurra lasciva sin dejar de mirarlo.

James no puede contenerse por más tiempo, quería alargar su placer acariciándola mientras aún estaban sus piernas temblando y notaba como su sexo seguía humedeciéndolo, era insaciable. La mirada de Allegra le reta a despertar su parte más animal, así que lo libera de una vez por todas de su prisión, provocando que sus acometidas se vuelvan más fieras, más duras y más rápidas. Estalla en su interior dejando escapar un gruñido gutural a la vez que ella vuelve a gemir abrumada por el placer de un nuevo orgasmo.

Los rayos de sol comienzan a filtrarse a través de las cortinas, se han dejado arrastrar por la pasión y las horas se han desvanecido sin que se dieran cuenta de ello. Contempla el cuerpo desnudo de Allegra pegado a él con una pierna entrelazada con la suya, acaricia con mesura el cabello negro azabache de aquella mujer que le ha robado la razón. Percibe el movimiento de ella desperezándose del sueño en el que estaba sumida, su corazón latía rítmicamente con el de él y ahora de repente parece alterarse.

Allegra levanta la cabeza con rapidez y mira a su alrededor, siendo consciente de que ha pasado más tiempo del que tenía previsto. Debía de controlarlo, no obstante, cuando estaba con él, todo dejaba de existir.

—*¡Merda!* —Mira con fijeza los ojos de James, al que parece divertirle la situación—. James, sabes que no puedo quedarme a dormir. ¿Por qué me has dejado? —Golpea el pecho desnudo de su titán.

Se levanta alejándose de él, dejando un frío helado que eriza cada poro de su piel. No ha querido despertarla, la necesitaba a su lado y sabía que cuando se diera cuenta del tiempo que llevaba aquí, sucedería esto. Alarga el brazo intentando agarrar la mano de ella, sin embargo, se le escapa en el último momento.

—Estabas agotada... —dice penetrándola con la mirada y con una sonrisa picarona.

—No puedo, lo sabías desde el principio. —Niega varias veces con la cabeza—. Esta es la última vez —sentencia.

—Siempre dices eso y vuelves otra vez a mí —confirma sosteniéndole la mirada.

—Esta vez es cierto. No podemos vernos más... —asevera buscando su ropa evitando sus zafiros.

James se levanta de la cama yendo tras ella y la abraza por detrás, mece su cuerpo entre sus grandes brazos mientras le susurra ronco en su oído:

—Nunca debimos, pero lo hicimos. —Ella cierra los ojos—. Siempre es la última vez y siempre vuelves, una y otra vez... —La piel de Allegra se eriza al percibir la humedad de su

aliento, no puede negar lo que es tan evidente, no obstante, le importa demasiado—. Ambos estamos ya perdidos.

Allegra se gira para encarar a su titán, ese que le ha robado la cordura, por el que ha sentenciado su existencia y sabe las consecuencias. Son conocedores de los riesgos de ese amor prohibido que ambos siguen ocultando y que continúan alimentando. Aunque estén cerca, hay una gran distancia que los separa, una que no pueden obviar. Tarde o temprano tenía que acabar. Lleva su mano hasta la mejilla de James, él cierra los ojos al recibir su contacto.

—Debe ser así. No podemos vernos más, esta era la última vez. Sé que lo he dicho otras veces, pero esta vez es distinta... —James abre los ojos y la mira con detenimiento—. Es como si el tiempo fuera a cambiar y una vieja herida me lo hiciera notar con cada día que pasa. —No aparta la mirada, necesita que la ayude a dar este paso—. *Ti amo tanto, titano*, duele.

—Mi amor por ti no tiene límites, haría cualquier cosa por tenerte junto a mí. —El brillo de los ojos de James se intensifica al impactar con los de Allegra—. Haría arder el mundo por ti.

—Para, no me lo hagas más difícil, *per favore*.

Mantiene la mirada con ella percibiendo su malestar. Hay algo diferente en esta petición, algo que, él mismo ha intuido antes de llegar aquí. Es como aspirar el aroma almizclado en el aire antes de una tormenta.

—Allegra... no diré nada más. Sabes cómo encontrarme. —No le insiste, intuye que hay mucho más que no le quiere contar.

—Gracias.

Una lágrima silenciosa dibuja un camino invisible por su mejilla y esta centellea un segundo con un rayo de sol que atraviesa el cristal. Cierra los ojos con fuerza conteniendo las que quieren brotar tras la primera. Se gira localizando su bolso y va a por él sin volver la vista atrás. Aferra con fuerza el pomo de la puerta, su respiración se vuelve profunda y muerde su labio dominando las ganas de darse la vuelta. Deja escapar el aire que retenía en sus pulmones y abre saliendo de aquel piso una vez más. Cada vez le resulta más doloroso salir de allí, con cada portazo que da a esa maldita puerta acorta el tiempo que le quedan a ambos.

No pueden, no deben.

Debe ser así.



Comprueba la hora otra vez, confirmando que Cisco se está retrasando. Algo ha fallado, nota que el ambiente está demasiado pesado. Los rumores entre las bandas sobre el control de la droga están corriendo como la pólvora. Los italianos no se quedaron contentos tras aquella reunión. Expresaron claramente sus intenciones cuando exigieron al mejor de sus hombres como muestra de confianza a cambio de la droga. No hacía falta decir su nombre para conocer la respuesta de lo que pedían por seguir manteniendo los lazos fuertes. Lo querían a él.

La puerta se abre con brusquedad y la figura encorvada de Cisco entra, es como si los años hubieran consumido su piel en cuestión de días. No ha pasado ni dos semanas desde la reunión, pero en su rostro parece que han pasado décadas y las arrugas que suele tener bajo las ojeras están aún más marcadas que de costumbre.

—Hay algo que no te he contado —escupe nada más cerrar el pestillo de la puerta.

—¿Algo? Creo que son muchas las cosas que no me has contado —inquire James.

—Todas las organizaciones tienen sus sombras, James —añade moviendo las manos con nerviosismo—. ¿Recuerdas a *Fiodor*?

—Sí. —Lo mira inquisitivo—. ¿Qué tienen que ver los rusos con esto?

—Pues mucho, me temo —explica con parsimonia, aunque sus manos lo delaten—. Tenía un trato con ellos por la droga...

—¿Qué has hecho, Cisco? —James pierde los papeles dando un sonoro golpe contra la mesa, fijando sus ojos llenos de ira en aquel ser que no es capaz de devolverle la mirada—. Sabías que los Mancini no hacen tratos con los rusos y menos con Igor. Es una guerra perdida que debíamos respetar y no nos salpicaría. —La sangre le hierve enrojeciendo su rostro—. Has sentenciado a Albert.

—Era reemplazable. —Camina de un lado a otro de la sala—. Necesitábamos tiempo y tendríamos la fuerza necesaria para prescindir de los putos *espaguetis*, todo estaba yendo como la seda. La droga por armas y por activos que se unirían a nuestra causa. Casi lo teníamos. Estaríamos donde debíamos estar, en lo alto —sisea mortífero, ansioso de poder, con ese brillo en los ojos que lo hace parecer esa criatura de la noche—. Los enemigos de mi enemigo, son mis amigos. Los malditos italianos querían todo lo que yo construí, no podía permitirlo.

El teléfono de Cisco comienza a sonar, lo coge del interior de su chaqueta y su rostro palidece durante unos segundos. Lleva sus pies hasta la puerta donde retira el pestillo con las manos temblorosas sin dejar de mirar la pantalla. Es la primera vez que lo ve en esa tesitura, ha traicionado a su palabra, no solo una vez, sino dos. No habrá una tercera, no habrá perdón y él lo sabe.

En ese mismo instante su móvil vibra un par de veces, no quiere perder de vista a Cisco, así que lo mira solo un momento para verificar la llamada y contempla el número desconocido parpadeante. No puede ser, ha pasado muy poco tiempo desde la última vez que se vieron, aunque le dijera que no se iba a repetir más, sabía que en un mes la volvería a ver. Pero ahora, era demasiado pronto.

Las puertas se abren delante del rostro de Cisco, cuatro de sus mejores hombres aparecen frente a él. Uno de ellos se acerca y le susurra algo en el oído, la sangre parece evaporarse de su lánguido cuerpo. Este lo mira con los ojos muy abiertos y dirige una mirada furtiva a James antes de desaparecer de allí. No le gusta nada lo que acaba de presenciar. Saca de nuevo el teléfono para confirmar lo que ha visto, el número desconocido sigue ahí. «Allegra...».

Ha conducido hasta el piso, no sin antes dar sus vueltas de rigor, algo le huele mal. Abre la puerta con sigilo sin hacer ningún ruido, el piso está oscuro y vacío, no hay presencia de Allegra. Entra cerrando a sus espaldas, realiza una inspección por si encontrase algo fuera de lugar y va hasta la sala donde el anterior inquilino tenía su pequeña sala de control. Las cámaras no reflejan la llegada de nadie inusual al edificio, ningún coche sospechoso en el garaje en las últimas horas... Hay algo que se le escapa. El bolsillo vibra con insistencia, lo palpa en el interior y lo atrapa contemplando la llamada entrante. «Cisco».

—¿Qué quieres? —espeta furioso.

—*Lawndale*.

—¿Ahora?

—Ven solo. Tienes una hora. —La llamada se cuelga.

La voz de Cisco sonaba opaca, sin vida. ¿Qué cojones hacía en aquel lugar? *Lawndale* era un viejo teatro que fue abandonado a su suerte hacía ya muchos años. Un lugar de una belleza única, ahora consumido por el paso del tiempo, deteriorado y carcomido por todos los espíritus de las

personas que pasaron por allí.

Ha aparcado unas calles más abajo de la zona cercana al teatro y camina hasta allí observando todo lo que le rodea, coches aparcados, paseantes y los edificios cercanos. No le gusta, va solo y aunque está armado, está solo en esto. Descubre por un lateral una lona a medio caer que oculta lo que aparenta ser la entrada del teatro, le extraña no ver el coche de Cisco cerca. Las calles están demasiado silenciosas y según se aproxima a la abertura por donde va a internarse, le parece que las personas que antes caminaban por las aceras se han esfumado. Saca su arma antes de traspasar ese umbral que lo lleva al interior. Todo está oscuro, en calma, algunas luces de la calle se filtran por las aberturas de lo que antes fueron grandes cristalerías de hermosos colores, ahora rotas en pedazos y estrelladas contra el suelo, salpicándolo en una alfombra de cristal. El deterioro del interior es como observar la decadencia de la riqueza, todo el esplendor que debió de tener ahora cae en jirones de papel de sus paredes, moquetas raídas arrancadas y embutidas en un olor nauseabundo. Unas ratas se cruzan en su camino huyendo de algo y decide seguir por ahí, sea lo que sea, debe ser por la razón de que él esté aquí.

Un sonido sordo lo alerta de movimiento en el piso superior, en la zona que lleva a los palcos. Sube las escaleras medio derruidas que se encuentra a su derecha, la madera se queja del peso de su cuerpo con cada paso que da, advirtiéndolo de que podría ceder en cualquier momento. Llega arriba, pega su espalda contra la pared y espera en silencio. Aguza el oído y escucha lo que parecen ser susurros.

—Entra, James —apremia la voz de Vito desde el otro lado.

Retira el seguro de su arma antes de pasar por el marco de la puerta, una sala de techos altos y paredes rojas como la sangre lo recibe. En el centro de la gran habitación, unos focos apuntan a una silla donde está sentado un Cisco en unas condiciones deplorables. Observa a varios hombres armados, apostados alrededor de la sala y a Vito, en el centro, con un semblante hosco que lo mira desafiante. Mira de reojo la cara de su jefe llena de sangre supurante y un ojo bastante hinchado. El traje de chaqueta está lleno de salpicaduras rojas y una gran mancha oscura crece en su pantalón. El hedor llega hasta sus fosas nasales, sustituyendo el olor que antes presidía a rancio al entrar en esa sala.

—Bienvenido, James. —La sonrisa de zorro que posee Vito crece de manera diabólica.

No responde a sus palabras manteniendo los labios sellados, prefiere conservar el silencio hasta que le expliquen qué hace él aquí. No dará un paso en falso. Sabía que pasaría esto, no se juega y se traicionan a los italianos sin consecuencias. La traición se paga con sangre, no importa que sea pequeña o grande, el pago debe de hacerse. No puede esquivar la imagen de Allegra y su papel en aquella condenada familia.

Cisco tose un par de veces expectorando sangre y deja caer la cabeza laxa a un lado.

—¿Te gusta lo que ves? —pregunta Vito caminando hasta James abriendo los brazos—. Es lo que pasa cuando uno se cree más listo que el zorro... —Palmea la mejilla de Cisco cuando pasa por su lado—. La traición se paga.

Vito se posiciona frente a él, no cambia su postura, no se dejará intimidar por toda esta escena que han montado. Rota su cuello a ambos lados, crujiéndolo, coloca ambas manos por delante, cruzándolas por lo bajo con el arma y el dedo sobre el gatillo. No se fía, quiere estar preparado.

—Todo muy teatral.

—¿Te gusta el lugar? Era perfecto para el acto final. —Sonríe ladino Vito.

Cisco parece abrir los ojos, su cuerpo tiembla y lucha por quitarse las bridas que lo amarran a la silla. Mira confundido a su alrededor y sus ojos se abren mucho al descubrir a James a dos pasos de él. Este le devuelve la mirada solo un momento y vuelve a centrarse en Vito, que sigue

en la misma postura.

—Perfecto, se ha despertado... —Se coloca en el centro, entre Cisco y James—. ¿Ahora qué debería de pasar? ¡Ah! Sí, mávalo, James —ordena en un rugido oscuro.

Los ojos de Cisco miran a James implorando algo que no puede hacer, Vito es astuto, demasiado, y tenía todo planeado desde el mismo día que lo insultó con Albert. Sin embargo, su jefe tuvo que cagarla aún más haciendo negocios con los rusos. No podías joder a los Mancini, porque ellos te joderían a ti de manera vil.

—¿James? Acaso no he hablado claro —asevera.

—Vito, pue-doo arre-glarlo —escupe Cisco entre esputos de sangre, en busca de una redención que no hallará—. Dame... tieeem-po

El italiano parece perder la poca paciencia que tiene poniendo los ojos en blanco y chasquea los dedos mirando a sus hombres, uno de ellos viene portando una caja de cartón y la coloca a los pies de Cisco, revelando su interior. La cabeza sangrante de Albert los mira con los ojos apagados.

—La traición se paga con sangre. —Realiza una pausa dramática—. Aliarte con esas alimañas... —Niega un par de veces con la cabeza—. Lo sabías y, aun así, nos traicionas a la cara con semejante insulto.

Da una fuerte patada a la caja consiguiendo que se tumbe, liberando así la cabeza que yacía en su interior, esta sale rodando hacia un lado mostrando un espectáculo dantesco.

—Por fa-vor —suplica Cisco.

Los pasos de Vito se dirigen hasta James y se coloca muy cerca de él para susurrar unas palabras que le hielan la sangre.

—Ella está aquí. —La frase entra en sus oídos, desgarrándolo como si fuera un cuchillo candente—. Hazlo.

James levanta ambas manos apuntando al que era su jefe, manteniendo la calma que precede a la tempestad y durante unos segundos quiere cambiar el destino de la bala, no obstante, no puede hacer nada. La frase que le ha susurrado lo cambia todo. Lo sabe, la matarán, no se irá sin luchar por ella, aunque sea lo último que haga. *Su debilidad*. Aprieta el gatillo y de un disparo certero la bala se abre paso entre ceja y ceja, arrancándole la vida a Cisco.

La mano de Vito palmea su hombro.

—Traerla, *andiamo!* —Chasquea los dedos en el aire.

—¿Quién ha sido? —pregunta James empuñando aún su arma, cree conocer la respuesta, sin embargo, necesita que se lo confirme.

—¿Quién? Tienes su cabeza a tus pies... —Sonríe Vito mostrando todos sus dientes.

James baja la vista hasta la cabeza decapitada de Albert y aprieta la mandíbula dominando su furia. Sabía que no podía confiar en él, siempre mantuvo distancias, y, aun así, estuvo esperando el momento acechando en las sombras hasta poder traicionarlo.

—Veo que no te sorprende. —Da un par de pasos hasta llegar a la cabeza, coloca el pie sobre ella y presiona con fuerza sobre la mejilla de Albert—. Este bastardo te odiaba. Estaba deseoso de escupir todo el veneno que lo consumía por dentro. Cuanto más sangraba, más revelaba, disfruté muchísimo torturándolo y amputando cada uno de sus miembros, chillaba como un puto cerdo por su vida. —El reflejo de la luz impacta contra la mirada de Vito, dándole un aspecto siniestro—. Me confesó entre alaridos desesperados todo lo que vio aquella noche y que fue él quien realizó esa llamada a Massimo, alertándolo sobre la traición de su hija a la familia. —De una patada aleja la cabeza de él—. Te he hecho un favor matando a ese hijo de puta traidor.

Cinco hombres aparecen trayendo, a la fuerza, a Allegra que no para de proferir insultos a todo

el que la toca. Le da igual las armas que la tengan apuntando, no contiene su lengua y los desafía con una mirada fría. Sus ojos se encuentran con los de James y ambos son conocedores de lo que les espera en aquel teatro, la ironía de su desdicha. En un teatro se conocieron y en un teatro acabará todo. Vito saca su arma con un movimiento preciso apuntando a Allegra, y James actúa en un acto reflejo apuntándolo a él. Lo mataría si fuera necesario.

—Todas las sospechas quedan confirmadas. —Los hombres de Vito apuntan a Allegra y a James—. *Cazzo di puttana*, has faltado a tu palabra y encima... has mancillado el nombre de los Mancini quedándote preñada. —Una sonrisa afilada se alza en las comisuras del italiano, mirando fijamente a James—. ¡Oh! ¿No lo sabías? Qué descuido por mi parte soltar la noticia de esta manera. —Vito posa su mano de manera sobreactuada sobre la boca ante la falsa sorpresa, saboreando el momento, la risa oscura y ronca reverbera contra las derruidas paredes de aquel teatro, magnificándola y grabándose a fuego en sus mentes.

Un relámpago impacta de lleno en la columna vertebral de James al escuchar la noticia. No puede ser, mira a Allegra en busca de alguna respuesta, aunque sea con la mirada y solo encuentra unos ojos anegados en lágrimas, negando con la cabeza una y otra vez. Musitando con sus temblorosos labios un «lo siento». No le importaba morir hasta que la conoció a ella y ahora solo quiere sobrevivir para protegerla. Ahora comprendía la tristeza en sus ojos grises antes de marcharse por la puerta aquella mañana, lo quería proteger alejándose de él. Tensa su mandíbula, lleno de rabia, conteniendo la ira que va subiendo por su garganta, calcinándole por donde pasa.

—¿Sabías, James, que nuestra querida Allegra estaba prometida? Massimo, se había encargado de entablar un buen futuro para ella y para los negocios de la familia Mancini... Una unión entre clanes que ha destrozado ella solita —escupe al suelo mirándola con repulsión—. Debería matarte aquí mismo, sin embargo, tu padre tiene otros planes para ti gracias a tu error, algo bueno había que sacar de todo esto. Serás desterrada de Italia y tendrás que pagar tu deshonra con tu propia sangre. El pacto que teníamos con los Carusso se mantendrá, pero le pasaremos el legado al bastardo que llevas en el vientre; si es niña se casará con el menor de los Carusso ocupando el lugar que le correspondía a la fulana de su madre. —Le dedica a James una mirada llena de veneno—. Y tú, ahora que Cisco nos ha dejado, ocuparás su lugar en la organización liderándola desde lo más alto y nosotros seguiremos manejando los hilos como siempre. Vas a tener lo que siempre has querido, James, poder.

James aprieta los labios y aferra el arma como si le fuera la vida en ello. Vito lleva sus pies hasta donde está Allegra y coloca su arma en la sien de esta, apretando con el cañón sin soltar la mirada gélida de James, el cual no ha parado de apuntarle aun teniendo varias armas en su dirección.

—¿Algo que objetar? —Una sonrisa demente aflora en los labios de Vito—. Así me gusta.

Sopesa varias posibilidades y todas terminarían salpicando a Allegra. El flujo de pensamientos por buscar una solución es apabullante. Sus ojos siguen fijos en la imagen que tiene frente a él, está tan concentrado apuntando a Vito que no ha advertido la presencia de la persona que se ha aproximado por detrás. Uno de los hombres de Vito encañona a James desde la espalda, clavándole la punta del arma, no puede luchar contra todos sin que ella salga herida. Aprieta con fuerza la empuñadura de la pistola dominando su furia, moriría por ella si con ello la protegiese. Pero ahora todo había cambiado, una nueva vida se gestaba en el interior de Allegra y con ello su instinto de protección se acrecentaba, ahora eran dos las vidas que dependían de él. Las protegería a toda costa. Guarda su arma, resignado.

—¿No queráis estar juntos? —pregunta con un tono oscuro que no deja lugar a dudas de la locura de esa familia. Arrastra a Allegra por los restos de moqueta y la empuja contra James

como si fuese burda basura—. Ahora lo estaréis. —Escupe a los pies de ambos—. *Benvenuto nella nostra famiglia*, James.

James la agarra para evitar que caiga y ella se empequeñece en sus brazos posando sus manos en su vientre. Ambos se miran y sin palabras se dicen todo lo que necesitan. Un trueno impacta cerca del teatro rompiendo en una lluvia torrencial que atraviesa los resquicios del techo del teatro, la cortina de agua comienza a caer de manera violenta entre las vigas de madera podrida, mojando todo a su paso.

Vito coordina a sus hombres que recogen el cuerpo sin vida de Cisco y les dedica una mirada llena de odio.

—*Arrivederci*.

La noche se torna más oscura de lo que ya era, James rodea el cuerpo de Allegra entre sus brazos protegiéndola de la lluvia que arrecia contra ellos. Los relámpagos caen sin tregua, iluminando por momentos aquel lugar de muerte que comparten y sus lágrimas se diluyen como los sueños que antaño crearon. A sabiendas de lo que podría pasar, jamás imaginaron que llegarían vivos hasta aquí. Una luz de esperanza se alza ante ellos con una gran sombra oscura que se cierne sobre su vientre, ahora alberga una vida que, por la maldición de su sangre y su apellido, ya tiene su destino escrito.

Recitativos
Acto 4

Hasta el final

«Es difícil resumir en estas cartas todo lo que supuso nacer en la familia Mancini, tener esa maldición que corre por tu sangre, solo por ser mujer.

Te contaré cómo yo lo viví.

Fui una niña «feliz» hasta que tuve consciencia de lo que sucedía a mi alrededor. Mi cuerpo abandonó la candidez, alzándose en una adolescencia temprana. Ahí fue el inicio de todo, donde mi velo cayó, descubriéndome lo que siempre había obviado.

Mi destino estaba pactado desde el mismo momento que había nacido siendo mujer. La descendencia de los Mancini era un dado al azar, rara vez nacía un varón entre ellos, cuando eso sucedía el apellido Mancini cobraba fuerza, en cambio, cuando nacía una niña se debilitaba y tenían que tramitar con premura un matrimonio que afianzara a la familia otorgándoles poder y posición. Mi padre, Massimo, venía de una familia de cinco hermanas, en él recaía el peso por mantener el apellido y cuando yo nací, me maldijo con toda su alma. Siguió buscando con ahínco un varón que nunca llegaba, los constantes abortos que sufría mi madre apagaban lentamente su vida. Y cuando menos lo esperó, volvió a quedarse embarazada, y esta vez, del varón que tanto ansiaban. Pero el destino es caprichoso y las fuerzas de mi madre se extinguieron llevándola hasta la muerte tras el alumbramiento del único niño que germinó en su vientre, un niño que nació muerto.

Como puedes comprobar, no tenía opción, el legado de los Mancini caía sobre mí. Aun así, me negué y luché, como nadie hizo antes en la familia, mostré mi carácter fuerte sacando uñas y dientes.

Quería decidir, quería enamorarme, no quería ser la sombra de nadie.

La ironía de la vida, cuando en mi camino se cruzó aquel titán que proyectaba una sombra capaz de cobijarme en ella, ocultándome de las miradas inquisidoras de mi familia. No lo había planeado, no lo había pensado, pero conocerlo supuso un cambio en mi vida y fui egoísta teniéndolo, aunque fuera a escondidas.

Fueron momentos muy felices, compartir con él mi desdicha y sonreírle a la muerte que tarde o temprano nos llegaría.

Mi razón me pedía que lo alejase para siempre, en cambio, mi corazón me clamaba estar a su lado, pasase lo que pasase. Así cometí el error de entregarme en cuerpo y alma al amor de mi vida, sentenciando a ambos con mi maldición.

Una llamada anónima fue la que alertó a mi padre de mi deshonor, una excusa más para condenarme. Aquella fatídica noche donde todo se descubrió, la traición y la falta de honor solo tenía una salida en mi familia, entregar mi vida. No hicieron falta mis palabras para descubrir la verdad.

Todo sucedió a cámara lenta. Aún percibo el olor que presidía en la habitación, el aroma de

los crisantemos inundaba mis fosas nasales mientras aceptaba mi final y la música clásica anunciaba lo que estaba por llegar. Mi padre alzando la pistola, apuntándome, y en su interior una bala con mi nombre. Toda mi vida danzó por delante de mis ojos; nos vi siendo felices sin nada a lo que temer, las sonrisas ocultas tras aquellas paredes, las promesas que jamás podríamos cumplir y la luz del sol acariciando el rostro de un bebé entre mis brazos junto a él. Actué, no lo pensé y protegí mi vientre en un acto reflejo. Recordaré siempre la mirada que me arrancó el alma en ese preciso instante, un atisbo de esperanza se iluminó en el rostro de mi padre. Bajó el arma y mis lágrimas brotaron silenciosas, mostrando lo que para siempre sería mi debilidad.

Jamás lloré en su presencia, jamás quise mostrar una debilidad que pudiera usar en mi contra. Y ahí estaba yo, de rodillas, aceptando la muerte, asumiendo la responsabilidad de las consecuencias que tanto tiempo había evitado, pero mi cuerpo me traicionó actuando en ese momento protegiéndolos.

No sabía hasta qué punto había cometido un error.

Massimo nos «mató» a ambos con nuestro amor.

No nos dieron opción, si no aceptaba, lo matarían a él. Y si James no aceptaba, me arrancarían para siempre de su lado hasta el nacimiento de la criatura que llevaba en mi vientre y entonces, moriría yo. La traición se pagaba con sangre, mi sangre.

Accedimos a lo que sería nuestra nueva vida.

James sería la voz de los Mancini en Chicago, manejado por esos hilos invisibles que no pretendían cortar, lo habían querido desde el mismo día que observaron su gran potencial. Él era como el hijo que mi padre anhelaba, sin querer se lo había entregado en bandeja de plata cuando mis ojos se posaron en aquel titán. Un matrimonio que otorgaría otro tipo de poder a la familia Mancini y un bebé con una vida ya pactada.

Yo me vi relegada a volver a aceptar un destino impuesto por la sangre; si nacía una niña se la llevarían para criarla en Italia, ella ocuparía mi lugar siendo la esposa de alguno de los Carusso. En cambio, si nacía niño cuando llegase el momento, sería el digno sucesor de James, pero esta vez con el apellido Mancini.

Cuando supe que erais dos, la felicidad me embriagó convirtiendo los meses en días de primavera, no obstante, al igual que ella, debía de dejar pasar a otra época en su lugar. Las flores dieron paso a momentos de arduo calor bajo un sol que nos amenazaba hasta la extenuación y el día que supimos que en mi vientre se gestaba una niña, fue mi perdición.

Me obsesioné en buscar la mejor manera para salvarte de tu destino, de alejarte de la vida de los Mancini para no verte obligada a tomar mi lugar. Tomé decisiones de las cuales no me arrepiento, necesarias para ocultarte de ellos.

Busqué, planeé, medité hasta que mi cuerpo comenzó a fallar.

Perdóname, no supe encontrar la mejor solución.

Solo te pediré un último favor, aunque no seas capaz de perdonarme, haz lo que te pido por él, por ti. Quema estas cartas, que no exista ninguna prueba de lo que pasó.

Quémalas, por favor, no destruyas lo que él construyó.

Os amé con todo mi ser. Te querré por siempre.

Allegra».

Las manos temblorosas de Lena no son capaces de contener el papel que sostiene entre sus dedos. Las lágrimas comenzaron a descender por su mejilla en el mismo momento que empezó a descubrir la verdad sobre su vida. Todo lo hicieron por brindarle una oportunidad, la que ellos jamás tuvieron. Mantiene la vista fija en todo ese amasijo de palabras que empezaron de manera

cuidada, con una caligrafía impoluta y según avanzaba, las formas redondeadas se convertían en manchas de tinta descuidadas, en finas líneas apagadas que perdían la intensidad del inicio. Ahora escritas desprovista de fuerza, débil, casi translúcida.

«¿Cuánto tiempo había pasado desde que comenzó a leer?» Levanta su cabeza con cuidado, notando los músculos tensos por la postura, observa confusa a su alrededor y en su espalda percibe su respiración, comprobando que aún la acompaña. Su hermano, su mitad. Gira el rostro y en su mirada puede confirmar que él también ha leído la carta, ahora conocedores de todo lo que su padre cargó a sus espaldas y la vida que tuvo que aceptar por el amor que se profesaban.

Por protegerlos, por darles una vida, una oportunidad. Una salida.

James quería preparar a Marcus antes de su marcha, aún a sabiendas de que había cosas que jamás podrían cambiar. La sangre que corría por sus venas estaba mezclada con la de los Reed y si estaba bajo su tutela podría criarlo a su semejanza. No solo había apartado a Lena, también alejó a Marcus cuando decidió entrenarlo. Fortaleciendo su cuerpo y su mente, para cuando llegase el momento no pensase con el corazón. Debía ser más perspicaz que los Mancini, mostrar una calma que no delatase lo que ardía en su interior, ser más frío y calculador.

Ahora todo queda en el olvido.

La mirada de ambos hermanos se conecta y descubriéndose por primera vez en todo este tiempo, se ven sin el velo de la mentira de por medio. Un secreto guardado durante años, susurrado por la parca en el oído de su padre con cada mirada a ese cuadro y una promesa que existía mucho antes de que ellos nacieran. Los brazos de Marcus rodean el cuerpo de Lena fundiéndose en un cálido abrazo lleno de palabras que no son capaces de pronunciar, repleto de un dolor que laceraba sus corazones, originando esas corazas que ambos se creaban con cada día que pasaba. El muro de hielo que los separaba se diluye derritiéndose a sus pies, uniéndolos al fin.

A las afueras de aquella casa cerca del mar comienza el viento a soplar con muchísima intensidad, golpeando las ventanas y empujando las hojas de los árboles contra el cristal. Los nubarrones se arremolinan en lo alto del cielo ocultando a la luna de forma pasajera y la oscuridad reina unos segundos que se hacen eternos, sin embargo, tras el paso de las nubes vuelve a brillar con más intensidad. Una luna que solo muestra una mitad, un cuarto creciente que filtra su luz por una de las ventanas cercanas. Una señal de lo que se avecina, un nuevo comienzo que cambiará para siempre sus vidas.

Están todos sentados en el salón, la última vez que estuvo aquí lo compartió junto a los que eran su familia y fue arrancada sin ninguna explicación, sesgando así su corazón en dos. Odiando a su padre hasta los límites, sin saber todo lo que hacía por ella. Ahora rememora cada segundo de aquella cena, las miradas que se escapaban mientras servían los platos, las sonrisas furtivas que encontraba sin querer en los labios de su padre y el dolor de las palabras que salieron tras esa conversación que sentenció el destino de los dos. Ahora todo cobraba sentido, el dolor vuelve como una condena y acaricia su corazón recordándole todo lo que hizo por ella. No era justo que leyeran esas cartas cuando él ya no estaba, un abrazo, un perdón, un te quiero, palabras, gestos que jamás le podrá entregar. Las lágrimas luchan por agolparse en sus ojos, no obstante, no las dejará campar a sus anchas. Lo debe hacer por él, por Marcus, por Allegra... por ella.

Sin querer, han abierto una de esas ventanas que estaban tapiadas, para que nadie supiera lo que habita en su interior. Ellos se encargarán de que jamás se sepa la sangre que corre por las venas de Lena, aunque con ello suponga negar su propia existencia.

—¿Lena? —Marcus la llama atrayéndola al mundo donde residen los vivos.

—Sí... —responde, aún con la mirada perdida, conteniendo la tempestad que se gesta en su interior y que no dejará salir. No ahí.

—Sé que hay mucho que asimilar, pero ahora ya sabemos gran parte de esa verdad que siempre se nos ocultó. —Suelta un largo suspiro—. Aún quedan algunas cartas por abrir.

—Ahora no, no puedo, necesito algo de tiempo para asimilar todo lo sucedido —manifiesta abrumada—. Descubrir que no existo para una familia que sentenció a nuestros padres, viajar a Chicago despidiéndome de Ciara, la dichosa fiesta, perder a papá cuando creí que lo recuperaba... Es demasiado.

—Está bien, descansaremos por hoy. —Cierra el puño dejándolo caer sobre la mesa—. ¡Joder! Si me hubiera contado algo de esto le podría haber aliviado esa carga tan pesada con la que vivía día a día. Malditos hijos de puta, toda la jodida familia Mancini.

Ella da un pequeño sobresalto cuando siente el golpe sobre la mesa y observa a los hombres que la acompañan. Ellos son ahora su nueva familia, no tiene a nadie más. Sus ojos van hacia Marcus, tiene los hombros bajos, no conserva su postura de siempre, a él también le ha afectado todo lo que han descubierto en esa carta, y le pesa no haber podido hacer nada en ese tiempo que compartió junto a James. Kasem se levanta desviando su mirada a todos los que componen aquella reunión improvisada y encamina sus pasos hasta la cocina. Lena revisa la estancia, buscándolo, y lo halla en una de las esquinas de la habitación, donde la luz no ilumina con total claridad y las sombras danzan a su alrededor. La está observando. No dice nada, sus ojos ambarinos se clavan a través del cristal de las gafas que siempre lo acompañan. Sus mejillas la traicionan ruborizándose y aparta la mirada fijándola en su hermano.

—¿Sigue siendo buena idea que esté aquí? —La pregunta sale desde el fondo de su pecho. Sabe el riesgo de que descubran su existencia.

—Ahora más que nunca es mejor que estés aquí, Lena. —La mano de Marcus busca la de ella—. Nuestros padres se encargaron de que no existieras, ¿y si no existes? ¿Por qué te iban a buscar? Aunque seguiré tomando medidas de seguridad y seguirás usando la identidad de Kathia. Evitaré a toda costa que Vito te vea cara a cara, han pasado muchos años desde nuestro nacimiento, no tienen por qué sospechar nada, ni ahondar en algo que jamás supieron. —Aprieta la mano de su hermana con fuerza—. Me encantaría destronarlos, destrozar todo su imperio, pero seamos sensatos... No es eso lo que buscamos.

Necesita que confíe en él, aun conociendo todo lo que hicieron sus padres y con esa espina clavada, de que haga lo que haga, puede destruir todo lo que ellos sacrificaron para mantenerla a salvo. Sin embargo, han pasado muchos años desde aquella promesa, aún hay cartas por abrir y descubrir que fue lo que hizo James para mantener la identidad de Lena oculta de los ojos de los Mancini. Muerde sus mejillas con la rabia contenida por no haber podido hacer nada contra aquellos que eran su *familia*. Ahora entiende las palabras de su padre: «Hay cosas que no puedes cambiar», no obstante, encontró la manera de esconderles la verdad. «No puedo cambiar las cosas, pero sí puedo seguir jugando mis cartas. Cumpliré con mi parte».

—Lena, confía en mí.

—¿Qué vas a hacer, Marcus? —pregunta con curiosidad.

—Seré lo que siempre quisieron, el digno sucesor de James. Me convertiré en un Mancini como estaba previsto, controlaré sus negocios desde aquí. Si ellos están contentos, no vendrán a supervisar nada de lo que hagamos en Chicago, lo he visto durante todos estos años. Si James acataba sus órdenes, todo iba sobre la seda, solo había cambios cuando las cosas no iban como ellos querían y venía Vito a «enderezarlas».

—¿Crees que seremos capaces?

—No lo creo, lo sé. James nos dejó todo encauzado para seguir sus pasos, incluso los negocios que estoy regentando en las sombras, los que un día serán tuyos. —La mira con determinación—. Ellos no saben quién es Kathia y mucho menos, conocen a Lena.

—¿Entonces por qué no puedo ser yo?

—Porque prefiero asegurarme antes de cometer un error. Es un suelo de cristal que no estoy dispuesto a quebrar por ir con pasos ligeros o añadir un peso extra, lo haremos como hasta ahora. Poco a poco.

—¿Quién conoce mi verdadera identidad? ¿Aparte de Emilia y Ciara? —Una mirada fugaz hacia la oscuridad de la esquina.

—Solo los aquí presentes.

Lena asiente en silencio y suelta, despacio, la mano de su hermano. Echa la silla hacia atrás y la luz de la estancia parece ser absorbida por su pálida piel. Atusa su pelo colocando su flequillo bien, percibe por el rabillo del ojo como Kasem entra con varios vasos y una botella de whisky. Suspira soltando el aire con pausa, cierra los ojos y humedece sus labios. Ya no hay nada por lo que regresar, no está Ciara, ya no puede volver a colocarse la venda en los ojos, ahora el peso de la verdad se la volvería a quitar. No quiere ser la niña a la que tienen que proteger, agarra el respaldo de la silla y rasca con las uñas el lacado de la madera. Ahora, es una mujer con un pasado que desconocía hasta hace escasas horas. Ahora, conocedora de todo lo que siempre le perteneció, la verdad, tomará una decisión. Traga saliva con dificultad y abre los ojos con determinación.

—Está bien, seré Kathia el tiempo que haga falta.

Marcus le ofrece uno de los vasos llenos hasta la mitad del líquido dorado. Todos levantan sus copas en alto y brindan, sin tocar el cristal desde la distancia, respetando el espacio tan necesitado que pedía Lena al dar esos pasos hacia atrás.

—Brindemos por un nuevo comienzo, ahora conocemos hasta dónde llega su crueldad, sabemos que, si algo falla, una bala nos atravesará en el momento menos pensado. —Marcus acerca el vaso a sus labios—. ¿Estáis en esta locura conmigo?

—Mejor morir, que vivir en el olvido —añade Lena bebiéndose de un trago lo que contiene su vaso.

—Hasta el final —dice Kasem, raudo, apurando el whisky.

Todos miran a la esquina que habita Derek y este únicamente asiente antes de beberse el líquido ambarino. Da un par de pasos saliendo de su oscuridad para poner el vaso sobre la mesa y se coloca con esa postura erguida que lo caracteriza, con la mirada fijada en Marcus.

El círculo se ha cerrado. Las cartas están sobre la mesa. Las mentiras reveladas. La verdad que tanto codiciaban les depara un destino incierto, no obstante, esta vez no están separados, están unidos hasta que pueda prevalecer su verdad.

A solas en la que fue siempre su habitación se deja caer en el gran colchón que la recibe como cualquier noche. Marcus, al igual que ella, ha necesitado retirarse a descansar, la noche ha sido demasiado intensa para ambos y ahora su mente precisa evadirse de todo lo que ha sentido en aquel salón. Asumiendo su cometido a partir de ahora junto a su hermano, percibe pequeñas heridas que aún están sin cicatrizar. Algo en su interior le clama una venganza que no le pertenece y sabe que no puede llevar a cabo, siente asco por los Mancini, siente verdadera repugnancia por todo lo que ellos representan. Da vueltas sin cesar en esa inmensa cama y las imágenes de todo lo que ha vivido en aquella casa vagan como espíritus a su alrededor, Emilia con su sonrisa llena de luz, las pocas palabras que intercambiaba con su padre y la mayoría

derivaban en una discusión. Todos los recuerdos atesorados junto a su hermano. Se yergue comprobando que el sol comienza a cambiar la tonalidad del cielo, una idea le llega con el primer rayo que despunta con fuerza y decide salir a pasear para reencontrarse con la salida del sol.

Ha salido con sigilo de la casa revisando que el silencio reinaba por cada esquina. Deja sus zapatos al pie de la escalera que desciende hasta la arena de la playa. Remanga sus pantalones lo suficiente para que no arrastren por la madera, sacude el polvo de sus pantorrillas y desciende con cuidado hasta sentir en sus pies la fría arena. El sol brilla poco a poco desde la lejanía creciendo con cada segundo que pasa y ella se acerca hasta la orilla sentándose donde las olas no llegan.

—Dejaré a Lena aquí, enterrada en esta playa de arena blanca y en algún momento, juro que volveré a por ella —recita hundiendo sus dedos en la tierra percibiendo como los granitos de arena se adentran entre sus uñas.

Se relaja con el cantar de los pájaros que marcan el inicio del día y el rítmico sonido de las olas. Cierra los ojos aspirando el salado aroma del mar.

—Volverás, pero con mucha más fuerza. —Una voz sesga sus pensamientos.

Ladea su rostro apoyando su barbilla en su hombro y comprueba quien es la persona que está erguida a sus espaldas. Su vestimenta oscura lo delata en esa brillante mañana y el destello del sol resplandece durante un segundo en sus gafas. No dicen nada más, no hacen falta más palabras entre ellos. Ella lo mira atenta sin despegar sus labios y comprende que siempre la protegerá, aunque casi no lo conozca, sabe que por la lealtad que le debe a su hermano estará siempre a su lado.

Los MacCarthy

Han pasado unos meses desde aquella noche en la casa de la playa. No pudo alargar más las horas que estaban compartiendo ambos allí, su presencia era requerida en Chicago y sabía que, si faltaba, sería como remover la mierda. Las moscas acudirían raudas al percibir el olor, y entonces, sería imposible llevar a cabo su plan. Descubrir todo lo que contenían esos sobres olvidados le había dejado un regusto amargo en el paladar, ahora conocían una parte de la historia que le costaba digerir estando en la posición en la que se encontraba, aunque saber el sacrificio que habían hecho sus padres, le daba las energías suficientes para continuar con esta farsa que conocía por familia. Debía de ser modélico, ejemplar, no levantar sospechas. Estaban solos, no tenían a James que siempre actuaba un paso por delante de todos los que lo rodeaban. Ha guardado las cartas que quedaron por abrir en la caja fuerte de la casa, la que está tras el cuadro de Allegra sobre la chimenea. Los dos conocían los dígitos que la abrían y nadie más sabía de su ubicación. Le había pedido paciencia nuevamente hasta que las aguas volvieran a estar en calma, ahora embravecidas, a causa del revuelo por el poder que creían debilitado sin el líder de aquella organización. James era uno de los pilares de Chicago, mantenía la calma y la mayoría de las bandas le eran leales, no responderían ante Vito.

Teclea con dedos rápidos en el teclado varias transacciones y sigue enviando algunos pagos para mostrar la legalidad de sus actos. Poseen varios negocios como tapaderas que blanquean todo su dinero, entre ellos un casino que está teniendo una gran acogida y se está planteando abrir alguno que otro en diferentes ciudades. Abarcar todo lo posible con negocios «legales», aunque en el subsuelo de este se mueva la mercancía tan valorada de los Mancini. Revisa de nuevo los papeles de los tres talleres que regenta Kathia Hale, su pasado no levantará sospecha alguna, es una identidad real. La verdadera Kathia murió en un trágico accidente de moto, Kasem solo tuvo que modificar algunos detalles de su vida pasada para que se adaptara a la perfección a lo que necesitaban. Mujer soltera que pasaba por la ciudad en un viaje en carretera con su motocicleta, tenía un modesto taller en un pequeño pueblo alejado de las grandes ciudades, conocida por su carácter fuerte y su competencia a la hora de tramitar sus negocios. Era idónea para Lena.

En unos días se reunirían con los moteros de John Colt y terminarían de afianzar sus negocios con ellos. Gracias a la conversación previa de Lena, les había allanado bastante el terreno y estos estaban dispuestos a todo por el precio que se les pedía. Unos golpes suaves en la puerta lo interrumpen, esta se abre ante la figura de Derek que entra sin esperar una respuesta. Cierra tras él y da unos pasos cortos hasta posicionarse delante de la mesa caoba del despacho.

—Los *MacCarthy* están aquí —determina en una pose dura.

—¿Tan pronto?

—Sí.

—Los esperábamos para la semana que viene... ¿Te han comentado algo?

—No. Aunque se les veía muy seguros de sí mismos.

—¿Qué quieres decir? —pregunta Marcus arqueando una ceja.

—Llevan poco en Chicago y parecen tener todo muy bien atado.

—¿A qué te refieres exactamente?

—Marcus, no me fío de ellos. No son nadie en esta ciudad, aunque por lo que se ve han hecho ya fuertes amistades.

Marcus lo mira con interés, confía mucho en la observación de Derek hacia aquella pequeña organización que decía proceder de Irlanda, sin embargo, algo no terminaba de encajar. Al ser unos extranjeros en la ciudad de Chicago parecían desenvolverse demasiado bien, era como si supieran, dónde, cuándo y con quién hablar. Debían de tener ya a alguien que trabajara para ellos aquí. Desde la pérdida de su padre todo se le antojaba como posibles amenazas, aunque sabía que los Mancini no tenían que sospechar nada sobre la existencia de Lena, había algo en el ambiente que le hacía mantenerse alerta ante cualquier sospecha.

—Dame unos veinte minutos antes de hacerlos pasar.

—De acuerdo. —Derek camina hasta la puerta y se detiene delante de esta—. Está bien, solo está a la espera de que la llames o contactes con ella.

—Gracias.

La puerta se cierra sin una respuesta por parte de Derek, le sigue sorprendiendo cuando sabe lo que decir sin tener que preguntar. Trabajar tantas horas codo con codo hace que sea un libro abierto para una persona como él que analiza todo tipo de detalles. Estaba a punto de llamarla desde otro de sus teléfonos para preguntarle cómo iban las cosas y si se estaba desenvolviendo bien en el taller, no obstante, tras las palabras de su hombre, tiene que contenerse unos días más. Si todo marcha según lo previsto podrán volver a verse en uno de los pisos francos que tienen para las reuniones clandestinas. Aún quedan cartas por abrir, les queda aún por descubrir qué hicieron para que la existencia de Lena fuera borrada de la faz de la tierra. Gira la silla con la vista fija en el ordenador y vuelve a revisar los últimos dígitos de la cuenta donde está enviando dinero de manera continua, un fondo seguro, por si en algún momento todo se desmorona. Kasem se encargará de borrar cualquier dato que pudiera ser rastreado desde su terminal, todas las medidas posibles son pocas para mantener a salvo sus secretos.

Sale del despacho y cruza la puerta de la entrada, encontrándose a Derek al fondo del pasillo. El piso donde están es un ático lujoso en pleno centro de Chicago, tienen regentados los dos que hay en la planta. Su despacho está ubicado en el piso donde no se celebran las reuniones, y el piso de enfrente, es el que destinan para esos trámites que necesitan algo más de privacidad. Derek camina por delante de él, saluda a los dos hombres que tiene apostados en la entrada y abre la puerta, Marcus la traspasa segundos después. El interior de ese piso es muy diferente al que acaba de abandonar, este está equipado con todo tipo de tecnología y cámaras de vigilancia repartidas por toda la planta, algunas ocultas de las miradas. Las habitaciones están divididas en pequeños despachos y una de ellas está insonorizada para esas «ocasiones especiales» en las que Derek suele liberar a su antojo, esa bestia oscura que mantiene encerrada. La sala del fondo es la que alberga una mesa rectangular de cristal y varias sillas de piel blanca a su alrededor. Desprovista de paredes en las que en su lugar solo hay grandes ventanales de cristal oscuro que dejan pasar la luz y evita las miradas indiscretas desde posibles ángulos si quisieran curiosear su interior.

El ambiente al traspasar el umbral que los separa es muy diferente al que había en el pasillo, lo

primero que percibe es la tensión en el aire y el hedor a sudor que emanan esas personas que se han presentado sin invitación. Las miradas de los allí presentes se centran todas en él, mientras se dirige a donde debe sentarse, hace una señal a sus hombres que se colocan todos en sus posiciones, manteniendo una armonía en la habitación sin recargarla demasiado. Sus ojos van hacia el ámbar de Derek y este se ubica donde siempre suele estar, a su derecha. Carraspea, revisando las carpetas que tiene esparcidas sobre la mesa sin mediar ninguna palabra con los allí presentes, no cambiará su semblante porque hayan decidido presentarse sin avisar. Acaricia su barba en la zona del mentón, la ha dejado crecer y ahora es bastante más espesa que de costumbre. Uno de sus muchachos se dedica a colocar encima de la mesa varias jarras de agua y algunos vasos de cristal, un par de botellas de whisky irlandés, *Jameson* y *Bushmills*. La bodega del piso está repleta de botellas de diferentes marcas destinadas a las distintas reuniones que pueden darse, un pequeño detalle que le gusta dar a sus «invitados». Advierte por su izquierda cómo uno de los irlandeses, el más joven, se agencia una de las botellas bebiendo a morro de ella y alza la vista, manteniéndola fija en ese acto tan vulgar. Esto solo demuestra la poca educación y respeto que tienen hacia la persona con la que quieren negociar.

—Liam, ¡suelta la puta botella! —ordena el robusto hombre que está situado al fondo.

Marcus hace un leve gesto con la mano, apaciguando la tensión que parecía generarse por el torpe acto del joven. No tiene toda la información sobre los aquí presentes y eso no le gusta, parece ser que se han movido más rápido que ellos actuando a sus espaldas y ahora están aquí exponiéndose ante él.

El tal Liam deja de beber solo un segundo ante la llamada de atención, arruga el ceño y vuelve a beber desafiando la autoridad del pelirrojo que le ha voceado hace tan solo un momento. Las miradas dicen mucho más que las palabras y sabe que Derek estará atento a cualquier gesto que delate algo sobre ellos.

—Creo que no nos han presentado como es debido. —Mira a todos los presentes desde el pelirrojo del fondo, a la mujer que está sentada alejada de la mesa con una mirada tenaz y luego, al joven que tiene a su izquierda que no suelta la botella—. Marcus Mancini —La aguja se le ha clavado en lo más hondo de su corazón, no obstante, es el papel que tiene que ejercer en este momento—. Mis hombres me han informado un poco sobre los detalles de esta repentina reunión. —Percibe la mirada fija de todos—. Ahora me interesa saber su versión.

El pelirrojo se levanta de su silla para iniciar su discurso.

—Soy Aiden MacCarthy, el maleducado que no ha esperado a que le sirvan, es Liam, mi hermano pequeño, y la mujer que está a mi espalda es Moira. —Solo el chico levanta la mirada cuando es presentado, la mujer sigue mirando a un punto a su derecha como si tuviera una sombra tras él que ella solo puede ver—. Nos habían informado de que nos pagarían bien por hacer negocios con usted —explica de manera refinada con ese acento irlandés.

—Así es. —Sostiene la mirada con Aiden—. Aunque se han saltado un paso importante y es; tener paciencia para este tipo de negocios. Se había estipulado que sería la semana que viene, así que espero que haya algún motivo de peso para este cambio tan repentino. —Mira de nuevo a los irlandeses buscando al integrante que le falta—. Además, veo que no está aquí el señor MacCarthy en persona, Brannagh.

—Esa es la razón por la que nos hemos presentado antes, no podrá estar presente en las próximas reuniones. Cuestiones de salud —añade realizando un gesto con la mano, restando importancia—. Tenemos un cargamento listo para entregar y él se va a encargar de darlo en mano, si todo sale como está previsto. Es preciso que tenga que coger un avión a Irlanda en un par de días, de ahí a que hayamos apresurado esta reunión.

Moira parece moverse al fondo de la sala y con movimientos felinos se aproxima a la espalda de Aiden para susurrarle algo al oído. Ella es la única que no tiene nada que los relacione con esos hombres, ambos tienen un pequeño pañuelo de un tono verde militar con un grabado asomando por el bolsillo de su chaqueta. El más joven lo lleva menos cuidado que su alto al mando. Su padre le había enseñado a fijarse en los mínimos detalles que marcaban una gran diferencia para conocer a las personas que tienes delante. Moira viste enteramente de negro, su pelo caoba le cae algo despeinado por los hombros y esa mirada mientras susurra está clavada en él. Esos ojos, cada uno de un color, uno verde agua y otro celeste claro como el cielo, lo tienen hechizado el tiempo que se mantiene unida a Aiden. Este escucha atento, asintiendo a cada una de las palabras que salen de esos labios y luego carraspea para añadir:

—Disculpe a mi prima, no es que sea otra mal educada, que parece que es lo que abunde en la familia. Ella tiene un problema con la voz, es largo de contar... —Repite el gesto que hizo anteriormente para restar importancia—. Lo que quiero decir, es que si usted quiere la entrega de la que íbamos a hablar en la próxima reunión, se la podemos entregar hoy mismo. El precio lo acordamos aquí y ahora, así esta noche tendría sus armas y podrá comprobar en sus propias manos que no tienen nada que ver con la mierda que trafican los rusos.

Desde hacía bastante tiempo tenían vetado cualquier trato directo con los rusos, aunque había cosas que no se podían evitar y algunas de las bandas más pequeñas, con ganas de crecer, les ofrecía el material que los rusos vendían al mejor postor en el mercado negro. Ahora se veía delante de estos irlandeses, de los cuales tenía muy poca información, afianzando una nueva unión. Precisaba que fuera la semana siguiente para recopilar más datos y seguramente, Vito aparecería para conocer al Sr. MacCarthy, tenía especial interés en hablar a solas con él. Ahora todo se había descontrolado y a él le gustaba tener todos los pasos que iba a dar bien estudiados. Arquea una ceja ante la revelación de Aiden sobre la mujer, no sabe si creer en sus palabras o le miente a la cara. Hay algo en ellos que le genera una especial desconfianza, y que Derek haya implantado la semilla de la duda, hace que crezca a pasos agigantados según abren la boca para arrojar la poca información que estos le dan. Baja la mirada centrándola en los documentos que tiene esparcidos y aprieta los labios ocultos bajo su espesa barba. «Él sabría qué pasos dar», medita bien lo que quiere decir, sea lo que sea, a partir de ahora marcará su posición en esta reunión.

—Creo que no se da cuenta del error que acaban de cometer —asevera sin soltarle la mirada—. Aquí el que pone las normas soy yo. —Mantiene una postura erguida con un tono autoritario—. La reunión se hará cuando estaba prevista.

Marcus se levanta de la silla, seguido por los pasos de Derek, que no deja de observar a cada uno de ellos. Algo en estos hombres no le termina de cuadrar y no se expondrá a que ellos elijan cuando y donde entregar la mercancía. Tiene mucho en juego y no jugará sus cartas con unos aficionados que acaban de empezar la partida.

Una carcajada hosca resuena a sus espaldas, ladea su rostro para comprobar de donde proviene.

—¿Error? Te estamos poniendo en bandeja las mejores armas del mercado, con entrega directa —vocifera, con una voz ronca arqueando una de sus cejas, se levanta con pausa mostrando su verdadera altura—. Pero, vaya, no podemos trastocar la agenda del nuevo líder —escupe con retintín.

El nombrado se da la vuelta y Derek se coloca en medio de ambos en el mismo momento que los dos hombres se encuentran a un paso de distancia. Marcus coloca una mano en el hombro de su hombre para que confíe en su criterio, aunque todas las alertas estén sonando de manera

descontrolada en este preciso instante. Derek se aparta un paso hacia su derecha sin alejarse demasiado, su mano está tocando la culata de la pistola dando un claro ejemplo de advertencia para que ninguno de los presentes se atreva a hacer ninguna gilipollez.

—El nuevo líder, como bien dices, tiene unas normas que debes de aceptar y regir. —Marcus en tamaño no se queda atrás en comparación con el irlandés, no tiene la estatura que tenía su padre, no obstante, destaca en esa habitación con una mirada gélida que atravesaría cualquier fuego que se pusiera de por medio—. No vengas imponiéndote en suelo extranjero donde no sabes las minas que puedes llegar a pisar sin querer.

La respiración profunda de Aiden se escucha de manera tosca. Marcus sigue con su templanza, no se ha excedido en mostrar los dientes más de lo necesario, aunque sí ha tenido que dejar claro en el terreno que están jugando. El sonido repetitivo del reloj de su muñeca suena marcando los segundos que permanecen así y el aire se le antoja cada vez más viciado, como si la presencia de ese hombre lo cargase demasiado. De repente, sin previo aviso, las manos femeninas de Moira se enroscan alrededor del cuello de su primo y pega su boca a su oído para alimentar la mente de este sin dejar de mirar hacia Marcus. En los ojos de Aiden se puede atisbar el incendio desbocado que lo quema por dentro, aunque ahora de manera pausada va perdiendo intensidad y su rostro se relaja mostrando una sonrisa sibilina que intenta parecer normal. Marcus solo ha podido entender un diminuto bisbiseo que le ha electrizado todo su cuerpo, la voz de la chica parece entrar como un veneno hacia su cerebro.

—Tendrá noticias de los MacCarthy como estaba previsto para la semana que viene —anuncia Aiden con esa sonrisa irónica—. Y disculpe esa desavenencia, tengo ciertos problemas con el control de la ira. —Vuelve a hacer ese gesto con las manos en el aire, que ya ha repetido en otras ocasiones, restando importancia a sus palabras—. Cosas de familia, ¿qué le voy a contar yo a usted? —Guiña un ojo con una complicidad que Marcus no le ha cedido y eso le hace dudar aún más de la persona que tiene delante.

Moira se suelta del cuello donde todavía estaba aferrada y de dos pasos alcanza a Liam, que no ha hecho otra cosa que beber de la botella sin pronunciarse. Tira de la mano de este y lo lleva a rastras hacia fuera. Solo cruzan la mirada durante un segundo y la chica desaparece de su vista. Aiden asiente un par de veces con esa sonrisa extraña dibujada en los labios, pasando por el hueco que queda entre Derek y Marcus, propiciando un pequeño golpe en el brazo al hombre de negro con gafas que lo mira con malicia.

Derek mantiene su pose recta sin dejarse amedrentar por ese irlandés que ha venido con aires de grandeza. Si las cosas se tuercen con los MacCarthy, él tendrá su oportunidad de dejar campar en libertad a su bestia más oscura y tenía muchísimas ganas de soltar esas cadenas que la mantenían atada. No era el momento, no era el lugar, tarde o temprano los cerdos toparán con su depredador natural. Él solo tenía que esperar en su eterna oscuridad.

Kathia Hale

Los días pasaban como el agua de un río que desemboca en una cascada, con una delirante rapidez. Llevaba semanas con esa fina aguja clavada en el interior de su corazón tras retirar la venda de sus ojos, nunca imaginó nada de aquello, solo pensaba que era repudiada por ser mujer, por ser débil, algo por lo que se instaba día y noche en cambiar. Se esforzó, no solo su cuerpo, el que trabajó a diario para defenderse de indeseables que osaran tocar su piel, también alimentó su mente aspirando a ser mejor que él. Qué equivocada estaba. Su padre la preparaba para ser una mujer independiente de todo aquello y ella no lo supo ver. No puede evitar rascarse por la zona baja del cuello, la condenada peluca a veces le provoca diminutos sarpullidos, no está segura si es una alergia al tipo material de la rejilla o los nervios que a veces la comen por dentro. Asiente a uno de los chicos que se ha acercado a preguntar varios precios sobre el arreglo de una *Harley* que acaba de entrar en el taller, escucha las palabras que salen de sus labios, aunque realmente no está prestando la suficiente atención, su cabeza bulle entre pensamientos y recuerdos.

—Kathia, los moteros, esos que pasaron hace un par de días... —La voz aguda de Rain la arranca de su mundo.

—¿Qué pasa?

—Ha venido uno de ellos, aunque a este no lo había visto otras veces. —Mira hacia la puerta trasera del taller, esa que usan para la entrada de vehículos de dudosa procedencia.

—¿Cómo coño sabes que es uno de ellos si no lo habías visto antes? —chasquea su lengua al terminar la pregunta.

—Viste igual que ellos, mismo dibujo en la espalda y juraría que he visto un tatuaje similar en su codo —explica con la mirada fija en la puerta.

Lena lo observa con detenimiento, muy asombrada, no esperaba que el joven Rain fuera tan minucioso a la hora de fijarse en ciertos detalles. Debe tener más cuidado con algunos de sus empleados, podrían ver algo que ella no quiere que se destape. Arquea una ceja con interés. De manera sigilosa se acerca al muchacho sin que este la vea venir.

—¿Veo que te fijas en todo? Me gusta y me inquieta —susurra muy cerca de él, percibiendo cómo su piel se eriza al sentir su voz tan cercana.

Rain gira su rostro a un palmo de los labios de Lena. Su mirada va directa a sus ojos, la respiración se le entrecorta ante la pronta invasión de su jefa. Es una mujer misteriosa y muy atractiva, es inevitable no fijarse en ella. Los rumores entre los chicos del taller se expanden rápido; según dicen, es fría y distante, es como si viviera solo para el taller. La han invitado un par de veces a tomar algo fuera del trabajo y solo han recibido negativas. Es una incógnita, de esas que te encantaría descubrir, pero a su vez temes las consecuencias por hallar algo que no esperabas.

—Solo quiero ser de utilidad... —musita en un hilo de voz.

Ella se aproxima aún más, invadiendo el espacio vital que los separa, aspirando su perfume juvenil y con dos dedos le atrapa la barbilla para penetrarlo con su mirada gris, una mirada que congelaría el mismo infierno. Clava sus uñas, solo un poco, para denotar su dominación sobre aquel muchacho.

—Y lo eres —ronronea golpeándolo con su aliento a la vez que ladea su rostro—. Ahora sé buen chico y entreténlo, sigue observando cada movimiento que haga. Luego me informarás sobre todo lo que descubras. Y si quiere una cita para hablar conmigo, le das largas, no es horario para venir a molestarme. —Suelta con brusquedad la barbilla de Rain dejándola caer notando su turbada respiración y le regala una delicada caricia con los nudillos en la mejilla antes de palmearla solo una vez—. Ve.

Rain se queda congelado solo un instante antes de salir, dando grandes zancadas a la parte de atrás. Lo sigue con la mirada hasta que se pierde en la oscuridad de la puerta. Será más joven que ella, no obstante, está mostrando dotes que le van a ser de mucha utilidad. Relame sus labios con suma lentitud. «Un cachorrito para jugar», sonrío con malicia con esa frase surcando su mente. Un zumbido que reconoce al instante capta su atención, el teléfono que tiene guardado en el tercer cajón comienza a vibrar. Dirige una mirada inquisitiva a la mesa y aferra la llave inglesa que descansaba en el panel de la pared, la intercambia de mano un par de veces sopesando si cogerlo ahora o esperar a cuando las puertas estén cerradas. Ese teléfono solo suena en determinadas ocasiones, chasquea y muerde sus mejillas. Lleva sus pies hasta el dichoso zumbido, decidida a silenciarlo, suelta la herramienta sobre la mesa y retira el pelo de su cuello para abrir la cadena que siempre lleva puesta, donde pende la llave que abre ese cajón.

Mira a su alrededor un par de veces mientras se agacha con movimientos felinos colocándose frente a la cerradura. Introduce la llave girándola hasta distinguir el notable clic y abre con rudeza atrapando el teléfono entre sus manos. En la pantalla aparece solo las palabras «perro», pulsa el botón rojo para frenar la vibración antes de que llame más la atención. Cuando cierre las puertas, en la quietud de la noche, devolverá la llamada, mientras le tocará a él esperar. Ella hacía bien su parte del trato, mantenía la calma y no exigía nada, la paciencia era algo que había ganado a lo largo de los años y hasta ahora no la había usado a conciencia.

El día transcurrió sin altercados, el joven Rain desempeñó muy bien su trabajo entreteniendo al sospechoso motorista que había aparecido en el taller sin avisar. Desde su despacho estuvo observando por las cámaras de seguridad cómo se desenvolvían ambos hombres, el motero parecía algo nervioso por el leve temblor de su pierna y su compañero había estado espléndido. Antes de cerrar las puertas del taller, su joven cachorro le había puesto al día en lo referente a las entradas no «registradas», relatándole los detalles que a ella se le escapaban por las cámaras. A nada estuvo de acercarse a él para devorar sus fauces, dominada por el hambre voraz que tenía desde hace días, sin embargo, no quiso mezclar el placer con el trabajo, conteniendo una vez más sus ganas de hincarle el diente. Ser la puñetera Kathia era agotador, necesitaba desahogarse y ser, durante unos minutos, ella misma, aunque comprendía que eso era algo que no estaba a su alcance ahora mismo, no obstante, tenía momentos que le podían por la jodida tensión acumulada. Cruje su cuello rotándolo a los lados y coloca ambas piernas, cruzándolas la una sobre la otra, encima de la mesa de su despacho. Las pesadas botas de cordones que suele usar caen resonando contra la madera. Se ha cerciorado de que todos se hubieran marchado, ha cerrado con llave y ahora, en la quietud de la noche, deja salir un poco la sombra de lo que es ella. Abre el primer cajón sacando un vaper de color negro con destellos rojos, lo coloca sobre sus labios aspirando con un ansia desmedida, el humo entra por su cuerpo y cierra los ojos unos segundos saboreando el afrutado sabor que se camufla con su deseada nicotina. Saca el teléfono

dedicándole una mirada inquisitiva al aparato antes de darle al botón. Hace tiempo que no escucha su voz, sabe que la observa, que la vigila, lo presiente cuando nota ese pequeño escalofrío que le eriza toda la piel. Aunque no lo vea, sabe que está ahí.

Presiona la tecla verde para devolver la llamada que lleva esperando unos días, no podía ser ella la que diera el paso, debía de esperar y así lo hizo. Acerca el teléfono a su oído y escucha los tonos que se agudizan metiéndose en su cerebro. El aire que había contenido sin querer en sus pulmones se escapa por sus labios con el denso humo en un suspiro ahogado.

—Parada 55th.

La garganta se le seca al escuchar la voz de Derek al otro lado del teléfono. Traga con dificultad antes de contestar sopesando el lugar que le ha indicado. Mira de reojo a su izquierda el mapa que tiene enmarcado de la ciudad de Chicago, recordando esos lugares que estaban señalados en sus documentos. Es una de las zonas francas destinadas a sus encuentros, un piso de clase baja alejado de su zona habitual.

—¿Algo más? —Le ha costado pronunciar la pregunta.

—A la una. —La llamada se cuelga sin darle opción a responder.

No ha podido evitar que su cuerpo reaccione al escuchar su voz, su corazón se ha acelerado sin su permiso. Aunque no se lo reconocería nunca en persona, agradece en cierta medida que sea así de parco con ella, aún le cuesta lidiar con las imágenes del coche que aparecen en su mente de manera inesperada. Es mejor así.

Echa de menos tener contacto con las únicas personas que conocen su existencia. Cargar con la identidad de Kathia se le hacía a veces demasiado pesado, aparentar que conoce tantos modelos de motos y hablar de ellas como si fuera su puñetera pasión, era agotador. La peluca, las lentillas y la forma de vestir, tenía todo preparado para seguir siendo esa mujer durante bastante tiempo, aunque hubiera estudiado gestión de empresas, jamás se imaginó tener que regentar varios talleres a su «nombre». Ella que se imaginaba vestida con las mejores marcas, sentada tras una mesa de cristal en un despacho decorado con un gusto exquisito y mandando sobre mujeres sin personalidad. En cambio, ahora estaba en una habitación sombría que desprendía el olor de la gasolina como ambientador oficial. Levanta sus manos delante de su rostro, descubriendo las manchas de grasa que se niegan a abandonar su nívea piel. Coge uno de los trapos que descansa sobre la mesa y frota con intensidad enrojeciendo su dermis sin conseguir desprenderse del todo de la dichosa mancha, tira el trapo, hastiada, contra el monitor del ordenador.

—¡Joder! Maldita grasa que no se va.

Deja caer los pies al suelo, observa el reloj que está sobre la puerta comprobando que le queda una hora y cuarto. Camina hasta el baño para intentar retirar esas condenadas manchas y prepararse para llegar hasta allí. No podía perder más tiempo.



Acelera con una de las motos que tiene guardada en el taller sin registrar, de esas que suelen llegar por la puerta de atrás con matrículas puestas por sus chicos. No le disgusta conducir con el aire golpeando contra su cuerpo, la chaqueta de cuero se abre como unas alas de murciélago según aumenta la velocidad en una de las rectas. La carretera es solo para ella y aunque el casco le aprisione las mejillas, durante ese instante de soledad, con las luces de la ciudad destellando a

su paso, siente una libertad que en las paredes del taller no se puede permitir. El rumor del motor aumenta según choca contra las fachadas de los edificios, rodea la calle colindante al piso donde la esperan y aparca la moto en un garaje cercano del que dispone la llave. Cuelga el casco en el manillar y sube su cremallera hasta el cuello, introduce las manos en los bolsillos caminando entre las sombras hasta alcanzar el edificio. Levanta la vista aspirando el aire gélido de la noche e introduce la llave que abre el portal.

Sus miradas conectan en el mismo momento que ella cruza las puertas. Aunque en su fuero interno se acercaría para estrecharla entre sus brazos para transmitirle todo lo que la ha echado de menos en el tiempo que han estado separados, mantiene su postura a la espera de que ella decida dar el primer paso.

—Bienvenida, Lena.

Arquea una ceja sorprendida al escuchar su nombre salir de los labios de su hermano.

—¿Aquí puedo ser Lena?

—Sí. —Mira a ambos lados y luego posa sus ojos en ella.

—Kasem. —Saluda con la mano antes de retirar una de las sillas que tiene delante—. Derek.

—El contacto visual con él ha sido breve, pero ha sentido como si viera más allá de la ropa. Y, por último, desvía la mirada a su hermano—. Marcus, te he echado de menos.

Los hombros de Marcus abandonan la tensión de la postura que suele mantener, cayendo ligeramente hacia atrás al escuchar las palabras que han salido de la boca de su hermana. Quería darle una vida mejor, una junto a él y desde que la ha traído todo lo que tenía planeado se ha visto trastocado. Siente que le ha fallado, no solo a ella, también a James.

—Lena... —Aunque quiere decirle tantas cosas, sabe que el tiempo apremia. Debe ponerla al día antes de que las fichas del tablero se muevan—. Si te he dicho de venir aquí es porque hay nuevos miembros en la ciudad que se están empezando a dar a conocer. Puede que en unos días te lleguen rumores por parte de tus chicos o incluso puede que aparezcan por allí si siguen la estela de los moteros. No creo que te salpique nada de lo que tiene que ver con nosotros, pero quería advertirte sobre ellos antes de que los veas cruzar las puertas del taller. —Empuja un dossier que contiene toda la información que han podido recabar de los MacCarthy—. No dudo de tu capacidad para solventar cualquier problema que pueda surgirte con ellos, no obstante, no está de más que vayas dos pasos por delante. Puede que en breve tengamos más noticias, tengo la sensación de que se van a hacer notar por la ciudad.

Lena alza una ceja con interés al desvelar las fotografías de los integrantes que forman los MacCarthy, entre ellas llama su atención la mujer con la mirada profunda, Moira. Golpea varias veces sobre la imagen y lee con atención algunos de los datos obtenidos.

—Moira, origen desconocido, no se le asocia al clan MacCarthy por lazos familiares, aun así, la tratan como si fuera de la familia: Prima. —Mira a su hermano un segundo y vuelve a leer—. Según estos datos, no puede hablar correctamente, un problema con sus cuerdas vocales, el cual no está registrado... No hay datos médicos, ni antecedentes, es como si no existiera —susurra sin querer percibiendo la similitud—. En cambio, los otros tienen una larga lista de antecedentes en su país...

—Sí, hay muchas lagunas en esta organización que dice provenir de Irlanda. Quieren estrechar lazos con nosotros, es una de las mejores opciones que nos han ofrecido tras los últimos acontecimientos. —Hace una leve pausa—. Sin embargo, hay cosas que no me terminan de encajar, no está en mi mano negarles nada como me gustaría. Vito vendrá en persona a tramitar

con ellos la entrega.

Ella clava sus ojos en Marcus al pronunciar el nombre de su tío.

—De ahí la urgencia de esta reunión.

—¿Tengo que desaparecer unos días?

—Sí —determina Marcus—. Deja todo atado y excúsate con unas vacaciones, unos días para ti. Márchate de la ciudad.

—¿Cuántos días?

—No lo sé, tendrás noticias nuestras.

Baja la vista, apretando los labios en una fina línea, encerrando sus palabras. Otra vez tiene que desaparecer, empieza a considerar que los planes que tenían sus padres, no eran tan malos como pensaban. Lena cierra el puño y con su otra mano lo envuelve, percibiendo aún la grasa incrustada que no ha querido irse de su piel. Una mancha que quiere acompañarla un poco más.

—No me arriesgaré, Lena. —Marcus se adelanta a los pensamientos que invaden a su hermana.

—¿Cuándo?

—Mañana.

—¿La entrega es mañana? —pregunta sorprendida.

—No. Es el viernes.

—Aún tengo tiempo, estamos a martes.

—Cuanto antes te vayas, más seguro será para ti.

—¡Joder!

—Lo siento, Lena. No esperaba que las cosas fueran así cuando te ofrecí venirte a Chicago. —La carga tan pesada que solía llevar su padre con las mentiras que debía de contar para mantener la seguridad de Lena comienza a quebrar su espalda—. Las cosas cambiarán, solo que ahora está todo muy reciente y la llegada de los MacCarthy ha trastocado mis planes.

—Da igual, Marcus. —Levanta la mano en alto para frenar el discurso de su hermano—. Prepararé una maleta y hablaré con los chicos por la mañana, déjame atarlo todo y desapareceré. Tengo comprados un par de apartamentos alejados de aquí que no están a mi nombre, o me alojaré en algún motel de carretera. Ya pensaré en algo. —El calor empieza a hacer aparición en su cuerpo y presente como sus mejillas se encienden—. Me voy.

—No —sentencia Marcus.

—Si solo era para esto, ¿qué más quieres que haga aquí? Estoy perdiendo el tiempo de preparar todo —añade mientras camina hacia la puerta, ignorando a los dos hombres que estaban a su espalda custodiando aquella reunión improvisada.

La mano de su hermano atrapa su muñeca frenando sus pasos. Ella se mantiene firme sin mirar atrás con el brazo en tensión.

—Yo también te he echado de menos, Lena —confiesa sin soltar a su hermana—. Pero no conozco otra manera de protegerte, siento que las cosas no sean como esperabas.

Lena aprieta los párpados con fuerza al escuchar su voz tan cercana y sentir su contacto.

—Da igual, Marcus. —Da un leve tirón para zafarse del agarre de su hermano y siente como este hace más presión sobre la articulación.

—No da igual. —Tira del brazo de su hermana obligando a que choque contra su pecho y la estrecha entre sus brazos—. Te debo una vida, Lena, y no pararé hasta conseguir que la tengas.

Ahora entiende muchos de los sacrificios que James hizo en silencio, no puede revertir lo que empezó y, sin embargo, hay un rayo de esperanza en conseguir lo que se propuso el día que la trajo aquí. Cueste lo que le cueste, da igual lo alto que sea el precio, cumplirá su palabra.

El cuerpo de Lena se libera de su rigidez al sentir ese abrazo cálido de su hermano, nadie dice nada más en aquella sala, solo el sonido de la respiración profunda de Marcus es lo que llega a sus oídos. Aspira con lentitud el perfume amaderado que desprende queriendo atraparlo dentro de ella, acaricia las manos que tiene alrededor de su cuerpo sintiendo el calor de él a través de la piel y palpa un anillo entre sus dedos que no recordaba que estuviese ahí. Hace tanto tiempo que no se dedican a hablar de ellos, a estar a solas sin pensar en las consecuencias, a disfrutar de la compañía del otro. Vivir en aquella burbuja de mentiras les brindaba durante unos días, recuerdos que jamás podría olvidar. Un regalo que no supo apreciar en aquellos momentos y ahora, saborea cada segundo que puede permanecer a su lado.

Su hermano, su mitad.

Ellos y nadie más.

Siempre estuvo ahí

Le ha sido imposible conciliar el sueño tras salir de aquel apartamento. No ha parado de darle vueltas a lo que hará en los próximos días. Posiblemente, se dirija a una de esas propiedades, una era una pequeña casita alejada de la ciudad, en Galena. Un pueblo atrapado en el tiempo con sus construcciones de ladrillo rojo que parecen fabricados para formar parte del decorado de una película antigua, incluso los carteles de las tiendas no son de esta época, manteniendo una estética vintage que lo hace único. Lo descubrió al poco de mudarse aquí, curioseando los alrededores de Chicago y perdiéndose en las carreteras, topó de casualidad con ese hermoso lugar y decidió que, si en algún momento necesitaba darse una pequeña escapada en soledad, sería aquí. Harta de girar sobre el colchón intentando buscar la mejor postura que le permita descansar y con los pensamientos fluyendo como un caudal, decide levantarse y empezar a preparar todo. No llevará demasiado equipaje y evitará salir más de lo necesario de su nueva prisión, ya que tal y como lo ve, es lo que será en los próximos días.

Vestida para presentarse en el taller con la peluca bien posicionada y el maquillaje que caracteriza a Kathia, baja a la cocina a prepararse un buen café. Gira su muñeca para confirmar cuanto tiempo le queda hasta que vaya a abrir las puertas de su negocio y contempla la posibilidad de hacer una parada por el gimnasio de la zona. Hace días que no ve a Dru, aunque lo había rechazado varias veces para evitar posibles compromisos y momentos incómodos, siempre le había parecido apetecible. En momentos como estos, donde su cabeza está a punto de estallar, el sexo era la mejor medicina para desahogarse y liberar un poco su mente tan saturada.

Unos suaves golpes la destierran de sus pensamientos, arquea una ceja extrañada con la taza humeante entre las manos. Nadie conoce esta dirección aparte de ellos, la única posibilidad es que se hayan equivocado o sea un vecino buscando socializar. «Demasiado temprano para ello, solo son las seis de la mañana», piensa manteniendo la vista fija en el *hall*. Suelta la taza con cuidado y camina sigilosamente hasta la entrada de donde proviene el sonido. Los gruesos calcetines que suele llevar para las botas moteras evitan que haga ningún ruido según se aproxima, pasa por delante del aparador y abre el tercer cajón introduciendo la mano hasta el fondo para coger una de las pistolas que le obsequió su hermano como regalo de bienvenida. Quita el seguro cuando le quedan solo tres pasos hasta llegar a la puerta y el diminuto clic parece resonar por toda la casa en el silencio de la madrugada.

—Abre —ordena una voz oscura que reconoce al instante.

La orden llega directa cuando estaba a punto de pegar su cuerpo a la madera. Baja el arma con la saliva atorada en su garganta y con mil preguntas ahora pujando por salir. «¿Qué hace él aquí? ¿Qué ha pasado?».

—Sé que estás ahí, abre.

Vuelve a colocar el seguro de la pistola antes de retirar los pestillos que mantienen la puerta

cerrada. Abre con cautela dejando una rendija y así apreciar mejor la figura oscura que espera a que lo invite a pasar. Él, sin esperar invitación, empuja con suavidad la puerta para pasar a través de ella rozando el cuerpo de Lena. La electricidad que ha sentido al leve contacto la activa y se queda paralizada mirándose en el reflejo de las gafas de Derek. Con su mano, aún aferrada al pomo, percibe como este cierra y coloca el pestillo sin esperar a su reacción.

—Ha habido un ligero cambio de planes de última hora. —Arroja una maleta negra al suelo.

—¿Qué? —pregunta atónita.

—*Shhh* —silencia las palabras de Lena y continúa con su breve explicación—. Marcus ha recibido una llamada por parte de Vito, viene hacia Chicago. No puedes salir de aquí en los próximos días hasta que se haga la entrega, así que cogerás ese teléfono y llamarás a uno de tus chicos para resumir brevemente que estás enferma o cualquier cosa que te quieras inventar. Debes de ser clara y concisa, aunque tú confíes en ellos, yo no —determina tenaz.

—De acuerdo, ¿por qué no me habéis llamado para avisarme? Hubiera sido mucho más rápido.

—Sabiendo que Vito está en camino, era mejor que te lo explicase en persona, dado que seré yo quien esté contigo estos días.

—¿Cómo? ¿Serás mi carcelero? —ironiza Lena torciendo el labio.

—Tu hermano confía ciegamente en ti, yo no dudo de tu capacidad para quedarte encerrada y cumplir tu parte —aclara a la vez que adelanta su cuerpo bajando un poco su mentón—. Hay algo que no me termina de encajar desde que aparecieron los MacCarthy y ahora este cambio de planes por parte de Vito hace que se activen mis alarmas.

—Ninguno conoce mi existencia, no debo de estar ni en sus mentes. No tienes que estar vigilándome, me quedaré aquí —confirma con resentimiento.

Derek pega su cuerpo aún más extinguiendo el espacio vital que los separa y su barba incipiente, raspa la mejilla de Lena.

—Lena, no lo hago por ti —susurra muy próximo al oído de ella—. Lo hago por Marcus, sé que estará más tranquilo si estás protegida. Al igual que él, presiento que algo está a punto de suceder y es mejor que esté aquí, junto a ti.

No ha podido evitar sentir un escalofrío recorrer toda su piel al escuchar el susurro de Derek, ha sido como sentir unos dedos fríos acariciándole la columna vertebral. Gira su rostro rozando la mejilla de él y lo mira fijamente al percibir su mirada clavada en ella. Su respiración se agita al advertir el ámbar chocando contra sus retinas. Coloca una mano sobre el pecho de Derek y lo separa con brusquedad. No entiende por qué la trastoca tanto ese hombre del que conoce tan poco, su aura parece atraer toda la luz que hay en la habitación absorbiéndola en su oscuridad. Es una sensación extraña que no puede permitirse sentir, y mucho menos con él. Una sonrisa ladina se dibuja en los labios del hombre que tiene delante.

—Eres su perro, ¿no sería mejor que estuvieras junto a él en un momento como este? —suelta al aire a la vez que le da la espalda dirigiéndose al salón aún en la penumbra.

—¿Tanto te molesta mi presencia?

Los pies de Lena se congelan en el suelo al escuchar esa pregunta y ladea su rostro sin darse la vuelta mirándolo de reojo.

—¿He dañado tu ego? —Ríe con sorna—. No, pero sí que pienso que deberías de estar con Marcus en un momento tan decisivo, y si tengo que estar vigilada que sea por Kasem —declara volviendo el rostro.

Derek la mira, atento a cada movimiento, sabe cómo actuará y su manera venenosa de hablar cuando algo se escapa de su control. El deterioro al que estaba expuesto Marcus lo carcomía por

dentro desde que ella se trasladó aquí. Cuando urdió todo este plan de traer a Lena a Chicago y contó con su apoyo, no pensó jamás en verse salpicado por esta maraña familiar que, con cada día que pasaba, crecía su tela de araña, atrapando en ella a nuevas víctimas a las que devorar. Aguantaría hasta el final de aquella batalla, no solo por Marcus, también por James y protegería lo que ambos más amaban. Él había conocido el amor que profesaba James por sus hijos, en cada sesión de entrenamiento dejaba atisbar solo por unos segundos la lucha incansable que tenía desde hace años. No hacían falta las palabras entre ellos, sus silencios decían demasiado y las arrugas de su cara, cuando perdía la mirada, observando al firmamento, delataba que, todo lo que añoraba, ya no estaba junto a él. Lo había enseñado bien, no solo el adiestramiento físico, también el mental, el cual le había atribuido una capacidad innata para descifrar a las personas que tenía delante de él. Todo lo que ahora tenía había sido gracias a esa familia que le entregó la oportunidad de volver a empezar. Le debía mucho a cada uno de ellos, era un hombre de palabra y con sus actos lo demostraba.

Observa cómo Lena se deja caer sobre el mullido sofá color crema posicionando la pistola cerca de ella y lo invita a compartir uno de los que está frente a este. Con su mirada aún fijada en sus ojos, camina hasta el aparador donde descansan unos vasos de cristal. Abre una de las puertas del mueble bar y elige una botella de whisky, sirve un par de copas bien cargadas. Mantiene su postura erguida frente al sofá con la copa delante del rostro de ella.

—Gracias. —Coge el vaso mientras lo reta con la mirada.

Sus dedos tocan los de él sobre el frío cristal, un contacto leve que se disipa en el mismo momento que ella se lleva la copa a sus labios para beber el líquido dorado que ansía desde que él ha entrado por la puerta.

—Como si fuera tu casa —ironiza mientras brinda al aire—. Por ti. —Le guiña el ojo.

Derek se acomoda frente a ella con la espalda muy recta.

—Dormiré... —anuncia antes de dar un leve sorbo a su whisky y el corazón de Lena se detiene al caer en la realidad de compartir tantas horas junto a él—. Aquí, en el salón, es la zona más amplia.

Suspira aliviada al escuchar que dormirá en el salón, aun así, mientras él esté en casa le será difícil mantener su coraza intacta.

—Abajo hay otro sofá, es algo más cómodo. —Busca la manera de espaciar más el contacto.

—Prefiero aquí donde tengo total acceso a las entradas de la casa —dictamina con una voz ronca.

Ella traga saliva al sentir su garganta seca y moja sus labios con el whisky antes de continuar.

—Como quieras, que conste que te lo he ofrecido... —Se yergue en el sofá y cruza sus piernas, estas hacen un ruidito al chocar los muslos por el roce del cuero que lleva enfundado—. Ya hemos decidido donde vas a dormir, ahora me interesa saber qué harás tantas horas sin las órdenes de mi hermano.

—¿Crees que no soy capaz de vivir sin tener que recibir órdenes? —Arquea una ceja por encima de la montura de sus gafas.

—Algo así —chasquea la lengua—. Es lo que tiene ser un perro, que sin órdenes, holgazanean.

—Entonces, lo descubrirás estos días. Va a ser interesante.

—¿Tendré que darte órdenes?

—Por lo que yo sé, hasta ahora te las he dado yo a ti.

Lena levanta ambas cejas, sorprendida, por esa inesperada respuesta. Tuerce su labio y sin dejar de mirarlo, vuelve a beber.

—*Touché.*

—Lena, déjate de juegos. Estos días no son para jugar al gato y al ratón. Son para mantener la puta tapadera que tantos años ha llevado tu vida, es por la que me juego la mía. —Bebe de un trago el resto del líquido que quedaba en el interior del vaso—. Sé que eres muy capaz, sin embargo, hay veces que tu cabeza se envenena y tiendes a errar. Por eso estoy yo aquí, para evitar que tú seas la causante de tu propia condena.

—¿Y qué harás para ello? ¿Me atarás? ¿Me encerrarás en el sótano? —inquieta curiosa por esa explicación.

—Seré tu jodida sombra. —Derek percibe el ligero movimiento de los ojos de Lena, ahora tiene toda su atención—. Estos días supervisaré tu vida de cerca, sé que sabes que siempre has estado vigilada y ahora es el momento que crucemos esa línea. Tú y yo. Te conozco, Lena, demasiado, y sé que ahora estarás deseando soltarme alguna de las tuyas. No te caigo bien, me consideras un perro, no obstante, este perro que tú dices que no sabe vivir sin órdenes, ha estado protegiéndote de ti misma sin ser tu consciente de ello.

—Aja. —Está atrapada en su mirada y no es capaz de replicar nada cuando le confiesa algo de lo que ya tenía sospechas. Siempre estuvo ahí.

—Solo serán unos días, podrás lidiar con ello.

Derek se levanta con tranquilidad estirando su pernera y dirige sus pasos hasta la cocina. Sobre la encimera se desprende de un cuchillo táctico, coloca su chaqueta en el respaldo de la silla retirando una de las armas del bolsillo interior. Desabrocha los botones de su muñeca remangando su camisa negra hasta los codos mostrando sus brazos en tensión, presiona sus gafas contra su frente para ajustarlas mejor dedicándole una mirada gélida a Lena que ha seguido sus pasos de cerca y lo mira desde el umbral.

—Sabes defenderte, lo has demostrado y como tenemos algunas horas por delante, te enseñaré algún truco más que te será de mucha utilidad.

El sol comienza a despuntar en el cielo despejado de ese día que ha despertado en aquella casa de Chicago. En su interior se preparan para una batalla desconocida y estos días compartirán algo más que palabras desnudas, a la espera de la tan ansiada vida que cada vez está más alejada de lo que ella concebía. Algo diferente a lo que se imaginaba cuando viajó aquí, ahora vive la vida de una ilusión, Kathia, y entre las paredes de su casa es donde deja campar en libertad a la Lena que mantiene encerrada en su interior.

Vito

Todo se ha vuelto a enmarañar, ahora que parecía que tenía el control de la situación con las nuevas incorporaciones de la ciudad, ha sonado su teléfono con la repentina llamada. Vito había cogido un avión para volar hasta Chicago, no debía de venir hasta el jueves, un día antes de la reunión que tenían prevista con los MacCarthy. No le ha querido dar más información de la necesaria. Una llamada concisa y directa:

«—Querido sobrino, en unas horas nos veremos y hablaremos en persona de ciertos temas que nos conciernen a todos».

No dejó tiempo de respuesta, tras su anuncio colgó la llamada, en otras ocasiones había actuado de forma similar, no obstante, esto era diferente. Un presentimiento que punza en su cabeza desde que escuchó la voz de su tío. Una breve mirada a Derek fue lo único que intercambiaron mientras tenía el teléfono aún en su oreja escuchando esa frase. Tras colgar, ambos asintieron, conocedores de que todo debía de ser modificado una vez más. El castillo de naipes, que había montado con tanta maestría su padre, caía estrepitosamente delante de sus narices.

Kasem ocupará el lugar de Derek, a su derecha. Será la primera vez que asista a una reunión sin estar él presente. No es que tema por su vida, hace años que dejó de tenerle miedo y perdió su valor cuando comenzó a introducirse en este mundo. Ha mantenido todo por el legado que le imputaron en los hombros, sin su consentimiento, y por ella. Masajea su barba con la mirada fija en el espejo, las ojeras están más marcadas que en otras ocasiones y contempla como su cuerpo ha vuelto a cambiar. Antes, sus músculos estaban bastante más marcados y tonificados. En cambio, ahora está mucho más delgado y su piel no mantiene la tirantez por la falta de masa muscular.

El reflejo le devuelve la mirada cuando se palpa una de las heridas de bala que tiene en el costado, no llegó a tocar ningún órgano vital, sin embargo, jamás olvidará el día que se produjo esa cicatriz. Repasa con la yema de sus dedos la marca dibujada en su piel rememorando aquella noche:

«El almacén estaba oscuro y se movían como sombras entre cajas amontonadas a ambos lados. El olor fétido que desprendía cualquier rincón hacía que involuntariamente su cuerpo emitiera alguna arcada, era nauseabundo. La única luz que entraba era por las grietas del techo y una lamparita adherida a la pared que parpadeaba alertando donde se situaba la salida. Codo con codo, Derek y él avanzaban en silencio por la oscuridad con sus armas y solo se escuchaban a las ratas corretear a sus pies. El reflejo de la luz chocando contra las gafas de su hombre era lo que veía en esa inmensa negrura, confirmándole que seguía a su lado.

Una bala silbó muy cerca de su cara y ambos dispararon en esa misma dirección, las balas impactaron en su destino y un cuerpo inerte se derrumbó a lo lejos con un sonido sordo contra

el suelo. Marcus mantenía su espalda pegada contra las cajas, apuntando aún a la zona del disparo, esperando cualquier movimiento, eran dos al igual que ellos. Estaban atentos, sin emitir sonido alguno, sin embargo, sabían que acababan de delatar su posición. Derek se movía entre las sombras como si viviera en ellas desde siempre, lo hacía con un sigilo feroz y de manera que parecía que bailara con esa profunda oscuridad que los rodeaba. Marcus lo seguía de cerca, pero no lo suficiente.

Y sin previo aviso, sucedió.

Un disparo parpadeó en mitad de la noche, resonando contra las chapas del techo que estaba a punto de hundirse. No le dio tiempo de reacción cuando la bala le impactó por la espalda, atravesándolo y estrellándose contra la pared. Su mano palpó la sangre caliente que comenzaba a emanar de su cuerpo, empapando toda su ropa en cuestión de segundos, la mancha crecía sin dilación. Presionó la herida y buscó como pudo el origen del disparo que acababa de recibir. No sabía dónde estaba Derek, lo había perdido de su campo de visión cuando el disparo lo atravesó, el dolor se estaba volviendo molesto y los latidos de su corazón parecían sonar por un altavoz a todo volumen. Se movía con dificultad dando pasos ciegos, solo un sonido acuoso lo guía en la oscuridad. Choca sin querer contra unas cajas que se derrumban, dejando a la vista una imagen dantesca, una que jamás olvidará. Derek se había ensañado hasta la saciedad con aquella masa de carne y sangre, la mano de él aún portaba el cuchillo táctico del que nunca se separaba y del que caía un hilo de sangre que se fundía con el suelo, generando un charco que crecía sin contemplaciones.

—Vámonos —siseó Derek con voz rasposa».

Era mejor que Derek estuviera con ella en un momento así, confiaba ciegamente en aquel hombre que actuó sin pensar para acatar con su cometido. James lo entrenó, él lo acogió en su familia, no quería tratarlo como a uno de los hombres de su padre; prescindibles, reemplazables, distantes. Él era diferente. Aunque Derek siempre había mostrado tener un carácter difícil con los demás, cuando estaban a solas dejaba salir con Marcus un poco de lo que había bajo toda aquella oscuridad que lo acompañaba desde el día que cruzaron sus miradas. Suspira con el vaivén de los recuerdos en el interior de su cabeza, se viste con mesura cuidando todos los detalles. Alisa la chaqueta quitando el polvo que haya podido quedar adherido, asegura sus pistolas y busca su teléfono por la estancia. Lo localiza al fondo de la habitación, dirige sus pasos hasta él y realiza una llamada rápida.

—Voy a reunirme con él en una hora. —Cruza su mirada con Kasem que acaba de entrar en la habitación—. Aquella noche no te lo agradecí, solo espero que hagas lo mismo en una situación así con... —La voz del otro lado del teléfono lo corta antes de acabar la frase y Marcus asiente escuchándolo con atención—. Te volveré a llamar.

Cuelga la llamada y alza la vista. Kasem le sostiene la mirada durante unos segundos donde ambos se dicen todo sin palabras. Las fichas están sobre el tablero y el Rey viene dispuesto a ejecutar el jaque mate, aún le quedan peones delante por sacrificar.

El trayecto ha sido silencioso hasta el restaurante donde ha quedado con su tío. Kasem deja el coche en una zona alejada y los hombres que lo acompañan aparcan rodeando la zona. Confía en su tío a medias, es algo que siempre le inculcó James, las verdades estarían maquilladas y le convenía ser cauto con él. Traspasa las puertas del elegante restaurante y otea el interior. Las lámparas colgantes dan una luz mortecina en la decoración, sillas de piel beige rodean mesas de madera oscura sobre una moqueta color granate otorgándole extrema exquisitez al extraño lugar. Un sitio tranquilo donde solo hay dos mesas ocupadas; una por los dos inseparables

guardaespaldas, Carlo y Sebastián, y otra más apartada por su tío. Como de costumbre, ha reservado todo el restaurante para sus degustaciones, y esas charlas privadas que suelen llevarle horas. Hoy no está para perder el tiempo.

Pasa cerca de la mesa de los guardaespaldas y estos le echan una mirada de arriba abajo, aunque sabe que no lo cachearán, atisba una sombra de duda cuando los analiza.

—Sobrino *mío* —abre ambos brazos, invitándolo a sentarse frente a él con una sonrisa ladina —, *como stai*?

Recibe una pequeña descarga por todo su cuerpo que se intensifica cuando lo contempla. El humor tan jovial de su tío no predice nada bueno.

—Vito —pronuncia sin ganas—. ¿A qué se debe este cambio de planes de última hora?

Levanta ambas cejas observando a su sobrino, ese que es la viva imagen de la maldita Allegra, pero con el porte de su jodido padre. Tuerce el labio con el veneno que lo invade cuando recuerda todo lo que sucedió por su puñetero capricho, follarse a quien no debe. Aunque ellos le dieron la vuelta a la historia, consiguiendo lo que querían sin tener que matarlos a todos. Coge la copa de vino que tiene delante y saborea un poco del líquido rojo sangre que mancha el cristal.

—Marcus, las preguntas aquí las hago yo. —Amusga su mirada—. ¿Por qué no se me ha notificado que los puñeteros irlandeses querían adelantar su cita?

—Por la simple razón de que ya estaba preparada su reunión. Deben respetar las normas, son unos recién llegados que están deseando subir arriba y no les daré ese placer —sentencia.

—Me gusta que seas así, Marcus, de veras que sí. Dice mucho de ti, eres un activo importante y hay que cuidarte, ¿verdad? —Chasquea la lengua volviendo a servirse más vino.

Marcus le sostiene la mirada, no le gusta por donde está yendo la conversación.

—¿A dónde quieres llegar?

La camarera aparece con un sinfín de platillos que va colocando sobre la mesa delante de ambos hombres. El silencio que reina antecede a la tormenta que se liberará con el primer trueno que caiga. Uno de los tenedores cae al suelo y ninguno de los dos, aparta la mirada, la chica lo recoge con brío disculpándose mil veces. Vito sonríe y le hace un gesto con la mano para que se retire.

—Los irlandeses tienen algo que siempre he querido tener en mi poder. Así que cederemos ante sus peticiones.

—Nos han ofrecido armas, al igual que los rusos. —La cara de Vito cambia una milésima de segundo al escuchar la palabra «ruso».

—Sí, armas, que hasta hace poco era imposible de obtener por decisión de James y... algo más que preciso. —Sus ojos se llenan de oscuridad.

—¿Por decisión de James?

—Tu padre no hacía tratos con los irlandeses. Respetamos su decisión por aquel entonces, porque cumplía a la perfección su papel y teníamos mucho poder en Chicago gracias a él. —Carraspea para llamar la atención—. En cambio, ahora todo parece tambalearse, Marcus... ¿Qué sucede? —pregunta con un deje burlón.

—No sucede nada. Sigo haciendo todo lo que me pedís —determina sin pestañear.

—¿Estás bien? Te veo muy demacrado... ¿Tu padre no te enseñó bien?

Marcus cierra el puño con fuerza al escuchar la sorna con la que hace las preguntas. Ese gesto no pasa desapercibido para Vito, que lo escruta con la mirada mientras mastica la carne sangrante con saña.

—¿A qué viene esa pregunta?

—Debes controlar mejor tus emociones. —Le señala con el tenedor—. En eso, tu padre era un

maldito especialista. Nunca sabías lo que estaba pensando. Y tú, a veces, lo haces bien. —Suelta el tenedor sobre el plato y pasa la servilleta por la comisura de los labios, retirando una diminuta gota de sangre sin perder detalle de su sobrino—. En cambio, otras... te dejas llevar por ellas, como ahora. Sé que te molesta cuando nombro a la zorra de tu madre, pero es lo que era y eso no cambiará porque yo no lo diga en voz alta.

Marcus no puede más con la ira que está a punto de bullir por una acción que podría desencadenar en la muerte de los dos. Deja caer la palma de su mano sobre la mesa dando un sonoro golpe sobre ella y se levanta de la silla dando por finalizada la reunión.

—Se acabó —brama apretando la mandíbula.

—Así me gusta, Marcus, que gruñas de vez en cuando. —El rostro de Vito se ha encendido con avidez al ver la ferocidad con la que ha actuado—. Te estás conteniendo demasiado, debes de dejar salir esa ira por algún lado y serías mucho más fiero. Nadie se interpondrá en lo que quieres si sacas los dientes. Te parecerías más a él, con una sola orden mataba a quien se le pedía con sus propias manos. —Mira de arriba abajo a su sobrino—. No lo haces mal en un despacho tras una mesa, lideras bien a las bandas y mantienes el orden, pero necesitas ser más agresivo. Ahora entiendo mejor que te acompañe ese tal Derek, me recuerda mucho a James.

—¿Ya me has dicho todo lo que tenías que decirme? —pregunta con la furia contenida.

—No. —Arroja la servilleta sobre el plato—. La reunión será mañana.

Marcus lo reta con la mirada, ha pasado por alto todo lo que él hace desde aquí. Lo ha pisado como si no fuera nada, rebajando su autoridad en Chicago. Hasta ahora lo que él decía se hacía, esto le costará caro.

—Brannagh me ha llamado personalmente para agilizar las cosas y me ha dado muy buenas razones para ello, como te he comentado. —Acerca la copa a los labios mojándolos un poco con el burdeos intenso—. La ubicación la conocerás mañana, haz caso a mi consejo. Sé más agresivo. —Sonríe con el tinte rojizo del vino, bañando sus dientes y dándole un aspecto siniestro.

Asiente una sola vez antes de darle la espalda para salir de aquel lujoso restaurante y alejarse lo máximo posible de su tío. Ahora mismo, lo único que quiere es meterle una bala en el entrecejo y acabar con todo de una maldita vez. Incluso, a veces, piensa que si no existiera él todo sería muy diferente a como es.

Cercanía

Ha estado entrenando con Derek durante varias horas en ese reducido gimnasio que su hermano se preocupó por instalar para ella, lo que no estaba en sus planes era estrenarlo junto a él. Las diminutas gotas de sudor bañan su nívea piel, la luz del fluorescente que hay en el techo crea pequeños destellos sobre ella con cada movimiento. Contempla los músculos en tensión del que ha sido su oponente hace escasos minutos, la camiseta de algodón que porta está adherida a sus firmes pectorales y no puede evitar fijarse en las cicatrices que dibujan un mapa de la vida que ha estado llevando entre las sombras. Lena pasa con delicadeza la toalla por su cuerpo, retirando el exceso de sudor sin quitarle ojo a Derek. Le ha sorprendido lo bien que se han entendido sin intercambiar palabras, comprende un poco mejor como su hermano y Kasem tienen esa conexión con las miradas. Los ojos ambarinos refulgían con cada golpe que intentaba asestarle y ella lo evadía con soltura, una leve sonrisa brotaba de los labios de él cuando comprobaba que sabía cómo moverse. Eso le otorgaba confianza a Lena y contraatacaba con más fuerza contra su oponente, ahí es cuando se ha dejado llevar por la euforia del momento y la ha tumbado casi sin pestañear. Sabe defenderse contra hombres corrientes, pero no contra él.

—Lo haces bien, te falta práctica.

—Gracias, ¿seguimos con las clases particulares, profesor? —añade con sorna, es como si hubiera derribado una de sus corazas con cada golpe que daba.

—Sí, te doy unos minutos para descansar. —Se levanta mientras se pasa la toalla por los brazos y la deja colgada sobre su cuello, ella no puede evitar estar atenta a todos sus movimientos—. Pero... no soy tu profesor, si lo fuera, sería más duro contigo.

Derek coge una de las botellitas de agua y la lleva hasta sus labios, el líquido se desliza por su garganta y los ojos grises de Lena están hipnotizados en el vaivén de su nuez.

Una vez vaciada la botella la deposita en una papelera y se coloca sus gafas empujándolas con el índice por el puente de su nariz, pegándolas bien ahí. Levanta la cabeza pillando desprevenida a Lena en plena observación y le sostiene la mirada, pasan unos segundos hasta que ella se incomoda girando su rostro. Aunque lleva tiempo conociéndola desde la lejanía, por lo que dicen o por los datos recabados, todavía hay cosas que se esconde en su coraza de hielo. Tiene claro que tarde o temprano la romperá, conoce la manera de liberar su tormento y que lo utilice con un propósito. Él lo hizo hace mucho tiempo atrás, tras empezar esa vida de soledad. Cuando ya no tenía nada que perder, lo apostó todo a utilizar su furia, la ira retenida que mantuvo mientras no podía hacer nada por cambiar lo que ante sus ojos se marchitaba, con cada pestañeo que daba. Ella lo intentó, luchó, él fue testigo hasta que sus fuerzas se extinguieron, sin embargo, el final le llegó. Y la muerte se la llevó. Todo lo que sintió tras aquello lo transformó, no le importaban las consecuencias, ni lo que le podía pasar, solo quería que el dolor que vivía en su interior desapareciera para siempre. Lo consiguió cuando fue él quien profesaba sufrimiento a otros,

cuando los gritos de los que estaban bajo su control colmaban sus oídos y cuando sus manos se aferraban a una garganta que imploraba piedad. ¿Piedad? Nadie le otorgó piedad cuando todo aquello pasó.

—¿Derek? —Los ojos color miel que parecen ver en la oscuridad impactan con los de Lena—. ¿Estás bien? —pregunta con curiosidad cuando se ha perdido entre sus pensamientos. Por fin lo ha visto mostrando sentimientos.

Derek no despega los labios y sigue con esa mirada donde parecen habitar incesantes llamaradas calcinándolo todo. Desde que lo vio la primera vez y sus ojos se encontraron, se sintió como una gacela acechada por un león. Era un depredador.

La vibración del teléfono rompe la conexión de ambos. Él, de dos pasos, llega hasta el móvil que aproxima a su oreja una vez aceptada la llamada.

—¿Qué sucede? —Escucha atentamente la voz de Marcus al otro lado y no le gusta lo que le está contando—. Hice lo que tenía que hacer y lo repetiré las veces que sean necesarias —determina echándole una mirada rápida a Lena y asiente una sola vez.

Cuelga la llamada dejando las gafas y el teléfono en la mesa donde están las botellas. Se coloca frente a ella en posición de ataque.

—¿Era Marcus?

—Se acabó el descanso. Levanta y atácame con todo lo que tengas. Esta vez no me contendré —asevera con dureza.

—¿Te estabas conteniendo? No lo había notado —le suelta con chulería.

—Arriba, Lena.

—Ya veo que no eres de palabras. —Estira su cuerpo y este se queja con un crujido al liberar la tensión y se prepara para darle con todo lo que ha ido aprendiendo hasta ahora—. Estaba siendo delicada, no quería dañar tu ego por hacerte daño.

Sin darle tiempo a terminar la frase, el cuerpo de Derek se adelanta acortando la distancia que los separa, un golpe le llega por el costado y esta vez, sí siente dolor. Sin querer su cuerpo reacciona protegiéndose y no evade la patada que la desestabiliza perdiendo el equilibrio. Los golpes se suceden uno tras otro sin darle tregua y cuando menos lo espera, la mano de él aprisiona su cuello clavando los dedos. El aire se debate en continuar su trayecto y boquea en un intento desesperado por respirar. No esperaba este ataque por su parte, se ha confiado y la ha desarmado en cuestión de segundos. Rememora durante un instante todas esas clases que ha dado y encuentra la manera de liberarse, aunque puede que no funcione con él, lo intentará. Aferra la muñeca de Derek aprisionándola como la garra de un águila y aprovechando que lo tiene lo suficientemente cerca, con su puño le propicia un golpe desde abajo a su mentón, un *upper cut*. El agarre se afloja liberándola de su yugo y con la mano que mantenía agarrada a la muñeca de su oponente, se prepara lanzándole un gancho de izquierda con toda la adrenalina acumulada. Sus nudillos afligidos por el impacto contra el duro hueso de la mandíbula de Derek se enrojecen en cuestión de segundos y el dolor punza con cada latido de su corazón. No se puede permitir bajar la guardia.

—Así me gusta —escupe Derek—. Saca toda esa ira que tienes apresada en tu interior, libérala y úsala a tu antojo. Es tu poder, tu furia, tú controlas a dónde vas a dirigirla.

—Eres un cabrón, casi me ahogas —arremete con la voz rasgada.

—Has reaccionado, era lo que buscaba, hasta ahora solo estábamos calentando. —Sonríe ladino.

—Prepárate, porque no me voy a controlar y si tengo que romperte las putas pelotas, lo haré, no me lo pensaré. —Lena se coloca en posición de ataque con una mirada altiva.

—Nena, siempre estoy preparado.

La piel de ella se eriza al escuchar de su boca ese «nena», algo inusual con ella, era la primera vez que compartía tantas horas junto a él, por un segundo le ha parecido que bajo toda esa oscuridad había un hombre con un corazón al que pocos podrían acceder. Lo mira de arriba abajo descubriéndolo al fin, el fuego incandescente de su mirada la reta una y otra vez. Hace un repaso fugaz por su mente, de todas esas técnicas que ha ido adquiriendo a lo largo de los años eligiendo con cuál empezar. Sus cuerpos comienzan a danzar entre golpes y patadas, el calor se vuelve cada vez más abrasador y lo único que se escucha en aquella casa de Chicago son los gritos de furia que emite Lena con cada intento de tumbar a Derek.

Presagio

La entrega

El frío empezaba a hacerse presente por Chicago, el invierno estaba a la vuelta de la esquina y el vaho que desprendían con cada palabra delataba cómo habían bajado los grados en los últimos días. Vito se había encargado de hablar con Brannagh, pero él no confiaba en ninguno de esos irlandeses y tenía a sus hombres posicionados en alerta por si surgían imprevistos. A su derecha está Kasem vestido de negro al igual que los otros, le ha sugerido que era mejor que pareciera uno más, no quiere delatar quienes son los más allegados a él. El pasamontañas que se ha puesto oculta el color peculiar de su pelo y lo único que resalta en la oscuridad de aquel uniforme son sus ojos castaños. Es muy bueno disparando, sabe reaccionar ante cualquier situación inesperada, se lo ha ido enseñando con los años, sin embargo, no es Derek, no tiene esa oscuridad. Mira sus alrededores comprobando cada ventana, cada resquicio, puertas y recovecos, no le gusta que ellos hayan decidido el lugar del intercambio.

Una vieja fábrica abandonada oculta por la vegetación. Vito sonríe mientras habla con Carlo, no consigue escuchar aquello que lo mantiene de tan buen humor desde que han entrado por las puertas. El aire viciado que ahí se respira tiene un aroma extraño, entre moho y algo que no logra discernir. Percibe a su alrededor como las arañas y las ratas son dueñas de todo aquello y ellos los intrusos que se han colado en su terreno. Masajea su barba sopesando los posibles contratiempos que se pudieran dar, en el peor de los casos, una masacre y todos muertos. Ese sería un final rápido. Aunque cayera, tiene la conciencia tranquila de que Derek está con ella, sabría qué hacer en un momento así, la protegería, la sacaría de aquí y renacería con su propia identidad en otro lugar. Ese plan siempre lo tuvo preparado, si algo fallaba, existía ese plan «B» que solo Derek conocía. En su mano estaría el destino de Lena.

—Marcus, relájate. —Su tío se acerca por detrás y palmea su espalda—. Todo saldrá a pedir de boca.

Mira de reojo a su tío manteniendo ese porte malicioso que siempre lo acompaña. Su mirada es fría, no han hablado más desde que salió del restaurante, solo ha recibido un mensaje con una ubicación. Tras ese mensaje intentó llamarlo, pero en su lugar solo consiguió hablar con Carlo. Le informó que todo estaba preparado y que se dirigiera al punto acordado a las tres de la madrugada.

—Parece que no llevan bien la puntualidad —señala con la mirada al frente.

Nada más salir las palabras por la boca de Marcus, las puertas que están situadas al fondo que custodiaban un par de hombres, se abren dando paso a un hombre de gran tamaño. No es Aiden, por un momento pensó que era él por su estatura. Es un hombre de la edad de su padre, el pelo se debate entre el blanco reluciente de las canas y un rojizo que aún no quiere morir sepultado por

los años. Su cuerpo es corpulento, con una espalda lo bastante ancha para abarcar el espacio que quedaba libre entre esos dos hombres. Detrás de él camina Aiden con un pantalón verde militar y una camiseta blanca de tirantes desgastada que muestra sus musculosos brazos llenos de tatuajes celtas y esa sonrisa de loco que ya vislumbró en la reunión. A su derecha está el silencioso Liam, con un abrigo verde y una mirada de pocos amigos que va directa a cada uno de sus hombres. Centra su vista en el hombre que camina directo hasta ellos. Marcus es alto, casi de la misma estatura de James, sin embargo, ese hombre le saca unos centímetros más. Observa que ninguno de ellos lleva armas a simple vista, las únicas armas son las que portan en unas cajas los dos hombres que estaban antes custodiando la puerta, seguidos de ellos aparecen varios más y las van depositando una a una en el suelo sin mediar palabra.

—Por fin nos vemos cara a cara —añade el hombre con marcado acento irlandés—. Brannahg —alza la voz cuando se presenta.

La sonrisa de Vito se ensancha disminuyendo la distancia que los separa. Y para su sorpresa, ocurre algo inesperado, su tío abraza a ese hombre con una complicidad de la que Brannahg no muestra ninguna disconformidad.

—Vito. —Se miran un segundo y luego parece darse cuenta de que comparten espacio vital con más personas que ellos dos—. Imagino que sabrás que este de aquí es mi sobrino, Marcus, un portento que está demostrando como mantener una armonía digna, como haría su padre. Chicago está controlada —asiente orgulloso.

Marcus levanta su brazo ofreciendo la mano a aquel hombre. Este se la queda mirando durante un instante, sonríe y le estrecha la mano. Ejerciendo cierta presión en ese apretón del que no está seguro si es muestra de algo que aún no se han dicho.

—Siento lo que pasó el otro día con mis hijos, son jóvenes y se dejan llevar. Esa vitalidad que soléis tener os nubla a veces la razón, aunque como has visto se enderezan con rapidez —explica sin soltar su mano.

—Solo fue un intercambio de opiniones que por lo visto usted solventó con mi tío —asevera Marcus sin dejarse intimidar.

—Sí, opiniones... —La voz de Brannahg es profunda, al igual que su respiración. Suelta la mano de Marcus y dedica toda su atención a Vito—. Tenemos algo de lo que hablar, así que no perdamos más tiempo.

Ambos hombres se retiran a un punto oscuro de la fábrica, donde le es imposible diferenciar de que hablan, ni puede leer sus labios. Aiden se aproxima y le ofrece su mano para firmar una especie de tregua, una que aún no quiere mantener con alguien como él.

—Al final todo tiene que salir como estaba previsto —anuncia el irlandés.

—Ya veo, lo teníais todo muy bien atado —suelta Marcus sin dejar de mirar esos ojos verdes afilados.

—Brannahg, no podía esperar. —La piel de Aiden emana un pequeño vapor, la sangre parece hervir en su interior—. Te lo advertí, pero bueno, ya estamos aquí y ellos tienen mucho de lo que hablar.

La ceja de Marcus se levanta levemente al escuchar la revelación. No ha pasado por alto esa advertencia que le acaba de soltar, no obstante, el irlandés sabe mucho más que él y está al corriente de lo que se está hablando en esa reunión que mantienen alejada. No como él, que ha sido apartado delante de los nuevos amigos de su tío.

—Parece que el líder no está al tanto de todo lo que se cuece en su ciudad. —Se jacta Aiden con una gran sonrisa, a su lado Liam permanece en silencio con esa mirada turbia.

Un gesto por parte de Brannahg y ambos hermanos se dirigen hasta la reunión donde él no ha

sido invitado. Aprieta el puño contemplando como su tío sigue eliminando la autoridad que le precedía y en su cabeza comienzan a faltar las piezas para el engranaje que se está dejando entrever. «¿Qué cojones buscas con esta unión?». Kasem da un par de pasos posicionándose a su lado.

—Sea lo que sea lo averiguaremos tarde o temprano, la gente siempre habla de más en la ciudad —responde, como si hubiera escuchado los pensamientos más recónditos de su mente.

Asiente, confirmando las palabras de Kasem, intuye la manera en la que conseguirá sacar esa información que precisa y así encajar las piezas que faltan. Se gira lentamente y le hace una petición a su hombre.

—Llámalo e infórmalo de todo. No me gusta nada esto.

—¿Estás seguro?

—Sí, tengo a todos mis hombres colocados en posición y viendo lo visto, no creo que hagan falta balas, aquí las palabras son más valiosas. —Fija su mirada con Kasem y asiente—. Ve, sé breve y conciso. Él sabrá qué hacer.

Kasem se da la vuelta, no sin antes echar un vistazo rápido a todo lo que le rodea. Aunque no le guste, necesita que esté preparado. El tren puede descarrilar en cualquier momento.

Escucha los pasos amortiguados de Kasem alejarse mientras sigue con los ojos fijos en la reunión privada que mantiene su tío con los irlandeses. Acaricia la culata de la pistola que tiene aferrada desde que se alejaron ambos hermanos. Ha intentado aguzar el oído por si conseguía oír algo, pero parece que hasta en eso han pensado y solo consigue escuchar un bisbiseo. Un escalofrío le recorre todo el cuerpo erizando su piel y sin previo aviso, percibe un movimiento a su izquierda, gira la cabeza buscando la causa. Unas manos frías se arremolinan en su cuello y el peso de un cuerpo tira de él.

—Pobre, Marcus... —El susurro melódico llega cálido a sus oídos, golpeando con el aliento cuando las palabras salen de la boca. Intenta girar su rostro para encontrar a la voz femenina entrecortada que quema su cerebro, ella se lo impide volviendo a pegar sus labios a su oreja percibiendo así su humedad—. Es como si... —la voz coge aire para continuar— te faltase la mitad. —La sangre se le hiela al escuchar «mitad».

Las manos frías abandonan su cuello y se voltea para enfrentar la mirada de Moira. Esos ojos, que lo perturban con su heterocromía tan peculiar, lo atraviesan como si pudiera ver a través de su alma. El pelo le cae alborotado por los hombros ocultando parte de su rostro, solo se atisba media sonrisa y una lágrima tímida dibuja un camino sinuoso por su mejilla desembocando en sus carnosos labios. El negro envuelve su delgado cuerpo, camuflándose con el entorno y el perfume a lilas que emana parece adherirse en sus fosas nasales. Advierte como se lleva un dedo a los labios.

—*Shhhh* —sisea en un susurro difícil de escuchar, si no fuera porque la tiene delante, no entendería que lo intentase silenciar.

No la había visto llegar con todos ellos, aunque no pensó que fuera necesario que estuviera presente aquella mujer reservada que solo observa desde la lejanía y susurra palabras a Aiden en el oído, no sabían mucho más sobre ella. Los dos siguen mirándose sin soltar esa conexión que acaban de establecer, ha controlado su reacción cuando ha escuchado esas palabras, pero temía que su cuerpo le hubiera delatado. «Es un farol, no pueden saber nada. Es solo palabrería tirada al azar, solo ha dicho *mitad*. No tiene por qué referirse a ella», se convence a sí mismo sin pestañear ante la imagen fantasmagórica de Moira.

—Ya está todo dicho —sentencia el irlandés.

La voz de Aiden lo arranca de sus conjeturas, no se ha percatado de que estaba a su lado hasta

que ha hablado. Está cometiendo fallos, errores de novato, la actuación de esa mujer lo ha descolocado. Marcus pestañea varias veces buscando la figura de Moira en la oscuridad, la cual se ha esfumado.

—Estás pálido, ni que hubieras visto un fantasma. —Ríe ronco Aiden.

Marcus presiente la cercanía de Kasem al escuchar los pasos a su espalda, vuelve a tener activados todos sus sentidos. Antes, cuando las manos de Moira lo abrazaron, se le antojó como si todo lo que le rodeara dejara de existir y solo podía escuchar su voz adentrándose en su cabeza. Prefiere no contestar a Aiden, sigue sopesando qué paso dar, desde que ha entrado en esa vieja fábrica solo ha estado de pie presenciando como lo dejaban de lado en su negocio. Vito y Brannahg se aproximan con una confianza desmedida, ambos hombres parecen estar conformes con lo que han estado conversando. Su tío le dedica una sonrisa donde muestra cada uno de sus dientes, no le gusta cuando sonrío así.

—Vámonos, Marcus. —Palmea el hombro de su sobrino—. Carlo y Sebastián terminarán de entregar todo y tus hombres lo supervisarán, no te preocupes.

—Un placer, Marcus. Tendrás noticias nuestras cuando precises, espero que Aiden y Liam sepan estar a la altura. —Los ojos de Brannahg se amusan realizando un escaneo completo antes de darles la espalda y perderse en la negrura del almacén.

Vito adelanta sus pasos, seguido por Marcus, examina al hombre que tiene delante y empieza a comprender cada palabra de su padre, es como si tiraran de unas cuerdas invisibles y todo se moviera a su antojo. No estaba en Chicago, pero controlaba cada transacción, no entiende cómo su padre pudo esquivar sus tentáculos ocultando a Lena. El respeto que siente por James crece con cada día que pasa, valorando cada uno de sus actos. Están a punto de llegar al coche de Vito, un *Bentley Mulsane*, una pieza de coleccionista que se puede permitir cuando pisa suelo estadounidense. La mueca de asco se refleja en su rostro y deja salir lo que estaba reprimiendo ahí dentro.

—¿Para qué cojones he venido, Vito?

Vito se da la vuelta, sorprendido, por escuchar la voz de su sobrino.

—Para ser testigo de este nuevo tratado, ¿no es obvio? —pregunta alzando ambas cejas.

—No me necesitabas aquí para esto, me has relevado en todo lo que se supone que hago aquí. No he interferido, no obstante, la confabulación que se respiraba ahí dentro ya me estaba demostrando que no es un desconocido para ti —dictamina una vez analizado cada hecho.

—Veo que comienzas a encajar las piezas. A ese viejo zorro, no había tenido el placer de conocer en persona, sin embargo, tras nuestras charlas, he descubierto que tenemos mucho más en común de lo que pensaba. —La sonrisa demente de su tío se engrandece—. Marcus, haz tu papel y todo seguirá como hasta ahora.

Una puta marioneta era para los Mancini, le hacían creer que tenía poder, que valía para ser el digno sucesor de James. Solo fueron mentiras endulzadas para seguir alargando los brazos y alcanzar un poco más, el poder corrompía cada célula de su piel. Vito nunca fue de fiar, su padre mantenía esa fachada controlada y él no hacía más preguntas de las necesarias.

—¡Ah! Por cierto, puede que en un par de meses conozcas a tu futura esposa. —Marcus se detiene mirando a su tío—. Hay que perpetuar la sangre de los Mancini, esta vez tenemos un buen negocio por delante con los Leone. La chica aún es joven, pero seguro que se las apañará bien y tú la guiarás. Al principio su familia quería que te mudaras a la casona familiar donde ellos criarían a los futuros niños, que espero que sean muchos y varones.

—No pienso casarme. —La ira enciende el fuego azul de su mirada.

—Lo harás, créeme que lo harás. —Su tío se coloca delante de él, levanta el rostro para

mantener la mirada a ese que llama sobrino—. Incluso tu padre, se redimió. No serás menos, como te dije, haz bien tu papel y todo irá bien. —Palmea las mejillas de Marcus amortiguadas por la espesa barba—. Espero que esto desaparezca cuando viajes a Italia. Te gustará, es una *ragazza* muy guapa.

—Ya está todo. —La voz áspera de Carlo rompe el contacto visual de ambos.

—Vámonos.

Vito entra al interior del coche donde sus hombres lo esperan. El motor se enciende rugiendo en la madrugada que comienza a clarear por la montaña. La ventanilla se baja lentamente y su tío añade justo antes de acelerar.

—Ya te llamaré cuando esté todo preparado, disfruta de unos días de descanso, sobrino *mío*. —Se despidió sacando la mano por la ventanilla.

El coche acelera y la gravilla de la tierra se eleva en una nube de polvo que nubla su vista durante un instante. Todo ha cambiado demasiado, nada tiene que ver con lo que tenía pensado cuando ideó su plan. ¿Cómo podría seguir teniendo a Lena a su lado si tenía que atender un matrimonio concertado?, las dudas se agolpan y solo puede pensar en ella. Asume su papel otra vez dejando la piel de lobo que creía tener puesta, convirtiéndose en un cordero que si no actúa como piden, traerá consecuencias.

—Marcus, vámonos —anuncia Kasem.

—Sí, vámonos —afirma, derrotado.

El plan «B» que tenía por si acaso las cosas se torcían, parece estar más cerca según pasan los días. Ojalá no tenga que llegar a ese momento, si todo sigue como quieren los Mancini, le cederán una armonía hasta que deba casarse. Lo tiene que hablar con Derek, Kasem y posiblemente, Lena. Le había prometido tantas cosas con un poder que no disponía, ahora lo veía. Se mira las manos desnudas y llenas de sudor, la presión que siente sobre su espalda es cada día mayor y comienza a pesar demasiado.

Las palabras de Moira retumban en su mente y la sentencia de Vito acaba de poner precio a su cabeza si no contrae matrimonio. Había sido testigo de las habladurías de sus tías cuando estaban en Italia de las futuras bodas de la familia, pero jamás se imaginó que llegaría tan pronto este momento y que sería precisamente ahora. ¿Hasta dónde estaba ya escrita toda su existencia? Sus padres no pudieron salvarlos a los dos, James creyó que estaría a su lado, pero el destino fue inesperado, arrancándolo de sus vidas para siempre.

Confía en mí

El sol despunta en lo alto, asomando con cautela entre las cortinas blancas de su dormitorio, aprieta los párpados con fuerza para que la luz no la termine de despertar y se coloca la almohada sobre la cabeza. En esta sigue adherido ese perfume, es una combinación entre su aroma y el ácido dulzor de Derek. Aunque haya lavado las sábanas, la mezcla de olores está aún presente; aspira con intensidad y el recuerdo vaga por su mente durante unos instantes que saborea cerrando los ojos. La acompañó en casa durante tres efímeros días. Tres días en los que fue parco en palabras, algo habitual en él. En cambio, en cierto momento ella se quiso liberar un poco de su carga cuando abrió aquella botella de whisky. Tenía agujetas en cada fibra de su cuerpo a causa del duro entrenamiento al que la sometió, ahora se da cuenta de que lo hizo por mantener su mente ocupada y no estar cavilando en lo que pasaba al otro lado de Chicago. Funcionó a la perfección mientras ambos estuvieron entregados en cuerpo y alma en aquel gimnasio. Cuando se sirvió la primera copa no imaginó que vendrían varias más y que él le acompañaría. Lo hizo en las primeras dos copas, en la tercera su visión comenzó a nublarse. Los flashes le llegan con las imágenes de esas horas compartidas, no puede evitar avergonzarse, voltea la cabeza apretando la almohada con intensidad.

—¡Joder! —grita ahogando esa palabra entre las sábanas.

Se vino abajo en algún momento de la noche, su cuerpo deshidratado, de tanto sudar con el ejercicio físico, se la jugó. Ella normalmente aguantaba bastante bien el alcohol, pero esa maldita noche, no. El mundo durante un instante la superó y lloró, las lágrimas tomaron el control de su cuerpo dejando un camino secreto en sus mejillas. No emitió sonido alguno, solo caían de manera apresurada como el agua liberada de una presa. Se prometió que no volvería a llorar y ahí estaba delante de él, mostrando una vez más su debilidad. Lo que sucedió a continuación fue algo que no estaba en sus planes y lo tiene difuso por la ebriedad del alcohol.

Recuerda a Derek con la mirada fija en ella, no hablaba, la dejaba estar. Pero en algún momento, los musculosos brazos de él la abrazaron aportándole calor a su frío corazón. Se acurrucó en su cuello respirando su aroma, ese que siempre desprende y se sintió protegida, como si con él jamás le pudiera pasar nada. Las imágenes van pasando de manera pausada por delante de sus ojos, sus brazos, su profunda respiración y cómo la depositó con suavidad en la cama. Su calor se alejó y ella, sin pensarlo, estiró el brazo para atraerlo de nuevo a su lado. Derek no se opuso a su petición, sentándose junto a ella, velando hasta que el sueño la venciera. No sabe cuánto tiempo pasó en aquella habitación con su presencia, sin embargo, algo le dice que se mantuvo hasta que se tranquilizó y se durmió profundamente. Tres semanas habían pasado y aún podía distinguir su perfume. Suspira abriendo los ojos recibiendo un nuevo día, tiene mucho que hacer hoy, no puede dejar que ese momento que ella no pudo controlar defina cómo es. Arroja la almohada contra la ventana y se levanta de un salto.

En menos de diez minutos se ha preparado todo para ser Kathia, casi la siente como una segunda piel. Tiene varias perdidas en el móvil de Jackson, uno de los moteros que debía de presentarse a ella para ser el nuevo enlace con la banda. No le contestará, que espere como hacen los demás. Guarda el teléfono dentro de la mochila de cuero que suele llevar con púas de metal y la cuelga a su espalda. Abre el garaje para sacar la vieja moto que la acompaña todos los días que se coloca esa peluca roja y arranca a la vez que acelera dejando con el humo una estela a su paso. El motor truena entre aquellas casitas unifamiliares en la que muchos de sus vecinos aún estarán en proceso de despertar.

—¡Que se jodan! —gruñe en el interior del casco.

El taller está a rebosar de gente esta mañana, entre los pequeños trabajos que llegan y los ilegales que regenta en la parte trasera, no hay momento para el descanso. Ojea los documentos que ha ido acumulando estos meses valorando los ingresos y el dinero negro que entra, es como si se hubiera preparado para este preciso momento. Asiente contenta con el resultado de su trabajo y sonríe orgullosa. Abre el cajón en busca de su vaper y se lo lleva a los labios aspirando el ansiado sabor que inunda su paladar. Unos suaves golpes en la puerta suenan antes de que se abra y entre en el despacho el joven Rain.

—Jackson está aquí. Te espera en la parte de atrás. —El muchacho se queda a la espera de las palabras de ella.

Lena aparta los documentos que hasta ahora le ocultaban la cara y lo examina de arriba abajo. Sin despegar sus labios se queda mirándolo hasta que nota como Rain se pone nervioso, sonríe complacida y vuelve a dirigir su atención a los documentos.

—Gracias, Rain. —Mueve la mano en el aire para que salga del despacho.

La puerta se vuelve a cerrar dándole su ansiada privacidad y deja que el humo se escape de sus labios con sensualidad, despacio, mientras sopesa la conversación que le espera. Coloca las hojas encima de la mesa y es cuando percibe la vibración que emite el interior del cajón. Se retira la cadena que porta la llave de su cuello y la introduce en la diminuta cerradura. Agarra el tirador con brusquedad y descubre el teléfono que mantuvo encendido a la espera de una llamada que no llegó. Tras aquella reunión con Vito, su hermano había mantenido las distancias con ella. Lo poco que iba conociendo era gracias a Kasem, no debía llamar, no obstante, lo hizo en varias ocasiones. La primera vez no quiso decir más de cuatro palabras, fue conciso. No se rindió y volvió a llamarlo una segunda, una tercera y hasta una cuarta vez. En cada llamada le adelantaba entre palabras maquilladas cómo iban las cosas por ahí y aunque no estaba del todo tranquila con la poca información que recibía, la voz de Kasem conseguía que se calmara cuando le decía que todo iba bien. Atrapa el teléfono con la esperanza pendida de un hilo tras tantos días de abandono.

—¿Sí?

—En una hora te recogerán —anuncia la voz de Kasem.

—¿Algo más?

—En la parte de atrás te esperará un coche de color negro. Súbete nada más lo veas, no tenemos mucho tiempo —determina.

—¿Quieres...?

La pregunta se queda en el aire al notar que Kasem ha colgado. Se queda mirando el teléfono, confundida, siempre la llamaba él, esperaba escuchar su voz y nunca tenían una «reunión» a la luz del sol. Algo ha debido de suceder para este repentino cambio. Sale del despacho, preparada, para una breve charla con Jackson, tiene que dejar todo atado antes de desaparecer del taller. Habla con uno de los chicos al que suele dejar a cargo de las ventas cuando ella no está y se

dirige hasta la parte de atrás donde le espera el motero que agranda los ojos cuando la ve aparecer. Los ojos del tipo hacen un escaneo a fondo del cuerpo de Lena y ella se relame los labios, dispuesta, a disuadir toda la entereza que cree tener ese hombre que va de alfa. Era concienzuda con su trabajo, estudiaba a cada uno de los hombres que tenía que tratar para conocer sus debilidades y hasta qué punto eran manipulables por una mujer. Al final, todos lo eran.

Todos menos él.



Por el rabillo del ojo atisba el coche de color negro que debía de recogerla, arquea la ceja al comprobar que es un 4x4 de segunda mano con bastantes años encima. La chapa está maltratada por el paso del tiempo y las ruedas se le antojan que necesitan un cambio. Muerde sus mejillas con hastío cuando se da cuenta de que cada día sabe más de coches, cuando su idea era la de liderar muchas boutiques de alta costura y conocer la última moda de las pasarelas. La desidia de la vida, proponerse cumplir uno de sus sueños y verse sumergida en negocios de dudosa legalidad. No ha podido fijarse en quién conduce el coche, los cristales oscuros tampoco le dan mucha visibilidad desde su posición. Lleva sus botas hasta la puerta que se acaba de abrir y sube de un salto. El coche no espera a que se acomode y se pone en marcha. En el interior solo están ellos dos, su «chófer», Kasem y ella, una mirada breve por el retrovisor y el silencio reina durante los minutos que dura el trayecto. Paran unos segundos para recoger a las personas que la van a acompañar, para su sorpresa la puerta se abre descubriendo a su hermano y delante, junto a Kasem, se sienta Derek. El motor acelera por carreteras desconocidas para Lena y espera paciente a que su hermano hable.

—Lena, tengo poco tiempo —dictamina Marcus.

No le ha contado nada de lo sucedido en aquella entrega a su hermana, algo en su interior le dice que no debe de salpicarle cualquier asunto con los irlandeses y cuanto menos sepa mejor. Sin saberlo está empezando a actuar como su padre, ahora se ve relegado a continuar todo lo que él había construido y que por poco destroza en cuestión de meses. Masajea su barba meditando la manera más apropiada de comunicarle todo lo que si puede contarle sin introducirla más en la guarida del lobo.

Ella era libre y él la ha atado a un mundo oscuro del que creyó saberlo todo.

—En unas horas debo de coger un vuelo a Italia, volveré lo antes posible. —Percibe la atenta mirada de Lena mientras habla—. Cuando recibas la llamada para reunirnos, ese día me gustaría hacerte entrega de algo, es un negocio más limpio de lo que estás llevando actualmente. Creo que te gustará, es mi regalo de cumpleaños.

Lena lo mira atónita, había olvidado que en un par de semanas era el cumpleaños de ambos. La piel de Kathia se había adherido tanto a la suya que incluso los pensamientos se sustituyeron por unos nuevos que solapaban a veces su propia identidad.

—¿Por qué esta repentina reunión? ¿Qué sucede, Marcus? —inquieta dolida por tantas ausencias.

No quiere mentirle, niega varias veces con la cabeza con la punzada de la traición en el corazón.

—No pasa nada, solo quería decírtelo en persona. Ese día no quiero que vengas vestida como Kathia, quiero que por nuestro cumpleaños puedas ser tú, aunque sea unas horas. —Sonríe levemente—. Es parte de mi regalo.

—Marcus... ¿Qué me ocultas? ¿Qué pasó en aquella reunión con Vito? ¿Por qué ese día sí puedo ser yo? ¿Qué ha cambiado? —repite, desesperada, por arrancar la verdad en sus palabras.

La mano de Marcus busca la de su hermana para tranquilizarla, la mece con mesura y se la lleva a los labios para besarla transmitiéndole todo lo que no le puede decir con palabras.

—Confía en mí. —Necesita que confíe en él más que nada en el mundo.

El beso cálido en su mano, la desarma en cuestión de segundos. Es una mujer que ha recibido a cuenta gotas el calor de su familia y cuando tiene una pequeña ración no puede evitar derretir sus barreras con él. *Su debilidad*.

—Está bien —asiente Lena.

—Gracias —susurra con ternura mientras una sonrisa se dibuja en sus labios.

—¿Qué te hace tanta gracia? —pregunta algo más relajada.

—Me he acordado de cuando te preparé aquella sorpresa para nuestro cumpleaños. Estuviste haciéndome preguntas durante todo el día, te pusiste muy pesada, pensé que al final me lo sonsacabas porque me rendiría por no escucharte repetir las mismas preguntas una y otra vez —relata con la mirada perdida en esos recuerdos ahora tan distantes—. Al final desististe porque te pedí que confiaras en mí. No se me ocurrió decirte aquellas palabras antes y las dije sin pensar en las consecuencias. —Posa su mano en la mejilla de Lena con cuidado y la mira directamente a los ojos—. Pocas veces te lo pido, sin embargo, sé que cuando las digo, confiarás en mí. —Su traición por protegerla, se perpetúa con cada palabra.

No puede decirle que tiene que viajar a Italia para conocer a su futura esposa, no puede contarle que a partir de ahora recaerá más peso en sus hombros con el apellido Mancini y no debe de adentrarla más en las sombras que lo rodean que cada vez son más oscuras. Ahora, cuando el fango le cubre hasta el cuello, es cuando se da cuenta de lo que es ser el sustituto de James. Lo estaba preparando con cada acto, con cada palabra, con cada orden y estaba ciego por querer darle una vida a su hermana junto a él, obviando todo lo que había detrás, todo lo que hizo su padre. Si tan solo le hubiera contado...

Todo hubiera sido muy diferente a como es ahora.

—Sé que cuando las dices, es porque tienes una buena razón. —Sonríe cerrando los ojos al notar el calor que le aporta aquella caricia—. Como aquella vez...

Marcus mantiene la compostura al observar a la mujer que tiene delante. El alma se le rompe con cada decisión, pero no hay otra solución. Solo espera que tras todo lo que le aguarda en Italia, las cosas se calmen el tiempo suficiente para que puedan disfrutar el uno del otro unos días en la casa de la playa. Ambos acomodados frente a la chimenea para leer las cartas que quedaron por abrir, abandonadas a la espera de que volvieran a compartir unas horas, siendo ellos mismos frente a todos los recuerdos que albergaban de sus padres.

Un poco más, un sacrificio más y podrá conseguirle esas horas prometidas de libertad. No faltará a su promesa.

*Il sangue è potente**Italia*

La mesa está compuesta por los cabezas de familia de cada casa, hombres a los que había conocido en los viajes que hacía cada dos meses a Italia, antes acompañado por la protección de James, ahora con una piel que está a punto de caérsele a los pies. No siente el fervor que creía tener unos meses atrás, cuando todo parecía pertenecerle y crecía con una única fijación. Ser mejor que él, brindándole una oportunidad a Lena. La esperanza lo cegó, avistando solo la punta del iceberg. Ahora que se estaba ahogando en esas aguas heladas, contemplaba todo lo que escondía ese condenado trozo de hielo.

Mira atentamente a cada uno de los que lo acompañan en esa reunión. Los Barone, Costa, Leone, Ruggiero y su tío, Vito. La mayoría son hombres que llevan mucho en el negocio familiar, las arrugas de sus rostros cuentan cada una de las experiencias que han albergado frente a esa mesa de madera maciza. Uno de los temas a tratar ha sido la distribución de una nueva mercancía que proviene de Cuba, un reciente acuerdo que han conseguido tras enmendar una disputa familiar que venía de tiempo atrás. El hedor del alcohol se adueña de la sala según pasan las horas y el humo denso de los puros han establecido una neblina alrededor de ellos dando un halo tenebroso. Tiene la sensación que solo los más jóvenes de la mesa mantienen aún la entereza de no caer en la tentación de hablar de más, a la espera de que el Capo se persone en la reunión. Marcus percibe la mirada penetrante de Vito y esa sonrisa ladina que surge en su rostro cuando trama algo desde las sombras. Lo que sucedió con los irlandeses, aún retumba en su cabeza, es el molesto zumbido de un abejaorjo que no cesa en su afán de entrar en su oído y aunque lo espante, vuelve con más garra.

—*Tale padre, tale figlio* —sisea con ironía Vito a Donato Leone, su futuro suegro.

Alza la vista observando a ambos hombres que asienten a las palabras que escapan de los labios de Vito. Entiende y habla el italiano desde hace años, pero eso no les quita la costumbre de seguir soltando sus pullas, incluso estando en una reunión con todos los cabezas de familia y sicarios de Italia. Mantiene sus labios sellados con la mirada colmada de ira sobre su tío.

Las puertas de madera se abren dando paso al Capo, Lavinio Leone. Había algo en su porte que intimidaba con solo una mirada, su respiración profunda resuena en las paredes de madera y el silencio gobierna por toda la estancia mientras él se aproxima a la mesa. A pesar de sus años seguía causando miedo a sus enemigos con solo una palabra, su forma de hablar era oscura. Con un simple gesto de su mano da paso a Donato para que comunique la ansiada unión que se había acordado hace años, cuando nació Elettra, su futura esposa. Los documentos de dicho contrato aparecen por delante de los cabezas de familia para que revisen todo lo que se pactó en su día, una ojeada fugaz por encima y firman cada uno de ellos. Donato Leone los desliza por la mesa

hacia la derecha para que uno de sus hombres se los lleve a su futuro yerno y deje perpetuada su firma.

—Massimo, que en paz descanse, estaría gratamente orgulloso de esta unión... —Vito alza la voz de manera dramática abriendo los brazos—. Le prometí en su lecho que siempre velaría por *nostra famiglia* y eso haré. Cueste lo que cueste. —Cierra el puño con fuerza—. *Il sangue è potente*.

Vito se levanta con calma y pide el permiso del Capo para dirigirse hasta Marcus. Coloca sus manos sobre los hombros de este y el contrato aparece delante de él esperando su ansiada firma. La sensación del peso que recae sobre sus hombros es como si mil personas fueran las que están en esas manos presionando a su vez.

—Firma los que están marcados, simple rutina. —Presiona sobre sus cervicales instándole a coger la pluma—. No hace falta que los leas, solo tienes que firmar. *Andiamo!* —Chasquea los dedos delante de su rostro.

No tiene opción, no tiene voz, solo es un títere con hilos invisibles atados a sus extremidades movidas por el antojo de los Mancini. ¿Es lo que tuvo que aceptar su padre para protegerlos a todos? Qué injusta es la vida, teniendo que ser testigo de todo esto sin él a su lado, sin el apoyo que siempre le había brindado.

James lo dio todo por ellos, él no será menos.

Una vez finalizada la reunión, donde ha sido un mero espectador, ha tocado pasar al gran salón de la casona familiar. Es momento de celebración para todas las familias ahí presentes, no obstante, él solo quiere marcharse de allí para cumplir la promesa que le hizo a Lena. Es lo que más le importa ahora, por eso dejó instrucciones de que la mantuvieran vigilada, sabe que Derek jamás faltaría a su palabra. Tiene la mirada clavada en el suelo con la nostalgia de los años de ignorancia, sin esperarlo, unos tacones de color rojo se detienen frente a él.

—Marcus —carraspea Vito en una llamada clara de atención.

Marcus levanta la vista a petición de su tío y contempla a la joven que lleva aferrada por la cintura. Una chica de pelo negro y largo con unos ojos grandes del tono de la arena tostada que le evita la mirada. Sus mejillas cada vez más sonrojadas, destacan sobre una piel blanca como la nieve recién caída. No debe tener más de dieciocho años. Posee un cuerpo menudo y aunque lleve tacones no es más alta que Vito, es como contemplar a un hada en medio del infierno.

—Elettra, este es tu futuro esposo. —Empuja con suavidad la espalda de la joven para acercarla a Marcus—. Conoceos un poco antes de que tengas que hablar con la *famiglia*.

Vito desaparece de allí a la vez que siente todas las miradas sobre la nueva pareja. Escucha los cuchicheos de las mujeres que se han reunido esperando una reacción por parte de la muchacha.

—*Buona sera*, Marcus... —Lo mira un instante para luego bajar la vista a sus manos cada vez más ruborizada—. Había visto fotos tuyas, pero no esperaba que fueras tan alto. —Mueve los pies para confirmar que lleva tacones—. Tendré que comprar unos zapatos con más tacón, me veo...

Marcus examina sus movimientos, su manera de tocarse el pelo y colocárselo tras la oreja. Evade a toda costa mirarlo a los ojos y su cuerpo delata su nerviosismo. Presiente que ahora mismo son la atracción de la fiesta. Ella no tiene la culpa de lo que sucede, no dejará que se sienta peor de lo que él se siente.

—Yo te veo perfecta, *piccolina* —susurra con una sonrisa.

Elettra al escuchar ese adjetivo, levanta la cabeza y le devuelve la mirada con una sonrisa sincera dibujada en los labios.

—*Grazie*... —musita agradecida por esas palabras, dicen mucho más de él de lo que esperaba

encontrar. Le habían hablado de James, su frialdad y su seriedad. Imaginó que su hijo sería igual, sin embargo, con ese simple gesto le ha aportado la calidez que necesitaba.

Cuando la mira no puede evitar pensar en su madre, aceptando su desidia, no obstante, luchó cuando se enamoró de su padre. Un ligero temblor se apodera del frágil cuerpo de Elettra, y Marcus, ante todas esas miradas que los fulminan, no puede reprimir mostrar un ápice de su instinto protector. No le gusta cómo los observan, no quiere mancharse las manos con más vidas ajenas, aun así, tiene que asumir su papel en la familia. Sitúa una mano con suavidad en la parte baja de la espalda de Elettra, percibiendo cómo se tensa a su contacto y la guía hacia el jardín donde tendrán algo más de privacidad.

Y se adentrará una vez más en la oscuridad.

El reloj

Está terminando de arreglarse frente al espejo, se ha esmerado en prepararse hasta en los más nimios detalles. Estos días se ha mimado como nunca había hecho hasta ahora, masajes, manicura y peluquería. Siempre había mantenido su corte perfecto, en cambio, todos estos meses llevando la peluca roja de Kathia le había estropeado el pelo, lo tenía descuidado, apagado y por eso, no se negó nada de lo que necesitaba para sentirse por un día ella. «Quiero que por nuestro cumpleaños puedas ser tú», fue la frase exacta que le dijo y no iba a dejar pasar la oportunidad. Montó en uno de los coches con matrículas falsas que solían tener en la parte de atrás del taller y se fue hasta las afueras para mimarse, alejada de todo lo que normalmente la rodea.

Repasa con el labial rojo sangre sus gruesos labios delimitando bien cada curva y aplica colorete en sus mejillas, no demasiado. Un delineado por el nacimiento de las pestañas sobre el párpado inferior, enfatizando su mirada con un rabillo marcado. Y una buena capa de máscara de pestañas. No le hacía falta maquillarse en exceso para resaltar su belleza, una que parecía enterrada bajo toda aquella fachada. El vestido de *Gucci* le queda adherido como una segunda piel, adaptándose a su tonificado cuerpo. Repasa con las manos sus curvas, no tan prominentes como cuando era una adolescente, sin embargo, sigue llamando la atención por donde pasa. El vestido ajustado de color negro le cae hasta sus rodillas, dejando a la vista sus largas piernas y sus adorados *Louboutin*. El conjunto en sí, le queda endiabladamente bien. Asiente, complacida y relame sus labios meditando los últimos detalles antes de salir de allí. Se había vestido en una habitación de hotel, no quería que sus vecinos fueran testigos de sus cambios drásticos de looks. Así levantaría menos sospechas, al final todo lo que Marcus le ha inculcado le está afectando en demasía. Ha alquilado un coche con chofer que la llevará hasta la ubicación donde se reunirá con su hermano. Aunque tenía una tentación constante de averiguar todo lo que pudiera de aquella sorpresa, debía de confiar en él.

El coche se detiene frente a un edificio parco de paredes grises, tuerce el labio con decepción. Traspasa el umbral de las pesadas puertas de metal y lo que encuentra en su interior no tiene nada que ver con lo que aparentaba su exterior. Un restaurante acogedor, forrado en madera de nogal y con paredes de un tono verde oscuro. A lo lejos, divisa un reservado donde localiza a su hermano, la sonrisa de ella crece con cada paso que da por el pasillo de luces. Ignora la voz que le pregunta con educación y sigue su camino sin mirar nada de lo que la rodea. Los tacones repiquetean en la madera llamando la atención por donde pasa y su hermano alza la mirada conectando con la de ella. Está solo, aunque le extraña, agradece un momento familiar junto a él.

—Hola, Lena. —Sonríe iluminando el reservado.

Retira su abrigo y en ese instante, la voz que antes escuchó, aparece por el lado derecho descubriendo a un muchacho que coge su levita para llevarla al guardarropa. Ella se la entrega

con gusto y se sienta con delicadeza frente a su hermano, con la sola idea de disfrutar de este momento tan esperado. Observa con detenimiento a Marcus, apreciando como ha perfilado su barba, marcando así su mentón y ha cuidado hasta el último detalle, eligiendo un traje de chaqueta beige que le queda arrebatador, seguramente hecho a medida. Es un hombre muy atractivo, de porte elegante y sobrio, con una mirada cálida que podría romper cualquier coraza. Ha adelgazado mucho en estos meses desde que ella llegó a Chicago, es como si su presencia lo fuera consumiendo, y no puede evitar morderse las mejillas con la culpa que la carcome al comprobar su estado. Cierra los párpados negando esos pensamientos que la asaltan y los abre, decidida, a cambiarlos.

—¿Este no es el restaurante que cuesta tanto conseguir mesa? —Arquea una ceja inquisitiva al ojear la carta que tiene delante.

—Sí —afirma, orgulloso, Marcus.

—¿Y cómo has conseguido una con tan poco tiempo? ¿Le has mandado a tu perro con una amenaza de muerte para que nos dieran una mesa? —Ríe con malicia.

—Podría haberlo hecho, pero no es el caso. —La camarera sirve el vino que había pedido Marcus, espera un segundo y desaparece tras servir las copas—. Hacía bastante que tenía la reserva, desde el día que te dije que vendrías a Chicago.

—Vaya, sí que lo tenías planeado... —Los ojos de Lena se abren de par en par al leer las *delicatessen* que hay por toda la carta—. Hay muchísimos postres. ¿Cuál es la trampa, Marcus?

—Ninguna, hoy es nuestro cumpleaños y quería que disfrutáramos de un rato familiar. —Su mirada se apaga durante un instante—. La reserva estaba hecha para tres...

Lena deja caer la carta sobre la mesa buscando la mano de su hermano. Una herida abierta le recordaba a cámara lenta ese instante, cuando su padre se desplomó a sus pies y en ningún momento sopesó lo que a él le causó. Ahora, al salir esas palabras de sus labios, descubre que ha sido una egoísta y no ha mirado por la única familia que le queda. Se afligió cuando se quedó en soledad en la casa de la playa llorando la pérdida de su padre, pero fue él quien lo tuvo que enterrar y a su vez, disfrazar sus sentimientos para tomar el control de todo lo que su padre le legó.

—Gracias —susurra mientras le acoge la mano.

Marcus pestañea varias veces al observar a su hermana, solo ha sido un segundo, pero le había parecido contemplar a su madre. La imagen de ese cuadro está demasiado presente. Es como si Allegra siempre estuviera con ellos. Entrecierra los ojos despertando de ese sueño que lo tenía hipnotizado y abandona todo lo que le preocupa apartándolo a un lado.

—¿Por qué? —Él mismo se pregunta una y otra vez si ella no le odiará cuando descubra alguna vez la verdad.

—Por todo, Marcus. —Pasea sus finas uñas por la piel de su hermano—. Por regalarme este tiempo junto a los dos, por brindarme una nueva oportunidad de vivir una vida junto a ti y por protegerme de todo lo que pueda arrancarme la sonrisa.

—Me hubiera gustado entregarte más, Lena...

—Calla de una vez. —Aprieta su mano—. Por una vez quiero dejar de ser esa egoísta consentida, porque, aunque me cueste, me he dado cuenta de todo lo que has hecho por mí hasta ahora. —La sonrisa de Lena es sincera—. Gracias por cada segundo, y la próxima vez te prometo que confiaré en ti sin que me lo tengas que pedir.

—¿De verdad?

—Sí —afirma decidida.

—Deseando estoy de verte claudicar sin tener que replicarme cada cosa que te digo.

Lena pone los ojos en blanco cuando comprueba la sonrisa socarrona que tiene Marcus, ella que estaba siendo sincera y él se lo toma con sorna.

—Marcus, ¿qué fue de Emilia? Te lo quería haber preguntado antes, pero no sabía si podía.

—Está bien. Unos meses después de tu marcha, James le brindó la oportunidad de volver a empezar lejos de todo. Aunque a ella le costó aceptarlo al principio y se enfadó por no poder despedirse de ti. —Sonríe con el recuerdo—. Emilia era parte de nuestra familia, se merecía disfrutar de su vida ahora que habíamos crecido.

—Me quedo más tranquila sabiendo que está bien. —Lena le devuelve la sonrisa y mira con devoción a su hermano cuando le habla de Emilia.

—No debes de preocuparte por ella, al igual que por Ciara. Tanto James como yo, nos hemos encargado que no haya nada que les ligue a nosotros.

—Gracias por cuidar de ellas. —Sonríe.

—Se acabó ponernos sensibles, ahora toca disfrutar de nuestro cumpleaños y estoy deseando ver que te parecen los platos. —Alza ambas cejas.

Los camareros comienzan a poner diferentes platillos, a cuál más vistoso y llamativo. Entre ellos destaca un extravagante globo que le entregan en mano. Lena está atónita ante los postres que no paran de servir, pensaba que tendría que pedir algo de la carta, sin embargo, Marcus ya había planeado todo lo necesario para hacer un día único. No es tan diferente de James, queriendo tener controlado hasta el último detalle, incluso en algo así.

—¿Para qué cojones quiero un globo? —pregunta a su hermano que no ha podido evitar reírse al ver la cara de ella—. Joder, Marcus...

—Es un postre, es una especialidad de aquí. Adelante, Pruébalo. —La insta expectante por ver su reacción.

—¿Es en serio?

—Sí, venga, me has dicho que confiarías en mí sin pedírtelo. Ahora es un buen momento.

Con desgana, Lena va aproximando su boca al globo que flota a su lado, los labios están a punto de tocar la textura cuando primero decide sacar la lengua y saborear lo que supuestamente es comestible. Para su sorpresa está exquisito, un sabor dulce con un toque cítrico inunda su paladar. El brillo de sus ojos le confirma a Marcus que le está fascinando, tanto la elección de los postres como del restaurante. Es el sitio perfecto para su cumpleaños.

—Sabía que te gustaría.

Lena esta vez intenta saborear un poco más el globo que aún flota a su lado, pero de repente este explota en su cara, quedándose adherido a sus labios.

—¡Joder!

Marcus rompe a reír a carcajadas y ella no puede evitar imitarlo.

Ambos disfrutan de una mesa atiborrada de postres de los más variopintos y comparten las horas donde por fin pueden ser ellos dos. Aunque de puertas hacia fuera de aquel restaurante aún le esperen muchas decisiones por tomar. Su prioridad es mantener entretenida a Lena para evitar que haga preguntas que no puede responder, no quiere volver a mentirle y no debe saber jamás que se ha tenido que casar en Italia. Un matrimonio que ha sido adelantado por motivos ajenos a él. Todo se agilizó aquella noche, cuando su tío en las sombras tramitó todo a sus espaldas, aprovechando que él se alejaba con Elettra, volvió a regir una vez más su destino. Lo que él pensó que sería un día o dos en Costa Rei, se alargó una semana. Una semana en la que tuvo que asumir el papel de marido de Elettra, consumándolo con premura, manejado por los hilos invisibles que rodeaban su cuello, esos hilos de los que no se desprendería jamás.

Ahora comprendía la maldición de la sangre que corría por sus venas.

—¿Marcus?

—Dime —responde automático.

—¿Cómo fue en Italia?

—Cansado y repetitivo. Cuestiones de trabajo, solo eso —dice restando importancia.

—No sé, algo más harás cada vez que viajas allí —añade paseando la yema de su dedo por el borde de la copa—. Algo que me puedas contar.

—Reuniones con Vito, todo muy rutinario.

—¿Seguro? Tus ojos no me dicen lo mismo.

Ahí está, sabía que tarde o temprano su hermana indagaría. No iba a cambiar por endulzarla durante unas horas. Su mirada es implacable, está dispuesta a escarbar en la tierra y con poco que encuentre será capaz de unir las piezas que faltan. No puede dejar que nada de aquello salga a la luz. Ignora las palabras de su hermana y gira su muñeca observando el viejo reloj que siempre lo acompaña, es el momento.

—¿Marcus? —Lena lo sigue con la mirada.

Se levanta sacudiendo su camisa de posibles restos que se hayan podido quedar impregnados. Uno de los muchachos se apresura a traerle su chaqueta beige y el abrigo de Lena. Introduce los brazos en la chaqueta sin quitar ojo a su hermana que lo mira expectante esperando una respuesta y le ofrece la mano.

—Es el momento de tu regalo.

—Espera, quería antes entregarte algo... —dice Lena, aferrada a su muñeca.

Marcus la mira, confundido, no entraba en sus planes que ella le regalase nada. Para él su mejor regalo era tenerla cerca.

—Luego me lo das, tenemos tiempo después de esto.

—¿Dónde vamos?

—Como te dije, confía en mí.

No suelta la mano de su hermana mientras caminan hacia un garaje cercano. Una vez internados en la oscuridad, presiona el mando que tiene guardado en el bolsillo de la chaqueta. Las luces de un *Lamborghini* azul eléctrico parpadean al fondo de este, la sonrisa de Lena crece con cada paso que dan acercándose al coche.

—¿Es mi regalo? —pregunta ilusionada.

Marcus le entrega las llaves.

—¿Esto? —Sonríe pícaro—. No, esto lo podemos comprar en cualquier momento. Solo te dejaba conducir.

Lena le propina un puñetazo en el pecho que Marcus recibe con una risa que escapa del fondo de su garganta.

—Te estás acomodando a que te lleven a todos lados, así que ahora me llevarás tú a mí. —Abre la puerta invitándola a entrar—. Te indicaré por donde tienes que ir, debes de llevarnos a un sitio.

—¿No era más fácil añadirlo al GPS?

—No. Prefiero ser yo quien te guíe. —Le guiña el ojo. No quiere dejar registrada esta dirección en ningún dispositivo, nada que pueda llevarlos a ella.

—De acuerdo. Sube rápido que no podré contener las ganas de pisar el acelerador a fondo mucho tiempo —apremia depositando sus tacones en el asiento del copiloto—. Cuida de mis *Louboutin*.

El trayecto es liberador para los dos, el aire entra por las ventanillas bajadas y deambula por el interior refrescando cada rincón. El día es soleado, sin nubes que entorpezcan esos rayos de sol

que calientan la ciudad, saborea cada instante que el presente le premia junto a él. Conduce a toda velocidad entre los coches, escucha algún que otro impropio a su paso que aviva más el fuego que se ha encendido en su interior con cada cambio de marcha. El rostro se le transforma según acelera por las rectas y aferra el volante con fuerza, clavando sus uñas, decidida, a pisar un poco más.

—Aminora, estamos llegando. —La mano de su hermano presiona con suavidad su muslo para que levante el pie del acelerador.

Lena examina los edificios que tiene a ambos lados de la calle sin identificar ningún edificio en concreto, esta zona de la ciudad no la había visitado aún y todo le resulta desconocido. Un local de grandes dimensiones lidera la esquina de la calle principal, tiene toda la cristalería cubierta con carteles de «Próxima Apertura» aunque realmente no anuncia el negocio que abrirá.

—Es aquí. —Marcus sale del coche y abre la puerta del piloto ofreciendo la mano a su hermana—. Vamos.

Saca unas llaves que ha cogido de la guantera del coche y abre una puerta lateral del local. Presiona los interruptores que están situados a su izquierda y las luces halógenas iluminan cada esquina de la estancia. Su hermana se había quedado detrás de él, sin saber muy bien qué hacer. Marcus la toma por la cintura empujándola para que pueda ver todo lo que hay en el interior. Se coloca a su espalda y comienza a explicar:

—¿Ves esas particiones al fondo? Son las oficinas, hay varias, si no quieres tantas se pueden modificar. —Agarra la cintura de su hermana y la gira despacio—. La puerta de ahí lleva al taller, la escalera blanca te lleva a una segunda planta donde reside un despacho más amplio para futuras reuniones. He pedido que añadan todas las comodidades para que no te falte de nada.

—¿Qué es esto? —Lena intenta voltearse para ver el rostro de su hermano.

—Es un concesionario de lujo, todo legal.

—¿Pero? —Lo vuelve a intentar, pero Marcus se lo impide—. ¿El otro taller? No puedo ser Kathia con un concesionario así...

—Aquí no serás Kathia, serás tú.

Lena insiste hasta que consigue liberarse del agarre y enmarca la cara de su hermano desesperada.

—¿Y si me descubren? Podrían saber que soy tu hermana... —Las lágrimas han comenzado a agolparse en sus ojos—. Los Mancini... Todo lo que hicieron nuestros padres.

—Confía en mí. —Inspira con fuerza antes de continuar—. Solo dime si te gusta.

—Claro que me gusta, Marcus.

—Pues es todo tuyo, solo falta que decidas el nombre que le quieres poner a tu nueva cadena de concesionarios de lujo.

—¿Cadena?

—Sí, no tienes por qué quedarte aquí en Chicago, esto es solo el principio. Tienes uno en París, Alemania y otro en Nueva York —enumera—. Podrás dirigirlos desde cualquier lugar que elijas.

—¿Por qué ahora?

—Te prometí una vida, una para ti, Lena. Ahora es el momento.

Los brazos de su hermana lo rodean con intensidad y aspira el aroma de lavanda que siempre suele desprender su cabello. La separa con lentitud para mirarla a los ojos una vez más.

—Solo falta una cosa.

—¿Qué? ¿Qué más puede ser aparte de lo evidente?

—Ahora lo descubrirás. Vamos.

Suben al coche y esta vez Marcus se ha colocado al volante del *Lamborghini* para detenerse diez minutos después frente a una pequeña joyería. Busca en los alrededores un lugar apartado donde aparcar el tiempo suficiente sin exponerse demasiado mientras están en el despacho del abogado.

—Lena, baja del coche y sube las escaleras que están al lado de la joyería. —Mira por el retrovisor para cerciorarse si alguien los sigue, antes ha tenido una extraña sensación al salir del concesionario—. No tardaré.

—De acuerdo. No tardes.

Los pasos de Lena resuenan por la acera cuando se acerca a la escalera que le ha indicado su hermano. Sus ojos se van al escaparate de la joyería que centellea con intensidad con algunas de las joyas expuestas y vuelve a tocar el interior de su bolso para confirmar que sigue ahí. Le había comprado un reloj a su hermano para que dejara de llevar ese que porta tantos recuerdos, uno que marcara a partir de ahora momentos nuevos. Tenía hecho un grabado simple del cual ahora se arrepentía. Mira hacia atrás sin conseguir localizarlo, decidida, entra en el interior de la joyería para preguntar si le pueden añadir algo más al grabado. Sea lo que sea que tienen que hacer subiendo esas escaleras, le dará el tiempo suficiente para que terminen de grabarlo. Y seguro que con una buena propina lo hacen en menor tiempo. Empuja las puertas de cristal y una campanilla anuncia su entrada.

—Bienvenida. —Una joven muy encantadora la saluda al otro lado del mostrador.

Ella le sonríe mientras observa lo que la rodea. La joyería no aparentaba ser tan amplia desde fuera. Su interior rezuma elegancia con suelos de mármol blanco que resplandece cuando la luz choca contra este. Una gran hilera de expositores de cristal y madera oscura, destacan muchísimo con el contraste del blanco de sus paredes, vestidas de espejos de varios tamaños, en los que Lena se puede observar desde diferentes ángulos.

—Me encantan esos pendientes, ¿podría probármelos? —añade señalando con las uñas sobre el cristal. Mientras la chica busca los pendientes, ella saca de su bolso la caja con el reloj—. Y me gustaría saber si podéis añadir un grabado a este reloj.

La dependienta asiente complacida por la elección de los pendientes, uno de los más caros del expositor. Se llevará una buena comisión por ellos.

—Tiene un gusto exquisito —dice adulatora—. Además, van perfectos con su color de ojos. Déjeme un segundo que le consulto sobre el grabado, ¿me permite? —Lena le hace entrega del reloj y la dependienta se adentra por una puerta al interior del taller.

Ha tenido que aparcar bastante más lejos de lo que esperaba, no quería que el coche ya de por sí llamativo estuviera a plena vista en aquella zona de la ciudad. Una vez finalizado todos los trámites pendientes que tenían con el abogado, el concesionario estaría a nombre de Lena. Desde que había vuelto de Italia, el zumbido del abejorro que siempre pululaba a su alrededor se hacía más evidente. Compartir tiempo con Elettra le mostró el papel que debería de cumplir Lena si no la hubieran ocultado. Los Leone no eran tan salvajes como los Mancini, aun así, comprobó la fragilidad de la mujer en esa familia y por nada en el mundo dejaría a su hermana en manos de una familia así. Él trataría a Elettra como se merecía, aunque los hilos atados a sus extremidades intenten manejarlo, lucharía.

A lo lejos, divisa como Lena se interna en la joyería en vez de subir por la escalera que le había indicado, niega con la cabeza y apresura sus pasos para cruzar la calzada sin prestar demasiada atención a los coches que pasan a toda velocidad por su lado. Está a punto de llegar y en ese preciso instante una ráfaga de viento gélido le trae hasta sus oídos un extraño murmullo, como si alguien tararease una canción muy lejos de allí. Aunque toda su piel se eriza al escuchar

esa extraña melodía, decide ignorarla. Sacude su cabeza varias veces para centrarse en el presente. El abogado los espera, no pueden entretenerse ahora.

Marcus empuja la puerta de cristal de la joyería y la campanilla alerta de su entrada. Lena se voltea encontrando a su hermano traspasando el umbral y caminando directo a ella.

—¿Qué haces aquí? —pregunta Marcus.

—Dame un segundo, espérame arriba, no tardaré.

—No es momento ahora, vamos —dictamina agarrando de la muñeca a Lena.

—Será solo un momento —suplica, deshaciéndose del agarre de su hermano.

La campanilla vuelve a sonar otra vez, pero esta vez no lo hace una, lo hace hasta tres veces. Y todo ocurre demasiado rápido.

Marcus se gira para comprobar la entrada de esos nuevos clientes, no obstante, lo que encuentra en su lugar es a tres hombres encapuchados con pasamontañas negros. Uno de ellos apunta con su arma en su dirección y el otro, al hombre que había salido a recibirlos.

—¡**TODOS QUIETOS!** —ordena encañonando la recortada—. Las manos donde pueda verlas, ¡YA!

Marcus instintivamente se coloca por delante de Lena intentando que se quede a su espalda. Ella, que tenía las manos ocupadas colocándose los pendientes, las levanta en alto, imitando a su hermano y abandonando a su suerte el que tenía agarrado. Aunque tiene la tentación de sacar su pistola, no puede liquidar a tres sin ponerla en peligro. Una gota de sudor baja tímida por su frente perdiéndose en su ceja. Tenía previsto encontrarse con sus hombres arriba en una hora para la cesión de derechos de los locales, locales que aún estaban a nombre de Derek y pasarían a nombre de Lena en el momento que ella los firmase. No quería que el apellido Mancini estuviera en esos documentos. Habían llegado antes para que su hermana pudiera leer todo con calma, en ningún momento pensó que, en aquella parte de la ciudad donde nunca pasa nada y menos a él, se encontrase de cara contra un atraco a una joyería. Percibe el cuerpo de Lena a su espalda respirando con fuerza.

—No hagas nada, Lena. Son tres y están armados —susurra a su hermana.

—*Uno*, tú dedícate a las cajas registradoras y comienza a saquear todo lo que puedas. *Dos*, tú encárgate de coger lo interesante de las vitrinas, antes de que algún gilipollas alerte de nuestra presencia. —Pasea por delante de ambos mirándolos atentamente—. No pasará nada, si nadie se hace el héroe —dictamina mirando a Marcus.

La dependienta que había entrado al interior sale por la puerta y profiere un grito que escapa desde lo más profundo de su garganta. Una pistola se pega a su sien presionando con ímpetu.

—Calla, putita. —El tipo llamado *Dos*, levanta el cartel identificativo que tiene en la solapa de la camisa tocándole el pecho con descaro—. Olivia, mantén la puta boca cerrada o te la tendré que cerrar a la fuerza. Créeme que no te gustara.

Las voces de los tipos que estaban a su alrededor no les sonaba de nada, por más que Marcus aguzaba el oído, no conseguía distinguirlos. No eran de por aquí, eso era seguro. Atisba las cámaras que están grabando de manera silenciosa todo lo que sucede, los pasamontañas hacían su función de solo dejar a la vista el color de sus ojos; verde, celestes y negros, este parecía no tener iris. Los tres poseían una tonalidad clara de piel, era lo poco que podía apreciar y el gran tamaño, muy similar a su metro ochenta y tres.

De repente, el interior de la joyería se torna de color azul y rojo, bañando por completo las paredes blancas y rebotando en los espejos. La policía acaba de llegar.

—Jodida zorra, ¿has sido tú? —Agarra a Olivia de los pelos chocándola contra uno de los mostradores.

—Es la alarma silenciosa que se activó por el sistema de seguridad que tenemos implementado —explica el hombre que sigue de pie con las manos en alto y sudando sin parar—. Ella no tiene la culpa, las cámaras lo han visto todo.

—Tenemos que salir de aquí, *Tres* —grita *Dos* zarandeando a su compañero.

—Ya lo sé, ¡coño! —dice sopesando su próximo paso.

—¡¡LES HABLA LA POLICÍA DE CHICAGO!! —anuncia los coches patrulla.

—Te han traicionado *Tres* —susurra *Dos*.

—¡Callaos! —Empuja al que llaman *Uno*, que hasta ahora no había soltado casi palabras—. Coge un puto rehén.

El tipo mira uno a uno los que están en el interior de la joyería y se va directo hasta Lena.

—Tú. —Tira de su muñeca para arrancarla del cobijo de su hermano.

—No. —Marcus se coloca por delante agarrando la muñeca del tipo que tiene a su hermana. *Su debilidad*—. Llévame a mí.

—No, no lo hagas... —musita en un hilo de voz.

—Tenemos un héroe. —Ríe ronco sosteniéndole la mirada Marcus.

Uno, suelta de manera brusca la muñeca de Lena, empujándola lejos de ellos. No parece desagradarle la idea de cambiar de rehén y Marcus agradece que su hermana no haga alguna locura ante aquellos tres encapuchados.

—No te muevas. —La amenaza el tipo llamado *Uno*.

Lena se ha quedado en shock durante un instante en el que no ha sido capaz de pensar, no obstante, cuando su hermano se ha ofrecido por ella, toda la sangre que parecía congelada en sus arterias comienza a fluir de nuevo.

—¡No! —implora dando un par de pasos hacia delante.

Uno levanta el arma en su dirección.

—Te he dicho que no te muevas. —Retira el seguro.

Marcus, al contemplar cómo apuntan a su hermana, tiene el impulso de sacar su pistola para meterle una bala entre ceja y ceja. Sopesa qué hacer y por más que lo piensa, cualquier acción suya recaería en ella.

—Confía en mí. —Le sonríe con esa sonrisa que le transmite siempre tanta calma.

Escuchar esas palabras de la boca de su hermano en una situación así la deja noqueada. Le pide que confíe en él cuando hay tres hombres armados a su alrededor. Clava sus tacones en el suelo con fuerza, mordiéndose sus mejillas y asiente con lentitud a sus palabras.

El arma de *Uno* deja de apuntarla para volver a su objetivo.

—Así me gusta, quietecita. —Escupe al suelo.

Lena contiene todos sus demonios cuando ese energúmeno vuelve a abrir la boca. Si fuera por ella se la jugaría, sin embargo, no puede hacer nada sin que Marcus salga perjudicado, además le ha pedido que confíe en él. Está en una encrucijada donde no puede hacer nada.

Uno coloca a Marcus por delante de él apuntándole con el cañón de la pistola en la cabeza. Las luces parecen intensificarse cuando uno de ellos decide abrir la puerta de la joyería para negociar con la vida de los rehenes, no obstante, una bala silba cerca de uno de los atracadores rozándole la oreja, siendo esta la inequívoca señal para comenzar a disparar enfurecidos contra la policía.

—Nos han disparado —brama *Dos* disparando hasta quedarse sin balas.

El mundo que siempre había conocido Lena se desmorona con cada bala disparada.

—Hijos de puta —ruge *Tres* antes de caer desplomado delante de ella, salpicándole con su sangre.

Da pequeños pasos hacia atrás intentando alejarse de aquella carnicería, el sonido atronador de las balas impactando contra las vitrinas ensordece todo lo que la rodea y los trozos de espejo vuelan delante de ella como frágiles mariposas de cristal. Cierra los ojos pisando los cristales del suelo y con el corazón a punto de explotarle en el pecho, hasta que nota la pared pegada a su espalda. Palpa lo que se le antoja un pilar que la cubre de toda esa pesadilla. No puede abrir los ojos, no quiere, la oscuridad parece brindarle un lugar seguro donde nada malo le pueda suceder.

Su guarida del lobo donde solo ella puede estar. Su oscuridad.

*La sombra**Un par de semanas antes*

Hunde el cuchillo con lentitud saboreando el preciso momento en el que la afilada hoja atraviesa la capa de grasa que recubre la piel del abdomen. La incisión crece cuando empuja la empuñadura hasta el fondo. El grito que profiere su víctima queda ahogado por el trapo que tiene metido en la boca, tocándole casi la campanilla, los ojos se le ponen en blanco debido al dolor que siente, está a punto de desmayarse. Él no lo dejará, quiere que sufra un poco más en sus manos antes de entregárselo a la parca. Ha dejado salir a su bestia, no lo desperdiciará. Retira el cuchillo con la misma lentitud que hace tan solo unos segundos cuando se lo ha hundido en la carne sin mediar palabra. La hoja antes limpia reflejaba su rostro, ahora está mancillada por la sangre de su presa. El corte se abre y cierra como si fueran las branquias de un pez, con cada respiración se deja entrever la grasa amarillenta y parte del músculo.

Derek sonríe.

La persona atada a la silla respira con dificultad, percibe un sabor extraño en el paladar a causa del trapo. No recuerda cómo ha llegado aquí, solo que se ha despertado ya maniatado con bridas a la silla de metal, que ahora es su única estabilidad. Si no fuera por ella estaría en el suelo retorciéndose de dolor. Mira, aturdido, a la persona que tiene delante y entonces, cree saber quién es. Su cuerpo comienza a temblar. Sabía los rumores que corrían por las zonas oscuras de Chicago. Un frío helado le había recorrido la columna vertebral en más de una ocasión cuando escuchaba la forma que tenía de torturar a sus víctimas. Eran eso, rumores, simples rumores, que nadie podría corroborar. Nadie, había vivido para contarlos. Por eso siempre creyó que la gente exageraba y no era real aquello que relataban.

Ahora lo tenía frente a él y estaba comprobando en sus propias carnes, lo real que es.

—¿Sabes por qué estás aquí? —pregunta Derek en un tono calmado.

El brillo de la luz colisiona contra el alicatado blanco inmaculado que rodea las paredes de la habitación donde se encuentra. Niega con la cabeza un par de veces examinando entre lágrimas silenciosas a ese hombre que viste de pies a cabeza de negro, destacando en la blanca estancia. El rostro de aquel ser, le muestra una sonrisa demente, una que hace que se le hiele la sangre.

No saldrá vivo de aquí, ahora lo sabe.

—Yo te lo diré, Tyrone —sentencia sosteniéndole la mirada.

Derek rodea la silla colocándose por detrás de su nuevo amigo que ha empezado a tiritar con la incertidumbre de lo que sucederá. Nota cuando el temor se adueña de ellos, huele su miedo. Arrima la punta del cuchillo por la garganta de Tyrone dibujando una fina línea recta, asegurándose de que capta el mensaje.

—Uno de mis pajaritos me ha contado algo... —Percibe la tensión en las venas del cuello y

aproxima su rostro a la altura de su mejilla—. Que eres el puto chivato que le vende la información a los irlandeses. —El temblor se apodera de su cuerpo al descubrir la razón por la que está atado a esa silla. Lo habían vendido—. No se muerde la mano que te da de comer, Tyrone —sisea venenoso antes de separar el cuchillo de la garganta.

Derek da un par de pasos posicionándose frente a la silla.

Tyrone solloza por su vida, implora que le deje hablar con los ojos anegados en lágrimas. Emite unos sonidos intentando decir algo a través de la mordaza improvisada que ocupa el interior de su boca. No puede empujar la tela con la lengua, el trozo de cinta aislante se lo impide. No quiere parpadear para no perder de vista a ese hombre que tiene una mirada asesina posada en él.

Es oscuro, siniestro, es la muerte en persona.

Acorta la distancia que lo separa de su víctima y sin darle tiempo a reacción, clava el cuchillo con fuerza en el muslo hasta que la punta choca contra la silla de metal, frenándose en seco, tras atravesar la pierna por completo. El alarido que profiere es música para sus oídos. Avivado por sus lamentos y sus lágrimas desesperadas, retuerce el cuchillo con decisión hasta casi dar una vuelta entera ahondando en el corte y lo saca de golpe. La sangre brota de manera constante, generando un charco rojo carmesí que va creciendo con cada latido del corazón de Tyrone. Apuñala su otro muslo repitiendo así su ritual, quiere que se desangre. La luz del halógeno que tienen encima de sus cabezas centellea en el cristal de las gafas de Derek a la vez que una sonrisa diabólica crece en sus labios. No hay vuelta atrás, ahora no parará. Con movimientos vertiginosos comienza a acuchillarlo en brazos y piernas salpicando sangre por todas partes, diminutas gotas quedan adheridas en el cristal de sus gafas. En sus manos pende la vida de Tyrone que llora entre aullidos de dolor, el hedor del miedo pasa a un olor fétido, siendo esta la señal para acabar con lo que ha empezado. De un movimiento preciso apuñala la base del cuello, seccionando la vena yugular, perforando el esófago y destrozando a su paso los nervios de la columna vertebral. La sangre mana caliente profusamente y sus manos se tiñen de un rojo intenso. La piel de su víctima palidece en sus últimos segundos de vida, pasando a un tono mortecino.

Unos golpes toscos en la puerta lo arrancan del trance en el que estaba sumido mientras alimentaba su oscuridad. Voltea el rostro, y se coloca bien las gafas, dando un ligero toque a la montura, arrastrándolas por el puente de su nariz y dejando así, una mancha rojiza en su piel.

—Pasa, ya he terminado.

Kasem entra en la habitación contemplando la carnicería, aunque ya lo ha visto en otras ocasiones torturando a sus víctimas, siempre le sorprende lo sádico que llegaba a ser Derek y como su semblante no parecía turbarse con lo que acababa de hacer. Aparta sus ojos del charco de sangre y centra su vista en él. Tiene la camisa negra remangada hasta los codos, los brazos llenos de salpicaduras y las manos bañadas en sangre.

—Marcus ha llamado desde Italia.

Derek enarca una ceja.

—Se acelera el plan «B» —anuncia Kasem.

—¿Qué ha pasado? —inquieta desconfiado.

—Su estancia se alargará algo más de lo previsto. —El olor nauseabundo que hay en la habitación intenta escabullirse por la puerta alcanzando su nariz. Contiene una arcada involuntaria y continúa—: En los próximos días nos volverá a llamar.

—Prepararemos lo necesario para acelerarlo todo —dictamina Derek—. ¿La has estado vigilando?

—Sí, todo está en calma por el taller. No se han acercado por allí. —Señala con el mentón a Tyrone—. ¿Has intentado sacarle algo de información antes de...?

—Teníamos la certeza de que alguien pasaba información a los irlandeses sobre nosotros. No le ha hecho falta hablar, su miedo habló por él, confirmándome lo que ya sabíamos.

Kasem escupe al suelo.

—La gente habla mucho. No me ha sido difícil seguir el camino de migas que ha ido dejando por ahí, solo he tenido que hablar con un par de ellos para que me lo señalaran. —Carraspea Kasem colocándose la mano por delante de la boca—. Lo han vendido en cuestión de horas, no era muy querido en las calles por donde se movía.

—¿Has podido averiguar algo más sobre ellos?

—Solo algunas habladurías sobre Moira, nada que se pueda confirmar. Han sabido borrar sus huellas.

—¿Qué tipo de habladurías?

—Según dicen... —Ríe despreocupado ante la atenta mirada de su compañero—, es una *Bean sidhe*. —Alza ambas cejas a la vez.

—¿*Bean sidhe*? —Derek le mira escéptico.

—Algo así, como una guardiana de los secretos del más allá. —Arruga la nariz—. Tonterías sin importancia sobre leyendas celtas.

—Puede que esa tontería, sea eso, una tontería, pero no está de más tenerla en cuenta.

—Seguiré indagando por ahí. —Se queda mirando cómo Derek observa fascinado el cuchillo impregnado en sangre delante de su rostro—. Te avisaré si descubro algo más.

Derek limpia la hoja con uno de los trapos de la mesa de la derecha. Ahí esperaban sobre una bandeja, diferentes tipos de cuchillos, un bisturí y unas tenazas. Por si despertaba su inspiración para la tortura de ese día. No era la primera, ni será la última. Las necesita.

—Avisa para que limpien esto.

Kasem asiente dándose la vuelta para salir de la habitación.

Se queda a solas con el cuerpo inerte de Tyrone aún atado a la silla, agarra el bisturí de la mesa y camina despacio pisando el charco de sangre dejando sus huellas impresas en el suelo. Estira sus perneras y se agacha para cortar las bridas que mantienen el cuerpo aún sentado en la silla, este se desploma hacia un lado salpicando diminutas gotas de sangre. Se yergue contemplando su carnicería. Saca un cigarrillo de su pitillera y lo enciende con tranquilidad. Aspira la nicotina que se abre camino hasta sus pulmones y libera el humo con lentitud nublando por un momento todo lo que lo rodea.

Su primera idea fue arrancarle la lengua y que se tragase su propia sangre, luego se decantaría por amputarle los dedos uno a uno hasta que no pudiera soportar más el dolor. Pero todo cambió cuando se lo trajo a esta habitación, observó su cuchillo, ese que tantas veces lo había acompañado y no había podido negarse a darse tal festín. Sonríe complacido, había podido sacar un poco de lo que llevaba semanas encerrado. Desde que mató aquella primera vez, jamás pensó que lo anhelaría de esta manera. Cruzó una línea invisible que delimitaba el bien del mal, ahora no pensaba retroceder.

Solo era él cuando liberaba esa bestia oscura que lo consumía por dentro, la contenía con una máscara adherida a su piel para no mostrar lo que con tanto ahínco deseaba hacer.

Pesadilla

Levanta sus párpados con lentitud, se siente aturdida, como si hubiera despertado de una pesadilla. Todo está oscuro, no hay nada a su alrededor, durante un instante todo ha estado completamente borroso, en demasiada calma. Cierra los ojos con fuerza e intenta concentrarse en lo que acaba de suceder; sonidos ahogados es lo único que llegan hasta sus oídos, aprieta los labios con mucha intensidad conteniendo las ganas de mandar a callar a todos aquellos que gritan. No la dejan pensar.

Aspira todo el aire que acaparan sus pulmones y espira, lo hace una, dos y hasta tres veces. Calmando así sus pulsaciones aceleradas. Siente el aire algo viciado al entrar por la nariz, lo expulsa con calma por los labios en un lento suspiro, como si quisiera apagar una vela, y abre los ojos. Levanta sus delicadas manos delante de su rostro comprobando la preciosa manicura francesa y como su piel pálida está ahora manchada de pequeñas gotitas de color carmesí. Esas manchas parecen estar frescas. Confundida mira a su alrededor, diminutas partículas la rodean suspendidas en el aire, bailando descaradamente delante de su rostro, siente todo su cuerpo entumecido, rígido, y el frío envuelve cada centímetro de su piel.

Está helada.

Por el rabillo del ojo atisba su reflejo en un espejo situado a su izquierda, ladea el rostro y se observa en él. Tiene su perfecto flequillo de color negro como el azabache adherido a su frente por una extraña sustancia. Acerca sus dedos a su rostro para confirmar de qué se trata y el tacto le parece asqueroso, pegajoso. Retira un poco de su cabello y lo palpa con los dedos frente a sus ojos. La textura es extraña, gomosa.

—¿Qué es esto? —dice mientras presiona la sustancia con la yema de los dedos en un intento de comprobar su consistencia.

El grito estridente de una mujer la saca de sus pensamientos. Atisba a su derecha a una mujer rubia, muy atractiva, vestida con una falda estilo ejecutiva de color negro y una camisa de botones color crema con un pañuelo negro anudado a su cuello. En su pecho descansa un pequeño cartelito con su nombre.

—Olivia... —Lee en voz baja sin apartar los ojos de ella.

La mujer parece ser una dependienta, está en el suelo, en una esquina, con la espalda pegada contra la pared, berreando y temblando. Lena la observa con un gesto de repugnancia, odia a las mujeres débiles que lloriquean por nada.

—¡Deja de gritar! —le ordena de un sonoro grito, pero aquella mujer parece que no la pueda escuchar, está en una especie de trance.

Sin querer, hace ese gesto que suele hacer cuando algo le incomoda, tuerce el labio con un pequeño chasquido. Analiza el comportamiento de la mujer, tiene toda la máscara de pestañas corrida por su rostro, dejando pequeños surcos en su maquillaje, abrazándose a sí misma y sin

dejar de llorar ni un segundo. Su mirada es de puro terror, como si contemplase algo que la ha dejado en la más absoluta locura.

—¡Olivia! ¡Deja de gritar de una puta vez...! —espeta esta vez elevando el tono cuando ha dicho su nombre.

En ese instante sus miradas se cruzan. Los ojos de Olivia del color verde oliva conectan con los grises de ella. No dice nada, sigue llorando en silencio y con una lentitud demasiado pausada levanta su brazo señalando a los pies de Lena. Sigue con la mirada el trayecto que le marca ese dedo tembloroso, revisando cada parte del suelo que las separa hasta llegar a sus pies.

Y entonces, descubre algo que había pasado inadvertido hasta ahora, un pequeño charco de sangre que está creciendo, acercándose sigilosamente hasta sus tacones *Louboutin*, esos tan preciosos y caros que se había comprado no hacía mucho. Un capricho de los tantos que se daba, tenía el dinero y lo gastaba, eso era algo que le encantaba. Fija sus ojos en esa mancha de sangre que ha impregnado la punta de su tacón y algo llama su atención. Al lado de su pie derecho descansa una mano en una posición algo extraña, sus ojos siguen el camino observando que pertenece a un hombre vestido con un traje de chaqueta de color beige, por el corte que tiene imagina que debe de ser hecho a medida. Por un momento le resulta familiar.

Se acucilla con cuidado de no manchar su carísimo vestido de *Gucci* y así examinar mejor quién es la persona que tiene a sus pies. El hombre está boca abajo, acerca su mano hasta su rostro para girarlo y desvelar su identidad.

Está petrificada observando la mirada perdida de aquel hombre.

Su cuerpo no responde a ninguno de sus impulsos, solo siente como si cayera por un abismo y no supiese en qué momento impactará contra el suelo. Sigue cayendo en una inmensa oscuridad sin cesar, no se puede mover, tan solo le queda esperar a que choque contra ese suelo de cristal que romperá su vida en mil pedazos.

Las lágrimas le han empezado a caer sin dilación, descienden por sus mejillas hasta su barbilla y algunas se pierden entre sus labios. El sabor salado y metálico inunda su paladar, el frío se ha instaurado por todo su cuerpo. Entreabre sus labios pretendiendo decir algo, aunque las palabras que intenta pronunciar rajan su garganta dejándola en carne viva. Están atoradas ahí y no quieren salir. Traga saliva, su corazón ha dejado de latir y el aire se niega a entrar en sus pulmones, se ahoga. Cierra el puño llevándolo a su corazón y la realidad la golpea como si fuera un misil.

—No... Esto no es real... Tú no... —Consigue decir en un hilo de voz.

Y de repente todas las imágenes de lo sucedido minutos antes comienzan a danzar delante de ella con una velocidad vertiginosa. Se ve a sí misma entrando en la joyería, la ilusión por crear nuevos recuerdos junto a su hermano y la desidia del caprichoso destino tornando su vida. No podía ser real, nada de lo que tenía delante de ella lo era, necesitaba creer que todo aquello era una ilusión. La mancha rojiza crece en el traje de chaqueta de Marcus y esta capta toda su atención. El rostro de su hermano ha perdido casi todo su color y una palidez mortecina comienza a hacer aparición. Sus manos temblorosas buscan la manera de frenar la maldita hemorragia. Al presionar la herida percibe un leve latido.

—Ni se te ocurra morirte, Marcus —ordena Lena con las manos cada vez más ensangrentadas—. Aguanta, ¡joder! —Levanta la cabeza desesperada—. ¡AYUDA! —grita.

Los policías comienzan a entrar al interior de la joyería, uno de ellos examina la escena que tiene delante y pide por *walkie* la entrada urgente de los sanitarios al comprobar la matanza. Ha sido una jodida masacre, no entiende como aquellas dos mujeres han salido ilesas de la lluvia de balas que se ha desatado en mitad de aquel caos. Si tan solo hubieran conseguido negociar, en su defecto, los atracadores prefirieron pasar a la acción.

Mira confundida el despliegue policial y todo pasa a un segundo plano que se le antoja demasiado pausado. Lena ha dejado de escuchar lo que la rodea e ignora todo lo que sucede a su alrededor, solo percibe el débil latido de Marcus bajo sus manos aferrándose a un hilo de vida.

Bump...

Bump...

Bump...

Una mano demasiado fría se posa sobre las suyas y baja la vista encontrándose con los ojos grises de su hermano. Aún lucha, aún pueden cambiar las cosas. Observa como entreabre los labios con una lentitud tortuosa.

—No hables, reserva tus fuerzas —implora con las lágrimas silenciosas que no cesan en su camino. Quiere dejar de llorar, no quiere derramar ni una lágrima más.

La mano helada de Marcus se entrelaza con sus dedos manchados de la sangre que aún mana sin frenos.

—Vi...ve... —Lo que intenta decirle se interrumpe por los esputos de sangre que escupe con el golpe de tos.

—Cállate —le ordena—. Viviremos. ¿Recuerdas? —Niega varias veces con la cabeza—. Tú y tus malditas promesas, me dijiste que confiara en ti. No te vayas, te lo prohíbo. Escucha mi voz. ¡Joder! —Marcus aúna sus fuerzas para acariciar la mejilla de Lena dejando una mancha carmesí a su paso—. Iré al mismo infierno si hace falta, pero tú te quedas aquí conmigo —ruge entre dientes sin despojar sus manos de la herida.

Alguien la coge por la espalda separándola de su hermano, ella lucha por liberarse de esos brazos que la alejan. Lena patalea en una disputa perdida contra el agarre que la mantiene presa, siendo testigo de cómo lo suben a una camilla.

—Está perdiendo mucha sangre, hay que llevárselo de aquí. ¡Ahora! —anuncia uno de los enfermeros.

Los sanitarios empujan la camilla por la salida con brío para meterse dentro de la ambulancia y lo último que logra escuchar le hiela la sangre arrancándole todas las esperanzas que tenía hasta ahora.

—Ha entrado en parada.

Levanta la cabeza entre la multitud mientras la ambulancia se aleja llevándose con ella a la única familia que le queda. Resignada, deja caer los hombros sin saber qué hacer. Tiene la sensación de que las voces que la rodean están a kilómetros de distancia. Mira sus manos teñidas de la sangre de Marcus, hurga en sus recuerdos buscando algo que la devuelva al pasado. Ese donde solo estaban ellos dos; los veranos en la playa con el sol calentando sus mejillas, las disputas familiares y las dulces reconciliaciones preparadas por él. Sonríe irónica con las lágrimas ahora congeladas, acaricia su rostro y percibe la humedad de la sangre que baña su mejilla. Había perdido una madre que jamás conoció, un padre al que odió con unas razones impostadas y ahora se llevaban a su hermano, su mitad. ¿Cuánto dolor sería capaz de soportar?

—Señorita, ¿conocía a ese hombre? —pregunta el agente sin recibir respuesta—. ¿Señorita?

Lena está en shock.

El agente la empuja con suavidad a las afueras de la joyería, le colocan por encima una manta térmica para que entre en calor y la acompaña a un banco de piedra cercano. Una luz parpadea delante de sus ojos moviéndose de un lado a otro. Escucha una voz a lo lejos sin ser capaz de distinguir lo que le quieren decir. Ahora mismo se siente como si estuviera en un tanque de agua, encerrada y todo se le antoja muy lejano. Una sombra se interpone entre ella y la dichosa luz que insistía en que siguiera su estela.

La sombra se apodera del cuerpo de Lena, la abraza aportando el calor que se había extinguido hace cuestión de minutos y en ese instante, deja que sus párpados se vuelvan a cerrar.

Necesita sucumbir a esa oscuridad.

«Camina con cautela en un bosque oscuro, tiene miedo de clavarse algo en sus pies desnudos. Alza la vista con la seguridad de que lo encontrará.»

El ulular de un búho calma los nervios que se adueñaban de su cuerpo. Percibe el crepitar de las ramas a su alrededor con cada suspiro que da el bosque con la brisa de la noche. Al fondo, entre la maleza, descubre un pequeño sendero que la guía a la luz de la luna, reflejándose en las piedras blancas del camino, parecen centellear como pequeñas estrellas caídas del cielo. No se deja llevar por la tentación de coger una de esas piedras y sigue su camino hasta llegar a lo que parece ser el final.

Una cueva oscura. Es ahí donde debe ir.

Según se aproxima a ella un gruñido la alerta de que no estará sola. No ahí».

Despierta, sobresaltada, con el cuerpo perlado en diminutas gotitas de sudor, el corazón late errático y los olores comienzan a danzar hasta llegar a su nariz. El aroma a café recién hecho, lucha por hacerse presente y otro perfume que no logra identificar. Retira la sábana que cubría su cuerpo y contempla asombrada que solo lleva una camisa masculina de botones, bastante holgada, como camisón. «¿Dónde coño estoy?». Deposita con sigilo los pies sobre el suelo de madera mientras examina la habitación en la que acaba de despertarse. Un armario antiguo en una de las esquinas hace de ropero, una silla vieja con el cuero del asiento estriado y la cama desvencijada en la que está sentada, es lo que compone el mobiliario de ese dormitorio. La puerta se abre sin previo aviso y se sorprende al ver a Derek entrar portando una taza de café.

—¿Café?

—¿Cómo sabías que estaba despierta?

—Intuición. —La mira atentamente por encima de las gafas.

Derek da varios pasos para acortar la distancia que los separa y le ofrece la taza de café humeante. Lena lo coge con cautela al notar lo caliente que está y ambos mantienen la mirada. En el ambarino de sus ojos se pierde, no sabe cuánto tiempo pasa, hasta que en su interior siente un ligero dolor. Tuerce el labio aferrándose a esa sensación, buscando la causa. Su mano pierde la fuerza y la entereza que había mantenido al despertarse, se disipa como el humo que desprende su café. Todo parece derrumbarse a su alrededor al recordar la sangre en sus manos y la taza cae estrepitosamente contra el suelo, rompiéndose en mil pedazos.

—¿Está muerto? —pregunta afligida.

Derek mantiene sus ojos fijos en ella, diga lo que diga, ahora mismo causará una explosión. Conoce el carácter de Lena y lo que ha vivido hasta ahora la hará detonar, no todo el mundo es capaz de gestionar tanto dolor en tan poco tiempo. No todo el mundo es como él. Sus labios se mantienen sellados el tiempo suficiente para hacer que pierda los papeles, ella se levanta agarrándolo de la camisa exigiendo una respuesta por su parte. El fuego de su mirada se clava en el glacial de los ojos de ella, percibe como el calor se arremolina en sus mejillas con una furia desmedida y comienza a golpearlo una y otra vez. Al principio, con mucha intensidad, según pasaban los minutos, se convirtieron en leves caricias y, por último, dejó reposar las palmas de sus manos contra su pecho. Tenía que liberar toda la tensión acumulada antes de volver a recordar lo vivido en la joyería.

—Di algo, ¡joder! —ruge exasperada por su silencio. Un silencio que, en sí, es la respuesta que no quiere escuchar.

Los brazos de Derek la rodean durante unos segundos que a ella le saben a poco, luego la

separa obligándola a sentarse de nuevo a los pies de la cama, apartando a un lado con el zapato, los restos de la taza, dejando un rastro de café. Tira de la pernera del pantalón antes de acucillarse ante ella, acoge sus manos en un contacto cercano, familiar y vuelve a impactar contra sus ojos. Lena se ve reflejada en el cristal de las gafas de Derek y la imagen que atisba se le antoja extraña.

—Quiero que primero me escuches con atención y respondas cuando sea preciso.

Ella asiente.

—¿Recuerdas qué pasó? —Lena vuelve a asentir con el dolor punzante de antes martilleando en su corazón—. Quiero que me cuentes lo que hicisteis hasta llegar ahí. Poco a poco.

—Fuimos a comer, dimos un paseo en coche hasta el local donde estaba mi regalo de cumpleaños y por último... No llegamos a lo último porque entré en la condenada joyería. —Se despoja de la mirada de Derek. La culpa la invade.

—De acuerdo. —Presiona el muslo de Lena y ella lo mira retándolo—. ¿Recuerdas algo fuera de lugar?

—No.

—¿Viste a Marcus nervioso? —inquire.

—No, todo era perfecto... ¡JODER!

—¿Estás segura? Cualquier detalle por nimio que te parezca puede ser crucial.

—Se acabaron las preguntas, ahora quiero respuestas por tu parte —exige—. Cuéntame cómo he llegado aquí.

—Estabas en shock tras todo lo acontecido en la joyería, por más que te estaban preguntando la policía no obtenía respuesta alguna por tu parte. Uno de los agentes que tenemos en nómina me dejó llevarte de allí sin más preguntas. —Derek se yergue y echa los hombros hacia atrás—. Te desmayaste al cogerte en brazos y te traje a esta casa que suelo usar, a veces, un piso franco. Llevas diecisiete horas durmiendo. Tu cuerpo tenía que asimilar todo lo que habías vivido ahí dentro, aún tienes que asumir muchas cosas que te irán llegando, según recuerdes.

—Marcus. —Lo mira amenazante—. ¡Dímelo! —vocifera—. Quiero escucharlo de tus labios.

—Murió al poco de llegar al hospital. —El semblante de Derek no cambia.

—No, mentira. —Niega repetidamente con la cabeza—. Sentí su corazón, me habló —inquire llena de dolor—. No puede ser cierto. Mientes.

—Lena, ya no está.

Las palabras certeras de Derek son peores que las balas.

—Quiero verlo, quiero ver su cuerpo, cerciorarme de que lo que me dices es verdad. —Se levanta de un salto colocándose frente a él.

—No —sentencia.

—¿Cómo? Haré lo que quiera. —Le reta.

—Piensa, Lena. Si no existía ninguna sospecha de tu existencia, aparecer en su funeral no ayudaría en absoluto. La viva imagen de Allegra en el entierro de un Mancini, rodeada de todos ellos. Ni con un puto disfraz te dejaría adentrarte entre aquellas pirañas. —El tono que usa Derek es mordaz—. Harás lo que estaba previsto, llevaré a cabo lo que me pidió.

—¿No tengo voz ni voto? Quiero despedirme de él, no puedes negarme esto... —Las pupilas de Lena se dilatan moviéndose de un lado a otro—. Han tenido que ser ellos, seguro. Tiene que haber un culpable. ¿Por qué no estabas con él? ¿Por qué no lo protegiste? ¿No eras su puto perro? Debías de estar ahí. —Lo señala con cada pregunta que ha lanzado al aire, el mundo se rompe con cada revelación.

—Te responderé: Ahora no tienes ni voz ni voto, una vez hecho todo lo que me pidió, harás lo

que plazca dentro de tus límites. No te puedes despedir, no puedes aparecer y que te relacionen con él, cualquier detalle que te implique de más, levantará sospechas y todo lo que hizo tu hermano se iría al traste. Ya me he encargado de las cámaras de seguridad del restaurante y la joyería. —Sigue enumerando—. La policía insiste en que ha sido una bala perdida causada por el tiroteo a sangre fría que comenzaron aquellos putos retrasados. —Suspira dejando caer sus hombros asumiendo la culpa que él también siente por no haber estado ahí.

—Y una mierda, una bala perdida. Ahí fuera, están los culpables de la muerte de Marcus —grita enfurecida a punto de perder los nervios.

—Lena... respira.

—Respira tú. —Lo vuelve a señalar—. Que te den por el culo. Si no sales tú a buscar a los culpables, lo haré yo. —Empuja a Derek chocando con él al salir de la habitación.

—Te quedarás aquí, hasta que todo se calme y luego llevaremos a cabo lo que estaba previsto —anuncia Derek autoritario alzando la voz.

—Haré lo que me dé la puta gana y mataré a esos hijos de puta yo sola —brama histérica con una risa diabólica.

—¡Joder! Lena.

Los pasos de Derek retumban a su espalda sobre el suelo de madera acercándose a ella, le agarra de la muñeca retorciéndola y que tenga que girarse sobre sí misma, consiguiendo que claudique en su insistencia. La arroja con brusquedad al interior de la habitación y cierra la puerta con llave desde fuera.

Está encerrada.

Susurros en la oscuridad

No sabe cuánto tiempo lleva aislada entre esas cuatro paredes, lo escuchó irse al poco de encerrarla y han debido de pasar horas, pasea la lengua por sus labios reseco. El vaso de cartón en la mesilla junto a la cama hace ya bastante que está vacío. Se bebió el agua que contenía de un trago al sentir su garganta seca tras estar gritando y aporreando la puerta. Permanecer ahí encerrada con la única compañía de sus demonios la está matando lentamente, estos son los encargados de recordarle con venenosos susurros todo lo que ha pasado: «No te queda nada. Estás sola».

Necesita mantener la mente ocupada antes que seguir escuchando las voces de su cabeza que no paran de repetir una y otra vez la tortuosa verdad. Ha examinado la habitación en busca de algo que le ayudase a escapar. No hay ventanas, solo la puerta es la única entrada y salida del cuarto, el hedor a humedad se hace latente, antes enmascarado por el delicioso aroma del café. El interior del armario está completamente vacío, lo ha empujado hacia un lado sin encontrar nada de utilidad. La silla no sería capaz de soportar su peso, la madera está podrida, cedería con solo poner un pie encima y la mesilla austera que está junto a la cama no valdría ni como leña para un fuego.

Está sentada en el suelo con la espalda apoyada en la puerta, quiere sentir cualquier vibración que le alerte de que ha vuelto. Fija sus ojos en la cama que aún conserva algunos plásticos adheridos al somier y gatea sin apartar los ojos de lo que atisba debajo de esta. Levanta el colchón para que la luz de la bombilla desnuda que pende del techo ilumine mejor esa zona, una mancha pardusca y seca sin forma definida se ha incrustado en la madera. Rasca con las uñas estropeando su preciosa manicura levantando un polvillo que lleva hasta su nariz. El olor metálico que siempre acompaña a Derek impregna la estancia. Es sangre. «¿Qué cojones has hecho aquí?», retrocede como impelida por un resorte hasta que su espalda choca contra la pared, se lleva la mano a la boca para contener una arcada que pugna por salir de su boca al imaginar lo que ha sucedido en el interior de esa habitación. Esconde su cabeza entre sus rodillas rehuendo la imagen que representa la dichosa mancha.

Unos fuertes golpes la despiertan, se ha quedado dormida, mira a su alrededor y comprueba que alguien ha debido de entrar mientras ella dormía. «Mierda». Sobre la mesita hay algo que antes no estaba, una botellita de agua que la provoca con descaro y un emparedado de jamón envuelto en papel transparente. Gatea hasta alcanzarlos y desenvuelve con avidez el sándwich dando un bocado más grande de lo que acostumbra, está famélica. Desenrosca el tapón de la botella casi sin esfuerzo y se la lleva a los labios reseco, bebiendo con ansia. Los fuertes golpes vuelven a tronar en el piso, esta vez son más insistentes, se escuchan al otro lado de la pared. Deposita ambas cosas en el suelo y lo primero que hace es comprobar si la puerta sigue cerrada,

gira el pomo con cuidado, sin embargo, la puerta no cede. Otra vez los golpes, camina hasta la pared y pega su oído al tabique que la separa de la otra habitación. Se repiten varias veces más, el sonido se le antoja al que suele hacer ella cuando golpea el saco de boxeo. Sus rodillas flaquean y un leve mareo se apodera de su cuerpo, se deja caer sentándose en el suelo.

—¡No me mates! Por favor...

—¡UN PUTO NOMBRE! —vocifera Derek.

—¡¡Trisha!! —grita desesperado—. Ella está en el turno de noche toda la semana, tiene que saber algo. Yo no sé nada más, te lo juro. —Lloriquea.

No está segura de si es real lo que escucha al otro lado, su cuerpo entra en un extraño letargo y todo se difumina a su alrededor. La cabeza se le va, no consigue centrarse y los párpados le pesan. Los porrazos vuelven retumbando sobre la pared y tras un golpe seco, todo parece cesar. Silencio. Se siente débil, sin fuerzas y desfallece en ese último intento de ponerse de pie.

Abre los ojos sintiendo su cuerpo extraño. Sigue sin saber las horas que lleva ahí, ni cuánto tiempo ha tenido los ojos cerrados. Sin una ventana le es difícil determinar si es de día o de noche. A lo lejos escucha el tintineo de unas llaves precedido por el chirrido que hace la puerta al abrirse. Unos pasos ligeros se acercan hasta la entrada de su prisión. La sombra de una persona se proyecta al trasluz por la rendija de la puerta y unos suaves toques en la madera la alertan.

—Te he traído ropa y algunas cosas que seguro que echarás en falta —explica Kasem—. ¿Lena?

Lena se pone de pie con pesadez y se apresura a pegarse a la pared que está situada a la izquierda de la puerta.

—¿Me vas a abrir para dármele? —pregunta melosa.

—¿Vas a intentar golpearme para escapar?

Chasquea su lengua mordiendo sus mejillas mirando la puerta incrédula.

—No —dice a regañadientes.

Kasem introduce la llave en la cerradura y empuja con suavidad la madera. La luz del pasillo entra poco a poco en la estancia y aunque ella siente unas ganas horribles de golpearlo para salir de allí, mantiene la calma. Arrastra la maleta al interior colocándola a un lado de la cama y contempla lo entretenida que ha estado Lena jugando a los detectives.

—La mancha es sangre. Así que ya imaginarás para qué se ha usado este cuarto —responde Kasem a los pensamientos de Lena—. Debes confiar en él.

Escuchar la palabra «confiar», la enerva.

—No lo vuelvas a decir.

Kasem levanta las manos en alto en señal de rendición.

—Seguro que tendrás hambre, vente a la cocina que te preparo algo para comer.

—¿Este antro tiene cocina? —Arquea una ceja con sorna—. Cuanto lujo en tan pocos metros.

—Vamos —apremia Kasem con su peculiar sonrisa.

—Me jode decirlo, pero me vas a tener que ayudar a llegar hasta esa fabulosa cocina.

Kasem la mira de arriba abajo comprobando la inestabilidad de sus piernas, al fondo ve la botella de agua y el emparedado con un solo bocado.

—Ya veo. —Pasa el brazo de Lena por encima de su hombro para que se apoye.

—¿Qué?

—Digamos que a Derek le cuesta confiar y se ha asegurado de que estés relajada.

—¿Me ha drogado? Maldito hijo de puta.

—Solo te ha suministrado un pequeño relajante para que tu estancia en este fabuloso apartamento fuera más agradable —añade con sorna.

—¡Ja! —Ríe irónica.

Ha agradecido mantener una conversación amena con Kasem, no obstante, en su mente se fragua la manera de escapar de allí, sí o sí, debe salir. Observando cada detalle que la rodea en la cocina, los objetos punzantes que puede utilizar y algún que otro insecticida que podría valerle para ganar algo de tiempo. Aunque le relaja hablar con alguien como él, no puede perder la meta que se ha propuesto. Buscará por su cuenta cualquier información que pueda esclarecer algo sobre lo sucedido en la joyería. El beicon crujiente y los huevos revueltos han llenado el vacío que sentía en su estómago, mientras comía asentía a las historias que le narraba y sonreía en alguna que otra ocasión.

—No te estás enterando de una mierda, básicamente. —Carcajea Kasem.

—Sí, me estoy enterando, continúa por favor.

—No voy a sacarlo de ahí, lo sé —confiesa—. Aunque me sonrías o asientas, en tu cara se refleja cada pensamiento que está cruzando tu cabeza. Son muchos años vigilándote.

Lena pone los ojos en blanco, derrotada. A veces, no asimila lo transparente que es para esos dos hombres.

—Lo intento... pero me resulta muy difícil. Me cuesta creer todo esto.

—Es normal que te sea difícil. Te han sucedido muchas cosas en muy poco tiempo, has descubierto que tu vida ha sido manipulada desde que naciste, que tienes una familia materna que acojonaría a cualquiera y ahí estás, regenerándote tras cada herida. Eres fuerte, Lena y él lo sabía. Tómate tu tiempo, no quieras acelerar los acontecimientos —expresa Kasem con serenidad—. Necesitas asimilar todo lo que ha pasado.

Suspira abatida meditando todo lo que le acaba de decir.

—Kasem, te puedo preguntar una cosa...

—Claro, dime.

—¿Cuánto llevo aquí? —pregunta con la mirada perdida.

—Llevas unos cuatro días.

—¡Mierda! ¿Tanto? —Deja caer los hombros, abatida.

—Necesitábamos tiempo antes de dar el siguiente paso.

—¿Qué paso? —Enarca una ceja con la esperanza de que le responda algo más.

—En breve lo descubrirás. —Le guiña el ojo.

Kasem se levanta para recoger los platos de la mesita donde estaban compartiendo la comida improvisada y los deja en el fregadero. La cocina es antigua, al igual que los pocos muebles que ha podido advertir al salir de la habitación; en la dirección opuesta a la cocina está la salida y a la derecha del dormitorio había dos puertas más. Una cerrada y la otra era un pequeño aseo con una ventana que daba al exterior. Una salida por donde podría escapar.

—¿Puedo ir a vestirme?

—No soy tu carcelero, Lena.

—Como me habéis encerrado...

—Derek te encerró porque estabas a punto de colapsar, si te hubiera dejado marchar como querías, ahora mismo tendríamos que estar quemando media ciudad. —Ladea su rostro y le dedica una sonrisa mostrando una dentadura perfecta.

Se encamina hasta la habitación volviendo a revisar la distribución del piso en el que está prisionera. Abre la maleta y coge algo de ropa que lleva hasta el baño que vio antes al pasar. Cierra la puerta para tener privacidad y se coloca unos *leggings* negros con un jersey de cuello vuelto del mismo color. Asoma su cabeza por el estrecho hueco de la ventana, comprobando que está en una segunda planta. Unas tuberías bajan hasta el suelo en la parte izquierda. Podría trepar

por ellas, no lo había hecho nunca, aunque siempre hay una primera vez. Será difícil, pero es una opción que tendrá presente si no encuentra otra manera de salir de allí.

—Tengo que salir, volveré a la noche y me quedaré contigo —anuncia Kasem.

—No me hace falta niño —dice Lena a través de la puerta del baño.

—¿Puedo dejarte sola sin tener que encerrarte?

—Sí, por favor. No me vuelvas a encerrar en esa lúgubre habitación.

El móvil de Kasem suena repetidamente y este se aleja unos pasos de la puerta.

—¿Sí? —Escucha lo que le dicen al otro lado de la línea—. ¿Estás seguro? —Acalla unos segundos—. De acuerdo. —Cuelga la llamada.

Lena abre la puerta del baño, encontrándose a Kasem frente a ella.

—Confiaré en ti. —Señala a la entrada—. Esa puerta se mantendrá cerrada, no obstante, puedes deambular por la casa cuanto quieras. No hay mucho más de lo que ves. Si te sirve de consuelo hay una televisión antigua y algunos libros en el salón que está cerca de la entrada. —Pasa la mano por su peculiar pelo blanco—. Tienes alguna cerveza en la nevera y creo que guardaba una botella de whisky.

Ella asiente, sumisa, a sus palabras. No quiere que cambie de opinión y no la deje curiosear todo a sus anchas. Saldrá de allí, cuando menos se lo esperen, debe hacerlo por él.

—Nos vemos en unas horas.

Kasem se despide desde la puerta antes de cerrar con llave. Ahora es el momento de examinar cada rincón de ese cuchitril.

Persuasión

La noche había caído sobre la ciudad hacía horas, Kasem le dijo que volvería para hacerle compañía y ella se negó. «¿Por eso no había vuelto aún? ¿Cuántas horas habrán pasado?». Ha examinado cada rincón de aquel piso a punto de convertirse en escombros. No comprende que alguien o algo pueda estar ahí más de veinticuatro horas. El hedor que antes afloró de manera sutil en la habitación, ahora ondea por todo el apartamento, es como si la muerte conviviera junto a ella, encerrada entre esas paredes. La pregunta retumba en su cabeza: «¿Cuántos habrán muerto aquí?», según la formula, un frío glacial huela toda su piel y vuelve a escuchar esa voz. «¿Cuántos han muerto desde que tú naciste? ¿Cuántos deben de morir por tu mera existencia? Ahora estás sola».

—CALLA —grita espantando a esos demonios que quieren volverla loca—. Lena, respira. Tenemos que salir y buscar a los culpables. —«La única culpable eres tú» siente ese susurro en su espalda y se gira asustada—. ¡No! No fui yo.

Un ligero temblor se apropia de su cuerpo, los recuerdos del momento del tiroteo en la joyería se repiten sin cesar delante de sus ojos, con una imagen de ella petrificada sin hacer absolutamente nada. «Dejaste que pasara delante de tus ojos sin hacer nada». Coge una de las sillas de madera y golpea al aire una y otra vez, sin conseguir ahuyentar esos demonios que se están apoderando de todo su ser. Arrastra la silla por el pasillo hasta la puerta que aún se mantiene cerrada, la que está pegada a la habitación donde la habían encerrado y con todas las fuerzas que le quedan golpea la puerta con la silla. Ciega de ira intenta acallar las voces de su cabeza con cada envite. «Sola». Sigue con su lucha hasta agotar todas las energías. «Tu culpa». No cesará hasta que se hayan ido. «Muerte». La madera se deshace con cada embestida, clavándose diminutas astillas en la mano como pequeñas agujas que la hacen centellear de dolor, siendo las únicas causantes de que por un instante pueda olvidarse de todo. Focaliza su mente en ese dolor y suelta los restos de la silla que quedaban en sus manos. Camina hasta el baño, coloca la mano bajo el chorro de agua fría y elimina los restos incrustados en su piel. La envuelve una toalla y arrastra sus pies a la que es ahora su cama.

El sonido de unos pasos la hace despertar. Se había dormido agotada por toda la energía física desechada contra las paredes y las puertas de la casa. Se yergue en la cama sin conseguir ver nada de lo que la rodea, la oscuridad la envuelve en toda su totalidad. Una leve luz entra por la rendija de la puerta, es tenue, sin embargo, algo llama su atención. Unas sombras pasan por delante de ella atrapando la luz por un momento y vuelven a desaparecer. Segundos después, la luz que emitía el pasillo se extingue. Levanta su cuerpo con lentitud llevando sus pies desnudos por la fría madera, al otro lado alguien entra en la habitación contigua a la suya. Pega su oreja al fino tabique que separa ambas habitaciones y solo consigue escuchar susurros. De repente, algo

choca contra la pared donde está colocada haciendo que dé un pequeño sobresalto hacia atrás. «¿Podría ser que Derek esté ahí torturando a alguien?». No sabía nada de él desde que la encerró. Su curiosidad le insta a salir de la habitación, asedia el pomo evitando cualquier ruido y empuja con suavidad adentrándose por el oscuro pasillo.

Los susurros cada vez son más tangibles, no obstante, aún no consigue diferenciar bien las palabras. Está frente a la puerta que antes golpeó, los restos de la silla destrozada descansan a un lado y ella los aparta con cuidado de no clavarse una astilla en el pie. Coloca su oreja en la puerta para escuchar mejor lo que se habla en esa habitación.

—Habla.

—Ya sabes cómo hacerme hablar —dice una voz de mujer.

—No me gustan los juegos, tengo mis maneras de hacerte hablar si es lo que buscas —sentencia Derek.

—Te diré todo lo que vi esa noche, sabes que siempre te digo la verdad. Solo que esta vez, el precio no será el de siempre...

—No tengo tiempo para estos juegos, Trisha.

—Dámelo, y te lo diré todo —jadea.

—No.

—Entonces me iré. —Lo reta.

Derek la tiene atrapada contra la pared.

—¿Estás segura de que es eso lo que quieres?

—Sí —responde ansiosa.

—No me contendré, puede dolerte más de lo que eres capaz de soportar.

El corazón de Lena emprende un galope a un ritmo frenético y cuando se da cuenta tiene aferrado el pomo de la puerta, el cual está girando lentamente. Solo es capaz de abrir una rendija, lo suficiente, para presenciar lo que ocurre ahí.

El cuerpo de una mujer con curvas prominentes está pegado contra la pared, esa que delimita con su habitación. Una mano aprisiona su cuello ejerciendo cierta presión, los músculos del brazo de Derek muestran la tensión desmedida a la que está siendo sometida esa mujer. Introduce su pulgar en la boca entreabierta de ella, jadeante, por lo que está por llegar.

—¿Es esto lo que tanto ansías?

—M...á...s —susurra de forma ahogada con el dedo dentro de su cavidad, chupándolo con intensidad y una mirada lasciva.

Derek de un fuerte tirón, arranca el top que oculta sus pechos, dejándola desnuda de cintura para arriba. Los pezones endurecidos apuntan en su dirección demostrando su creciente excitación. La mano que sigue aprisionando el cuello ejerce algo más de presión, manteniendo a aquella mujer entre un hilo de placer y dolor. Ella, provocadora, deja salir la lengua anhelando que dé un paso más. Tentándolo.

—Bésa...me —ruega deseosa de su boca.

—No —dice Derek, tajante, sin soltar el cuello de Trisha.

Lena está hipnotizada por la escena que tiene ante sus ojos. Sin querer, aprieta sus muslos y humedece sus labios que se han quedado resecos.

—¿Más? —gruñe Derek.

—S...í —articula con los ojos en blanco.

Aprisiona con más énfasis el cuello y lo rota hacia un lado para exponerlo. Con un movimiento rápido de su otra mano libera el cinturón de su pantalón dando un latigazo al suelo. El cuerpo de la chica se tensa al escucharlo mostrándole el estado en el que está. Aproxima sus

labios a la piel erizada de la yugular y aspira el perfume que desprende. Ella, ávida de su boca, emite un profundo suspiro que se convierte en un gemido. Derek sonríe apartándose de ella, libera su cuello y la empuja contra la cama de espaldas. Sube su falda roja arremolinándola en su cintura, dejando a la vista su perfecto trasero con un fino tanga de color blanco. Estira el cinturón negro en el aire un par de veces y asesta un azote en la nalga derecha enrojeciéndola al momento. Ella grita y a su vez coloca el culo en posición para que continúe con el juego. Derek no se contiene y golpea repetidas veces sobre las nalgas que no cejan en su posición, advirtiéndole que necesita un poco más de dureza. Está preparada.

Le coge ambas muñecas colocándolas a su espalda y las ata con el cinturón, apretándolas con saña. Los jadeos insistentes de ella y la humedad que desprende entre sus piernas es la señal que precisa. Rompe el diminuto tanga de un potente tirón y libera su dureza del pantalón, introduciéndola con violencia en su sexo, la penetra varias veces hasta el fondo mojando toda su envergadura y la saca. Ella gira el rostro, confundida, por la necesidad de que el juego no concluya ahí, precisa que continúe lo que ha empezado. Sin previo aviso le propina una embestida animal por detrás, forzando la entrada en su apretado trasero, hundiéndose hasta lo más profundo de una férrea estocada. Entra y sale de ella una y otra vez con fiereza, negando a su sexo la clamada penetración y dedicándose a desgarrarla, enterrándose enteramente en ella. Los gritos de Trisha al principio expresaban el dolor inicial por su rudeza, pero poco a poco el placer golpeaba su sexo, concediéndole orgasmos que resbalaban calientes por sus muslos.

Los latidos del corazón de Lena colapsan los gemidos escandalosos de aquella mujer, siente el calor acumulado en sus mejillas y no es capaz de moverse de ahí. Está petrificada ante aquel salvaje encuentro sexual, percibiendo las pequeñas sacudidas incontrolables de su cuerpo. Nunca había practicado sexo de aquella manera, siempre había sido comedida y ahora, ante esa escena, está absorta, desubicada, extrañada, por todas las sensaciones que le provoca.

No calcula el tiempo que lleva ahí de pie espiando por la rendija, en algún momento el juego animal del que ha sido testigo finaliza con un gruñido feroz de Derek. La piel de Trisha brilla perlada en sudor, su rostro sigue enrojecido por los orgasmos arrancados con cada envite, y aunque está exhausta, sabe a lo que ha venido aquí. Se voltea complacida recolocándose la falda y lleva sus largas piernas hasta el top abandonado en el suelo. Lo recoge ante la atenta mirada de él y lo desliza por su torso tapando sus grandes pechos. Mira satisfecha a Derek de arriba abajo relamiéndose y comienza a hablar. Las palabras danzan por sus labios y Lena aguza sus sentidos, hasta ahora mermados, por lo que ha estado presenciando.

—Estaba trabajando como cualquier noche en el *Deep Club*. —Derek la insta a continuar para que no se entretenga en minucias—. Los italianos estuvieron en el bar como de costumbre cuando pasan por la ciudad, era una noche bastante concurrida, incluso había algún que otro motero y eso me extrañó, aunque no le di mayor importancia. En un momento de la noche, uno de los irlandeses, el que parece calladito, apareció y estuvo en el reservado de la esquina con ellos tan solo unos minutos. Lo que dijeron ahí no lo sé, sabes que no puedo entrar ahí si no me piden bebidas y cuando entro, suelen enmudecer sus conversaciones. —Pasea la lengua por sus labios contemplando a Derek—. Si llego a saber que vendrías a buscar información me hubiera esmerado en tener algo más succulento para jugar.

—Trisha, suéltalo todo —ordena.

—Déjame disfrutar de este momento... —Sonríe pícaro—. Salí fuera a fumar, como estaba lloviendo, me quedé agazapada en el callejón de la parte de atrás, sentada en unas cajas. Entonces el irlandés «mudito» —realiza unas comillas en el aire—, Liam, ese era el maldito nombre. —Fija los ojos en el ambarino de Derek comprobando que está acercándose al fuego

incandescente de su mirada—. Recibió una llamada y solo escuché: «Está hecho».

—¿Algo más? —inquire Derek empujando con el índice sus gafas.

—No. Si me entero de algo, te llamaré y más... después de esto. —Muerde su labio inferior.

—Claro que lo harás, y la próxima vez no seré benevolente, no cambiaré mis métodos para sacarte toda la información —sisea ronco a un paso de ella.

Trisha teme la oscuridad que habita en Derek, sin embargo, hay algo en ella que la hace sentirse irremediablemente atraída. Aunque sabe el peligro que existe en tratar con alguien como él, no puede evitar acercarse a la llama de su mirada y quemarse un poco, lo suficiente para que le deje huella. Lo que ha ocurrido esta vez ha sido una excepción que llevaba meses anhelando desde que lo conoció. Buscaba siempre alguna información lo bastante jugosa para negociar con él y nunca le había servido para conseguir algo más que su atención durante diez minutos. Su terquedad, su despotismo, esa manera fría de mirar a los demás, la hacía estremecer cuando sus miradas se encontraban, aunque solo sintiera ella esa maldita hambre voraz. Necesitaba alimentarla. No esperaba que hoy consiguiera traspasar esos límites que tenía con ella, no obstante, había percibido su furia animal. Algo había cambiado en él. Y ella, deseosa de su contacto, no le importaba el precio con tal de tenerlo, aunque solo fuera una vez y de aquella forma. Bestia, ruda, salvaje.

—Lo haré —confirma sumisa sintiendo la vibración de su cuerpo estremeciéndose con su voz.

Lena da unos pasos hacia atrás con cautela de no ser descubierta. Aún tiene el corazón a punto de salirle por la boca, pero ha sido escuchar: italianos y *Deep Club*, y su mente ha comenzado a trazar un plan. Debe ir allí. Con la oscuridad del piso envolviéndola, camina sigilosa por el pasillo hasta llegar al dormitorio y busca entre sus prendas unos zapatos planos, unas zapatillas. Se las coloca sin hacer ningún ruido, está dispuesta a cualquier cosa, necesita salir de allí. Se interna en el baño, sube al inodoro evitando que la tapa cruja con su peso y con algo de dificultad pasa su cuerpo por la estrecha ventana. Está sentada sobre el alfeizar, se aferra al borde del ladrillo para no caer, saca sus piernas y coloca sus pies sobre el saliente. Su mano se queja al contacto con la gélida piedra y alarga el brazo a las tuberías deslizándose hasta la escalera de incendios. Da un salto aterrizando de manera ágil sobre el asfalto, sacude su ropa y revisa su mano comprobando su estado. «Aguantará solo han sido unas astillas». Debe de apresurarse e ir hasta su casa para coger uno de sus disfraces y adentrarse en aquel bar antes de que noten su ausencia.

La gacela y el león

Las luces del *Deep Club* iluminan esa zona de la ciudad coloreando el cielo con diferentes tonalidades. Lena se camufla entre las personas que se arremolinan en la entrada para pasar al interior. La gente aguarda ordenada en una cola a la derecha esperando su turno hasta el momento donde un par de seguratas decidirán si son aptos para entrar. No se quedará esperando su destino, no ahora que dispone de tan poco tiempo y aunque existe la posibilidad, de que al cruzar aquellas enormes puertas no halle nada, no perderá su preciado tiempo. Se separa de la enorme masa de personas, decidida, a encontrar otra entrada más viable para sus planes, tras un rodeo a lo lejos observa el callejón del que hablaba Trisha. Aligera sus pasos evitando los sospechosos charcos que encuentra en su camino hasta llegar a la puerta, mueve la manivela comprobando, que está cerrada a cal y canto. Busca en su mochila algo que le pueda servir para forzar la entrada. «No vales ni para abrir una cerradura», niega varias veces para no escuchar a los demonios que la acompañan y que parecen no querer abandonarla. Cierra la mochila desesperanzada y mira a su alrededor con la necesidad imperiosa de hallar otra solución. Pega su espalda al ladrillo deslizándose hasta el suelo, agazapa su cabeza entre sus piernas y respira profundamente. «Estás sola. Sola», coloca ambas manos en sus oídos para dejar de escuchar esas voces que no desisten en recordarle lo que ansía olvidar.

—¿Estás bien?

Se levanta despacio mirando sorprendida al hombre que tiene delante y no desaprovecha la oportunidad que le acaba de abordar.

—No —responde haciendo un mohín—, es que no puedo entrar —miente vilmente—, Trisha me pidió que viniera a recogerle su cartera, pero no encuentro las jodidas llaves. Creo que las he olvidado encima de la mesa, tendré que volver de nuevo... y con estos tacones... —explica, desanimada, moviendo las manos de manera exagerada.

—Ey, relájate, tranquila. Tiene solución. —El muchacho se acerca con las manos por delante.

Él la observa de arriba abajo admirando la piel blanquecina que resalta sobre la ropa negra que lleva puesta, las largas piernas enfundadas en unas medias de rejilla sobre unos tacones negros y el diminuto pantalón adherido en su cintura. El top escotado no deja mucho a la imaginación marcando unos voluptuosos pechos y el pelo rojo bajando en cascada sobre su generoso escote, el cual lo tiene hipnotizado. Humedece sus labios sin poder evitarlo cuando ella se remueve inquieta durante su escrutinio.

—¿Me puedes ayudar? —pregunta, dócil, al saber que está donde ella lo precisa.

—Claro, las amigas de Trisha son mis amigas. —Sonríe pícaro—. Soy Jude, aunque lleve poco tiempo por aquí ya le dije a ella que puede contar conmigo siempre que quiera, al igual que tú... Por cierto, ¿eres Madison? —pregunta con curiosidad mientras introduce la llave en el cerrojo abriendo la puerta.

La música del interior escapa durante el tiempo que la puerta permanece abierta y la invita a pasar por delante de él, no quiere perderse las vistas de aquella despampanante mujer. Puede que hoy sea su día de suerte si la ayuda, seguro que luego ella se lo agradecerá. Ha conocido a otras amigas de Trisha y sabe que al final todas buscan algo más que unas palabras bonitas que le llenen el oído. Tensa su brazo para marcar los bíceps con la puerta aún aferrada, sin quitarle los ojos de encima.

Lena sonríe haciéndose la sorprendida, se lo está poniendo muy fácil y duda que pueda tener tanta suerte. La noche estaba siendo demasiado dulce, cuando fue hasta su casa no pensó hallar la llave enterrada en la hiedra que tenía plantada en el jardín trasero. Lo que le fastidió fue que le habían retirado la mayoría de sus cosas del vestidor y todo se reducía a dos opciones para el disfraz. Esta era la más eficaz para esta noche.

—¡Sí!, ¿cómo lo has sabido? —Lo mira coqueta dedicándole una sonrisa juguetona al pasar por su lado—. Aunque mis amigos me llaman, Maddy. —«Mentir, es lo único que sabes hacer bien», aparta la mirada al escuchar esa voz en su interior.

Jude se relame con lascivia al observar cómo aparta la mirada, le gusta la candidez que tiene debajo de esa apariencia sexi. Aunque quiera ser una tigresa, es una gatita que él podrá domar.

—Maddy, me gusta como suena... —El perfume que abandona al pasar por su lado es el aliciente que alimenta sus deseos—. Dame un minuto que tengo que cambiarme y vamos juntos a buscar la cartera, ¿de acuerdo?

—Claro, Jude —enfatisa con un ronroneo descarado.

La guía por un pasillo de paredes de piedra negra, iluminado por luces rojas y puertas a ambos lados. La música sigue sonando de fondo, amortiguada, por el grosor de aquellos muros que los rodean. De repente le coge la mano tirando de ella al interior de los vestuarios, la sala está oscura y solo los alumbraba la luz de emergencia sobre sus cabezas. La acorrala contra la puerta poniendo sus brazos uno a cada lado, baja su cabeza para situarse a la altura de su rostro y el aliento húmedo le golpea contra su boca entreabierta.

—Yo te hago un favor... y tú me haces uno a mí... —jadea con fervor.

—Aja... —gime, exagerada.

—Así me gusta. —Roza su nariz con la mejilla de ella.

Lena percibe el movimiento de su mano bajando su cremallera, tiene que actuar antes de que se vea entre la espada y la pared. Pasea sus manos por el duro torso de Jude levantándole la camiseta hasta colocársela en la cabeza y dejando sus brazos atrapados ahí, lo único que ha dejado a la vista es la boca jadeante ansiando seguir con lo que tenía pensando cuando la metió ahí. Él ríe ronco ante el jugueteo repentino de ella.

—¿Qué haces?

—*Shhh* —Le coloca un dedo en los labios antes de besarlo con intensidad.

Jude se enciende con el beso salvaje que le está profesando aquella mujer y se mueve inquieto. Lena abandona sus labios y se coloca con un movimiento sutil por la espalda de este, rodeando su cuello con sus brazos. Dibuja con su lengua por su mejilla hasta llegar a su oreja jadeando con excitación. Él deja de moverse para disfrutar del contacto de ella y es cuando aprovecha para aprisionar con todas sus fuerzas su cuello. Tiene una oportunidad para conseguir aplicarle la llave del sueño. Jude se remueve nervioso y ella le susurra sensual:

—¿No querías jugar? Juguemos, Jude... —Desliza el cuerpo en el suelo.

Corre por los pasillos evitando las miradas de los que se encuentra por su camino, solo quiere hallar la manera de adentrarse en los reservados, cruza una de las puertas con el cartel de «Staff» y las luces de colores envuelven toda la sala. La música ensordece los sonidos y se interna entre

las personas que bailan por la pista. Se mueve entre el mar de desconocidos con la única idea que la impulsa a seguir, encontrar cualquier indicio sobre lo sucedido en la joyería. «Es tu culpa». Aparta a una pareja que se meten mano delante de ella, cortando su momento de lujuria, estos la ignoran una vez que pasa entre ellos continuando su acercamiento. «Sola». Unas manos la agarran de la cintura y ella las arranca para seguir su camino. El calor se hace presente en su piel que ha comenzado a bañarse en sudor y sus mejillas están cada vez más encendidas. Hace horas que no ha comido nada más aparte de lo que le preparó Kasem y su cuerpo se lo está haciendo saber, no puede desfallecer ahora que lo tiene tan cerca. Ha localizado el reservado de la esquina del que hablaba Trisha, pero le resultará imposible acercarse debido a la seguridad que lo guarda. Las voces parecen acallarse el tiempo suficiente para pensar en el siguiente paso, debe centrarse.

—*Sei uno stronzo!* —Alguien brama en italiano.

Delante de sus ojos sale del reservado un tipo de chaqueta que ha llamado su atención gesticulando de forma exagerada con las manos y un traje similar al que usa Marcus. «Usaba, recuérdalo», el dolor le aplasta el corazón con el peso de la verdad. Desentona entre todas las personas que están en el interior de la discoteca y su manera de moverse delata el interés que lo mueve, no ha venido aquí para bailar y beber alcohol. Busca algo más, tiene que ser uno de ellos. Sus ojos se centran en él; hombre de unos treinta, moreno, con una ligera barba, ojos oscuros, profundos y una mirada altiva. El vaso que tiene en la mano se lo lleva a los labios saboreando el jugoso néctar que contiene y sus ojos se encuentran con los de ella.

La mujer que lo mira fijamente comienza un baile sensual para su deleite. Alza una ceja con interés al examinar a la pelirroja que se mueve de forma sugerente y lo observa descarada. Su rostro muestra una sonrisa pecaminosa y esos labios lo incitan a morderlos. Mantiene su postura contemplando con parsimonia cada golpe de cadera y repasa esas largas piernas cubiertas por las medias de rejilla como las de las bailarinas de las tarimas. Relame sus labios con el sabor del whisky y da un par de pasos para reducir la distancia. Ella no le quita los ojos de encima sosteniéndole la mirada, no se achanta y eso le excita. Está acostumbrado a las chicas sumisas que se le acercan «regalando» sus encantos.

Lena conserva el contacto visual con aquel hombre y lo seduce con cada uno de sus movimientos. Está marcándose uno de sus mejores bailes, acostumbrada a conseguir lo que quiere con solo una mirada, no escatimará en sus esfuerzos por apartar a ese hombre del resto. Necesita sacarle cualquier tipo de información, algo sobre los italianos o el irlandés del que hablaron. Le da igual lo que sea, aunque sea un simple rumor, no importa el precio. Levanta ambos brazos por encima de su cabeza cuando la música se alza y las luces centellean alrededor de ella, las va bajando con delicadeza, acariciando su silueta, pausando en sus caderas. Da unos pasos sinuosos posicionándose más cerca del hombre de chaqueta, ahora tiene toda su atención, y decidida, da el siguiente paso. Se pasea a su alrededor con movimientos gráciles y rozándolo en ciertas partes. Percibe la mirada libidinosa que mantiene con ella y se aproxima a sus labios a punto de colisionar con ellos. Se frena al notar el anhelo de él, se da la vuelta y camina hasta la oscuridad más alejada de aquella sala.

No mirará atrás, sabe que lo tiene justo donde quiere.

Presiente que la está siguiendo, aunque no se haya volteado, lo siente cerca, su aroma, su presencia, se aproxima. Cruza las puertas del staff con la seguridad de que nadie se interpondrá en su camino. Mantiene el canto de la puerta aferrada unos segundos antes de dejarla ir y se cierre sola, ahí ladea su cara con una sonrisa maquiavélica y sus miradas se encuentran. Voltea su rostro dándole el tiempo suficiente para seguirla de cerca, las luces rojizas bañan su nivea piel dándole un aspecto perverso, no obstante, su presa mantiene su interés sin ser consciente de su

destino. A su derecha, una pareja se besa con fogosidad, pasa por su lado sin percatarse de su presencia y se cuelga por la puerta con el cartel de almacén. La hoja se cierra lentamente, estrangulando la poca luz que entra del pasillo y sumiéndola en la oscuridad. Una mano interfiere frenándola, evitando así que se cierre del todo. Se abre desvelando al hombre de chaqueta, su presa.

Esa mujer lo ha retado con sus movimientos vertiginosos, provocándolo hasta su límite y ahora quiere cobrar aquello que le ha prometido con esa mirada glacial. La descubre en la negrura de ese almacén y sus ojos destellan con el brillo carmesí que entra por la puerta que se cierra despacio. De dos pasos se posiciona delante de ella, decidido a devorar su boca. Le agarra del mentón examinando los tentadores labios rojos que destacan en su rostro níveo, alumbrado por las luces del exterior que se cuelan por las ventanas en la penumbra de ese almacén.

—¿Te querías escapar? No está bien calentarme así y marcharte sin más. —Acaricia con su pulgar la mejilla de ella.

—No me quería escapar, solo te quería traer hasta aquí... —susurra melosa.

—¡Ay! *Bambina*, has traído al *leone* a jugar a tu guarida. —Ríe ronco cada vez más cerca de su boca.

—¿León? —Arquea una ceja. «No podrás hacerlo. No serás capaz», ignora a sus fantasmas.

—Sí, eres una gacela que va a ser devorada. —Mete la mano en el interior del escote agarrándole un pecho con posesión.

Lena sonríe como una demente cuando siente el contacto de aquel hombre, muerde sus labios y atrapa su mano centrándose en los dedos de este, llevándolos hacia atrás en una posición antinatural, luxándolos en el límite antes de fracturarlos. Tensa su cuerpo en posición de ataque y dobla su brazo asestándole un codazo que se clava con potencia en la mandíbula empujando la cabeza hacia atrás. El italiano no ha visto venir ninguno de sus golpes, no esperaba esta emboscada, el rostro pasa de la confusión al dolor y ella aprovecha su desconcierto propinándole un rodillazo en sus genitales con la fuerza suficiente para hacer que se doble sobre su cuerpo.

Ahora lo tiene de rodillas frente a ella. Está a su merced.

—*Porca puttana!* —exclama con un grito ahogado, llevándose ambas manos a sus partes nobles.

No se lo piensa al escuchar el insulto que le ha proferido, flexiona su rodilla para ganar impulso y le pega una patada en el mentón, partiéndole el labio con el impacto del tacón en su cara. Un pequeño hilo rojo cae de la boca del italiano.

—No me vuelvas a insultar. Ahora, ¡habla! —exige colocando el tacón sobre el hombro, empujándolo hacia atrás y así apreciar mejor su cara—. ¿Con quién estás en ese puto reservado?

—¿Qué? —El hombre la mira, incrédulo, con las lágrimas saltadas por el dolor—. ¿Qué *merda* es esta? ¿Quién eres? —interroga dubitativo con un hilo de voz.

—Aquí, las preguntas las hago yo. Más te vale que comiences a hablar si no quieres que te arranque tus preciadas pelotas. —Pasea sus uñas por la mejilla hundiéndolas en la piel—. Esas que agarras con tanto amor. —El arañazo pasa de blanco a rojizo por el paso de sus uñas—. ¿Quién organizó el atraco de la joyería?

—¿Joyería? Estás puta loca, te has equivocado de tío —escupe en el suelo.

Lena clava sus uñas con violencia en las mejillas, levantando su rostro para mirarlo a los ojos. «Sabe algo, sácaselo como sea», escucha las voces de su cabeza que le instan a que no cese en su lucha.

—Si me he equivocado de tío, es que hay un tío. Dime su nombre... ¿Quién organizó la puta masacre de la joyería? —brama en un fino hilo de cordura. «Ya no está. Es tu culpa»—. ¡Habla,

de una puta vez! ¡¡Joder!!

—Masacre... —Entrecierra los ojos, sintiendo las uñas de ella adentrarse en la dolorida piel, desgarrándola a su paso—. Los que murieron ahí tiroteados como putos cerdos, se lo merecían, puta zorra.

«Hazlo», sentencia ese demonio oscuro que se está adueñando de su cabeza.

La punta del zapato lo obliga a tumbarse en el suelo y ella coloca la aguja del tacón en su yugular. Distingue un brillo en los ojos de aquella mujer que le resulta familiar, una ira contenida que está anhelando salir. Nota como la fina aguja se comienza a hundir en su garganta, cada vez más cerca de atravesar la delgada piel del cuello. Aúna sus fuerzas para evitar que se le clave aún más, empuja el pie y forcejea con la presión que está ejerciendo esa mujer, decidida a matarlo. Atrapa el tobillo y lo gira con fuerza, haciéndola trastabillar, tirándola al suelo. Rueda hacia un lado al quitársela de encima y se pone de pie dispuesto a golpearla hasta hacerla reventar, luego se saciará con ella cuando esté inconsciente.

—Te voy a dar lo que tanto ansías, puta —escupe en su dirección.

Lena está tumbada boca arriba en el suelo, es ahora o nunca, viene directo hacia ella y se prepara con todo lo que tiene, todo lo que ha aprendido hasta este momento pasa veloz por su cabeza. Está a escasos metros, prepara sus piernas y le asesta con todas sus fuerzas una patada encima de las rodillas, otra en la ingle y justo cuando se agacha para atrapar sus piernas, le da otra más en la cara. Lo hace retroceder tan solo un par de pasos, aunque no lo suficiente para darle tiempo a levantarse, lo tiene encima de nuevo. El italiano, cegado por la ira, le propina un fuerte puntapié en el estómago.

Los ojos de Lena se fijan en el fulgor rojizo que entra solo durante un instante en aquella habitación que se ha vuelto a sumir en la absoluta oscuridad. El hombre que tiene delante está concentrado en patear su estómago y no se ha percatado de la sombra que está alzándose tras él. Unos brazos oscuros se enroscan como una pitón por la garganta de ese italiano, estrangulando toda posibilidad de lucha contra una muerte segura, rompiéndole el cuello en el acto. Ella se queda petrificada ante la pasividad del rostro de Derek mientras extingue una vida. El destello de las luces de un coche baña el almacén y las gafas de él centellean en la negrura alumbrando su ambarina mirada. Es un depredador. Deja caer el cuerpo inerte del hombre a sus pies y la levanta de un violento tirón de su muñeca.

—No digas nada. Tenemos que salir de aquí —ruge como una bestia cerca de ella.

—Suéltame —grita Lena en un intento de zafarse—. Estoy haciendo lo que ninguno de los dos tenéis cojones de hacer —sisea venenosa.

Derek se voltea enfrentando su mirada pegando su rostro, el aire casi no pasa entre ellos y su aliento humedece su piel. Suelta un bufido ronco que calienta sus labios mientras incrementa la presión sobre su muñeca.

—No tienes ni puta idea de lo que hacemos o dejamos de hacer —gruñe entre dientes—. Ahora, cállate. —Se da la vuelta sin darle tregua a responder y abre la puerta bañando sus cuerpos en la luz carmesí.

Tira de su muñeca por los pasillos sin pararse con ninguna de las personas que se cruzan en su camino. La determinación que tiene al caminar, su firmeza y el movimiento de los músculos de su espalda la tienen sumida en una especie de trance del que no puede escapar. No luchará contra él. Salen al exterior del local y es empujada con brusquedad al interior de un coche oscuro. En el asiento del conductor atisba el pelo blanquecino de Kasem. Derek abre con hastío la puerta del copiloto dando un fuerte portazo, de una mirada apremia a su compañero a que arranque. El ronroneo del motor apabulla sus sentidos y toda la adrenalina acumulada hasta ahora abandona

su cuerpo, despojándola de todas las energías que la mantenían despierta.

Loba herida

La consciencia le viene y va en el transcurso del viaje, oyendo a lo lejos las voces de quienes la acompañan en el coche. Escucha entre sueños la voz ahogada de Kasem hablando sobre un aeropuerto y una parada antes de despegar. A veces, le parece escuchar la voz de su hermano conversando con ellos de todos los planes que quedaron en el aire. El tono grave que tanto le reconfortaba oír, ya no está. «Muerto». Cierra los ojos para sumergirse en los sueños y volver a buscar esa cueva donde no siente que estará sola. Las mentiras la han acompañado toda su vida y ahora es lo único que le queda. Mentiras maquilladas para hacer de su vida una realidad, la lucha de su hermano por entregarle una oportunidad se ha quedado hecha trizas.

—¡Despierta, princesa!

Los rayos del sol calientan sus mejillas pegadas al cristal de la ventanilla, abre los párpados con pesar mirando confundida su alrededor. El vago recuerdo de la noche con el italiano flota delante de sus ojos, rememorando el momento en el que él aparece y todo se oscurece. Alguien chasquea unos dedos delante de ella y centra su vista en esa persona que mantiene agarrada la puerta abierta del coche invitándola a salir.

—¿Kasem?

—Sí, el mismo.

—¿Dónde estoy?

—Pues si te digo la verdad —rasca su cabeza antes de responder—, estamos en un punto entre donde nadie nos encuentre y empezar de cero.

—¿Cómo? —pregunta con la mente algo dispersa.

—Baja del coche y hablamos arriba. —La mano de Kasem la ayuda a salir del interior del coche y sigue con su mirada a donde señala con el mentón.

Sigue los pasos de Kasem por una escalera situada a la derecha de lo que se le antoja a un cutre motel de carretera. Observa que dejan atrás una zona destinada al parking de los clientes y la entrada a la recepción con un luminoso con el nombre del establecimiento: «Wayne Motel».

—Es aquí —anuncia Kasem abriendo una habitación con el número siete.

Ella se adentra al interior de la escueta habitación examinando cada rincón y alza sus cejas al comprobar que hay tres camas. Camas desprovistas de toda salubridad, sábanas raídas y llenas de manchas de las que prefiere ignorar su procedencia. La moqueta despide un extraño olor que hace que tenga que arrugar su nariz y el papel pintado de las paredes se desgarró hace ya mucho tiempo.

—No es el Ritz, pero nos apañaremos —anuncia Kasem con su típica sonrisa.

—¿Vamos a compartir habitación?

—¿Qué esperabas tras tu escapada nocturna?

Lena levanta los hombros sin despegar los labios. Kasem deja unas maletas a los pies de la

cama y trastea el mando de la televisión buscando algo que ver entre los canales, muchos de ellos no sintonizan bien y solo hay interferencias. Arroja el mando en la cama del centro y se sienta en el filo del colchón.

—Yo dormiré en medio.

—¿Por qué? —pregunta con curiosidad.

—¿Por qué? ¡Ja! —Niega con la cabeza varias veces—. ¿No pensaste en las consecuencias? Confié en ti. —La mira detenidamente—. Aunque Derek ya sabía lo que harías, por eso estamos aquí.

—Solo quería respuestas —responde sosteniéndole la mirada.

—¿Las encontraste?

—No me dio...

El teléfono de Kasem suena interrumpiendo sus palabras, él mira la pantalla confirmando quién llama y luego la mira a ella.

—Voy a salir fuera, ni se te ocurra hacer ninguna gilipollez. —Se levanta revisando la ventana del baño, una ventana minúscula con gruesos barrotes—. Te voy a dejar encerrada en la habitación y lo único que tienes que hacer es esperar aquí. Nada más.

Asiente asumiendo su parte de culpa por la situación en la que está ahora mismo. Entiende que no vuelva a confiar en ella y contempla resignada la puerta cerrándose con llave. La silueta de Kasem pasa por delante del ventanal, desapareciendo de allí.

Las horas pasan sin saber dónde están ninguno de los dos, sin un teléfono para llamarlos y aunque tiene el fijo del motel, no lo usará. Camina de un lado a otro en la habitación como una loba enjaulada revisando cada esquina, abre las maletas comprobando que contienen, elige algo de ropa cómoda y se despoja de su disfraz. Ya acomodada, se entretiene curioseando la de Kasem, camisas, pantalones con su estilo peculiar y enseres de cuidado personal. Cuando se aburre de rebuscar entre las prendas, sus ojos van a la que aún no ha abierto, el candado le impide que la abra y la empuja con el pie. Cambia de canales buscando algo que ver y escucha en las noticias que ha habido otro tiroteo en la ciudad de Chicago y que han hallado muerto a un policía en un ajuste de cuentas. Se levanta con la tele de fondo como compañía llevando sus pies hasta el baño. En su reflejo atisba el paso de las horas, tira de la peluca arrancándose algunos cabellos y la arroja al suelo con desazón. Abre el grifo y frota su rostro con el agua helada para eliminar el exceso de maquillaje, al no tener sus productos de limpieza un rastro negruzco se queda adherido en la zona de las ojeras. Su mirada se le antoja la de una extraña a la que no logra reconocer. «¿Quién eres ahora, Kathia? ¿Daphne? ¿Lena? ¿Quién sigue ahí dentro?», golpea el espejo para acallar esas voces que no la dejan en paz.

—¿Qué coño pretendías?

Gira su rostro para encontrar a Derek en el interior de la habitación. No ha sentido su presencia, no ha escuchado la puerta abrirse, sin embargo, ahí está. Entrecierra los ojos con la mente turbada y da un par de pasos lentos. Escucha voces en su cabeza, no sería de extrañar que comenzara a ver visiones.

—Responde —ordena Derek.

Lena alarga su brazo para tocarlo, no obstante, antes de hacer contacto, su mano es apartada de un manotazo que la trae de vuelta a la realidad.

—Respóndeme y déjate de juegos conmigo.

Cierra los puños con fuerza al escucharlo hablar con ese tono tan mordaz. «Él también piensa que eres la culpable de todo».

—Buscaba respuestas —responde—. Al menos yo las busco y no ando follándome a la

primera zorra que se te cruza.

Derek arquea una ceja por encima de la montura de las gafas.

—Esa zorra lo único que hacía era confirmarme lo que ya sabía.

—Ah, ¿sí? ¿Qué te confirmaba? ¿El tamaño de tu polla? —espeta con su lengua afilada.

—No vi que te molestase mucho que me la follara mientras mirabas atenta desde la puerta — afirma tajante Derek.

Las mejillas de Lena se encienden ante su declaración. Aparta la mirada durante un segundo, evitando mostrar en su rostro lo que sus palabras le causan.

—No necesitaba tu ayuda, no tenías que aparecer.

—Aja, ya vi que no necesitabas ayuda. —La mirada de Derek es punzante—. Esto no es un puto juego.

—Yo no jugaba a nada, alguien mató a mi hermano. Lo sé.

—No sabes nada, Lena.

—¡Pues dime todo lo que no sé! —grita furiosa.

—No necesitas saber más de lo que concierne a tu seguridad.

—¡NO! —De dos pasos se ha colocado frente a él y clava su índice en su pecho—. No quiero más historias, ni más mentiras, ni que evadas mis respuestas. Sé sincero conmigo por una vez en tu puta vida. —Lena muerde sus labios conteniendo la rabia que bulle por salir.

—¿Quieres la verdad? —Derek le intenta coger la muñeca, pero ella rehúye hacia atrás—. Pues que, con tu escapada, algo que ya preví antes de que sucediera, hemos tenido que adelantar este viaje. Un viaje que tu hermano planeó por si las cosas se torcían, él sabía que la vida que había elegido tenía fecha de caducidad y asumió los riesgos. —Da un paso haciendo que ella tenga que retroceder—. Que tu terquedad nos pone entre la espada y la pared. —Derek da otro paso acorralándola contra el tabique que los separa del baño—. Y que no puedo dejar un rastro de cadáveres porque tú decidas jugar.

—No te pedí que vinieras a salvarme, nadie te pidió que matases a nadie.

El cuerpo de Derek se crece tapando la luz de la habitación.

—¡Joder! —Un puñetazo aterriza próximo a la mejilla de Lena estampándose contra el muro—. ¿Y dejar vivo a un puto italiano al que le has interrogado sobre la joyería? ¿No piensas en las putas consecuencias?

—Me iba a encargar de él —asume escupiendo en su cara.

—¿Lo ibas a matar? —sisea con un tono áspero.

La mirada de Derek se adentra en su celeste glacial generando un infierno del que no puede escapar.

—Sí. —Empuja el cuerpo de Derek sin conseguir nada—. Lo hubiera matado. Me lo han quitado todo. Ya no tengo nada. —Golpea el duro pecho de él.

—No cruzarás esa línea mientras yo exista, Lena.

—A ti qué coño te importa las líneas que cruce.

—Le prometí que te protegería. —Lena aparta la mirada—. Mírame.

—No.

Derek hunde sus dedos en su barbilla, obligándola a que lo mire.

—Una vez cruzas esa línea, no vuelves a ser la misma persona, puedes perderte para siempre. Él me pidió que te protegiera y es lo que voy a hacer. —El fuego de la mirada de Derek le quema—. Te protejo de ti misma, Lena —asevera muy cerca de su boca.

Lena nota el calor del aliento de Derek, la tensión entre ambos es cada vez más densa, decide extinguirla de una vez por todas.

—Tú las has cruzado. Déjame cruzarla por él —espeta próxima a sus labios, percibiendo su profunda respiración—. Déjame vengar su muerte.

—¡¡Lena!! —ruge—. Estás buscando un puto culpable en un mar de tiburones, te despedazarán en cuestión de segundos si sospechan quién eres. No sabes de lo que son capaces —sisea lacerando sus sentidos—, allí ya no te queda nada por lo que luchar. —Los dedos de Derek se mantienen firmes en su mentón—. Y sí, crucé esa línea. No tienes ni idea de lo que hay tras ella —añade con voz rasposa.

—Déjame descubrirlo, déjame hacerlo por él.

—Abandona de una vez tu puta testarudez y asume lo que te ha regalado. Deja de buscar culpables hundiéndote en esa oscuridad para la que no estás preparada y acepta lo que sí tienes.

—¿Qué tengo, Derek? No tengo nada, estoy sola... —Lena desploma sus hombros con el peso de sus demonios.

—¿Estás ciega? Él cumplió su palabra.

—¿Cuál? —inquieta dolida.

—Te brindó una nueva oportunidad, cógela de una maldita vez. —El aliento de Derek humedece su rostro—. ¿Recuerdas lo que dijiste en aquella playa? Ahora vas a recoger a esa Lena que enterraste en ella y volverás más fuerte.

Los ojos de Lena brillan anegados con unas lágrimas que se niega a derramar. Sentir el calor cercano de aquel hombre que absorbe toda luz que lo rodea y la fuerza con la que ensarta sus palabras en su cabeza la deja noqueada. Los dedos calientes de Derek sueltan su barbilla lentamente. Una vida, volver a empezar lejos de todo, era lo que le prometió cuando le enseñó el concesionario. No quería hacerlo sin él, aceptarlo, sería como asumir que ya no está. El labio le tiembla controlando todo lo que quiere brotar.

Derek sabe lo que es cruzar esa fina línea que se adueña de ti en un momento de ira, cuando todo lo demás deja de importar, cuando lo has perdido todo. No dejará que ella la cruce, se manchará las manos con la sangre de cualquiera que se anteponga a su protección. Él no tiene una voz de la conciencia que le recuerde lo que está bien o está mal, él hace años que dejó de escucharla y liberó su bestia interior. Cumplirá su promesa, la alejará de todo aquello que la ponga en peligro, por lo que él se sacrificó y pueda volver a empezar. Durante un instante, cuando la encontró en el *Deep Club* creyó que sería capaz de liberar la carga que la atormentaba. No obstante, ella aún tenía las manos limpias, no quería que cargase con el peso de una muerte sobre sus hombros y la abatiera aún más de lo que ya estaba, aunque se negase a aceptar la ayuda de los demás.

Ella deja caer los brazos laxos a cada lado de su cuerpo. La última frase que le ha dicho se le ha grabado a fuego en el corazón.

—Iremos hasta allí, volverás a esa playa y volveremos a empezar.

—¿Volveremos? —musita Lena.

—Sí.

—Pero ¿vosotros...?

—Al igual que tú, no nos queda nada que nos ate a Chicago. Al revés, nos hemos vuelto muy codiciados.

—¿Por qué tenemos que ir allí? No quiero volver a pisar aquella casa sin él, hay demasiados recuerdos.

—Porque allí está todo lo que necesitas para volver a empezar, lo que él dejó para ti.

Lena se desploma en los brazos de Derek con la contrariedad dibujada en su rostro, tras todo lo que había pasado en estos años, después de la pérdida de su vida, su padre y ahora su

hermano. Por primera vez siente el calor de una persona que forma parte de lo que puede considerar una familia, algo inusual y diferente a lo que imaginó cuando viajó a Chicago, sin embargo, en su interior presiente que estarán ahí. Admira el rostro impassible de él, sin mostrar ninguna emoción, y se pregunta si bajo toda esa piel existe aún un corazón capaz de sentir. Coloca su mano en el pecho buscando el latido y la mano de Derek la acoge arrastrándola hasta su corazón.

—Sé lo que es perderlo todo.

Ella lo mira a los ojos, atónita, anhelante de conocer más sobre ese hombre. Baja la mirada posándola en la enorme mano que abarca la suya ocultándola a la vista. De los nudillos de él asoman pequeñas perlas rojas por el impacto en la pared y ella coloca su otra mano encima, retirando la sangre que brota por las heridas causadas por la ira. Quiere preguntarle tantas cosas, quiere abrirse con él y, sin embargo, algo le dice que es momento de escuchar. Cierra los ojos sintiendo los latidos de Derek acompasados con los suyos. Percibiendo su respiración profunda, inhalando esa fragancia inconfundible que solo él desprende.

—¿Ves? Aunque esté roto y el dolor sea insoportable, sigue latiendo —susurra ronco—. De ti depende que lo haga más fuerte.

Para avanzar necesita dejar el pasado atrás y abrazar su nueva piel.

La piel de una loba herida.

La última carta

Unas horas era lo que los separaba de su nuevo destino. Desciende por las escaleras del jet privado, con los primeros rayos del sol asomándose entre las oscuras nubes de una contenida tempestad. Un vistazo rápido a su alrededor para cerciorarse de todo lo que han organizado aquellos dos hombres que la acompañan en tan poco tiempo. Kasem se dirige hasta un coche familiar que no pega nada con ellos y a su derecha contempla cómo Derek conversa con un par de hombres de negro. El claxon del coche llama su atención, se ha detenido a unos pasos de ella, abre la puerta trasera y se acomoda en el asiento. La puerta del copiloto se abre recibiendo a Derek. Una mirada fugaz por el espejo retrovisor colisionando con los ojos de Kasem y el coche se pone en marcha.

La casa sigue como la última vez en la que ambos hermanos descubrieron parte de su pasado. Encontraron esas cartas que revelaron lo que yacía enterrado y con ello, se creyeron capaces de eludir por todo lo que sus padres lucharon. Necios, que no sabían realmente lo que escondían esas cartas. Ciegos, que no terminaron de leer todo lo que contenía su interior, sin observar entre las palabras aquello que no podían revelar por miedo a que fueran encontradas. Lena camina entre la maleza que cubre el sendero empedrado que los lleva hasta la casita de invitados, donde todo comenzó. La noche que descubrió como su familia ocultaba mucho más de lo que sospechaba y donde apareció por primera vez Derek. Tantas preguntas que se hizo y jamás fueron respondidas, el tiempo las ocultó cuando de allí fue arrancada.

Una fina lluvia cae sobre su cuerpo mojando su piel, no llega a ser molesta, sin embargo, parece que el día esté soltando la tormenta que ella no es capaz de desatar. Está cansada de llorar, está harta de ser esa persona que no pudo ser y está derrotada de luchar. Él tiene razón, le ha regalado una oportunidad y está a tan solo unos pasos de alcanzarla. Solo tiene que cruzar ese umbral una vez más y descubrir lo que Marcus dejó para ella. Aferra el pomo sintiendo el frío metal, decidida a entrar. El tintineo de un llavero cerca de su oído le hace girar su rostro.

—Necesitas esto para abrir —añade Kasem.

La aparta con suavidad hacia un lado, elige una de las llaves y la introduce en el cerrojo, abriendo la puerta con un leve empujón, liberando así el aroma que había encerrado en su interior. Lena inhala esa fragancia tan familiar, el toque amaderado que su hermano siempre utilizaba estaba ahí dentro esperándola.

Kasem hace un barrido rápido del interior e invita a ambos a pasar.

—¿Os quedaréis conmigo? —inquieta Lena.

—Obvio —responde al instante Kasem.

Lena busca a tientas por la pared el interruptor de la luz y una mano firme la frena antes de que llegue a tocarlo.

—No hay electricidad —anuncia Derek.

—¿Y eso?

—Todo ha cambiado desde que él no está.

—¿Y sin luz cómo quieres que encuentre lo que dejó para mí?

El haz de una linterna ilumina el interior del pasillo colisionando con el cuadro que los observa a lo lejos encima de la chimenea. La mirada glacial de Allegra los recibe con el fulgor de la luz del foco chocando contra esas pupilas atrapadas en el tiempo.

El silbido del viento resuena por alguna rendija invisible dándole a todo un aspecto tétrico, un repeluzno se apodera de ella como si unos dedos recorrieran su columna vertebral haciendo que su piel se erice al instante. «Sigues aquí». La pesada mano de Derek cae sobre su hombro, sobresaltándola, este pasa por su derecha adelantándose hasta colocarse delante del cuadro. Lo arranca de la pared, sin miramientos, dejándolo caer a sus pies. Introduce el código sin preguntarle y abre la puerta ante la atónita mirada de ella. Sus ojos van del cuadro a la caja fuerte alternativamente.

—Lena, reacciona. Solo es un cuadro, necesito que te centres.

Kasem se coloca a su lado instándola a que camine.

—En unas horas todo lo que hay aquí dejará de importar —susurra Kasem.

—¿Por qué? —pregunta, obligando a sus pies a llegar hasta la caja fuerte.

—¿Por qué? Pues porque volveremos a empezar y todo esto —señala a su alrededor—, se quedará atrás, en el pasado, uno al que no debemos volver —explica Kasem con una sonrisa afable.

—¿Por qué siento que siempre vais un paso por delante de mí?

—Porque debe ser así. —Sonríe con la familiaridad de esas palabras.

Derek trastea en el interior de la caja fuerte sacando varios sobres, algunos ya estaban ahí de la última vez, otros son nuevos, recientes. Va depositando los sobres encima de la mesita de madera que tiene a su derecha, cuando parece que ha vaciado todo lo que contenía la caja fuerte, adentra sus brazos hasta un fondo secreto y saca varios fajos de billetes que comienza a colocar de manera ordenada junto a las cartas.

—Lena. —La mano de Derek le ofrece un par de cartas con su nombre, ella las acepta manteniendo sus ojos en el ambarino de él y este asiente satisfecho—. Es el momento.

Un leve temblor se adueña de sus manos, necesita centrarse y controlar los nervios que quieren ser los protagonistas de este momento. Cierra los ojos percibiendo el tacto del papel en la yema de sus dedos, siguiendo la línea que marca hasta un sello que está roto. «Marcus, ¿por qué no me esperaste?». Exhala varias veces, como en otras ocasiones, y deja salir el aire en un suspiro liberando la tensión acumulada. Rota su cuello a ambos lados y se sienta cruzando las piernas sobre la alfombra roja. Rasga con las uñas la abertura del sobre, despliega los papeles pulcramente doblados en su interior y sus pupilas bailan entre las palabras que desvela la luz de la linterna que la alumbra desde su espalda.

«Para mi luz;

Si estás leyendo esto es que no me dio tiempo a decirte estas palabras, aquí quiero que descubras la historia que jamás se te contó. La historia que no pude confesar por una promesa que se quedó atrapada en el paso del tiempo y con una mirada a ese cuadro, no era capaz de revelar.

Ella me lo pidió, tu madre me lo rogó. Allegra en su último aliento, me lo imploró. No me pude negar, ella siempre fue mi debilidad.

Perdóname, no lo cumplí en su totalidad. Perdona a tu padre, no pude negarme cuando a mis dedos os aferrasteis. Lo intenté, por ella, por ti, por él, sin embargo, os fallé».

Arias

Si la vida fuera otra

Y la muerte llegase

Entonces, te amaría

Hoy, mañana...

Por siempre...

Todavía.

Mario Benedetti

*James & Allegra**James, 1990*

Los días pasaban con excesiva lentitud a su alrededor, todo lo que concebía en un idílico sueño aquella noche se les fue arrancado de cuajo. Ahora en su mente solo estaba protegerla, costase lo que costase. Daría su vida si fuera preciso por salvar la luz que se gestaba en el vientre de Allegra, lo daría todo por regalarles una oportunidad.

Vivían en Chicago con todo lujo de comodidades, no les faltaba de nada. Los Mancini mantenían su distancia mientras él cumpliera su parte del trato, siempre lo habían querido de su lado por el poder que representaba en la ciudad, y ahora, siendo parte de los Mancini, los acrecentaban. Allegra era una repudiada para aquella familia, si es que se le podía llamar así. Cuando se supo de su embarazo, solo contemplaron una nueva posibilidad de negociar con la vida que aún no había nacido y esa bruma oscura que los envolvía, consumía poco a poco la vida de ella. Él se ocupó de todo lo que pudo por arrancarla de esa oscuridad que lentamente la carcomía. Compró una bonita casa en la playa solo para ella, ocultó esa propiedad de la vista de los malditos italianos, adquiriendo una finca similar muy alejada de esta y así quedase registrado todos esos viajes a Los Hamptons, para no despertar sospechas.

Un día de verano, sin que ella lo esperase, decidió darle la sorpresa y la llevó hasta allí. Un lugar donde podrían estar ellos dos. La sonrisa de Allegra retornó durante un tiempo, un tiempo en el que acariciaba su vientre con ilusiones de un futuro incierto al que ambos sabían que no podrían alcanzar; la luz que siempre desprendía junto a él parecía volver y en su interior guardó esa imagen para siempre.

Los Mancini pedían puntualmente informes médicos para comprobar el estado del embarazo. No deseaban que nada pudiera truncar sus nuevos planes de futuro. El matrimonio con los Carusso se canceló y con ello, la posible unión de una fuerza mayor que hasta ahora no habían obtenido. Su sangre se debilitaba y el control que tenían en Italia se esfumaba con el paso de los años sin un niño que perpetuara el apellido Mancini. El cáncer que infectaba los pulmones de Massimo avanzaba cada día, no obstante, se negaba a morir con una determinación insólita, jurando que no moriría hasta verla nacer. Tenía la esperanza de que fuera una niña, una que casaría con el pequeño de los Leone, una de las familias con más poder de toda Italia, acercándose así al Capo de la Mafia.

Un plan perfecto que los posicionaría donde siempre debieron estar.

Todo estaba previsto para la revisión con el ginecólogo, uno elegido por los Mancini, para tener controlado todo el embarazo y sus posibles complicaciones. Allegra apretaba con fuerza la mano de James cuando se acomodaba en la camilla con las piernas separadas, ese día había

amanecido con una extraña sensación en la boca del estómago que alimentaba su angustia.

El ginecólogo se colocó entre ellas ocultando su rostro solo durante un instante en el que la enfermera le hizo entrega de los utensilios que iba a introducir en su cavidad. La imagen fue materializándose lentamente delante de sus ojos en la pantalla, sin embargo, no conseguía discernir la diminuta silueta que parecía proyectarse.

—Vaya —añade, sorprendido, señalando con el dedo la imagen de la pantalla—. ¿Ven esa pequeña mancha? —El Dr. Storke mueve el aparato en el interior de Allegra y la mancha parece crecer distinguiéndose con mayor claridad.

La enfermera activa un altavoz que emite un ritmo galopante que inunda toda aquella sala. Una sonrisa aflora en los labios del ginecólogo, golpeando con cuidado la pantalla sin dejar de mirarlos.

—Enhorabuena, van a ser padres por partida doble.

El Dr. Storke hace una señal a la enfermera, esta asiente y levanta el teléfono para realizar una llamada. Allegra escucha de lejos como habla con alguien a quien le explica al detalle todo lo sucedido en el interior de la clínica. Describe con precisión desde que se ha sentado en la camilla hasta que han escuchado el latido. Su corazón se detiene en el mismo momento que comprende con quién está hablando la enfermera, con su padre, Massimo.

La gran mano de James presiona la de su mujer con amor mientras sus ojos se llenan de lágrimas con la noticia, no obstante, el rostro de Allegra no expresa la misma ilusión.

—¿Se puede saber el sexo? —pregunta, temerosa, Allegra.

—Aún es pronto, en un par de semanas, tal vez se dejen ver. Por lo demás todo está correcto, deberá de tomárselo con calma y tomar todas las vitaminas que le he recetado. Es de vital importancia que cuide su alimentación, no es lo mismo cuidar de uno que de dos, bueno, en este caso, de tres. —Una sonrisa amable se dibuja en el rostro del médico.

Nada más salir de la clínica, el peso de la realidad cae sobre ella. El sonido del motor no aplaca los latidos frenéticos de su corazón y la bruma oscura que siempre la acompaña desde que sabe que está embarazada, la asfixia. Necesita respirar. Busca un lugar apartado en los alrededores y le pide a James que detenga el coche. No puede contener esta carga por más tiempo, necesita que él esté con ella y que la comparta hasta el final.

—James, no puedo... No les entregaré a mis niñas.

—Aún no sabes si son niñas. —La mano de James acaricia la mejilla llena de lágrimas de Allegra absorbiéndolas a su paso—. No adelantes acontecimientos. —Se le rompe el alma cuando ve la fragilidad de la que ahora es presa su mujer.

—No, no dejes que se las lleven. El futuro que les espera allí es peor que la muerte, yo escapé porque te encontré a ti, pero ellas no podrán. Se las llevarán y no podré hacer nada para remediarlo, prefiero morir a dejarlas ir. —Los ojos glaciales de Allegra se pierden en un punto invisible en el cristal del coche, buscando una salida para la vida que se gesta en su interior.

James enmarca el rostro de su mujer para rescatarla de ese lugar tan alejado de él.

—Prométeme que las protegerás, *Titano*. —Ella se deja acunar, percibiendo el calor que emana las manos de su titán y sintiendo su protección.

—Te lo prometo, las protegeré con mi vida.

Sin saberlo había sentenciado el futuro de esos bebés que comenzaban a crecer en el vientre de Allegra. Una promesa que lapidaría su vida.



Los tiempos se tornarían oscuros, los días se volverían segundos y las semanas se convertirían en horas. Aún no era consciente del peso de aquella promesa y que pronto recaería sobre sus hombros. Había llegado el esperado día donde conocerían el sexo de los bebés que crecían en el interior de Allegra.

—No podemos volver a esa clínica, si lo hacemos y ellos saben que son dos niñas, todo cambiará. Me las quitarán, James —suplica—. Lo prometiste.

—Allegra —susurra cerca de su oído—. Te prometí que os protegería. —James la abraza alejando esos temores que cada día crecen más, es como la humedad incrustada de una pared, está corroyéndola desde dentro y solo atisba la mancha que la precede.

La escena es similar a la anterior visita, subida en la camilla, aguardando a la noticia que cambiaría el mundo que conoce hasta ahora. El corazón a galope a punto de salirle del pecho, buscando desesperada una posible solución a los futuros planes de la vida de sus hijas. No escucha lo que hablan junto a ella, el mundo se ha enmudecido con la espera, el zumbido de la luz halógena que ilumina su entrepierna es como tener mil abejas volando a su alrededor. Un dolor punzante golpea en su interior y el aire decide escapar de sus pulmones.

—Sra. Mancini, debe relajarse. Ambos están bien —anuncia antes de proseguir con la noticia que la está envenenando—. Se puede observar con total claridad el sexo; aquí podemos ver —explica, señalando un pequeño punto—, un niño, y aquí, una niña —le comunica con una enorme sonrisa.

Mira suplicante a James en busca de ayuda, se ahoga en ese mar oscuro y halla en sus zafiros ese salvavidas que siempre le rescata.

Se aferrará a él, es su última esperanza.

El mundo de Allegra se desploma a su alrededor cayendo como los jirones de papel de una pared que ha vivido mejores tiempos. Su visión se enturbia impidiendo que pueda ver lo que tiene delante, y la oscuridad, quiere tragársela para arrebatarles a sus bebés. Nadie se los quitará, no, debe protegerlos, sobre todo a ella. No se la llevarán, no la intercambiarán por la ambición de poder, no cargará con el peso de la maldición de su sangre. No negociarán con su vida como hicieron con la suya, las lágrimas caen silenciosas por sus mejillas. Cubre su rostro con sus manos, ocultándolo, intentando frenar la humedad que inundan sus ojos. No debe de existir tal posibilidad. Está sumida en una especie de trance que la mantiene aislada en su cabeza con la posibilidad de abrir todas esas puertas que hasta ahora permanecían cerradas ante ella. En la posición en la que se encuentra no se lo pensará y las abrirá todas de par en par.

Aunque sea lo último que haga.

Se viste abstraída en esos pensamientos y contempla su reflejo en el espejo, la curvatura de su vientre ahora es más visible, posa la palma de su mano sobre ella percibiendo el calor que emiten esas dos vidas que alberga en su interior. Cierra los ojos acariciándolos a través de la piel, sonríe imaginando una vida distinta a la suya y todo lo que les podría dar. Abre los ojos, dolida, asumiendo la triste realidad, una que ella está decidida a cambiar. Ya no es la mujer que era hace unos años, ya no. Ya no está sola, lo tiene a él.

Ahora no es una simple mujer, es madre y como tal, luchará.

Sale del aseo con una sonrisa impostada dibujada en sus labios y examina la clínica con precisión. Todos sus sentidos se centran en busca de cualquier detalle que pueda usar para el plan que está urdiendo en su cabeza. Contempla la gran espalda de su titán mientras continúa conversando con el médico sobre los cuidados que debe tener en los próximos meses, rodea el cuello de ese hombre que siempre la ha protegido de todo mal. La arrancó de los brazos de esa familia regalándole su anhelada felicidad.

James percibe los brazos de su mujer y los acaricia con mesura.

—Dr. Storke, me he fijado que hoy no nos acompaña su encantadora enfermera, Gwen. ¿Está bien? —pregunta Allegra con inocencia.

La mirada del ginecólogo se desvía hasta la de ella para responder.

—Gwen no se encontraba bien hoy, un tema familiar. Le comentaré que ha preguntado por ella, Sra. Mancini. —Sonríe levemente—. Si me disculpan debo realizar una llamada, suele hacerla ella y casi se me olvida. —La mano del Dr. Storke se desliza con lentitud hacia la izquierda, al teléfono que descansa sobre la mesa, mientras Allegra lo sigue con la mirada.

—¿Va a llamar a mi familia? —interroga aun conociendo la respuesta.

—Sí, tan solo será un minuto. Si me disculpan... —Allegra deja caer su mano sobre el auricular evitando que este se levante.

—Prefiero ser yo la que les dé la grata noticia —determina sin soltar el teléfono con una sonrisa fingida en los labios.

James percibe un ligero temblor en el brazo de Allegra según deja salir esas palabras.

—Sra. Mancini, entiendo que desee ser usted la que les dé la buena noticia, pero es preciso que realice esa llamada. Luego le puedo pasar el auricular para que pueda hablar con su padre... —forcejea para levantar el teléfono llevándolo hasta su oreja.

La mano de Allegra serpentea por el pecho de James hasta las pistoleras que siempre suele llevar bajo su chaqueta, atrapando la culata de una de sus pistolas y de un imperceptible movimiento, la saca apuntando directamente al Dr. Storke que la mira, sorprendido.

—No vas a llamar a nadie, suelta el puto teléfono. —El teléfono cae sobre la pila de documentos con un sonido sordo—. Ahora vas a escuchar con atención todo lo que voy a decirte.

—Allegra. —James aferra su brazo intentando transmitir la calma que necesita—. Piensa antes de actuar.

—Es lo que he hecho, lo he pensado y no hay otra manera. —Allegra se encamina hasta la entrada y coloca el pestillo de la puerta sin dejar de apuntar a su presa—. Las manos en alto, donde pueda verlas.

James se ha puesto de pie a su lado, buscando en su mirada una respuesta a su reacción. Allegra no está allí en ese preciso instante, está liberando una lucha interior para defender lo que crece dentro de ella, no dudará en disparar si fuera preciso.

—Baja el arma, Allegra. —James le habla con un tono calmado—. Podemos hablarlo.

—¡¡No!! —Niega con la cabeza una y otra vez—. Es fácil, solo lo sabe él y así seguirá.

—Podemos buscar otra solución —sentencia James escarbando en su mente una manera de salir de esta sin que Allegra salga herida, más de lo que ya está. Saca su otra pistola sin perder la conexión de su mirada, apretando con fuerza la culata manteniéndola en alto y apunta en la misma dirección que su mujer. Estará con ella hasta el final—. Querido doctor, hay un ligero cambio de planes de última hora, como usted puede comprobar. Esto es lo que hará; llamará a los Mancini como estaba estipulado, pero mentirá.

—¿Qué? —Allegra acorta la distancia que lo separa de su titán sin dejar de apuntar al Dr. Storke.

—Confía en mí. —La idea estaba ahí cuando vio aquel día el rostro lleno de terror de Allegra, al pensar en traer dos niñas al mundo, buscaría la manera de salvarlas—. Les diré lo que necesitan escuchar, todo lo que tenía pensado contar, no obstante, habrá un pequeño cambio en su versión, uno que no hará daño a nadie... —Los ojos de James se dirigen hasta el cuadro de unos niños pequeños sonriéndole a la cámara, lo deja caer ocultando la visión de la imagen y captando la atención del doctor—. ¿Está de acuerdo?

—Haré lo que sea... —implora con el miedo en sus ojos.

—Les diré que son dos niños, no revelaré la verdad. Haga lo que tenga que hacer para que todos sus documentos confirmen esto que acabamos de acordar —apremia retirando el seguro de la pistola.

Las manos del Dr. Storke vuelan por encima de la mesa rebuscando los documentos que atestigüen todo lo que necesita para hacer real aquello que le piden. Realiza la llamada delante de ellos con las pistolas aún apuntando a su cabeza e informa a los Mancini de todo lo relacionado con la consulta, cada detalle, cada minucia que le preguntan es respondida al momento. El buen doctor hace su mejor papel, si no fuera por las diminutas gotas de sudor que empapan su frente, todo parecería normal. Cuando cuelga el teléfono, su garganta no es capaz de tragar todo el temor que se refleja en su rostro.

—Ya está.

—Le vigilaré muy de cerca, Dr. Storke, cuando crea que nadie le ve, ahí estaré. Cuando crea que nadie lo escucha, yo lo haré. —De dos pasos se coloca por detrás de la silla. Los temblores se adueñan del cuerpo del doctor—. Seré su jodida sombra, sabré cada paso que dé y descubriré si me intenta traicionar —sisea viperino en su oído.



Así se hizo durante los meses siguientes que el embarazo iba en aumento, el vientre de Allegra crecía a pasos agigantados, devorando la vida de ella rápidamente. Aunque le había asegurado que todo saldría bien y que podría salvarla de aquello, aunque juró que entrenaría a su hijo haciéndolo mejor que él, las palabras no eran suficientes para el sufrimiento que albergaba su mujer. Se encerraba durante horas en la librería de aquella casa de la playa, obsesionada, buscando otra salida. Lloraba, desconsolada, cuando la noche se cernía sobre Los Hamptons y la luz que siempre había tenido se disipaba con cada suspiro que salía de sus labios.

La perdía con cada salida del sol.

No sabía qué más podía hacer para rescatarla de aquella cueva donde ella sola se había desterrado.

El Dr. Storke les visitaba en diferentes clínicas distribuidas por la ciudad, clínicas, pagadas por James para impedir el seguimiento de los Mancini. En todo momento le advirtió de los riesgos que implicaba el embarazo de Allegra y el peligro que podían correr madre e hijos si surgían complicaciones en el parto debido al estado de salud que acarrearía. Contrató a Emilia para que lo ayudase en la recta final, él no podía centrarse en otra cosa que no fuera ella y necesitaba a alguien de confianza que aportara la calidez que en esa casa se desvanecía con los días. James se dedicó a su mujer en cuerpo y alma, administrándole las vitaminas que su organismo tanto necesitaba, acompañándola en cada paseo por la playa sin soltar su mano, y custodiando sus

noches donde las pesadillas la atacaban, esas donde les arrancaban a sus bebés de sus brazos.

No la abandonaría jamás.

Las llamadas de Massimo se incrementaron según se acercaba la fecha del parto. No deseaba hablar con su hija, a la cual negaba, ansiaba hablar con James sobre los futuros planes que quería ejercer en aquellos dos niños. La sangre de los Mancini volvería a ser fuerte y más si se parecían a su padre, el cual les sugirió criarlos a su semejanza para que fueran dignos sucesores del apellido. La avaricia rompería el saco que estaba llenando de mentiras que el padre de Allegra jamás debía descubrir.

Todo iba según lo previsto.

Hasta esa fatídica noche de tormenta. Los truenos acechaban entre las nubes deseando descargar contra la tierra, dejando su marca en ella. El viento soplaba con intensidad rompiendo las débiles ramas de los árboles a su paso, abandonando un camino de hojas por donde aventaba y el grito desgarrador de Allegra rompió aquella maldita noche en dos.

—¡James! Ya vienen —grita desde el fondo del pasillo.

—Aún faltan dos semanas. —James corre hasta llegar a ella y cogerla antes de volver a proferir un grito que le rasga el alma.

—Tienes que llamarlo, que venga solo. Nadie más debe saberlo.

—Allegra, si surge alguna complicación aquí no tenemos el material necesario... —suplica James.

—No, no, no, por favor —ruega sujeta a las solapas de su chaqueta cabeceando sin parar—. ¡Emilia! —grita desesperada—. Ella nos ayudará en lo que haga falta.

—Conoces los riesgos de tu embarazo, podrías no sobrevivir a ello y no pienso perderte. Así no...

—Por favor, no puedo hacerlo sin ti. —*Su debilidad* lo traspasa con esa intensa mirada glacial.

—Allegra... —James aprieta la mandíbula conteniendo todo lo que quiere decir.

—*Titano*, todo lo que hemos hecho ha sido para este momento. —El dolor de la contracción se refleja en su rostro—. Lo prometiste.

La promesa cae encima de James con el peso de todas esas decisiones que tomó, cegado por el amor, sin pensar en las consecuencias y que ahora aparecen ante él. Durante un instante se siente como Atlas, siendo el portador del peso de los cielos sobre sus hombros. Maldita sea el día que pronunció aquellas palabras, maldito el momento donde los Mancini decidieron sus vidas y no tuvieron más opciones que someterse. Se pierde en el gris de su mirada que pende de un hilo a punto de adentrarse a la más absoluta oscuridad.

—Está bien. —Besa con intensidad los labios de su mujer, sellando así su destino.

El parto se alargó más horas de lo que esperaba, la lluvia golpeaba contra los cristales empañados que ocultaban lo que ocurría en el interior de aquella habitación. Estuvo a su lado en cada contracción, sintiendo el dolor que rompía todo su cuerpo, no podía hacer nada más, aparte de ser un mero espectador en aquel parto que se estaba llevando la vida de su mujer. La palidez de su rostro con cada inspiración era más presente, las complicaciones como eran de esperar llegaron en el peor de los momentos, sin embargo, ella luchaba con todas sus fuerzas para que nacieran sus bebés.

Allegra notaba como su cuerpo expiraba las pocas energías que le quedaba con cada bocanada de aire. Aun así, empujaba una y otra vez, desgastándose hasta el límite, implorándoles a los dioses que la dejase contemplarlos antes de marcharse de esa vida que se le extinguía.

—Está perdiendo mucha sangre, necesitamos llevarla a un hospital. —Storke intenta sin resultado frenar la hemorragia que se lleva la vida de su paciente.

—No. Todo quedará aquí —ruge con el empujón final—. ¡¡Arrgg!!

Storke saca primero al niño y luego a la niña, que entrega a Emilia. Ella los acoge limpiándolos con esmero y los deposita con cuidado sobre la madre. La sangre no se detiene manchando todo a su paso.

—Necesito más toallas... —Pide, desesperado, Storke.

Emilia asiente y abandona la habitación con premura.

No advirtió cuando colocaron a ambos pequeños encima de ella, sentía que las fuerzas la abandonaban tras ese último esfuerzo. Baja la vista para encontrar sobre su pecho descansando a sus dos bebés, tan perfectos y frágiles. Haría lo que fuera necesario por ellos. Los abraza con cariño besando sus tiernas cabecitas mientras las lágrimas corren por sus mejillas. Lucharía por esos niños los minutos que le quedaban de vida.

—Dr. Storke, en el historial clínico, dirá... —suspira—, que uno de los dos nació muerto —sentencia Allegra aunando sus energías para hablar.

—¿Cómo? —Storke la mira, perplejo.

—Hágalo, redáctelo ante mí —ordena con autoridad.

James sabía que este momento llegaría, esos meses de encierro en la librería era en lo único que pensaba su mujer, obsesionada, buscando una salida para aquella niña que nacería sin conocer su desdicha.

—¿Tienen pensado los nombres? —La voz de Storke tiembla con la pregunta, soltando las toallas que aún mantenía aferradas en sus manos.

—Marcus y Massimo. —Una risa ronca se escapa de sus labios—. Deje constancia que Massimo fue el que nació muerto, asfixiado por el cordón umbilical.

Storke saca de su maletín todos los documentos necesarios para completar las partidas de nacimiento, los rellena con premura ante la atenta mirada de aquella mujer que hacía unos meses le apuntaba con un arma. Desde aquel fatídico día había vivido con un miedo atroz a que su familia estuviera salpicada por sus amenazas, trabajar para las organizaciones oscuras de la ciudad le proporcionaba muchísimo dinero, era conocido por aceptar cualquier encargo sin hacer preguntas, y su avaricia se desató el día que aceptó ser el médico de Allegra. Jamás imaginó un desenlace como este con la hija de Massimo. Firma cada uno de ellos y los sella mostrándoselos a ambos.

—James, hazlo —decreta en un hilo de voz.

—Allegra...

—*Titano* —suspira—, hazlo por ellos dos, por mí. Es la única manera. —Inspira—. Lo sabes.

James, sin despojarse de la fría mirada de su mujer, saca el arma que siempre lo acompaña encañonando al Dr. Storke y de un disparo certero le arrebató la vida. No tuvo tiempo de reacción, el cuerpo del doctor se desploma a sus pies.

—James, protégela, aléjala de este mundo. Prométemelo, júralo con tu vida, no dejes que sepan de su existencia... —Allegra percibe como se le escapa la vida—. Selena... —La tos se apodera de ella y sus labios se tiñen del rojo de la sangre—, así se llamará, la hija del titán.

James acoge en sus brazos a sus dos pequeños acunándolos sin soltar la mano de su mujer.

—Sé que podrás hacerlo...

—Allegra, sin ti estoy perdido. —El alma de James se divide.

—Te amaré por y para siempre, mi *Titano* —musita casi sin fuerzas, no le queda mucho tiempo.

El brazo de Allegra se alza en un último esfuerzo para acariciar el rostro de James, la barba le ha crecido más de lo habitual estos meses, él que siempre tiene controlado todo a su alrededor

incluido su intachable aspecto. Su *Titán* los protegerá, sabe que lo hará. Los deja en las mejores manos, él sabrá qué hacer y la alejará de todo mal, brindándole una oportunidad.

La que ella no pudo tener.

James acoge la mano de su mujer que cae lánguida cuando las fuerzas se disipan de su cuerpo. Un relámpago cae iluminando su rostro por última vez y una sonrisa se dibuja en sus labios antes de marchar. La parca parece haberla arrancado de allí con la luz del trueno que ha caído cerca de la casa. Baja la vista y contempla a los bebés que tiene en su regazo con las lágrimas resbalando por su rostro, las diminutas manitas se aferran a sus dedos y percibe sus latidos en sus manos.

Los protegerá, aunque sea lo último que haga.

Allegra lo dejó todo preparado para este momento, no le fallará.

Acto Final

Lena Moore

En la actualidad, Chicago

«Tras esa noche seguí los pasos que Allegra me había dejado y os separé. Emilia me ayudaría a criar a Marcus y Ciara te criaría a ti. Recurrimos al juramento que me hizo un tiempo atrás, cuando se cruzó en mi camino y la arranqué de aquella pesadilla. Le expliqué a Ciara nuestra delicada situación y todos los riesgos a los que podría estar expuesta, sin embargo, aceptó sin dudar. Saldaría su deuda entregando su vida para cuidarte el tiempo que fuera necesario.

Esa era la idea, no obstante, como has podido comprobar, no fue así.

Me fue imposible alejarte del todo, y según crecías más complicado se hacía dar ese paso.

Siempre que podía te visitaba, estaba ahí, evitando cualquier rastro que los pudieran llevar hasta ti. Cada vez que miraba a Marcus me culpaba por apartarte de nuestras vidas y así fue cómo surgió la idea de tenerte junto a nosotros un par de veces al año. La excusa de unas vacaciones familiares, alejados de todos y por unos días ser la familia que jamás pudimos ser.

Teneros a los dos bajo el mismo techo era el mejor de los regalos, durante esos días mi felicidad era plena y el sonido de vuestras risas era la melodía que me llenaba de vida. Sabía que no debía, aun así, cada verano volvías a mí. Creciste convirtiéndote en la viva imagen de tu madre y solo contemplarte, era el eco constante de lo cobarde que fui al no cumplir con totalidad la promesa que le hice. Tu parecido con ella cada día era más alarmante y temí cualquier sospecha que se pudiera ocasionar si te veían cerca de nosotros. Ahí volví a tomar una decisión errónea que creí necesaria, decidí que no volverías más a aquella casa y empearías esa vida alejada que te negué años atrás. Para ello, me distancié otra vez convirtiéndome en ese ser que llegaste a odiar. Te negaba los abrazos que en antaño te daba, las sonrisas que mi rostro reflejaba se fueron perdiendo con el paso del tiempo mientras estabas por casa y empecé a mostrarte a un padre frío, distante, desafiante. Uno al que dejaste de querer.

Perdóname, por alejarte de esta casa, por alejarte de tu hermano y de mi corazón.

Ahora conoces la historia, la que jamás se te debió contar y aquí están mis palabras revelándote la oscura verdad.

No existes para los Mancini y así debe ser. Ella lo orquestó todo para ti.

Sin embargo, tras todos mis esfuerzos en cumplir mi promesa, os fallé a los tres.

Estaba ciego y no lo advertí, no conté con el amor que os unía. Un amor que iba más allá, uno que me resultaba familiar. A Marcus le arrebaté su mitad, convirtiéndote en su debilidad y con ello lo impulsé a pelear en una guerra que ya estaba perdida. Solo que él aún no lo sabía.

No pude hacérselo ver, no pude luchar contra él.

Yo solo os quería proteger.

Qué ilusos fuimos. Qué fácil parecía todo sobre un papel y qué difícil fue cuando os sostuve en brazos por primera vez.

Una vez más, perdóname.

Perdónala».

Las lágrimas caen sobre ese frágil papel que lleva tantos años aguardando este momento, un momento para el que no estaba preparada para hallar esa cruel verdad. Aun conociendo el doloroso pasado de sus padres, no imaginó todo lo que su madre sufrió. Luchó hasta su último suspiro, luchó por amor. No lo hizo una sola vez, lo llevaba haciendo desde que nació hasta el mismo instante que su vida expiró. Relee las palabras del final, donde su padre le pide que los perdone y traga saliva con dificultad. Acaricia el papel con la palma de su mano retirando algunas de las lágrimas que no han sido absorbidas por la carta, pasa la yema de sus dedos sobre el nombre de «Selen» y su cuerpo comienza a tiritar, abraza ese papel como si le fuera la vida en ello, como si los abrazara a los dos por última vez.

No quería volver a llorar, no quería mostrar debilidad, no obstante, conocer esa parte de la historia le había dejado una herida en el corazón que sabía que sería imposible de olvidar.

—Lena.

La voz de Derek la trae de vuelta al mundo real, alza su mirada para encontrarlo en la misma posición que estaba cuando empezó a leer. No está segura de cuánto tiempo ha pasado desde que inició su lectura, sin embargo, ha sido como entrar por un agujero de gusano y cuando ha vuelto al presente, todo lo que le rodea se le antoja extraño. Frunce el ceño mirando a ese hombre que la está acompañando en cada momento que ha marcado su vida y una leve sonrisa se dibuja en sus labios.

—Sé que tienes mucho que asimilar, pero no tenemos tiempo que perder...

—¿Lo sabíais? —Corta la frase de Derek, necesita antes de seguir con esto que le respondan.

—Sí —responde Kasem a su espalda.

Lena ladea el rostro, por un instante había olvidado que él también seguía aquí.

—¿Desde cuándo sabéis tanto de mi vida?

—Es algo que debías descubrir al leer esa carta. —Señala el sobre que Derek le ofrece.

Retorna la vista a Derek mirando la carta que tiene delante de sus ojos y coloca la mano en alto para detenerlo. Necesita un momento para hablar con ambos.

—¿Me la dejó él? —inquire con un hilo de voz mirando el sobre con su nombre.

—Sí —afirma Derek solemne.

—Necesito solo un momento, por favor. —En su cabeza han comenzado a danzar mil preguntas al observar esa carta y no quiere que salgan en tropel—. Antes... Derek, dijiste que su vida tenía fecha de caducidad.

—Todos, cuando aceptamos este modo de vida, sabemos que la muerte nos acecha en cualquier esquina. Caminamos por el filo de la navaja hasta adentrarnos en la oscuridad.

—No sé si estoy preparada para despedirme de él, para asumir lo que me ha dejado ahí escrito, para confirmar que no volverá nunca más... —suspira descorazonada—. ¿No podéis simplemente contarme la verdad? ¿Y cuándo esté más calmada leerlo por última vez?

—No.

—¿Por qué? Necesito tiempo.

—¿Por qué? —repite Derek inmerso en la oscuridad de la habitación—. Cuando la leas lo sabrás, necesitas dar este paso para avanzar. Es ahora o nunca, Lena.

Lena le arranca la carta de las manos, abriéndola sin dejar de mirarlo fijamente. Odia cuando le habla de esa manera, sabe que tiene razón, pero eso no le quita que a veces parece que no

tenga corazón para explicarle los por menores de las cosas que suceden a su alrededor. Un minuto le hubiera bastado, o tal vez dos, sin embargo, la presión que ejerce con sus palabras es suficiente para hacer detonar su ira, una ira que mantenía encerrada desde que lo perdió delante de sus ojos.

—No nos moveremos de aquí... —La mano de Kasem le transmite la tranquilidad que necesita para centrar sus sentidos en la lectura.

«Lena;

No tengo mucho tiempo, realmente no sé cuánto tengo, pero algo me dice en mi interior que se está agotando y que tengo que ser breve.

Si estás aquí, si estás leyendo esto, es porque no estoy junto a ti. Puede que sea porque te he metido en un avión a la fuerza y ya no estás a mi lado, te habrás enfadado por alejarte de nuevo, pero ahora lo entenderás todo mucho mejor. Si has leído la carta de James, comprenderás que era la única solución, una que casi destrozo por mi inconsciencia. Protegerte manteniendo el plan original, esa fue su última voluntad.

Seguir tu vida como Lena Moore, lejos de todo y de todos.

Lejos de mí.

Debo reconocer que pensé que era más listo que él, asumí un papel que me venía demasiado grande, uno para el que no estaba preparado, no sin nuestro padre. Mis sospechas se confirmaron en aquella reunión, Vito pensaba obtener lo que siempre había ansiado, el poder que envidiaba de James, estatus y posición, teniendo en la palma de su mano a todas las organizaciones. Era cuestión de tiempo que eliminara a la torre ahora que no existía el Rey. Yo solo era una pieza más en su tablero.

No tenía tiempo que perder y debía dejar preparado todo lo necesario para ti.

No nos volveremos a ver, perdóname, Lena.

Debe ser así. Qué razón tenían sus palabras cuando nos las repetía. Aunque me duela cada día que pase, aunque sea como arrancarme un pulmón y me arrepienta en mi interior, lucharé hasta mi último aliento como hicieron ellos dos no hace tanto tiempo. El sacrificio de Allegra no será en vano.

Cumpliré la promesa por él.

Ahí tienes todo lo necesario para volver a empezar, un negocio que sabrás manejar a la perfección, dinero suficiente para tres vidas en diferentes cuentas y se ha borrado del sistema cualquier huella que los pudieran llevar hasta a ti. Si no estás a mi lado, no existen las posibles sospechas.

Tras todo lo que hemos pasado hasta llegar aquí, comprendí, que él siempre quiso lo mejor para los dos.

Si estás junto a Derek y Kasem, es porque no pude despedirme de ti. Sé que no te fallarán y ellos te protegerán.

Perdóname por no abrazarte por última vez.

Confía en mí, todo saldrá bien.

Te quiere, Marcus».

Los ojos de Lena releen la breve carta que su hermano le ha dejado, esperaba encontrar las piezas que faltan en ese enorme puzle que acompaña a su tormentosa existencia. Da la vuelta a la hoja buscando algo más, algo que arroje luz a todas las dudas que están ocultas en la oscuridad de la vida que tenía su hermano.

—No es justo, Marcus... —Estira el papel en sus manos hastiada.

—Las cosas no han salido como él esperaba, no puedes culparle por ello —espeta Derek.

—¿A qué se refiere con lo de la reunión? Explícame lo que me falta aquí —inquiérese desesperada.

—Escúchame atentamente, tu hermano no esperaba morir en una puta joyería. Él urdió todo el día de esa reunión, asumió que tu tío vendería su cabeza al mejor postor. —Derek mantiene una postura erguida mientras relata con calma—. En Italia fue cuando nos llamó para dar el siguiente paso.

—¿Qué sucedió en Italia? Por favor, Derek, no me dejes más dudas de las que ya tengo —suplica Lena.

—Massimo, tu abuelo, dejó una gran herencia que recaía en los hombros de Marcus, que solo sería dispuesta cuando contrajera matrimonio y que luego legaría en sus descendientes varones. Esa noche firmó los papeles que lo sentenciaron. —Levanta un dedo frenando a Lena que estaba a punto de asaltarlo a preguntas—. Sí, tu hermano se casó. Un matrimonio concertado años atrás para afianzar el poder de las familias. —Da un par de pasos acortando la distancia—. El fino hilo que mantenía alrededor de su cuello era cuestión de tiempo que lo oprimiese hasta asfixiarlo. Por eso nos llamó, él lo sabía. Lo presentía con cada día que pasaba.

—No tenía elección... —susurra asumiendo toda esa información.

—No, una vez muerto el Rey, fueron a por él —fulmina Derek—. Si él no estaba, toda esa herencia iría a parar a sus hijos o como ha sido el caso, ha pasado a manos del tutor legal encargado de salvaguardar el legado familiar. El único que llevaba años esperando entre las sombras, ansiando gobernar. Un jodido buitre que no tenía nada que hacer contra todo lo que representaba James. Y aunque Marcus sabía liderar manteniendo las organizaciones a raya, no tuvo oportunidad contra Vito cuando se alió con los irlandeses. Estos le prestaron toda la potencia necesaria para alzarse en Chicago, ahora que todo parecía tambalearse. Él lo sabía. —Sus labios tornan blanquecinos al contener la ira que desea salir—. Tú no viste como se engrandeció en el despacho de Marcus. Sin Massimo, sin James, ni el heredero de todas las riquezas, ahora todo le pertenecía a él. La sonrisa demente que esbozó cuando se sentó en la silla de tu hermano... me dieron ganas de extirparle los labios.

Derek aprieta los puños con fuerza mientras relata toda la historia que no había escrito Marcus en la carta, una parte de la historia que quería dejar al margen para no salpicar más a su hermana. Las cosas cambiaron en el momento que fue asaltado en la joyería, los planes que debía de ejecutar fueron arrancados de cuajo aquel día y él prefería abrirle los ojos con la asquerosa verdad.

Ya no quedaba nada en Chicago por lo que luchar.

—¿Entonces lo de la joyería fueron ellos? —pregunta nerviosa.

—Eso es lo extraño. No hemos encontrado nada que los implique, ni que los relacione con los irlandeses —explica Kasem colocándose junto a Derek—. Seguir buscando es ponernos una diana en la cabeza, hemos tenido que desistir y asumir lo que dice la policía. Una maldita bala perdida, no tenemos nada más y aunque lo tuviéramos... no podemos hacer mucho en la situación en la que estamos.

—El caso está cerrado, es lo último que nos informó el policía que tenemos en nómina —sentencia Derek.

—Sé que no fue solo eso, algo me dice que no fue así... —El dolor punza en el corazón de Lena como un aguijón envenenado—. Aun con todo lo que me habéis contado, con las sospechas de él y con todo lo que tenemos entre nuestras manos... ¿No puedo hacer nada?

—Sí, sí que puedes hacer algo. —La voz de Derek retumba con el sonido de la lluvia golpeando contra el cristal.

—¿Qué? —inquire dolida.

—Vivir.

Los ojos de Lena imploran en busca de una respuesta en el fuego de la mirada de Derek, una que no sea esa, sus piernas flaquean cayendo de rodillas delante de aquellos dos hombres. Arruga la carta en su puño, apretándola con fuerza en un intento de absorber todas aquellas palabras, las promesas que se hicieron, las sonrisas que les arrebataron, los abrazos que el tiempo se llevó de su lado y la familia que pereció por entregarle una vida alejada de la maldición de su sangre. ¿Marcharse lejos? Es lo que ellos querían. ¿Intentar luchar? No pueden, aunque quisieran, y no deben, por las promesas.

En el cielo las nubes arremeten las unas con las otras colisionando para hacer estallar la tormenta y la fina lluvia se convierte en un torrencial. Lena fija la vista en la alfombra roja siguiéndola hasta su final, la chimenea se alza ante ella, donde antes reposaba el cuadro con la imagen de Allegra. Se levanta con lentitud asimilando las cartas, suspira con intensidad y sigue dando pasos hasta que atraviesa a esos dos hombres dejándolos atrás. Sus ojos van hasta unas cerillas e intenta encender una de ellas, las cerillas parecen llevar mucho tiempo ahí abandonadas y se niegan a prender. El mechero de Derek se enciende a su derecha, la pequeña llama ilumina su mirada y el resplandor se refleja en el cristal de las gafas de él. Arroja la carta de Marcus al interior de la chimenea de ladrillos rojos, algunos ya tan ennegrecidos por el fuego que no se logran distinguir su color original, con tantas manchas ocultando lo que fueron en el pasado. Aproxima la flama lentamente con un nudo en la garganta y prende la carta. Se da la vuelta con el estómago encogido por todo el dolor que le causa dar ese paso, pero tan necesario para seguir caminando. Coge todos los sobres con las palabras de sus padres, con los vestigios de su pasado donde por siempre se quedarán. Entre todos esos documentos halla su partida de nacimiento y los papeles de su adopción por parte de Ciara, donde está escrito el nombre por el que la conocen ahora, Lena Moore. Ocultaron parte de su nombre real, mantuvieron la esencia sin dejar la huella de Allegra. Exhala con lentitud, abatida, observando cómo el papel se quema con avidez y en un suspiro todo lo que pertenece a su pasado queda hecho cenizas.

—Quemaremos todo, no quedará nada en esta casa para recordar —sentencia con la vista fija en las brasas casi apagadas—. Empezaré de cero, volveré a ser Lena Moore. No tendré pasado al que volver y solo existirá el presente.

—Nada de equipaje, nada de recuerdos, aunque te cueste los tienes que dejar marchar —expresa Kasem con determinación—. ¿Estás lista?

—Lo está —asevera Derek apartando a Kasem y avivando las llamas de la chimenea con todo lo que arroja al interior de esta.

Lena comienza a caminar fuera de aquella casita de invitados con la seguridad de que ahora podrá abandonar toda esa carga. Dolerá durante un tiempo, costará olvidarse de todo lo que compartió con ellos, será difícil asumir su única y verdadera identidad. Una que nacerá de las cenizas, que resurgirá junto a esos dos hombres y será más fuerte que su anterior versión. El torrencial que antes descargaba contra el tejado parece ahora haber menguado, solo unas tímidas gotitas mojan su piel helándola al instante. El vaho que expulsa por sus labios se le antoja a la tan anhelada nicotina que ahora precisa, saca el vaper de su bolsillo llevándolo hasta sus labios saboreando ese sabor que tanta calma le trae.

Nadie traspasará su coraza de hielo, nunca más, ahora será ella la que tenga el verdadero control.

Alejada de la casa al final del sendero de piedras, contempla como las llamas devoran el interior. La mano de Kasem se posa sobre su hombro cuando pasa por su lado, no obstante, el

peso que recae parece mayor, nota la presión que ejerce antes de desaparecer y aunque ya no está, el peso sigue ahí. Suspira con los ojos cerrados percibiendo el olor amaderado que solo él podía desprender, sus lágrimas se vuelven a agolpar en sus ojos y aprieta los párpados con fuerza rechazándolas.

No llorará más, no derramará ni una lágrima más.

—Viviré —musita, sintiendo como el peso se aligera.

Una sombra oscura sale de entre las llamaradas que se alimentan de la casa, eliminando toda posible huella de su pasado. El humo que se escapa por las ventanas se disipa con el viento, como todos sus recuerdos entre aquellas paredes. Sus miradas se conectan y ella asiente a lo que no le dice con palabras. Su silencio, siempre le ha dicho más que todas las veces que lo intentó hacer hablar. Su presencia, le imponía por temor a lo que se negaba a conocer de él. Y la protección que siempre le había brindado desde las sombras, por primera vez, la envuelve confirmándole que no estará sola.

Ahora son solo ellos tres, no tiene a nadie que le ate a esa asquerosa ciudad. No quiere volver a pisar ninguna de las casas en los que tantos momentos compartieron. Hoy le toca abandonar esa piel herida que dejará atrás y rescatará a la que dejó sepultada en la arena de aquella playa.

Ahora es cuando, de verdad, volverá a empezar.

Sin mentiras, sin traiciones, sin sangre maldita de por medio, sin nada que la ligue a ese pasado tan incierto; ahora desvelado y para siempre enterrado.

La vida que siempre debió vivir. Una, que le pertenece solo a ella. Una, donde será Lena Moore.

Fin...

POR AHORA

Epílogo

Años más tarde

El coche acelera por las calles de Nueva York, serpentea entre el tráfico y adelanta a varios taxis que discuten entre ellos por culpa de una clienta. El aire acondicionado refresca el interior del vehículo manteniéndolo a una temperatura perfecta, delinea sus labios rojos admirando su reflejo en el espejo del parasol. A su derecha, él presiona el acelerador con más intensidad y su cuerpo se pega al asiento por el repentino impulso. En su mejilla ahora se distingue un pequeño borrón rojo que se limpia con cuidado mirándolo de reajo con furia.

—Eres un hijo de puta —escupe.

Una risa ronca es lo único que obtiene por respuesta.

Los años habían pasado en un suspiro para ellos tres, desde la llegada a Nueva York todo había ido en alza. Su vida cambió dando un giro de ciento ochenta grados cuando todo se quemó en aquella casa, no solo ardieron todos los documentos que revelaban su pasado, se calcinó todo lo que le ataba a Chicago. Algo que no debía ser nombrado, una vida nueva, sin pasado. El futuro que se alzaba en el horizonte, era prometedor. Controlaban mucho más que los concesionarios de lujo que regentaban, amasando grandes cantidades de dinero y alimentando la reputación que los presidía. Tenerlos junto a ella había alterado la idea original de un simple negocio de coches de alta gama, a convertirlo en una tapadera perfecta. Albergaban mucho poder, uno que él sabía manejar a la perfección. Era cuestión de tiempo que se hicieran un nombre ganándose el respeto de muchas organizaciones.

Ella dominaba todo lo legal. Ellos eran la sombra de la ciudad.

Derek realiza una maniobra perfecta estacionando de culo al lado de un deportivo similar al que conduce, solo se diferencian por el color, apaga el motor y confirma que lleva todo lo necesario. Echa un vistazo rápido a las proximidades comprobando todas las posibles entradas y salidas. Retira el seguro del coche, apuntilla sus gafas con el índice por el puente de la nariz y le dedica una mirada de reajo confirmando que ya puede salir.

Lena abre con cuidado de no pisar el asqueroso charco que hay justo a sus pies, estira las arrugas que hayan podido quedarse marcadas en su caro vestido de marca y atusa su perfecto flequillo. Él camina por delante de ella, vestido con su inseparable traje oscuro hecho a medida, impone solo con su forma de andar. Cerca del edificio con la espalda pegada a la pared los espera Kasem con su indistinguible pelo platino, su sonrisa se crece durante unos segundos cuando ambos hombres conectan las miradas y hablan entre ellos esperando su llegada. Ella se toma su tiempo en alcanzarlos y marca el ritmo de sus pasos con determinación, sus preciados tacones deben dejar huella por donde pasa.

Se adentran en el interior del edificio y presionan el botón de llamada del ascensor a la espera de su llegada. Las puertas se abren revelando a un hombre de pelo oscuro, bastante atractivo, viste elegante, aunque las arrugas de la tela no digan lo mismo, traje de chaqueta beige y sonrisa

socarrona. El tipo, sin cortarse por sus acompañantes, le echa una mirada descarada de arriba abajo relamiéndose los labios.

—¿Suben? —pregunta curioso el hombre que parece no querer salir del ascensor.

—Sí —responde Kasem invitando a ambos pasar—. ¿Sales?

—Yo también subía, vaya casualidad... —Rasca su barbilla sin despegar sus ojos de la silueta de ella.

Kasem emite un pequeño bufido y arquea las cejas acomodándose a su lado. La mirada del tipo esta vez no pasa desapercibida para la sombra oscura que acompaña a Lena y se coloca entre ambos irguiéndose como una muralla.

—Es mejor que se baje aquí —sisea Derek.

Durante un instante los ojos de aquel tipo atraviesan el cristal de las gafas de Derek y la tensión se vuelve densa. Ambos se retan con la mirada sin mediar palabra alguna. La melodía estridente de un teléfono interfiere entre los dos rompiendo esa rigidez y el hombre saca de su chaqueta el móvil que insiste en ser atendido.

—Parece ser que los tengo que abandonar —añade colocándose el teléfono cerca de la oreja, echándole un último vistazo a la mujer—. Una pena, nos volveremos a ver, *tsk*.

Las puertas se cierran cuando Derek presiona el botón, liberando al ascensor de toda la testosterona que se estaba acumulando en aquel habitáculo.

—Solo os ha faltado mediros la polla —dispara Lena contra él.

—Lena —interfiere Kasem asimilando que empieza la batalla de pullas venenosas—. Mantengamos la calma.

Lena rueda los ojos y deja caer sus hombros hacia atrás. Rota su cuello a ambos lados crujiendo la tensión acumulada de los días atrás con todo lo que tienen que gestionar. Los números del ascensor siguen cambiando hasta llegar a la planta solicitada, ella coloca su mano sobre el hombro de Derek a modo de tregua cuando las puertas se abren y lo sigue de cerca. Cruzan una pequeña recepción con una chica que, curiosa, levanta su cabeza demasiado tarde y a la que decide ignorar. «Haz mejor tu trabajo».

—Perdone. —La vocecilla de la recepcionista queda atrás en el olvido.

Una rubia despampanante sale a recibirlos en el mismo momento que se acercan al pasillo, estrecha la mano de Derek con demasiada confianza y tuerce el labio ante la escena. Los guía hasta una puerta donde los invita a pasar a la sala de reuniones, ahí los espera una joven pelirroja de ojos verdes que la mira amenazante. Lena sonrío maliciosa ante la mirada afilada de aquella chiquilla y se acomoda junto a Derek sin soltarlo.

Durante la reunión percibe las miradas que se escapan en su dirección por parte de los ojos felinos de la pelirroja y descubre para su asombro que no es a ella a quien está mirando. Su mirada está clavada en la persona que la acompaña, el hombre que está sentado junto a ella, Derek. Pasea sus uñas por su barbilla, lo medita durante un segundo y decide actuar. Aferra la chaqueta de él atrayéndolo con posesión, aproxima sus labios hasta rozar su mejilla y le susurra con un ronroneo sensual en el oído:

—Gracias por lo del ascensor, a veces olvido que tienes corazón. —Sonríe de medio lado con perversidad.

Él, la mira de reojo sintiendo la presencia cercana de Lena, asiente a sus palabras sin despegar sus labios y vuelve su atención a la explicación que ambas mujeres están dando delante de la pantalla. La conoce demasiado bien y este acercamiento no es fortuito, algo está tramando. No quiere prestarle demasiada atención a la pelirroja, aún no, necesita algo más de tiempo hasta que pueda hablar de la situación en la que está. Hasta ahora su mundo estaba en plena oscuridad, una

de la que no quería salir, una oscuridad para el familiar y en la que estaba demasiado cómodo en soledad, sin embargo, presiente que todo está a punto de cambiar.

Nota de Autor:

Os quería hacer una pequeña aclaración que para mí fue el detonante de esta novela.

Escribí la historia de Lena después de haber publicado Máscara de Cristal, donde podréis encontrar a estos personajes cruzando su camino con la protagonista, Tara.

Aunque tenía pensado escribir más sobre Tara y el mundo que la rodea, no imaginé que plasmar la historia de Lena me atraparía tanto, hasta tal punto, que casi me pierdo en ella. Su pasado me atrajo desde el mismo momento que vomité todas las palabras sobre el teclado, la fuerza que desprendían ambos me tenía hechizada y como tal, me costaba mucho dar los pasos necesarios para avanzar, sobre todo, conociendo su final.

He amado cada Aria, todo lo que escribía sobre ese pasado me parecía poco y estuve tentada a quedarme atrapada. Soy una persona muy intensa en mi día a día, todo lo vivo con muchísima intensidad, los que me conocen saben cómo siento las palabras y espero haber podido transmitir toda esa pasión en ellas. He puesto mi corazón en esta historia, la he escrito con todo mi amor para esos fans inquebrantables del personaje, vosotros sabéis quienes sois, y le entregué mi alma cuando puse esa palabra que tanto me costó escribir, FIN. Aun duele todo lo que cierra.

Espero que disfrutéis de la historia, que no me odiéis por algunos actos y comprendáis que: «Debe ser así».

Ya echo de menos a Lena, Derek, Kasem, Marcus... pero, sobre todo, a James y Allegra. Forman parte de mí, son esos personajes que por más años que pasen, no podré olvidar.

Agradecimientos:

En esta parte me podría explayar durante horas para poder agradecer todo lo que habéis hecho por mí. Nunca me hubiera aventurado a compartir lo que escribo si no llega a ser por todo el apoyo que he ido recibiendo a lo largo de estos meses, a las palabras de ánimo y, sobre todo, a la ilusión depositada en leer mis historias.

Sin vosotros nada de esto sería posible.

Gracias.

Tengo mucho por lo que agradecer, pero esta vez lo haré por partes, intentaré tener unas palabras para todos los que habéis hecho posible esta aventura.

A mis fieles lectores cero que me ayudaron en todo momento:

A Juan Ricardo, por todas las peleas en cada párrafo y por todas las lecturas a vista de halcón que has hecho. Sabes que esta historia no existiría si no fuera por todas las expectativas que tenías con Lena, instándome a crearle su propio libro y así enamorarme de cada uno de sus personajes.

A Efrén, por leer cada palabra y los entresijos de ella, encontrando el brillo que oculto tras las metáforas. Y mil gracias por regalarme a Derek, ahora es mío, por y para siempre.

A Natalia, por sacar tiempo de donde no lo tiene para disfrutar de mis historias y animarme a seguir con ello.

A Naroru y Yennea, por ser fans incondicionales de todo lo que escribo y teniendo siempre unas palabras para mí. Adoro cada vez que veo un mensaje privado vuestro, no sabéis la alegría que es leer que ha gustado tanto el mundo que has creado.

A Andoral por ser mi mod a ratos y fanboy del mundo del rol, que sin saberlo me metía ideas en la cabeza para hacer crecer mis historias.

A mis nenitos/as de Madrid, que habéis creído en mi incluso en mi primera novela.

A Yash, Mus, Sora, Carlos, Winche, Didi, Dragui, Wii, Itxi, Ganix (no sois de Madrid, lo sé... pero entráis dentro del grupo).

Itxi, tengo que hacerte una mención especial y agradecerte de corazón que hayas leído mis novelas, compartiéndome esos audios con tus impresiones y regalándome un pedacito de ti con cada lectura.

Y en especial a mi Rambo Madrileño particular, que me ha sorprendido siendo un ávido lector de todo lo que escribo. Incluso me está dando ideas con las teorías que está sacando de mis novelas.

A mis suscriptores de Twitch, ya que sin vuestro apoyo no habría dado el salto, sin vuestro cariño no me hubiera visto capaz de publicar no solo una, sino dos novelas.

A Dieguez, Aspalito, Andoral, Reizo, Pelegrino, Omaaai, Winkupo, Jpalleja, Ismasuli, Sniperofangel, Elrosh, Dalky91, Kibozan, Jorge, Matiusco, Pepakko, Piccolo, SoyFreud, KittyPew, Nirveh, Sandy83, Gaulent, Eraser, Arkarzem, Lord Cuker, Power, Yoryi, Oranjo, Kuroi, Santy, Nikkitaklein, Edu, Fumeta...

A mis seguidores de Twitter que siempre tienen un like o un RT para apoyarme:

Edrith, Notpelos, Recordis, Ishir, Tanizen, Thania-Srta. Pufita, NateaCuki, Kinossin, Epsyn, NuriaSanz, Marychan, Drazor, Ishika, PeroniAx, Karma, Naradiel, Ric, Antho, Peiro, Rickgoom Vondalv, Nissaxter, Moonsita, elRastas, Kapitana, Kitohhh, Kimrad, Willy, Gru28, Riverwynd, Bigquesito, Koyai, Pruna_Show, Busflit, Clouser, Samurdgz, Nerween, LadyArtmer, Anne, Daniel Figares, Owlcito, Kylar, MariaPesh, Kisame, Vicent Savall, Evie Rawson, Sole, Monobabu, Farrocha, Xyrias, Droux, Francisco Javier, KuroYan, IkerfmX, Nikita, FabyGtirrez...

Y alguno más que se me olvidará.

A mis seguidores de Instagram, y a esas reseñas que han hecho que mis novelas lleguen a más personas:

Izaberu_san, Alexandra_85_, Aliceslives, Curls.and.books, Arkanantigua, Brillilu, Davidleelibros, Mispasosconbalvin, Unavidaconlaia, Peace_andbooks, Sandra_soy_pmd, Devoralibros_77, Laurabooksblogger, Mowoko, Murielvbaldrich, Irina_Melero, Angela.lectoravoraz, Larafuentes81, Wasaby_fb, Eljardinsecretodelaspalabras, LauraCastro, Mecaienunlibro, Paseoentrelibros, Noemiquesadaescritora, SelvaPalacios, Lecturas_de_Sara, Mi_amante_unlibro, Laurelleeyescribe, Lola_lectora, Mislibros_misbebes, Mi_mundo_magico_book, ...

A mis adorados grupos de Telegram, donde siempre tienen una sonrisa y nos apoyamos hasta el final, en especial a “Soñando con libros” y “Libroholicas”: Mary, Eli, CarolMcLeod, Sarah, Rocío, Izaberu, Selene, Verónica, Vanesa, Katherine, Bea, Yesenia, Elle, Estrella, Anna, Lorena, Antonia, Bego, Pili, Asun, Patricia, María, Cristy, Ester, Majo, Violant, Neus, Roma, Nathalie, Marta, Ania...

A mis compañeros de VanirAcademy:

Siena, Mary, Sergio, Nerea, Cris, Flavia, Lory, Fran, María, Selene, Joaquín, Ana, Lorena, Ainhoa, Alfonso, Karmy, Tsuki, Galya, Steffany, Lara...

A mis compañeros del Grupo Literario Fenix, el cual ha sido un descubrimiento para mí, animándome con cada palabra y con cada lectura, haciendo que vuelva a imaginar el mundo que había pausado.

A ese grupo de Facebook de Participantes del PLA.

Cada uno de vosotros con vuestras lecturas en mis anteriores novelas, con esos consejos que me regalabais de manera desinteresada, con las reseñas y las palabras tan bonitas que dedicabais a mis historias, me habéis hecho crecer.

En especial a Ager Aguirre, por su infinita paciencia, por sus consejos y esos tutoriales que me salvaban la vida.

Gracias a todos, por animarme a volver a soñar.

A mis hermanas:

Eleni, Sandry y Diana, que, aunque sé que no sois de leer, en algún momento os adentrareis en el mundo que he creado.

Y, por último, pero no por ello menos importante dar gracias a las personas que más paciencia han tenido conmigo:

A Sandra, mi correctora, no solo por ayudarme a dejarla lista para que todos la disfrutéis, también por emocionarse con la historia, vivirla y compartirla conmigo, pidiéndome que continúe escribiendo.

A Jorge, un ilustrador del que me sentí hechizada desde el primer momento que vi uno de sus dibujos, ahí fue cuando decidí que alguna de mis portadas debía ser dibujada por él. Siempre captas a la primera todas las ideas que me vuelan por la cabeza, no nos hacen falta más para que puedas plasmar a la perfección esa imagen que solo veía yo.

Gracias a ti, Tara y Lena, tienen esos rostros tan sensuales y enigmáticos, son ellas en todo su esplendor. Oscuridad, sensualidad y fuerza.

Gracias a todos los que me estáis leyendo ahora, a los que me leeréis y a los que me leerán, sin vosotros esto no sería posible. Espero poder estar a la altura y brindaros siempre lo mejor de mí.

Gracias a mi familia, mi gran pilar, y en especial a mi pequetusa que es una fuente de

inspiración por su inagotable energía. Mi pequeña musa.

Y gracias a mi Warrior of Light, que me hizo ver en la luz cuando yo solo contemplaba la oscuridad. Sé que he sido cabezota, que he contrariado cada opinión, pero en el fondo, sé que eres mi mayor fan.

Antes de que cierres el libro, me gustaría pedirte un pequeño favor...

Si has disfrutado de esta historia, te invito a hacer una valoración en Amazon. Es la manera de dar a conocer mis novelas a otras personas, y a mí me ayuda mucho como escritora autopublicada.

Sígueme en mis redes sociales o si lo prefieres envíame un mensaje privado contándome tu opinión, estaré encantada de hablar contigo.

¡Gracias por tu apoyo! Significa mucho para mí.

¡Ah! Una última cosa:

No desvelas nada del final, permite que otros lectores vivan la historia sin expectativas. No hagas spoiler en tus redes sociales acerca del desenlace, ni siquiera con la etiqueta de spoiler, les arruinarías la sorpresa.

Comparte mi sueño con los demás, así me será posible volver a soñar.

S.J. García

biografía



Nacida en Algeciras en 1983. Ascendente del signo del zodiaco virgo, como tal, es metódica, entregada y le encanta aprender de cada experiencia, plasmándolo así en sus novelas.

Actualmente, es autora autopublicada en Amazon, esta es su cuarta novela y no será la última. Aún quedan por plasmar muchas de las ideas que vagan por su mente, novelas que destaquen siempre por ser diferentes.

Es conocida en internet como “SetzyNeko”, lleva un canal de *Twitch* en el que, aparte de jugar a juegos *indies* con historias que acarician su corazón, dedica su tiempo a hablar de libros que ha ido leyendo a lo largo de este tiempo.

Lectora empedernida de todo tipo de géneros, cinéfila del cine *slasher*, de las buenas películas y de historias que la hagan pensar. Fan de los videojuegos, sobre todo del mundo de *Final Fantasy* y amante del mundo nipón.

Si la quieres conocer mejor, solo tienes que pasarte por sus redes sociales y así sabrás un poco de esta escritora que en tus manos acaba de aterrizar.

OTROS LIBROS DE LA AUTORA



[Encuéntralos en Amazon](#)